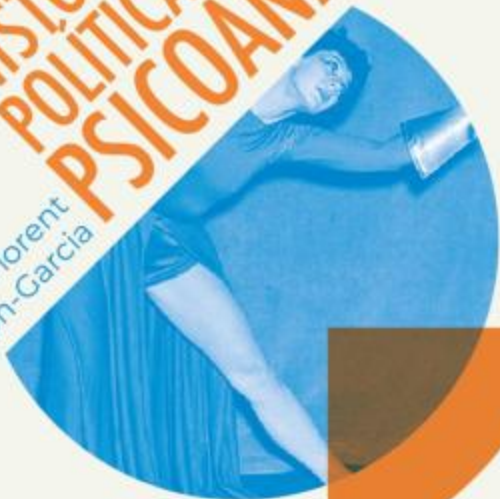


HISTORIA POLÍTICA DEL PSICOANÁLISIS

Florent
Gabarron-García



En la editorial Katakarak hemos decidido apostar por las licencias Creative Commons para los libros que publicamos. La utilización de esas licencias implica que se los textos se pueden copiar y difundir libremente. Esa es la razón por la que has podido descargar este pdf, y lo puedes reenviar o imprimir de manera gratuita.

Este libro es una pequeña parte del acervo de la cultura libre, que se produce siempre de manera colectiva, por acumulación y como consecuencia de relaciones diversas. No ha sido fácil que nuestros libros tengan licencias Creative Commons y, por desgracia, no lo hemos conseguido con todos aunque sí con la gran mayoría del fondo de la editorial.

En el momento actual, las tecnologías permiten que la copia privada de archivos digitales se pueda realizar a coste cero, lo cual supone un gran avance para su difusión y para un acceso más democrático a la cultura. Sin embargo, esto no significa que la producción de estos textos no haya tenido costes: para que estos libros estén disponibles gratuitamente en formato digital ha sido necesario un duro trabajo y la inversión de dinero en la compra de derechos, traducción, diseño, maquetación y edición. Por ese motivo, te sugerimos que hagas una donación para poder seguir impulsando la producción de textos que luego sean libres.

Florent Gabarron-Garcia

***HISTORIA POLÍTICA
DEL PSICOANÁLISIS***

Florent Gabarron-Garcia

HISTORIA POLÍTICA DEL PSICOANÁLISIS

Traducción: Laura Carasusán Senosiáin



Título original: *Une histoire populaire de la psychanalyse*

Autoría: Florent Gabarron-Garcia

Traducción: Laura Carasusán Senosiáin

Licencia original: © La Fabrique Editions, 2019

Fotografía interior: ©BPK, Berlín, Dist. RMN-Grand Palais/image

BPK/Digne Meller Marcovicz

Primera edición: septiembre de 2025

Diseño de portada: Koldo Atxaga Arnedo

Edición y maquetación: **Katakarak Liburuak**

Calle Mayor 54-56

31001 Iruñea-Pamplona

editorial@katakarak.net

www.katakarak.net

@katakarak54



Este libro tiene una licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional. Está permitido copiar, distribuir, ejecutar y exhibir libremente esta obra solo con fines no comerciales. No está permitido distribuir trabajos derivados basados en ella.

ISBN: 978-84-10316-16-4

Depósito legal: NA 1607-2025

Impresión: Gráficas Alzate

ÍNDICE

NOTA DE LA EDITORIAL	11
PRÓLOGO A LA EDICIÓN EN CASTELLANO.....	13
INTRODUCCIÓN	21
1	
FREUD MIRA AL ESTE. VERA SCHMIDT Y EL PSICOANÁLISIS EN EL PAÍS DE LOS SÓVIETS	35
2	
WILHELM REICH, DE LA POLICLÍNICA DE VIENA A SEXPOL EN BERLÍN	63
3	
EL PORVENIR DEL PESIMISMO FREUDIANO	109
4	
MARIE LANGER: DE LA VIENA DE LOS AÑOS 30 A LA AMÉRICA LATINA DE LOS AÑOS 70	137
5	
DE LA COMARCA CATALANA A LA CLÍNICA LA BORDE	165
6	
¡LA RENOVACIÓN DEL PSICOANÁLISIS REVOLUCIONARIO EN ALEMANIA: LA EXPERIENCIA DE HEIDELBERG (1970)	213
CONCLUSIÓN	
¿A QUÉ LE DA NOMBRE ERNEST JONES? POR OTRO PSICOANÁLISIS	241





Confidential
Please do not
write or
draw on this
paper.

NOTA DE LA EDITORIAL **ESCUCHA, PERSONITA PEQUEÑA**

Si esto es vivir en serio,
preferimos hacer el indio
(LPR, 1985)

El capital ha arrinconado al psicoanálisis en el diván reaccionario del sujeto y su verdad. Ha deslegitimado su potencia subversiva, caricaturizándola y descuartizándola sin descanso, precisamente porque teme que, si emerge, avivará las brasas del deseo revolucionario. Nuestra realidad está anegada de pasiones tristes, de neurosis y paranoia, de miedo y soledad, de codicia y resentimiento. Mayoritariamente, el psicoanálisis se percibe o bien como una categoría entre esotérica y sospechosa, o bien como un complemento de esa ideología de las clases dominantes que justifica las jerarquías y el ejercicio arbitrario de la violencia. En la actualidad, ello ocurre también con el resto de disciplinas científicas, dicho sea de paso.

Sin embargo, no necesariamente tiene que ser así, o no de forma permanente, porque las interpreta-

ciones y los usos del conocimiento y la técnica siempre están en disputa. Es la correlación de fuerzas la que inclina el fiel de la balanza en un sentido o en otro. En el caso del inconsciente y la conciencia, el hilo rojo y negro de la terapia recorre la historia universal deteniéndose en el país de los soviets, la Viena Roja, las colectivizaciones durante la Guerra Civil española, mayo del 68, o el servicio psiquiátrico de la Universidad de Heidelberg, por citar sólo algunas estaciones insignes de la lucha por la emancipación humana.

Con la publicación de este texto, nos sumamos al esfuerzo de Florent Gabarron-García por recuperar los capítulos más importantes de la historia de esta disciplina y su legado revolucionario. Se trata, en definitiva, de reivindicar una clínica que integre entre sus soluciones la transformación de las instituciones y el fin de las relaciones de poder que generan y multiplican los sufrimientos mentales y físicos que padecen las clases subalternas.

Pamplona
Septiembre de 2025

PRÓLOGO A LA EDICIÓN EN CASTELLANO

LA CONJURA DEL NOMBRE

Bazurko, Solano, Gabarron-Garcia... En el suroeste de Francia somos muchos los que tenemos apellidos castellanos que no entendemos. Son marcas que portan la huella de la historia —a menudo silenciada— de la inmigración forzada de quienes, ante la dictadura de Franco y la derrota Internacional durante la Revolución española, fueron obligados a exiliarse. Durante mucho tiempo, yo mismo hice oídos sordos a mi propio apellido y a lo que significaba. Pero esa sordera era, ante todo, la de mi padre. A decir verdad, él mismo había contribuido a «afrancesar» su nombre. En el día a día, cuando se presentaba, se nombraba señor Gabarron. Sin haberlo planeado realmente —una censura inconsciente muy eficaz a efecto de borrado—, había suprimido el Garcia de Gabarron. Cuando más tarde le pregunté al respecto, respondió con evasivas, dando a entender que había sido un gesto espontáneo por su parte. Hijo de la posguerra y nacido en Francia en el departamento de Lot, mi padre había aspirado a integrarse con todas sus fuerzas. Y lo había conseguido.

Pero ese éxito se sostenía sobre un abismo. Sin saberlo, al omitir su nombre su nombre estaba aboliendo su historia, al igual que la mía.

Cuando era adolescente, le preguntaba por su padre. No sabía nada de él. Nada de su pasado en la ciudad murciana de Lorca, donde había nacido en 1911. Nada tampoco de la ola de emigración hacia Cataluña de la que formó parte y que, a finales de los años veinte, afectó a los trabajadores de las regiones pobres del sur de España. Nada de la primera vida que había tenido antes de llegar a Francia y ser recluido en un campo de concentración en el departamento de Lot, como tantos otros combatientes antifascistas españoles.

Así que mi nombre estaba mal escrito, sin que yo lo supiera. Al dirigirse a mí, me llamaban Florent Gabarron. Y mi madre, con quien se había casado mi padre, era Madame Gabarron. Eso resultaba natural. Paradójicamente, eran los documentos de identidad franceses los que indicaban obstinadamente otra cosa: Robert Gabarron-Garcia, Solange Gabarron-Garcia, Florent Gabarron-Garcia. En francés, el sonido castellanizante de Gabarron puede desaparecer fácilmente al hablar. Basta con no pronunciar la «r» y afrancesar fonéticamente la «on» final cerrando la boca y redondeando los labios. Garcia, en cambio, se resiste obstinadamente. No hay duda sobre su origen. No hay trucos fonológicos posibles, de modo que mejor olvidarlo. Así es como la evidencia ordinaria y repetida de la pronunciación oral de mi nombre borraba esa inscripción, lo que suponía una inquietante desaparición. La función social central del nombre, la aparentemente anodina interpelación cotidiana que opera al convocar la subjetividad del nombrado y del que nombra, pasaba por encima de la historia. ¿Qué hacer cuando el nombre propio, en reali-

dad, «desposee»? ¿Cuando la mención por parte del otro, en lugar de inscribir, borra y renueva un silencio forzado? Muy pronto conocí la angustia existencial. Parte de ella provenía probablemente de ese borrado de nuestra historia en mi propio nombre. De niño, no entendía el mundo que me rodeaba. Me parecía un poco loco.

El psicoanálisis y la investigación me ayudaron a superar ese vacío, a elaborar lo que probablemente era un agujero en mi historia paterna, así como un trauma intergeneracional. En primer lugar, tanto en el instituto como en la universidad, y contra mi cultura familiar, me interesaba la política. Militaba (no en un partido, sino subjetivamente) y, sin darme cuenta, muchos de mis amigos (tan ignorantes como yo sobre la historia de la guerra) también tenían apellidos españoles relacionados con el exilio y la lucha antifascista. Con ellos debatíamos, quizás con mayor ímpetu e inconformismo que otros, las injusticias del mundo y nuestro deseo de cambiarlo. A medida que crecía, me sentía un poco más ajeno a mi propia familia y al destino de ingeniero que mi padre había imaginado para mí, a su imagen y semejanza. Me orienté hacia la filosofía y la antropología, y comencé un psicoanálisis. Eso fue decisivo. Mi malestar —aunque aún no lo sabía— era el de una desvinculación importante cuyo secreto residía en la historia y sus rupturas.

Sin saberlo, el encuentro con mi primer analista iba a remediarlo inmediatamente. Era mayor, marxista y extremadamente bondadoso. La transferencia fue fulgurante. Desde los primeros meses de mi terapia, literalmente me transformé. Era como si, por fin, me hubieran permitido vivir. Mi antiguo malestar se había disipado por completo. Mis relaciones sociales se

multiplicaron, empecé a destacar en los estudios, a ser brillante en las pruebas orales, a poder pensar rápidamente, etc. Sin embargo, el poder de este vínculo casi mágico, seguía oculto, sin analizarse. Aún no tenía acceso a las razones de tal transferencia y sus efectos... ni tampoco el analista, por cierto. Hay que decir que nunca le había hablado de mi abuelo y que no había ninguna razón para hablarle de esa figura ausente, ya que, al parecer, estaba ahora a mi lado: ¡esa figura era el propio analista!

Solo en el marco de una segunda cura, unos años más tarde, pude acceder al análisis de esta reactivación de la figura espectral de mi abuelo. Primero, al descubrir la figura de François Tosquelles durante mi formación y mi trayectoria como analista. Al ver una película dedicada a él,¹ sentí la misma admiración amorosa que había sentido por mi primer analista. Este psiquiatra catalán revolucionario, exiliado en el hospital francés de Saint Alban, me parecía extraordinario. En la película, era ya anciano y su acento, su humor y su libertad de expresión me conmovieron como nunca y me despertaron a mí mismo, a mi propia vitalidad. Era la evidencia de una llamada. Mi filiación oculta y hasta entonces reprimida reclamaba sus derechos. Más tarde, supe que Tosquelles había sido internado después de la Retirada en el mismo campo de concentración que mi abuelo: Septfond, en el Lot.

Atrapado por mi pasado, orienté mi carrera profesional y acabé trabajando en la clínica de La Borde, en Loir-et-Cher, un centro que seguía directamente la herencia de Tosquelles y su experiencia autogestionaria de Cormacac, heredada de la Guerra Civil española... Más tarde, como analista, en contra de las recomen-

1 *François Tosquelles, une politique de la folie* (<https://vimeo.com/167991974>).

daciones de mis profesores y maestros de las escuelas de psicoanálisis parisinas, escribiría dos libros clínicos y políticos, entre ellos *Historia política del psicoanálisis*, de notoria repercusión internacional, y que está traduciendo a varios idiomas, entre ellos el español.

De hecho, fue en el marco de esta traducción que la editorial Katakarak, al darse cuenta del origen de mi nombre, me propuso escribir un prefacio en español, suponiendo que dominaba el idioma. Rechacé la oferta porque no hablo ni escribo español, pero les proporcioné algunos detalles sobre mi historia. No obstante, Katakarak me propuso generosamente escribir un prefacio basado en la misma, de cuya traducción se encargarían. Por lo tanto, agradezco a la editorial la oportunidad de escribir aquí estas pocas líneas sobre los fundamentos de este libro.

Una última palabra sobre Cataluña y la emigración obrera y revolucionaria de la que formaba parte mi abuelo y que, sin duda, constituye la esencia de este sustrato. Barcelona necesitaba mano de obra para la Exposición Universal de Montjuïc, en 1929, y para la construcción del metro. Parte de los inmigrantes murcianos se instalaron en el barrio del Hospitalet. Francesco Candel relata que «había tantos murcianos en este barrio que, durante la guerra, se podía ver esta inscripción: “Cataluña se acaba aquí. Aquí empieza Murcia”». Pero más allá de la nostalgia por su región de origen, los trabajadores se habían sumado en masa al movimiento revolucionario en curso y habían votado masivamente «sí» al proyecto de la Generalidad en 1931.² La clase burguesa nacionalista despreciaba

2 Francesco Candel, « Nous, les autres catalans. L'intégration des ouvriers d'origine andalouse », *Le monde diplomatique*, Aout, 1977, pág. 23.

y temía a estos trabajadores que, sin embargo, permitían el desarrollo y el enriquecimiento de la región. Se trataba de una «subhumanidad». Los inmigrantes del sur eran los «nuevos bárbaros». Mi abuelo, Andrés Gabarron-Garcia, era albañil y trabajaba en el desarrollo urbano. Barcelona se estaba reconfigurando y Cataluña necesitaba mano de obra. El sindicalismo estaba generalizado y era muy activo... pero también su represión.

Hay pocos testimonios de trabajadores de esta época. Balthasar Martínez es una excepción. Originario de Campico López, abandonó, al igual que mi abuelo, su Murcia natal a los 15 años para ir a trabajar a Cataluña. Martínez, presente en Barcelona a finales de los años veinte, da testimonio del ambiente que se respiraba en una manifestación, así como de la represión que sufrió esta, tras el asesinato de uno de sus compañeros obreros en uno de los pozos del metro en construcción: «Tras el asesinato del compañero Felipe Gonzáles en el pozo número 6 del metro de Barcelona, el funeral fue la mayor manifestación que jamás había visto. El féretro llegaba a las murallas de Miramar y la cola del cortejo fúnebre aún se encontraba en la plaza de España. La manifestación terminó muy mal cuando el cortejo fúnebre llegó a Miramar. Se escucharon disparos procedentes de camiones que transportaban los escombros del metro y, como por casualidad, la policía montada que se encontraba al otro lado del muro salió, cargando con sus caballos y golpeando con sus sables a todos los manifestantes que estaban a su alcance. La manifestación se disolvió, no sin antes dar una lección de buenos modales a los Pistoleros y a los constructores de casas de Montjuïc».³ Martínez también narra una «revolución

3 Balthasar Martínez, *Mémoire d'un ouvrier en Espagne durant la période 1920-1940* (<https://fr.anarchistlibraries.net/library/balthasar-martinez-memoires->

obrero» y la huelga que lideró en Figols las Minas, en el Alto Llabregat, provincia de Barcelona, en 1932. Mi abuelo, Andrés Gabarron-Garcia, no es, evidentemente, ni Martínez ni Tosquelles. Sin embargo, es una de las figuras anónimas de la multitud de obreros españoles que atravesaron este importante periodo histórico de emancipación humana, del que fueron, cada uno a su manera, los primeros protagonistas. La reserva de las democracias liberales ante estas experiencias autogestionarias obreras y campesinas permitió la victoria de la dictadura franquista, cerró la etapa del internacionalismo y sumió a Europa en una guerra de naciones (cuyo espectro parece volver hoy en día).

A diferencia de los compromisos militantes que continuaron en los alrededores de Toulouse y en otras partes de Francia después de la guerra, Andrés Gabarron-Garcia no transmitió nada a su hijo. ¿La vergüenza y la deshonra del vencido y de la derrota?, ¿el deseo de pasar página de una vida previa, mutilada, para empezar otra? Había llegado a Francia con más de treinta años y, seguramente, perdiendo un pasado familiar. Es difícil saberlo... Pero es a él y a mi padre, así como a los combates de los antifascistas de ayer y de hoy, a quienes quiero rendir homenaje y a quienes dedico este libro.

Florent Gabarron-Garcia

París, marzo de 2025



INTRODUCCIÓN

Psicoanálisis: ¿el nuevo perro guardián?

Hace varias décadas que el psicoanálisis se ha vuelto, en gran medida, profunda y abiertamente reaccionario. En los últimos tiempos, su lista de posiciones retrógradas crece a un ritmo acelerado a medida que sube la escala de la estupidez, la ignorancia y la mala fe.

Esta deriva empezó en pleno frenesí securitario, con la estigmatización de las «bandas de jóvenes uniformados» que ya no respetaban «el saber» ni «la autoridad».⁴ Con el PACS⁵ y la posterior aprobación del matrimonio homosexual, la adopción de niños por parejas homosexuales y la reproducción asistida, otras tesis propagadas por ciertos analistas encontrarían un gran eco en los medios: según ellos, se estarían socavando las mismas bases del deseo y estaríamos al borde del fracaso antropológico. A su modo de ver,

4 Marcel Gauchet, «Débat autour de *L'homme sans gravité* avec Pierre Beckouche», diciembre de 2002, en Charles Melman, *La nouvelle économie psychique*, Toulouse, Érès, 2010.

5 El PACS (Pacte Civil de Solidarité) es un contrato formalizado entre dos personas mayores de edad para organizar su vida en común; es más o menos equivalente a la formalización de las parejas de hecho [N. de la T.].

el cuestionamiento de la «sociedad patrocéntrica», el reconocimiento del deseo homosexual y la conquista de nuevos derechos que les acompañan auguran el fin de la «presencia humana en la tierra».⁶ Quienes promueven esta perspectiva apocalíptica encuentran constantes confirmaciones de sus tesis en la actualidad social y política. Con el movimiento #MeToo, el «neofeminismo indiferenciador» estaría fraguando una sociedad enferma y sin puntos de referencia, la educación de los niños estaría condenada al fracaso y la locura, y la civilización, a un callejón sin salida. Luego fue el turno de las revueltas populares de los chalecos amarillos, consideradas por algunos analistas como la expresión «de la omnipotencia narcisista infantil» y del «desencadenamiento de las pulsiones de muerte». Permisivo y a la deriva, el Estado, hacía tiempo que carecería de autoridad viril: los hijos de la «big mother» ya no comprenderían los límites necesarios de la vida en común.⁷ Y para terminar, como colofón de esta antología o de esta gran colección de disparates, la verdadera responsable del auge de una ideología totalitaria que amenaza el «Pensamiento» y «nuestra Cultura» sería la

6 «Nuestros antropólogos y sociólogos, si de verdad quisieran ser mínimamente serios, tendrían que dejar de disertar sobre los mejores acomodos o el bienestar que se podría encontrar en las nuevas formas de familia y, en su lugar, tendrían que preguntarse si esas tendencias no son el signo premonitorio de la extinción de la vida y de la presencia del ser humano sobre la tierra. Hoy los únicos que quieren vivir en familia son... ¡los homosexuales! Ellos reclaman el matrimonio y algunos incluso quieren tener hijos, mientras que a quienes se considera "normales" no quieren más que acabar con la familia, deshacerse de ella». Charles Melman, *L'homme sans gravité. Jouir à tout prix*, entrevistas con Jean-Pierre Lebrun, enero-agosto de 2008, París, Denoël, 1.^a ed., 2002.

7 Michel Schneider, «Lexique du ressentiment», *Le Débat*, n.º 204, 2019. La tesis de la «feminización excesiva» del Estado y la crítica de la deriva «sistemática» e «incestuosa» de la política hacia los «valores femeninos» (generosidad, sensibilidad, dulzura...) se defienden, por ejemplo, en la obra de Michel Schneider, *Big mother*, París, Odile Jacob, 2002.

perspectiva «interseccional» de la universidad derivada de los estudios de género.⁸ En un momento en el que el racismo contamina el espacio público, no serían las desigualdades sociales las causas del mal que devasta nuestra sociedad y de la amenaza de implosión, sino la influencia ideológica de intelectuales y académicos decoloniales o poscoloniales que favorecen el comunismo y allanan el terreno al totalitarismo.⁹

Bajo el pretexto de la audacia y la valentía «frente a lo políticamente correcto» —a veces reivindicándose incluso como críticas contra el neoliberalismo—, todas estas posturas, al margen de sus diferencias, comparten la idea de oponerse a la igualdad política concreta. En realidad, son el testimonio de una generación considerablemente renegada;¹⁰ hostil y quisquillosa, que

8 Estos ataques se están encarnizado en los últimos tiempos. Según Jacques-Alain Miller, por ejemplo, la reciente campaña contra la discriminación de género (en la que se ve a personas abrazarse y reconciliarse dejando a un lado sus diferencias de orientación sexual) «es un menosprecio a toda decencia». A su modo de ver, esa campaña «se permite penetrar en la esfera más íntima de las personas» para «dictar un comportamiento al padre y a la madre, a jóvenes y ancianos». Es ni más ni menos que una «abyección» cuyo auténtico objetivo es «censurar conductas» y que trata de «distorsionar el deseo en el seno mismo de la familia» para «reeducarlo». Jacques-Alain Miller, «L'École de la Tolérance», *Lacan Quotidien*, n.º 930, 2 de junio de 2021, pág. 5 (<https://lacanquotidien.fr/blog/wp-content/uploads/2021/06/LQ-930.pdf>).

9 80 psicoanalistas se rebelan: «La pensée décoloniale renforce le narcissisme des petites différences» [«El pensamiento decolonial refuerza el narcisismo de las pequeñas diferencias»], *Le Monde*, 25 de septiembre de 2020. La violencia terrorista del mes siguiente iba a servir de pretexto para reforzar esta perspectiva digna de un concurso de talentos e ideas de extrema derecha como si del concurso Lépine se tratara [N. de la T.: exposición de inventos creada en París en 1901 por el prefecto de policía Louis Lépine]. Los intelectuales instaron al ministro de Educación a intervenir para controlar a esos académicos tan peligrosos. «Sur l'islamisme, ce qui nous menace c'est le déni» [«Respecto al islamismo, la auténtica amenaza es la negación»], *Le Monde*, 31 de octubre de 2020.

10 Guy d'Hocquenghem, *Lettre ouverte à ceux qui sont passés du col Mao au Rotary*, Marsella, Agone, 2003 [1986]. Aquí no podemos abordar los efectos clínicos de estos prejuicios reaccionarios en la práctica, pero,

se opone firmemente a la conquista de nuevos derechos, culturalmente pesimista, antropológicamente declinista, y que profesa auténtico odio a la igualdad política, que, según algunos de sus modelos ideales, no sería más que la expresión de un «deseo de muerte».¹¹ Esta generación febril ya no soporta que las críticas expongan la opresión que ejerce su mundo.¹²

Sin embargo, esta efervescencia reaccionaria que causa tanto revuelo no es tan nueva. La novedad tal vez estribe en el eco mediático que se le da y en su auge en el espacio público. En realidad, desde la década de 1980 —siguiendo el modelo de los Nuevos Filósofos—,¹³

como es lógico, tienen consecuencias. En nuestro libro anterior, hemos tratado justamente esta cuestión a propósito de una concepción muy particular de la psicosis y de la segregación política específica de la que pueden ser objeto por parte de algunos doctores de corriente lacaniana las personas que presentan un gran sufrimiento psíquico, sobre todo en el marco de la presentación de enfermedades. Florent Gabarron-Garcia, *L'héritage politique de la psychanalyse*, París, La lenteur, 2018.

- 11 «¿Por qué esta exigencia de igualdad? ¿Por qué no soportamos la diferencia? ¿Por qué no soportamos la desigualdad? [...] Es curioso que nadie haya señalado aún, creo, que la igualdad, que nos parece una consigna eminentemente humanista y de progreso, es un deseo de muerte». C. Melman, *La nouvelle économie psychique*, op. cit. Melman se refiere aquí en concreto a la igualdad entre hombres y mujeres.
- 12 Por fortuna, existe desde hace poco una fuerza en dirección opuesta. Podemos citar, por ejemplo, los libros de los siguientes psicoanalistas: Fabrice Bourlez, *Queer psychanalyse: Clinique mineure et déconstructions du genre*, París, Hermann, 2018; Karima Lazali, *Le trauma colonial, une enquête sur les effets psychiques et politiques contemporains de l'oppression coloniale en Algérie*, París, La Découverte, 2018; Thamy Ayouch, *Psychanalyse et hybridité: Genre, colonialité, subjectivations*, Lovaina, Leuven University Press, 2018; Livio Boni, Sophie Mendelsohn, *La vie psychique du racisme*, París, La Découverte, 2021, y también nuestro libro anterior, *L'héritage politique de la psychanalyse*, op. cit. De hecho, esta obra es una continuación directa de la anterior; retomamos libremente algunas cuestiones decisivas en relación con la perspectiva de una historia popular. Que nos perdone quien nos lee, pero era necesario retomar este tema para poder ir más allá en esta investigación específica.
- 13 Movimiento filosófico surgido en Francia a mediados de los años 70, integrado por jóvenes filósofos que habían participado en Mayo del 68, pero que acabaron rechazando las ideas marxistas que habían abrazado en esa época [N. de la T.].

los principios rectores de los neoanalistas ya habían comenzado a producir una literatura cargada de odio contra la Historia y el progreso que (aunque sin hacer mucho ruido en esa época) consiguió hacerse hueco en la disciplina del psicoanálisis. Allanaba el terreno a la reacción venidera. La Historia, y en particular cualquier atisbo de historia progresista y revolucionaria, iba a ser sistemáticamente negada. Por eso Mayo del 68 se analizó enseguida como una regresión anal.¹⁴ Pero como la caridad bien entendida empieza por uno mismo, fue el propio campo del psicoanálisis el que empezó por aplicarse el cuento. Todas las formas de psicoanálisis politizado quedaron desacreditadas. Según los defensores de esta tendencia, había que poner al descubierto los «peligrosos excesos políticos» de *El anti-Edipo*¹⁵ o de Reich.¹⁶ Consideraban además que esos autores no eran más que «figuras aisladas» o «marginales», y que el propio Freud «se habría quedado atónito»¹⁷ ante la implicación del movimiento psicoanalista francés en Mayo del 68. El «desafortunado paréntesis de militancia» en la historia del psicoanálisis estaba llegando a su fin.¹⁸ En general, se sospechaba lo peor de toda perspectiva freudomarxista o progresista. Sus pretensiones de igualdad no eran más que una forma de «negar la carencia», la castración. Era una idea muy pe-

14 André Stéphane, *L'univers contestationnaire*, París, Payot, 1969.

15 Gilles Deleuze y Félix Guattari, *L'anti-OEdipe. Capitalisme et schizophrénie*, París, Minuit, 1972 [Edición en castellano: *El anti edipo: capitalismo y esquizofrenia*, Barcelona, Paidós, 1985].

16 En nuestra obra anterior analizamos específicamente la suerte que aguardó al libro de Deleuze y Guattari, *El anti-Edipo* (F. Gabarron-García, *L'héritage...*, op. cit.). En este libro se retoman algunos de sus elementos fundamentales para profundizar en aspectos cuyo estudio se había tenido que postergar.

17 Alain Mijolla, Sophie Mijolla-Mellor, *Psychanalyse*, París, Puf, 1996, pág. 792.

18 Declaración de Jacques Hochmann en el seminario Utopsy.

ligrosa y, según argumentaban, su marcada tendencia a negar la agresividad constitutiva de la pulsión sexual y la angustia culpable intrapsíquica del hombre preparaba sistemáticamente el terreno a los totalitarismos. Por tanto, convenía «purificar» el psicoanálisis. Convirtiendo en axioma la imagen del «oro puro del psicoanálisis»,¹⁹ se explicaba a los estudiantes —a mí entre ellos— que había llegado el momento de elegir: o bien «la ilusión fantasmática de la política», o bien «la ética del Sujeto y su verdad». Una vez «desengañado de ideales», el psicoanalista ya no podía ser (ni haber sido) militante, salvo del propio psicoanálisis.²⁰

El psicoanálisis había alcanzado por fin «la edad de la razón», lo cual influiría en el rumbo de sus estudios. Enseguida, el odio a la Historia y a las fuerzas emancipadoras, igual de atrapadas por las leyes de un inconsciente eterno, culminó en un punto inédito cuya máxima expresión fue relacionar sistemáticamente la Revolución francesa con el Terror. Ese truco, un tanto manido, es bien conocido desde Furet.²¹ Sin embargo, hay que admitir que, más que en el trabajo del propio Furet, el paralogsismo más refinado sobresale en las tesis del neoanálisis gracias a un método infalible: la Revolución, según los neoanalistas, no es más que una cuestión edípica. Toda la cronología revolucionaria de

19 Se trataba de contraponer «el oro puro del psicoanálisis» al «plomo de las psicoterapias». No obstante, es un error de la traducción que Bernam hizo del texto de Freud y que cambia el sentido: Freud no opone «el oro del psicoanálisis» al «plomo de la psicoterapia», sino «el oro» al «cobre». En aleación con el oro, el cobre le dota de una mayor solidez (lo convierte en el «oro rojo» que trabajan en joyería). Pero no parece que el psicoanálisis repare en la ironía de Freud. «El oro del psicoanálisis» señala esa fantasía de pureza que Freud ya percibía entre algunos de sus colegas.

20 Jacques-Alain Miller, «Lacan et la politique», *Cités*, París, Puf, 2003, n.º 16, págs. 105-123.

21 François Furet, *Penser la Révolution française*, París, Gallimard, 1978.

1789 se revisa desde la perspectiva de la cronología edípica para presentarla como una *regresión*,²² es una llamativa infantilización de la Historia que deja de lado los hechos. Incluso recientemente se ha relacionado la Revolución francesa «con el deseo de la muerte del padre».²³ Esa misma abominación de los procesos emancipadores y sus protagonistas se deja ver en el tratamiento de la actualidad: en la época de las revueltas árabes, hubo quien no dudó en calificar el deseo que se manifestaba como «deseo de consumación», como una reivindicación individualista del «derecho al goce» de consumir «los placeres venenosos del Uno contable y del Uno solo en los que se regodea el tío Sam».²⁴

Dejemos a un lado los ejemplos calamitosos. A día de hoy, no queda más remedio que reconocer una realidad lamentable: tanto los Nuevos Filósofos como los historiadores reaccionarios han sido ampliamente desacreditados y parecen estar en declive, el psicoanálisis parece haberlos sustituido en esa función de «nuevo perro guardián» del poder. Por supuesto, esa labor de guardia siempre se lleva a cabo en nombre de argumentos antropológicos sobre la «estructura de

22 Jacques André, *La révolution fratricide*, Paris, Puf, 1993. Del «asesinato del padre» con la ejecución de Luis XVI y el breve periodo de fraternidad entre 1789 y 1791, expresión de una «homosexualidad latente de los implicados» que «aún no deja ver los estragos de su ambivalencia», al «fracaso de la Constitución que acabará conduciendo al Terror, porque «pone en entredicho el principio de la representación, la mediación, a través de una instancia paternal». A partir de entonces, ya está todo el pescado vendido: se puede matar al rey, pero hay que reconducir su principio en la Constitución. Sin una entidad paternal, la revolución «se vuelve contra sí misma» siguiendo la «pulsión de muerte», llega el Terror y «los hermanos se matan entre sí». Al autor le parece impensable la idea de una posible democracia directa, no representativa.

23 Paul-Laurent Assoun, *Tuer le mort, le désir révolutionnaire*, Paris, Puf, 2015.

24 Jacques-Alain Miller, «Communiqué pour Rafah Nached», *La règle du jeu*, 13 de septiembre de 2011. (<https://laregledujeu.org/2011/09/13/7095/jacques-alain-miller-sengage-pour-la-liberation-de-rafah-nached/>).

la psique» que supuestamente prevalecen sobre cualquier realidad social. Y, en una paradoja propia de lo que en psicopatología denominamos perversión, estos principios rectores del psicoanálisis afirman avanzar en nombre de una supuesta neutralidad política sobre la que ostentan un misterioso privilegio, mientras dictan sus prejuicios sobre el hombre, la mujer y la política, y naturalizan la agresividad. Como toda ideología burguesa, este psicoanálisis cree decir la verdad sobre la naturaleza humana más allá de las diferencias culturales e históricas. ¿Se trata todavía de psicoanálisis? Es, cuando menos, dudoso. Por eso proponemos hablar más bien de «psicoanalismo», en la medida en que es un discurso que participa en la dominación y fabricación de la ideología como «conjunto de producción de ideas mediante las cuales una clase dominante justifica su dominación».

No obstante, a diferencia de Robert Castel, de quien hemos tomado este término, que dio título a uno de sus libros en la década de 1970,²⁵ el psicoanalismo no es el principal objeto de nuestro estudio. Puede que sea una enfermedad originaria de nuestra disciplina: ya en la década de 1920 el psicoanalista Kolnai no dudaba en describir, de «manera neutra», el comunismo como una «regresión a la madre».²⁶ Y por muy atrás que nos remontemos en la historia de esta disciplina, el psicoanalismo parece rondar siempre el ámbito de la práctica y la teoría analíticas, ya sea como un espectro fugaz de poca influencia o como un monstruo todopoderoso que campa a sus anchas, en función de

25 En todo caso, compartimos sus puntos de vista. Robert Castel, *Le psychanalisme, l'ordre psychanalytique et le pouvoir*, París, Maspero, 1973.

26 Aurel Kolnai, *Psychoanalyse und Soziologie*, Viena, Internationaler Psychoanalytischer Verlag, 1920.

las coyunturas sociohistóricas más o menos favorables para su desarrollo. Ahora bien, si se examina la bibliografía analítica contemporánea —remontándonos, por ejemplo, hasta los años 80— y habiéndose formado en ella, sería poco decir que la disciplina ha estado, hasta hace poco, sometida al dominio del psicoanalismo como si de un auténtico leviatán se tratase. Este libro se propone acabar con esa deriva reciente, sin convertirlo en su objetivo, pero proponiendo un remedio. No hay duda de que el psicoanalismo es una tendencia inherente a nuestra disciplina, una de las posibles desviaciones que la condenan a un callejón sin salida en el que se ciega. Implica una relación determinada con la Historia, que reifica, y de la que proponemos liberarnos empezando por nuestra propia historia disciplinaria.

Por una historia política del psicoanálisis

Nada está más lejos de la realidad que la fábula del psicoanálisis neutro. Buena muestra de ello son el vigor y la fecundidad del psicoanálisis politizado, ya sea el de la década de los años 20 —bastante «olvidado» hoy, a pesar de haber sido promovido por el propio Freud— o el de la década de los setenta —generalmente considerado con desdén, pero que se inscribe en la continuidad del anterior—. Pero veremos que, más allá de esas dos secuencias paradigmáticas, la perspectiva política es en realidad consustancial al psicoanálisis, incluso —y quizás especialmente— cuando este pretende evitar la perspectiva política y termina convirtiéndose en psicoanalismo.

Por sorprendente que parezca a muchos analistas actuales, Freud defendió *en la práctica* una visión política progresista, optimista e incluso favorable al

comunismo, por lo menos hasta 1927.²⁷ Era una visión muy difundida entre los analistas²⁸ y muchos la impulsaron y persiguieron mucho después de Freud. En la década de 1920, la desconocida experiencia vanguardista de Vera Schmidt y su hogar para niños en la Rusia bolchevique, revolucionaria para el psicoanálisis infantil y sin equivalente en Europa occidental, despertó gran interés entre Freud y sus colaboradores y fue ejemplo para muchos analistas.

También repasaremos la trayectoria de Wilhelm Reich. Lejos de los estereotipos que lo relegan a los márgenes, su postura en los años 20 lo vincula a la prestigiosa tercera generación de analistas, cuyos miembros hicieron gala de una intensa implicación política.²⁹ Freud apoyó durante mucho tiempo a estos jóvenes analistas que, con gran entusiasmo y sin disponer aún de clientela privada, se dedicaban a la práctica clínica dirigida a los más pobres.

Veremos que la «renegación» de Reich en 1929 —que los defensores del pesimismo en el psicoanálisis nunca dejan de mencionar— es en realidad una gran inflexión teórica por parte de Freud. En un contexto geopolítico muy deteriorado, ese cambio de tendencia dio lugar a una nueva orientación práctica que, mucho más allá del caso de Reich, dejó en una situación complicada a la gran mayoría de analistas. Tuvo consecuencias muy graves para el psicoanálisis internacional, si se miran en retrospectiva, mucho más

27 No obstante, eso no convierte a Freud en comunista.

28 Russell Jacoby, *Otto Fenichel: destins de la gauche freudienne*, París, Puf, 1986, pág. 21.

29 Si bien es cierto que esta implicación seguramente fue más marcada que la de la generación anterior y no estuvo exenta de divergencias y conflictos generacionales (cuestión que trataremos más adelante), la verdad es que *en esencia todos sus miembros*, jóvenes o mayores tuvieron implicación política.

graves que el desastroso impulso que en la misma época tuvo la psicología ariana por parte de Jung,³⁰ figura repulsiva por excelencia en la historiografía ortodoxa.

A contracorriente de ese viraje de Freud, la trayectoria de Marie Langer, que se inicia a comienzos de los años 30, nos parece también decisiva para el destino del psicoanálisis. Esta joven psicoanalista, marxista, feminista y comunista, se comprometió firmemente con la acción revolucionaria. Como Reich, estaba convencida de la unidad de su lucha en estos tres frentes: el psicoanálisis, el marxismo y el feminismo. Seguiremos su trayectoria desde la Viena Roja hasta Argentina, pasando por las Brigadas Internacionales en España.³¹

Otra secuencia larga e instructiva para nuestra historia se articula en torno a François Tosquelles. Formado en Cataluña por los psicoanalistas de la Viena Roja exiliados a causa de la guerra, se implicó en la lucha de la comarca catalana antes de revolucionar el hospital de Saint-Alban, en Francia. Parte de su legado es la clínica La Borde, fundada en 1953 por Oury (al que pronto se unió Guattari).

Para terminar, recordaremos la renovación del psicoanálisis alemán en Heidelberg en la década de los 70 y la aventura del SPK [Sozialistisches Patientenkollektiv], el Colectivo Socialista de Pacientes. La radicalidad revolucionaria de esta experiencia, así como la violencia estatal que desencadenó en su contra, no dejan de resonar con el trágico destino del psicoanálisis alemán enfrentado al nazismo en los años 30 y el silencio que aún rodea a esta historia, pese a los numerosos tra-

30 En ese momento, la cuestión de Jung ya no tiene nada que ver con el psicoanálisis.

31 Aunque nuestro seguimiento se detendrá en ese punto, hay que señalar que seguirá implicándose en la práctica analítica junto a los revolucionarios de Managua.

bajos de los historiadores al respecto en el campo del psicoanálisis.

Como habrá comprendido quien lee este texto, vamos a seguir un método inverso al que se enseña en las «escuelas de psicoanálisis» parisinas. Lejos de ser una lectura concentrada en la exégesis, se trata más bien de abrir los textos a la Historia. Al poner de relieve las redes y las prácticas clínicas y políticas concretas de los analistas en su contexto histórico y retomando al mismo tiempo algunos textos fundacionales —de Freud, pero no únicamente suyos—, vemos emerger una historia completamente distinta, una historia de las prácticas.³² Esta, por su parte, nos permite comprender de otra manera los textos clásicos y su interpretación. Pese a la aparente heterogeneidad y falta de continuidad de nuestro relato, que desgrana las trayectorias de los analistas en su propia secuencia histórica, veremos cómo se van tejiendo los vínculos que los unen, ya sea en forma de extrañas repeticiones traumáticas que resuenan a través de distintas épocas, lugares y guerras, o en forma de experiencias prácticas que, por singulares que sean, se hacen eco entre sí. Finalmente, trataremos de mostrar lo que nos une a día de hoy a esos momentos politizados del psicoanálisis, así como los obstáculos que nos separan de ellos. La historia que presentamos aquí es ante todo *una historia de posibilidades*, que reexamina el relato oficial de nuestra disciplina a la luz de algunas de sus bifurcaciones decisivas; por lo general, esas bifurcaciones han quedado desatendidas por la historiografía psicoanalítica oficial francesa tal y como se presenta en los depar-

32 No pasamos por alto en absoluto las lagunas de nuestra breve exposición, a la que habrían podido sumarse muchas otras figuras y experiencias psicoanalíticas ignoradas o relegadas. Retomaremos esta cuestión en la conclusión.

tamentos de psicoanálisis de las universidades o en las «escuelas» de psicoanálisis que hemos conocido. Se trata, a fin de cuentas, de alumbrar de otra manera el presente de nuestra disciplina para, quizás, reabrirlo y recuperar el filo del descubrimiento freudiano.³³ Sin duda, hay que recordar que el diván es fundamentalmente el espacio de objeción y de toma de palabra, y que ambas cosas fueron al principio de las mujeres. La invención de la *talking cure* [la cura mediante la palabra] por parte de Freud partió de las quejas que hacían sus pacientes mujeres contra la prescripción médica —enormemente masculina— que no las escuchaba. La epilepsia, la parálisis de las extremidades o la histeria no encontraban su causa en la etiología orgánica. ¿Cómo ignorar que la oleada de síntomas que presentaban estas mujeres, como la inhibición para pensar, estaba vinculada a la dominación social que sufrían y a la represión de la que eran objeto desde la infancia, como sostenía Freud? Décadas más tarde, Fanon llegó a una conclusión similar durante la Guerra de Liberación de Argelia con algunos de sus pacientes que antes habían sido colonizados, con síntomas de úlcera y deformaciones en la columna vertebral.³⁴ El psicoanálisis es el espacio de elaboración de este uso singular de la

33 Dado que no soy historiador de formación, lo que me ha conducido a esta investigación ha sido en primer lugar las preocupaciones del ámbito de la práctica analítica clínica (véase mi anterior libro, *L'héritage...*, *op. cit.*). Pero, igual que los historiadores experimentados, tiendo a pensar que esa misma contingencia y el sesgo que se deriva de ella es lo que da fuerza a mi propósito y hace posible que se comprenda. Un texto siempre está situado y el rigor mínimo del investigador no consiste en fingir abstraerse en nombre de «la objetividad», sino en reconocer su sesgo, que en este caso, como se habrá comprendido ya, es el de la preeminencia de la *perspectiva revolucionaria en el psicoanálisis*.

34 Frantz Fanon, *Les damnés de la terre*, París, La Découverte, 2004 [edición en castellano: *Los condenados de la tierra*, Tafalla, Txalaparta, 1999].

palabra, inicialmente silenciado, que pretende hacerse oír a pesar de la dominación, la negación, el control y la perversión; a menudo, el analista debe hacerse testigo de un sufrimiento mudo y sin nombre que puede llegar a adueñarse de la realidad del cuerpo, y del que solo el trabajo de cura puede liberar al sujeto. La promesa que abre el psicoanálisis es la posibilidad de que el sujeto recupere el control de su destino, de abrir camino para legitimar su deseo y salir de su menoscabo. En el tumulto de la dominación contemporánea y con la amenaza que supone el retorno del paradigma de la etiología organicista, eso prueba hasta qué punto la cura mediante la palabra, gracias a su impacto revolucionario, sigue siendo sumamente valiosa en el momento presente.

1

FREUD MIRA AL ESTE. VERA SCHMIDT Y EL PSICOANÁLISIS EN EL PAÍS DE LOS SÓVIETS

Freud y la hipótesis comunista

Cierta doxa exegética suele elegir quedarse con un *pesimismo cultural* que sería específico de la teoría analítica, de la obra de Freud. Este planteamiento se basa, por lo general, en uno de sus libros tardíos, *El malestar en la cultura*³⁵ (1930), en el que condena el comunismo de manera inequívoca; retomando la máxima hobbesiana según la cual «el hombre es un lobo para el hombre», en esta obra presenta la represión de la cultura como un mal necesario e inevitable para dominar las fuerzas pulsionales del individuo. Valiéndose de esta referencia, algunos analistas llegan a afirmar que se trata de un callejón sin salida: el «mal» estaría en el hombre.³⁶ Otros, menos ofuscados por la metafísica

35 S. Freud, *Le malaise dans la culture*, París, Puf, col. «Quadrige», 1995, [1930]. Sin duda, el pesimismo cultural aparece anteriormente en su obra, pero en una dimensión mucho menor [edición en castellano: *El malestar en la cultura*, Madrid, Alianza Editorial, 2006].

36 Sin presentar las cualidades del pensamiento de Hobbes, aquí el psicoanálisis va a parar a una metafísica demonológica: «Es propio del hombre disfrutar de lo sucio o, si se prefiere, de lo inapropiado, de lo impuro, y no despojarse jamás del deseo de hacer el mal»

del mal, desarrollan argumentos más elaborados, pero no por ello menos problemáticos: el psicoanalista tiene que adoptar una actitud de *neutralidad política*. ¿Acaso no decía Jones, el colaborador más próximo de Freud en la última parte de su vida y autor de una monumental hagiografía del maestro vienés —hagiografía que todavía se considera de autoridad—,³⁷ que, según este último, el psicoanálisis «no tenía color político» y su único color era el de la «carne»?³⁸ Así pues, parecía que la posición del maestro estaba «tomada... no tomar ninguna posición». Fuera por pesimismo o «indiferentismo»,³⁹ la lectura dominante y de consenso abordaba el conjunto de la obra freudiana en su dimensión política y muchas veces, por extensión, también el psicoanálisis en su totalidad.

Sin embargo, como admitirá quien lee este texto, esta interpretación no es banal. No solo no hace justicia a los matices y a la evolución del pensamiento freudiano, sino que además —y en esto se centrará nuestro libro— pasa por alto la realidad de las *prácticas psicoanalíticas* comprometidas con los barrios más desfavorecidos que había puesto en marcha el propio Freud. De hecho, en el Congreso Mundial de Psicoanálisis de 1918 de Budapest, Freud hizo un llamamiento para extender el alcance del psicoanálisis clásico a los más necesitados, que hasta entonces se dedicaba úni-

(M. Schneider, *Big mother*, *op. cit.*, pág. 11). Así se comprende bien la política naturalmente autoritaria (y paternalista) que, por consiguiente, debe imponerse para evitar la guerra de todos contra todos.

37 La perspectiva de Jones sigue considerándose de autoridad en estos entornos analíticos, aunque ha sido muy cuestionada por la mayoría de los historiadores.

38 Ernest Jones, *La vie et l'oeuvre de Sigmund Freud*, t. iii, París, Puf, 2006, pág. 389 [edición en castellano: *Vida y obra de Sigmund Freud*, Barcelona, Anagrama, 2021].

39 Paul-Laurent Assoun, «Freudisme et indifférentisme politique», *Hermès*, n.º 5-6, CNRS Éditions, 1989, pág. 346.

camente a las clases más acomodadas. Y su deseo de que existiera una psicoterapia popular se materializó, ya que después del Congreso se inauguraron en toda Europa más de una decena de policlínicas; en Budapest, Berlín, Moscú, Viena, Zagreb, Londres, Trieste, Roma, Fráncfort o París, todos los analistas de las capitales más importantes de la época respondieron a su llamamiento. En el marco de esta iniciativa, la postura política no deja lugar a dudas y se asume con claridad. Se refleja incluso en la ortografía elegida para nombrar las policlínicas: en francés, se le dio preferencia a la -i- de «política» frente a la -y- del prefijo griego *poly* [muchos] que aludía a los múltiples cuidados; la denominación era una clara muestra del compromiso con los barrios necesitados. Por lo tanto, el psicoanalista no era en absoluto indiferente y el psicoanálisis estaba lejos de ser neutro.

No obstante, estos analistas no son «revolucionarios aislados», ni tampoco se sitúan a la «vanguardia». Toda la época es revolucionaria: las revoluciones comunistas y socialistas derrocan imperios y monarquías aparentemente inmutables y establecidos para toda la eternidad. Rusia abre camino en 1917 y pronto la siguen Hungría y Alemania. Para la mayoría de las partes implicadas, se trata de un movimiento a escala mundial. Al igual que sus coetáneos, Freud había sido testigo de las revoluciones sociales de posguerra y —es necesario recordarlo— había aprobado en gran medida esos movimientos, como veremos más adelante. En su libro *El porvenir de una ilusión*, se pueden ver las huellas del compromiso político teórico de Freud, por lo menos hasta 1927 donde legitima la revuelta de las masas contra esa cultura en la que una minoría de individuos oprime a la mayoría: «Pero cuando una civilización no

ha logrado evitar que la satisfacción de un cierto número de sus partícipes tenga como premisa la opresión de otros, de la mayoría quizá —y así sucede en todas las civilizaciones actuales—, es comprensible que los oprimidos desarrollen una intensa hostilidad contra la civilización que ellos mismos sostienen con su trabajo, pero de cuyos bienes no participan sino muy poco. En este caso no puede esperarse por parte de los oprimidos una asimilación de las prohibiciones culturales [...]. No hace falta decir que una cultura que deja insatisfecho a un núcleo tan considerable de sus partícipes y los incita a la rebelión no puede durar mucho tiempo, ni tampoco lo merece».⁴⁰

Este libro de Freud suele leerse a la luz del anticomunismo y el pesimismo antropológico de su siguiente obra, *El malestar en la cultura*, y se justifica políticamente esta postura afirmando que las multitudes estarían faltas de inteligencia por naturaleza y serían indiferentes a los argumentos: harían falta líderes para obligarlas a obedecer. Esa lectura pasa absolutamente por alto, como mínimo, los matices de la posición de Freud. En *El porvenir*, por el contrario, Freud considera decisiva la hipótesis de que el hecho de que los oprimidos no interioricen las prohibiciones se debe a la opresión de una minoría. Además, en ese mismo libro, Freud circunscribe el objeto tanto de su análisis como de su crítica: se dirigen a la condición cultural de nuestra civilización, «consolidada hace ya largo tiempo».⁴¹ En el capítulo introductorio, se preocupa por distinguir esa condición

40 Sigmund Freud, *L'avenir d'une illusion*, París, Puf, 1973 [1927], pág. 18 [edición en castellano: *Psicología de las masas; más allá del principio del placer; el porvenir de una ilusión*, Madrid, Alianza Editorial, 2017, págs. 170-171. N. de la T.: en los casos que no se indique la página correspondiente en la edición en castellano, será traducción propia por no ajustarse exactamente a la versión en francés que recoge el autor].

41 *Ibid.*, pág. 13 [edición en castellano: pág. 167].

cultural de la novedosa tentativa revolucionaria de Rusia, sobre la que afirma no querer emitir ningún juicio en ese momento. En este punto, el psicoanalismo pule mucho las palabras de Freud.⁴² Y lo que es más grave, también pasa por alto la orientación práctica concreta de Freud. Freud, optimista desde el punto de vista estratégico, daba crédito a las reformas sociales progresistas. Por eso, hasta *El porvenir de una ilusión*, reconocía la opresión y la explotación de la mayoría por parte de la minoría como causas fundamentales de la desgracia de nuestra civilización, causas sobre las que era posible actuar. Así pues, era normal que acogiese favorablemente iniciativas como el comunismo, cuyo objetivo era mejorar las condiciones materiales de los individuos. Por eso en este libro Freud concentró sus críticas en «nuestra vieja civilización»: la condición religiosa, que llevaba tiempo generando más inconvenientes que ventajas al mantener a los hombres en un estado de ignorancia e inhibición propicio para su dominación (sobre todo la de las mujeres), podía ser cuestionada.

A diferencia de lo que hace la corriente más ortodoxa, no hay que interpretar *El porvenir de una ilusión* únicamente como una discusión en la que Freud se opone a su amigo, el pastor suizo Oskar Pfister, con quien se carteaba (Pfister también era psicoanalista y defendía la alianza del psicoanálisis y la religión). Cuando menos, no se debe abstraer esta discusión del contexto revolucionario al que Freud no deja de aludir. En ese momento concreto, se le hace necesario anali-

42 Los textos anteriores de Freud, en los que la concepción de *El malestar* se articula en torno a una crítica política, corrieron la misma suerte. Pero esa crítica política se puede encontrar en varios textos, como por ejemplo en «La morale sexuelle civilisée et la maladie nerveuse des temps modernes» [«La moral sexual civilizada y la enfermedad nerviosa en los tiempos modernos»], en *La vie sexuelle*, París, Puf, 1969.

zar el porvenir de la ilusión religiosa porque lleva de la mano el devenir de toda la sociedad y de sus mutaciones, sobre todo en materia de sexualidad. Por lo tanto, este libro no es solamente una reflexión política general desde un punto de vista analítico abstracto y metapsicológico; también es un análisis de la coyuntura contemporánea y una toma de posición política. El argumento de la violencia de las masas y la necesidad de someterlas solo cobra sentido en la situación de hegemonía de la ideología religiosa, que Freud critica y que se encontraba, además, en declive. Para él, se plantea un dilema: «o contener por la fuerza a estas masas temibles y privarlas cuidadosamente de toda ocasión de un despertar intelectual, o llevar a cabo una revisión en profundidad de las relaciones entre la civilización y la religión».⁴³ Freud aboga, por supuesto, por la segunda opción, que no duda en comparar con un «proceso de crecimiento» inexorable similar al del niño que se convierte en adulto; y por esa razón, entre otras, considera la religión una neurosis infantil de la humanidad.⁴⁴ Al recomendar que se «favorezca» este proceso, Freud pasa tangencialmente de una concepción evolucionista del progreso de las sociedades a la cuestión política de la materialización de este progreso en la Historia contemporánea. Porque, a su modo ver, la cuestión es contemplar «los progresos» mediante los que los hombres podrían «reconciliarse» con «sus instituciones»⁴⁵ y

43 S. Freud, *L'avenir d'une illusion*, op. cit., pág. 56.

44 *Ibid.*, pág. 61 [edición en castellano: pág. 209].

45 Al reconocer «el origen puramente humano de los preceptos e instituciones de la civilización, [c]on su pretendida santidad desaparecerían la rigidez y la inmutabilidad de todos estos mandamientos y los hombres llegarían a creer que tales preceptos no habían sido creados tanto para regirlos como para apoyar y servir sus intereses, adoptarían una actitud más amistosa ante ellos y tenderían [...] a perfeccionarlos». *Ibid.*, pág. 59 [edición en castellano: pág. 207].

por lo tanto con la cultura, no soportar la violencia de la cultura considerándola un mal necesario, inevitable y ahistórico. Sin duda existen renunciaciones y privaciones necesarias para el proceso cultural,⁴⁶ pero no todas lo son. Y ese es justamente el caso «de las restricciones que solo afectan a determinadas clases sociales», las que Freud denomina «clases postergadas».⁴⁷ Al darle la palabra a un interlocutor imaginario que le contradice, cínico y reaccionario (¿se trata realmente de Pfister, que en su correspondencia con Freud se quejaba de sus colegas conservadores?), Freud expone la perspectiva política e histórica que él mismo tenía entonces: «¿Es que ha olvidado usted las enseñanzas de la Historia? La tentativa de sustituir la religión por la razón ha sido iniciada ya una vez oficialmente y con toda solemnidad. Supongo que recordará usted sin duda la Revolución francesa y a Robespierre, así como la fugacidad y el lamentable fracaso de esta experiencia. ¡Hoy se repite en Rusia!».⁴⁸

Desde la corriente oficial se ignora en gran medida esta postura de Freud favorable a la revolución, en este caso a la Revolución rusa y a sus reformas laicas, pero es muy conocida entre los especialistas en la historia y el psicoanálisis de Rusia, que llevan mucho tiempo resaltando esta cuestión.⁴⁹ Así lo señala formal-

46 Son las prohibiciones fundamentales: el homicidio, el incesto y el canibalismo.

47 S. Freud, *L'avenir d'une illusion*, op. cit., pág. 18 [edición en castellano: pág. 170].

48 *Ibid.*, pág. 66.

49 Jean Marti, «La psychanalyse en Russie, 1909-1930», *Critique*, n.º 346, París, Minuit, 1976; Martin Miller, *Freud au pays des soviets*, París, Les empêcheurs de penser en rond, 2001. Freud manifiesta sus reservas sobre la idea de que hubiera que suprimir la religión «de pronto y violentamente». Pero lo hace para acabar desembocando en uno de los argumentos de Marx, según el cual la religión es el opio del pueblo, y para sustentar su crítica sobre la situación en Estados Unidos: «El creyente no

mente el propio Reich: «En todo caso, la democracia social que surgió en Rusia era la solución más humana posible en las condiciones que se daban en la historia y la estructura humanas. Eso Freud lo admitía de forma explícita».⁵⁰

Así pues, como demuestran los datos históricos, hay que recordar con vehemencia que, en ese momento, Freud no solo no condena el comunismo ruso, sino que incluso, en cierto modo, lo defiende. Aunque sin duda no ignora que las cosas se están alejando del buen camino en la Rusia revolucionaria, indica expresamente que no se ha «propuesto en absoluto enjuiciar» esta experiencia, dado que es un proceso «inacabado aún»; no duda en calificarlo de «gran experimento de cultura» o de plan «grandioso y significativo para el porvenir de la cultura humana».⁵¹ No hay duda de que cierto tanto por ciento de la humanidad permanecerá siempre asocial, a consecuencia de «una exagerada energía de los instintos» en el hombre. Sin embargo, legítimamente, con un cambio educativo y cultural se tendría que poder reducir la hostilidad de la mayoría ante la cultura. En este texto, Freud defiende *la posibilidad* de la hipótesis comunista, en la medida en que parece tener la capacidad de materializar las reformas que él anhela. La descripción de la pulsionalidad humana y

se deja despojar de su fe con argumentos ni con prohibiciones. [...] Un individuo habituado a los narcóticos no podrá ya dormir si le privamos de ellos. Esta comparación del efecto de los consuelos religiosos con el de un poderoso narcótico puede apoyarse en una curiosa tentativa actualmente emprendida en Norteamérica [...]. En este país [...] se está procurando sustraer al individuo todos los medios de estímulo, embriaguez y placer, saturándole, en cambio, de temor de Dios, a modo de compensación» (*L'avenir d'une illusion*, op. cit., pág. 69 [edición en castellano: *El porvenir de una ilusión*, op. cit, pág. 215]).

50 Wilhelm Reich, *La función de l'orgasme*, París, L'Arche, 1952, págs. 169-170.

51 *Op. cit.*, pág. 12 [edición en castellano: pág. 167].

de la destructividad de nuestra «vieja civilización» no impide el cambio progresista y no agota en absoluto las posibilidades políticas, todo lo contrario. Siguiendo su perspectiva evolucionista y filogenética, Freud intercede indirectamente en favor de los avances sociales que parecen estar a punto de realizarse. ¿Acaso el propósito de su libro no es contemplar una educación no religiosa? El motor de esa ambición es una esperanza perfectamente asumida, la de descubrir «un tesoro susceptible de enriquecer a la civilización»: «retirando sus esperanzas del más allá y concentrando en la vida terrena todas las energías así liberadas [el hombre] conseguirá, probablemente, que la vida se haga más llevadera a todos y que la civilización no abrume ya a ninguno».⁵² Por lo tanto, no sorprende que, según Wilhelm Reich, Freud hubiera manifestado poco antes, en una conversación privada de 1926, «la esperanza de que la experiencia revolucionaria en la Rusia soviética pudiera triunfar».⁵³ Lejos del contexto pesimista y supuestamente apolítico de la década de 1930, que retomaremos más adelante, vamos a centrarnos primero en esta esperanza caída en el olvido y que compartían en gran medida todos los analistas de los años 20.

La implicación práctica de Freud y los analistas

1917: se alza un auténtico «mañana de los pueblos», un impacto para las conciencias que se propaga como un reguero de pólvora por distintos países. La Revolución rusa permite augurar la esperanza de una vida mejor para la gran mayoría. Parece anunciar una nueva era. Rusia, país que entonces estaba sumido en el atraso económico, parece proyectarse a la vanguar-

52 *Ibid.*, págs. 69 y 71 [edición en castellano: págs. 215 y 216].

53 J. Martí, «La psychanalyse en Russie», *op. cit.*, pág. 235.

dia de las políticas progresistas que, desde comienzos de siglo, desarrollan las distintas Internacionales socialistas y comunistas. Poco a poco, la revolución se va extendiendo y continúa en otros lugares... De hecho, el fin del Imperio austrohúngaro se produce poco después de la revolución bolchevique. En Viena, la ciudad de Freud, se proclama la república y así se pone fin a seis siglos de monarquía. Freud da testimonio de la inminencia de este gran cambio en sus cartas a Sándor Ferenczi, psicoanalista con el que mantiene una relación cercana: pese a la «tensión sorda» que percibe, no puede «reprimir su satisfacción» ante la idea de un «desenlace favorable» que desembocaría en «la desintegración del Estado prusiano».⁵⁴ En la misma línea, justo después del armisticio, escribe: «Los Habsburgo se han marchado sin dejar nada más que un montón de tonterías».⁵⁵ Lejos de la lectura ortodoxa, que, movida por una ilusión retrospectiva, fomenta la idea de una escisión ideológica entre el movimiento freudiano de Europa occidental y la Rusia revolucionaria,⁵⁶ lo cierto es que, a ojos de quienes vivieron esa época, la Revolución rusa se inscribe en el mismo horizonte de cambios políticos e ideológicos que también se iban a producir en el resto de Europa.

54 Sigmund Freud, Sándor Ferenczi, *Correspondance 1914-1919*, París, Calmann-Lévy, 1996, t. ii, pág. 331.

55 Elizabeth Ann Danto, «Psychanalyse et justice sociale», *Le Coq-Héron*, 2010, n.º 201, pág. 56. Para este capítulo, hemos tomado libremente los análisis que hace esta historiadora y sus dos únicos artículos traducidos al francés y publicados en la revista *Le Coq-Héron* (su libro aún no se ha traducido: *Freud's Free Clinics: Psychoanalysis and Social Justice, 1918-1938*, Nueva York, Columbia University Press, 2005), así como los análisis del libro de Russell Jacoby, *Destins de la gauche freudienne*, París, Puf, 1986.

56 Cabe señalar que, en el otro extremo del espectro revisionista, también hay historiadores anticomunistas que aseguran que las policlínicas de Freud recibían financiación de la KGB gracias a Eitingon (Alexander Etkind, *Histoire de la psychanalyse en Russie*, París, Puf, 1995).

Y es en 1918, en el marco de este episodio intensamente revolucionario, cuando Freud pronuncia su célebre discurso fundacional sobre las policlínicas: «Para terminar, deseo analizar una situación que concierna al futuro y que muchos de ustedes considerarán fantástica, pero que, a mi modo de ver, merece que nos vayamos preparando. Ustedes saben que nuestro campo de acción terapéutica no es muy amplio. Somos pocos analistas y cada uno de nosotros, aunque trabajemos con ahínco, solo podemos atender a un pequeño número de enfermos cada año. En comparación con la inmensa miseria neurótica que campa por la tierra y que tal vez no tendría por qué existir, nuestros logros son casi insignificantes. Además, las necesidades de la existencia nos obligan a ceñirnos a las clases sociales acomodadas [...]. Por ahora, nos vemos obligados a no hacer nada por muchas personas que sufren intensamente sus neurosis. Supongamos ahora que, gracias a nuevas organizaciones, el número de analistas se incrementa hasta el punto de que consigamos tratar a multitudes. Por otro lado, es de prever que, algún día, la conciencia social despertará y recordará a la comunidad que los pobres tienen el mismo derecho a recibir asistencia psíquica que a recibir la atención quirúrgica que ya tienen garantizada gracias a la cirugía salvadora. La sociedad también reconocerá que las neurosis suponen una amenaza para la salud pública en la misma medida que la tuberculosis. Las enfermedades neuróticas no han de quedar abandonadas a los esfuerzos impotentes de unos pocos individuos caritativos. Cuando llegue ese momento, se construirán centros, clínicas dirigidas por médicos psicoanalistas cualificados, y en dichos centros, con ayuda del psicoanálisis, se intentará preservar la resistencia y la

actividad de hombres que sin este medio se darían a la bebida, de mujeres que sucumben bajo el peso de las frustraciones, de niños que solo pueden elegir entre la depravación y la neurosis. Estos tratamientos serán gratuitos»,⁵⁷

Por muy esencial que fuera este discurso para el psicoanálisis, lo cierto es que el alegato de Freud en defensa del psicoanálisis gratuito⁵⁸ en los barrios poco favorecidos no tenía entonces nada de marginal. Prueba de ello fue el rotundo éxito del discurso en esa época, que permitió que se creasen más de una decena de policlínicas en las grandes capitales. Entonces, todas las fuerzas progresistas miraban al Este y muchos llevaban tiempo defendiendo la llegada de una sociedad socialista. El compromiso de los analistas con el proyecto de las policlínicas no puede desligarse en ningún caso de este horizonte revolucionario. Algunos incluso llegaron a participar abiertamente. A Sándor Ferenczi, compañero cercano a Freud y convencido de que los psicoanalistas que pasaban por alto las «condiciones reales de las distintas clases de la sociedad» abandonaban a aquellos cuya vida cotidiana era particularmente penosa,⁵⁹ le confiaron, por mediación del filósofo y dirigente revolucionario húngaro György Lukács, la primera cátedra de psicoanálisis de la República Húngara de los Consejos, en la Universidad de

57 Sigmund Freud, «Les voies nouvelles de la thérapeutique psychanalytique», *La technique psychanalytique*, París, Puf, 1981, págs. 140-141. [edición en castellano: *Técnica psicoanalítica*, Buenos Aires, Amorrortu, 2016].

58 Sorprende ver cómo cierta ortodoxia del psicoanálisis solo escoge entre los textos de Freud aquellos en los que se habla de los «inconvenientes» de la gratuidad (sobre todo, su artículo de 1913 sobre «El comienzo del tratamiento») y «olvida» esta ocasión oficial de defensa de la gratuidad de la cura.

59 Citado por Elizabeth Ann Danto, «Une révolution dans "l'âme de l'homme"», *Le Coq-Héron*, 2010, n.º 201, pág. 28.

Budapest.⁶⁰ Una clínica privada también le encomendó la tarea de abrir un centro de tratamiento psicoanalítico. Por lo tanto, hay que destacar que el primer caso de «institucionalización» del psicoanálisis se produjo en un Estado revolucionario. En general, como consecuencia de sus posicionamientos respecto a la sexualidad y la educación, los analistas acompañaron esos cambios políticos en su dimensión cultural. La gran mayoría de ellos se situaban claramente a la izquierda en el panorama político. Ernst Simmel presidía la Sociedad de Médicos Socialistas. Helene Deutsch, más radical, era cercana a Rosa Luxemburgo. El propio Freud no era la excepción. En 1918, tenía sus esperanzas puestas en Victor Adler, fundador de la Segunda Internacional que había agrupado a marxistas revolucionarios y socialistas reformistas,⁶¹ y elogiado por Trotski.⁶² Los analistas promueven la educación popular, abren guarderías y defienden el derecho al aborto. Freud respalda los esfuerzos analíticos de sus colegas, como Siegfried Bernfeld o August Aichhorn, que trabajan con jóvenes delincuentes. Pone su fianza para que se funde la revista *Pédagogie psychanalytique*, en la que participan todos los grandes nombres del psicoanálisis.⁶³ A mediados de la década de 1920, avala a los analistas jóvenes que deciden dedicarse más a los medios obreros; crean «puestos de avanza-

60 Jean-Michel Palmier, «La psychanalyse en Hongrie», en Roland Jaccard, *Histoire de la psychanalyse*, París, Hachette, 1982, vol. 2, pág. 165; Michelle Moreau-Ricaud, «La psychanalyse à l'université: histoire de la première chaire, Budapest avril 1919-juillet 1919», *Psychanalyse à l'université*, vol. 15, n.º 60, París, Puf, 1990; Arpad Kadarkay, *Georg Lukács: Life, Thought, and Politics*, Oxford, Basil Blackwell, 1991.

61 S. Freud, S. Ferenczi, *Correspondance 1914-1919*, t. ii, op. cit., pág. 342.

62 Lev Trotski, «La sociale démocratie autrichienne: Victor Adler», *Kievskaya Mysl* (<https://www.marxists.org/francais/trotsky/oeuvres/1915/07/lt19150713.htm>, 1915).

63 Mireille Cifali, Jeanne Moll, *Pédagogie et psychanalyse*, París, Dunod, 1985.

dilla» con la intención de aplicar el psicoanálisis en los barrios más populares, yendo aún más lejos en la materialización del deseo freudiano a favor de la psicoterapia popular. Así, Karl Landauer crea, junto con Erich Fromm y otros colaboradores, «la comunidad obrera psicoanalítica del sureste de Alemania»⁶⁴ y Reich, con otros cuatro psicoanalistas y tres obstetras, abre seis centros de higiene sexual, que «enseguida se llenaron a rebosar»,⁶⁵ para fomentar la información sobre educación infantil y métodos anticonceptivos en los entornos populares.

Freud renegó muchas veces de Viena y de sus autoridades burguesas, sobre todo cuando a él y a sus colegas les impidieron durante años abrir una policlínica en la ciudad. Al mismo tiempo, en la ciudad era más que sabido que dirigía proyectos sociales radicales e incluso participó en una de las campañas del partido vienés para repartir canastillas a bebés de familias con progenitores en paro. Julius Tandler, anatomista célebre y académico brillante que, en su papel de administrador del sistema social de la nueva República, trabajó mucho para reducir la tasa de mortalidad infantil, así lo reconocía: «no había gran controversia sobre el rol de Freud en Viena», y añadía que «sin duda era uno de los hombres que marcaba la época».⁶⁶ Cuando por fin se fundó la policlínica, Freud, nombrado ciudadano honorario, donó una parte de los fondos recaudados por su setenta cumpleaños. Igual que otros médicos vieneses de los años 20, Freud preparaba para sus sesiones de tratamiento *Erlagscheine*, bonos que se usaban como

64 Hans-Joachim Rothe, *Karl Landauer. Theorie der Affekte und andere Schriften zur Ich-Organisation*, Fráncfort, Fischer TB, 1991.

65 Constantin Sinelnikoff, «La vie militante de Wilhelm Reich», *L'oeuvre de Wilhelm Reich*, t. 1, París, Maspero, 1970, pág. 15.

66 E. A. Danto, «Psychoanalyse et justice sociale», *op. cit.*, pág. 57.

moneda alternativa, innovación típica de la Viena Roja, que se podían reembolsar a cambio de efectivo o de tiempo.⁶⁷ En una carta a Paul Federn, miembro de la Sociedad de Psicoanálisis y del Consejo municipal de la ciudad, Freud afirma que «hoy ser pobre ya no es una desgracia».⁶⁸ La práctica y los debates que impulsaban los analistas por aquel entonces trataban sobre los «dispositivos no clásicos». Abogaban por «la igualdad de los sexos», la «despenalización de la homosexualidad» y la «liberación sexual».⁶⁹

En esta época, el psicoanalista contribuye a la política e incluso la precede, porque su práctica innovadora le marca el camino a seguir. Freud, en su discurso de Budapest, define claramente la relación entre el Estado y las policlínicas: las clínicas se crean *a la espera* de que el Estado «reconozca la urgencia de sus obligaciones» y las asuma, porque se trata de una «necesidad que tarde o temprano habrá de reconocer».⁷⁰ Hay que admitir que, en general, el contexto político es favorable a esta perspectiva. El viejo mundo y sus tradiciones se derrumban y el psicoanálisis parece despejar nuevos horizontes que serán decisivos. Por influencia de la obra *Psychanalyse des masses* [Psicoanálisis de las masas], de Ernst Simmel, fundador de la policlínica de Berlín, el Gobierno alemán estuvo a punto de crear una cátedra de psicoanálisis.⁷¹ En la Hungría revolucionaria sí que se consiguió, como ya se ha mencionado, y Ferenczi comenta al respecto: «No paran de cortejar

67 E. A. Danto, «Une révolution dans "l'âme de l'homme"», *op. cit.*, pág. 30.

68 Citado por E. A. Danto, «Psychanalyse et justice sociale», *op. cit.*, pág. 58.

69 E. A. Danto, «Psychanalyse et justice sociale», *op. cit.*

70 S. Freud, «Les voies nouvelles de la thérapeutique psychanalytique», *op. cit.*, pág. 141.

71 Gilles Tréhel, «Ernst Simmel (1882-1947): Psychanalyse des masses», *L'information psychiatrique*, John Libbey Eurotext, 2016, págs. 327-335.

al psicoanálisis desde todos los frentes; me cuesta un poco rechazar tantas proposiciones». ⁷² Pero sin lugar a dudas es en Rusia donde la experiencia llegará más lejos porque, de hecho, se crea un Instituto Estatal de Psicoanálisis al que se vinculan una serie de clínicas y de hogares para niños. ¿Acaso no se estaba materializando en el país de los sóviets el anhelo freudiano de una psicoterapia popular gratuita y asumida por la colectividad, anhelo que había unido a todas las figuras del psicoanálisis para crear, en su defecto, policlínicas privadas? Freud, «impresionado» por el proyecto ruso, le brinda su apoyo, igual que Anna Freud y Marie Bonaparte; excepto Jones (que tampoco había asistido al congreso fundacional de Budapest), ⁷³ la mayoría de los analistas hablaron del hogar infantil en términos elogiosos. ⁷⁴ «Puede que la luz venga del Este», ⁷⁵ le había comentado Freud a Reich. Para la mayoría de los analistas, en estos años de revoluciones, la experiencia rusa representaba en Europa, sin duda, una esperanza para los movimientos progresistas en los que participaban activamente.

La revolución sexual y el psicoanálisis en la Revolución rusa

El psicoanálisis ya se conocía en Rusia antes de 1917, sobre todo en la élite intelectual, y gran parte de los artífices de la Revolución se mostraban a favor, porque consideraban que el objetivo era cambiar la vida, ardua tarea en la situación rusa. Antes de la revolución, las leyes sobre la familia dependían del Svod Zakonov,

72 S. Freud, S. Ferenczi, *Correspondance 1914-1919*, t. ii, *op. cit.*, pág. 384.

73 Retomaremos esta cuestión.

74 M. Miller, *Freud au pays des soviets*, *op. cit.*, pág. 93.

75 Wilhelm Reich, *Reich parle de Freud*, París, Payot, 1972, pág. 33 [edición en castellano: *Reich habla de Freud*, Barcelona, Anagrama, 1970].

la colección de leyes del Imperio ruso, que, entre otras cosas, permitía a los progenitores hacer que encarcelasen a sus hijos si les desobedecían. El matrimonio era un sacramento, el divorcio no existía y la Iglesia ortodoxa y su moral ejercían una enorme influencia en la vida psicológica del individuo. El psicoanálisis iba a permitir repensar ámbitos como la educación, la relación entre hombres y mujeres, la familia y la sexualidad sobre fundamentos distintos a los religiosos. Por eso los revolucionarios que llegaron al poder le otorgaron un espacio en la construcción del nuevo régimen social.

Pero el interés por el psicoanálisis trascendió ampliamente el círculo de las nuevas autoridades. En los años 20, el psicoanálisis causó absoluto furor en la juventud rusa revolucionaria. Circulaban por doquier folletos sobre Freud y la revolución sexual procedentes de entornos revolucionarios alemanes, sobre todo feministas, hasta el punto de que Lenin, hostil a este enfoque, lo tachó de contrarrevolucionario. Clara Zetkin, figura feminista del Partido Comunista de Alemania y cercana a Lenin, se quedó atónita al oírle afirmar: «Me han comentado que en vuestras reuniones de mujeres se habla sobre todo de la cuestión sexual. Al parecer, este tema es el objeto de vuestra atención y propaganda. [...] El texto que más se difunde ahora mismo es el folleto de una joven camarada de Viena sobre la cuestión sexual. ¡Menuda tontería! [...] El debate sobre las hipótesis de Freud os da un aire “cultivado” y hasta científico, pero en el fondo es poco más que un trabajo escolar».⁷⁶

76 Clara Zetkin, «Lénine et la question sexuelle», *Cahiers du bolchevisme*, 1925, n.º 29, págs. 1991-1992.

Pese a esta hostilidad y por impulso del feminismo, la Revolución rusa hizo valer los derechos de las mujeres más que ningún otro régimen de su época. Alexandra Kollontai, que en 1923 se convierte en una de las primeras mujeres embajadoras de la historia, crea, junto con Inessa Armand, el Jenotdel, un departamento encargado de los asuntos de las mujeres ante el Comité Central. Se cuestionan todos los valores reaccionarios en los que se basaba el sistema educativo y familiar de la antigua sociedad. Se fomentan nuevas formas de relaciones amorosas y se votan leyes sobre la reforma sexual. En el entorno del Komsomol,⁷⁷ hay «comunidades de jóvenes» que tratan de liberarse de la vida familiar sumiéndose en el amor libre de manera colectivista y autónoma.⁷⁸ Algunas facciones del movimiento revolucionario oficial, a la izquierda de Lenin y de Trotski, abogan abiertamente por otros vínculos amorosos que sustituyan a la familia.⁷⁹ Para esta corriente libertaria (muy popular en ese momento), la abolición de la divi-

77 Organización juvenil del Partido Comunista de la Unión Soviética [N. de la T.].

78 Estas comunas, formadas por campesinos de los estratos más pobres, al principio recibieron el apoyo del poder bolchevique. Son «el intento más depurado de materializar el ideal comunista y libertario: democracia directa, igualdad radical y comunión humana». Véase Éric Aunoble, *Le communisme, tout de suite. Le mouvement des communes dans l'Ukraine soviétique*, París, Les nuits rouges, 2008. Como señala Aunoble, formar parte de una comuna y ser comunista funcionaban entonces como sinónimos.

79 Alexandra Kollontai, *Marxisme et révolution sexuelle*, París, Maspero, 1977. Según Alexander Goikhbarg, joven autor del nuevo Código de la familia, en realidad se trata de preparar el terreno para «una época» en la que los «vínculos del marido y la mujer» se van a quedar «obsoletos». Respecto al «espíritu de las leyes» que se promulgaron entonces, escribe: «El poder proletario construye sus códigos y todas sus leyes dialécticamente, de manera que cada día que existen socavan la necesidad de su propia existencia. En pocas palabras, el objetivo de las leyes es que las propias leyes se vuelvan superfluas» (A. G. Goikhbarg, «Pervyi kodeks Zakonov RSFSR», *Proletarskaia revoliutsiia i pravo*, 7, 1918, citado por Wendy Goldman, *Women, the State and the Revolution: Soviet Family Policy and Social Life, 1917-1936*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993, pág. 1).

sión del trabajo y de sus desigualdades va de la mano con la abolición de lo que hoy llamaríamos «desigualdades de género», lo que constituye una iniciativa de liberación sexual perfectamente integrada.⁸⁰ Además de la jornada laboral de ocho horas o del derecho a la tierra, se reconoce también el derecho al voto femenino, se promulga la paridad salarial a igualdad de méritos y se implantan las bajas de maternidad. Muy poco después de octubre, quedan instituidos el matrimonio civil y la libertad de divorcio. Mediante el decreto del 23 de enero de 1918, se proclama la separación total de Iglesia y Estado. Así, la vida amorosa y sus vínculos, igual que la educación de los niños, se liberan de sus yugos atávicos. En el programa del Partido de 1919 se va aún más lejos y se contempla la socialización del trabajo doméstico para liberar a las mujeres. Ven la luz proyectos de cantinas públicas, jardines de infancia y guarderías. Las nuevas leyes también permiten a los cónyuges elegir su apellido: el de la mujer, el del hombre o ambos.⁸¹ El adulterio y la homosexualidad desaparecen del código penal, igual que la autoridad del cabeza de familia desaparece del código civil. Y, además, en 1920 se legaliza el aborto, primer caso en el mundo.⁸² La reforma sexual instaurada por los revolucionarios se convierte en un «modelo» para muchos reformistas e intelectuales de todo el mundo.⁸³ En Rusia se pusieron en marcha las experiencias más audaces y vanguardistas, muchas veces, además, al margen de cualquier organización

80 Sobre estas cuestiones, véase, entre otros, Arthur Clech, «Révolutions russes: l'émergence et l'affirmation d'une conscience de soi homosexuelle?», *Comment s'en sortir*, n.º 5, *Le sexe de la révolution*, 2017.

81 Trotsky asumió el apellido de su mujer, Sedova.

82 Wendy Goldman, *Women, the State and the Revolution*, *op. cit.*

83 Florence Tamagne, «La Ligue mondiale pour la réforme sexuelle: la science au service de l'émancipation sexuelle?», *Clio. Histoire, femmes et sociétés*, París, Belin, n.º 22, 2005, pág. 8.

centralizadora.⁸⁴ En este contexto, ¿cómo no iba a tener cabida el psicoanálisis, esa nueva ciencia de lo sexual y del inconsciente? Su penetración en Rusia acompaña al impulso revolucionario y, además, muchos dirigentes rusos de alto nivel se muestran a favor.

Tatiana Rosenthal, analista renombrada ya antes de la guerra⁸⁵ y que participó en la primera Revolución rusa de 1905, después de 1917 sigue tratando a enfermos mentales mediante psicoanálisis en la ciudad revolucionaria de Petrogrado y lo compagina con la dirección de una escuela para niños de la calle. Rosenthal, a diferencia de muchos analistas de la época, no considera que exista ninguna interrupción entre Marx y Freud, todo lo contrario.⁸⁶ Desde esa perspectiva, unos años después de la Revolución se crea el Instituto Estatal de Psicoanálisis. Martin Pappenheim, miembro de la Sociedad Psicoanalítica Vienesa y cercano a Freud, afirma, al volver de un viaje a Rusia, que «en Moscú hay un considerable interés por el psicoanálisis». Ya se habían publicado algunos trabajos de analistas rusos en «la revista freudiana».⁸⁷ Se enseña psicoanálisis en diversas instituciones oficiales, como sucede con cualquier otra disciplina. La editorial estatal de publicación de los sóviets (Gosizdat) funda «La nueva biblioteca rusa de psicoanálisis». La colección triunfa: las obras sobre psicoanálisis enseguida se agotan y no dejan de

84 Richard Stites, *Revolutionary dreams: Utopian vision and experimental life in the russian revolution*, Oxford, Oxford University Press, 1989.

85 Como escribe Anna Maria Accerboni, «Freud la conocía y consideraba que su formación era lo suficientemente seria como para reconocerla como psicoanalista». Junto con Sabina Spielrein, se cuenta entre los cuatro miembros rusos de la Sociedad Psicoanalítica Vienesa. Anna Maria Accerboni, «Tatiana Rosenthal, une brève saison analytique», *Revue internationale d'histoire de la psychanalyse*, París, Puf, 1992, pág. 97.

86 J. Martí, «La psychanalyse en Russie», *op. cit.*, pág. 205.

87 M. Miller, *Freud au pays des soviets*, *op. cit.*, pág. 87.

reeditarse. Y, mejor todavía, en varias clínicas psiquiátricas y refugios tratan gratuitamente a sus pacientes con el método psicoanalítico. El deseo expresado por Freud en el discurso de Budapest se ha hecho realidad: los pobres tienen derecho al psicoanálisis, igual que a recibir asistencia quirúrgica. Así pues, no era en absoluto extraño que Freud, como la gran mayoría de sus colegas, apoyase a los analistas rusos bolcheviques y la adhesión de la Sociedad Rusa de Psicoanálisis a la Asociación Internacional de Psicoanálisis (IPA, por sus siglas en inglés).⁸⁸

El psicoanálisis infantil y la educación en la Rusia revolucionaria

En 1921, Melanie Klein formulaba unas expectativas que por aquel entonces parecían de naturaleza prospectiva: «¿Cómo se puede poner en práctica una educación basada en los principios del psicoanálisis? Me parece que aún pasará mucho tiempo hasta que deje de ser un vano deseo esa exigencia —tan firmemente establecida por la experiencia analítica— de que los progenitores, las personas que se ocupan de los niños y los maestros de escuela tengan que someterse a psicoanálisis. [...] Me gustaría hacer una propuesta que no es más que una opinión impuesta por la necesidad, pero que podría ser útil temporalmente hasta que nuevas épocas traigan consigo nuevas posibilidades. Me refiero a la creación de jardines de infancia dirigidos por mujeres psicoanalistas. Es indudable que una psicoanalista, al mando de otras personas formadas por ella, puede observar a un grupo de ni-

88 No obstante, cabe destacar la excepción de Jones, reacio a que los psicoanalistas rusos se adhiriesen a la IPA, asunto que requirió la intervención de Abraham y de Freud (Jean Marti, «La psychanalyse en Russie», *op. cit.*, págs. 215-216).

ños de tal manera que reconozca cuándo es deseable una intervención analítica y pueda emprenderla de inmediato». ⁸⁹

Sin embargo, cuando en octubre de 1923 Vera Schmidt y su marido van a Berlín y a Viena a informar sobre el movimiento psicoanalítico ruso, el deseo expresado por Melanie Klein ya se ha materializado. Vera Schmidt es psicoanalista, fundadora y miembro de la Sociedad Rusa de Psicoanálisis. Formada según los métodos del pedagogo Friedrich Fröbel, inventor del jardín de infancia que defendía una pedagogía basada en la importancia del juego para los más pequeños, Schmidt trabaja en el departamento de infancia de la Comisión de Instrucción Pública. Y, en este contexto, Schmidt funda un hogar experimental para niños, el Detski Dom [Hogar Infantil], para acoger a los más pequeños. ⁹⁰

En el entorno del psicoanálisis, donde se cuestionan los enfoques clásicos, la pedagogía lleva mucho tiempo siendo uno de los principales objetos de estudio. En 1908, Ferenczi escribía en *Psychanalyse et pédagogie*: «la pedagogía actual es un auténtico caldo de cultivo de todo tipo de neurosis [...]. Hasta la educación que se rige por las intenciones más nobles y se realiza en las mejores condiciones —que se basa en los principios en vigor, generalmente equivocados— ha influido negativamente y de muchas formas en el desarrollo natural [...]. Muchos malestares psíquicos inútiles se puede atribuir a principios educativos inadecuados». ⁹¹ Se trata, en resumen, de no dejar la educación en manos de

89 Melanie Klein, *Essais de psychanalyse*, París, Payot, 2005, págs. 88-89.

90 Así lleva a cabo la idea de Tatiana Rosenthal. Véase A. M. Accerboni, «Tatiana Rosenthal, une brève saison analytique», *op. cit.*, pág. 102.

91 Sándor Ferenczi, «Psychanalyse et pédagogie», *Psychanalyse, t. i*, París, Payot, 1975, pág. 51.

los pedagogos oficiales. Los acontecimientos políticos de la posguerra parecen al fin favorables a otros enfoques. Además, en Occidente ya se han probado experiencias educativas guiadas por el psicoanálisis, entre las que destaca el Kinderheim Baumgarten de Berlín en 1919, un hogar escolar para niños sin hogar del que se ocupa Bernfeld. En esta época también se desarrolla el psicoanálisis infantil gracias a Hermine Hug-Hellmuth, Berta Bornstein, Melanie Klein o Anna Freud. Estos enfoques comienzan a influir en las instituciones educativas ya existentes, pero la experiencia rusa del hogar, donde se fomenta de manera explícita «una educación basada en los principios del análisis», se sitúa a la vanguardia.

La apuesta por una educación progresista se había presentado como una absoluta prioridad en el nuevo Estado socialista. Para Lenin, «la enseñanza [se había] convertido en una empalizada que impedía avanzar a los hijos de los trabajadores» y era necesario «derribar» esta empalizada.⁹² Efectivamente, la Rusia prerrevolucionaria era un país atrasado en el que el retraso cultural era enorme: más de tres cuartas partes de la población era analfabeta y el 80 % de los niños no iba a la escuela. Sin embargo, para los revolucionarios la educación era la llave que permitiría el desarrollo de la sociedad socialista.

La práctica del hogar para niños

Afirmar la superioridad del psicoanálisis respecto a la pedagogía clásica no es cosa menor: implica la inversión total del orden que dictaban las prácticas educativas hasta ese momento. No solo se reconoce a

92 Citado por F. V. Garmonov, «La planification de l'enseignement en URSS», *Revue du tiers-monde*, 1960, pág. 85.



Vera Schmidt

los menores como personas de pleno derecho —lo que supone una auténtica revolución si pensamos en el Svod Zakonov—, también se les tiene en cuenta a través de las manifestaciones de su sexualidad polimorfa y en función de su inclinación por el saber, dos aspectos decisivos que las pedagogías clásicas negaban. Freud no tardó en cuestionarse la pedagogía y cuáles eran sus auténticos objetivos: «Si la intención del educador es sofocar lo antes posible todo intento de que el niño piense de forma independiente, en beneficio de esa “honestidad” tan valorada, lo mejor que puede hacer para conseguirlo es confundirle en el plano sexual e intimidarle en el ámbito religioso».⁹³ Y es que Freud había mostrado la relación estructural entre la represión sexual y el declive de la curiosidad científica que, su-

93 S. Freud, *La vie sexuelle*, op. cit., pág. 11. Sobre el miedo a pensar que infundían en las mujeres la educación y la religión, también se puede consultar el texto «La morale sexuelle civilisée et la maladie nerveuse des temps modernes» [«La moral sexual civilizada y la enfermedad nerviosa en los tiempos modernos»] (Freud, *La vie sexuelle*, op. cit., pág. 42).

mados, desembocan en el «miedo a pensar». Por eso, a diferencia de la pedagogía clásica, Vera Schmidt atribuye mucha importancia al deseo epistemofílico infantil y a la relación sincera del adulto ante el niño en su afán de saber.⁹⁴ Melanie Klein también insiste en este aspecto. La censura y la mentira son catastróficas para «el instinto infantil de conocimiento»: «si nos oponemos a la curiosidad natural y a la tendencia a investigar hechos y fenómenos desconocidos o que se vislumbran, se reprime al mismo tiempo [...] cualquier otra investigación más profunda. Pero, simultáneamente, se inhibe también toda tendencia a investigar cuestiones profundas».⁹⁵ Como sus homólogos de Occidente, Schmidt aboga por la franqueza y la sinceridad, y las pone en práctica cuando responde a los niños del hogar infantil. Confía en el niño y en sus capacidades intelectuales. Mediante un lenguaje a su alcance, el niño tiene acceso al realismo científico que, en el fondo, espera recibir. Es también una forma de prepararle para la realidad protegiéndole contra las quimeras religiosas. Pero un enfoque así, tan radicalmente innovador, implica una revolución en la práctica, empezando por los educadores.

Cuando el deseo de saber infantil no se reprime sino que se acompaña, el educador debe iniciar un «trabajo serio» —un análisis— para «liberarse de los prejuicios que le ha legado su propia educación», porque el desarrollo adecuado del niño dependerá «de su relación con la persona que lo eduque».⁹⁶ Esta apuesta

94 Aquí retomamos, en parte, el análisis de Jean-Marie Brohm, «Présentation», en Vera Schmidt, Annie Reich, *Pulsions sexuelles et éducation du corps*, París, 10/18, 1979, págs. 15-29.

95 Melanie Klein, *Essais de psychanalyse*, op. cit., pág. 50.

96 Vera Schmidt, «Éducation psychanalytique en Russie soviétique», *Pulsions sexuelles et éducation du corps*, op. cit., pág. 66.

por el rol de la transferencia en la relación pedagógica conlleva una serie de cambios en la relación entre el pedagogo y el niño. Poco a poco, Schmidt va deconstruyendo sutilmente el autoritarismo que imperaba en el antiguo sistema educativo: «La renuncia a la satisfacción pulsional no debe hacerse porque los educadores la prohíban. El niño no tiene que dejar de mancharse porque no deba mancharse, sino porque vaya aprendiendo lentamente que también puede mantenerse limpio»;⁹⁷ «en lugar de darle al niño órdenes directas, que no hacen más que generar resistencia por su parte, tenemos que explicarle racionalmente —también a los más pequeños— qué esperamos de él».⁹⁸ El educador con formación en psicoanálisis tiene la capacidad de apreciar el desarrollo psicosexual infantil, que ocupa el centro de su atención pedagógica. Y por eso favorece las vías de la sublimación proponiendo, por ejemplo, juegos adecuados (jugar con la arena, dibujar, etc.) a las distintas fases de referencia (oral, anal). El educador también responde con sinceridad a las preguntas que le formulan los niños. Esta inversión de las prácticas pedagógicas, que refrenda el reconocimiento del niño como sujeto, solamente es posible porque «la autoridad del educador se sustituye por el contacto con el niño mediante la transferencia». De esta manera, la ley que se impone al niño se introyecta tranquilamente por medio de la relación con el educador, el niño no la sufre ni se le impone arbitrariamente desde el exterior. En este marco, el psicoanálisis se vuelve la condición previa de toda auténtica labor pedagógica. Schmidt no transige en este punto: si, «pese a sus esfuerzos» y «su propio análisis personal», una educadora «no

97 *Ibid.*, pág. 65.

98 *Ibid.*, pág. 64.

consiguiese pensar en las manifestaciones sexuales infantiles sin repulsión y aversión, lo mejor sería que renunciase al oficio en general».⁹⁹

Según Vera Schmidt, la obligación de someterse a análisis para que el pedagogo supere sus propios prejuicios también responde a una necesidad en otra escala completamente distinta: poner freno a una repetición mortífera e inútil, enseñada por la cultura, en la que la figura del pedagogo no es más que un engranaje. En *El porvenir de una ilusión*, Freud afirma: si los hombres «se hallan dominados por sus deseos instintivos» y son «poco asequibles a los argumentos de la razón», no es porque su «íntima naturaleza les oblig[ue] a ello». Lo que impide el acceso del sujeto al pensamiento no es una causa «antropológica», sino la educación religiosa.¹⁰⁰ Basándose en esta concepción social del sujeto, y llevando la contraria al extendido enfoque creacionista que naturalizaba las características de los sujetos y de los pueblos, Freud se pregunta: «¿Es que un antropólogo podría precisar acaso el índice craneano de un pueblo que tuviera la costumbre de deformar con apretados vendajes las cabezas de sus niños? Piense usted en el lamentable contraste entre la inteligencia de un niño sano y la debilidad mental del adulto medio. ¿No es quizá muy posible que la educación religiosa tenga gran parte de culpa en esta atrofia relativa?».¹⁰¹ Pero, desde comienzos del siglo XX, el enfoque de la clínica freudiana favorecía esta indagación crítica sobre la causalidad sociopolítica: «¿Cuál es el objetivo —se preguntaba Freud— de querer ocultar a los niños —a los adolescentes— las explicaciones sobre

99 *Ibid.*, pág. 66.

100 S. Freud, *L'avenir d'une illusion*, *op. cit.*, pág. 67 [edición en castellano: *El porvenir de una ilusión*, *op. cit.*, pág. 213].

101 *Ibid.*

la vida sexual de los seres humanos? [...] ¿Se pretende, con ese disimulo, contener su pulsión sexual hasta que pueda canalizarse únicamente por las vías que admite el orden social burgués?». ¹⁰² Con estas palabras, Freud llamaba a una reforma que sabía de sobra que no «se podría materializar de manera aislada» y que «requería transformar los fundamentos del sistema al completo» ¹⁰³ en los países donde la educación estaba controlada por la religión, como era el caso de Rusia. ¿Y acaso no era esa, justamente, la perspectiva de Schmidt? De hecho, mucho después del cierre del hogar infantil en 1924 y de que Stalin recuperase el poder, Freud sigue afirmando estas necesidades de la civilización: habla del «tesoro oculto» y de la «puerta a la esperanza» ¹⁰⁴ que abre la perspectiva de una educación orientada por el psicoanálisis.

102 S. Freud, *La vie sexuelle*, «Les explication sexuelles données aux enfants» (1907), *op. cit.*, pág. 8.

103 *Ibid.*, pág. 13.

104 S. Freud, *L'avenir d'une illusion*, *op. cit.*, pág. 69 [edición en castellano: *El porvenir de una ilusión*, *op. cit.*, págs. 214 y 215].

2

WILHELM REICH, DE LA POLICLÍNICA DE VIENA A SEXPOL EN BERLÍN

Cuando Wilhelm Reich llegó a Viena en 1918, no lo hizo movido por los ideales revolucionarios, sino empujado por la necesidad. Huérfano desde los 14 años, procedía de una familia campesina de Ucrania que lo había perdido todo durante la guerra. Solo, sin un céntimo e ignorante, el joven Reich marchó a Viena para estudiar; se decidió por la medicina y la psiquiatría.¹⁰⁵ En aquella época, Viena era el epicentro de los movimientos políticos y culturales. El fauvismo, la música atonal, el futurismo, los movimientos a favor de la emancipación de las mujeres, el psicoanálisis y los sesudos debates epistemológicos sobre la ciencia «moldeaban» la República de Weimar ya desde antes de la guerra; pero, a comienzos de los años 20, Reich se encontró con esa ebullición en su apogeo. Aunque, como todos los analistas de su generación, se dejó llevar por ese ambiente, su conciencia política se va forjando poco a poco: surge justamente mientras ejerce en la policlínica de Viena.

¹⁰⁵ Finalizó sus estudios en 1922 y 1924, respectivamente.

Los fundamentos clínicos de la implicación política de Reich: la policlínica

Reich emprende sus estudios de medicina y psiquiatría; sigue sobre todo las clases del insigne doctor Tandler, reformador del sistema social al que se ha mencionado anteriormente. Durante su formación, participa en un seminario de sexología. Presenta una comunicación sobre «los conceptos del instinto y la libido de Forel a Jung», en la que se ensalzan las ideas de Freud. Afirma que descubrir las teorías freudianas fue «un alivio» para él, sobre todo los *Tres ensayos sobre teoría sexual*, que revolucionaban las ideas anteriores. La sexualidad no aparecía en la pubertad, existía una sexualidad infantil: «Freud había construido un camino hacia la comprensión de la sexualidad. Podía verse cómo la sexualidad adulta se originaba en las etapas del desarrollo infantil».¹⁰⁶ Reich conoce al maestro vienés y le causa una intensa impresión, pero lo que más le impacta es su celo clínico: «Me conmovió profundamente la seriedad con que Freud trataba de entender a los alienados. Sobresalía como un gigante por encima de las opiniones vanidosas y convencionales que los psiquiatras de la vieja escuela profesaban acerca de las psicosis y las neurosis. Se limitaban a decir que este o aquel era un loco, y eso era todo».¹⁰⁷ Frente a los incontables análisis que afirman el desinterés de Freud por el ejercicio clínico, el encuentro del joven Reich con Freud se consolida en torno a su interés común por los pacientes. A partir de ese momento, Reich enseguida ocupará un lugar destacado en el psicoanálisis. En 1920, con apenas 22 años, ingresa en la Sociedad Psicoanalítica Vienesa

106 W. Reich, *La fonction de l'orgasme*, op. cit., pág. 32 [edición en castellano: *La función del orgasmo*, Barcelona, Paidós, 1981].

107 *Ibid.*, pág. 40.

y pronto le ofrecen diversas responsabilidades. Cuando se crea la policlínica de Viena en 1922, lo nombran primer asistente junto a Hitschmann y Freud; luego ocupará el cargo de vicedirector de 1928 a 1930.

Inmerso en el trabajo de la clínica, Reich se topa frontalmente con el malestar de los pacientes. Por eso la cuestión de la técnica analítica y del alcance de la cura ocupan desde el principio un lugar decisivo tanto en su ejercicio profesional como en sus publicaciones: lo que importa es saber cómo curar a la gente. Entre 1924 y 1930 dirige en la policlínica un seminario sobre técnica analítica en el que aborda casos concretos e intenta explicar los desenlaces positivos de la cura, pero también los puntos muertos en los que a veces se encuentra el profesional. En aquella época, los analistas estaban bien dispuestos a pensar que la cura puede conducir a la recuperación en unos meses; Reich constata que la realidad es muy distinta y que el analista se topa con infinidad de obstáculos. Cuando se sincera con Freud, el maestro le responde: «Analizar significa, ante todo, tener paciencia. El inconsciente es intemporal».¹⁰⁸ Pero esa respuesta teórica no le satisface: «[Freud] tenía una capacidad maravillosa para solucionar las situaciones complicadas en el plano teórico. Pero desde el punto de vista técnico, sus soluciones no eran satisfactorias».¹⁰⁹ Freud había dedicado seis años a analizar al hombre de los lobos; pero los pacientes a los que atiende Reich son tan pobres que su trabajo no puede tener un recorrido tan largo y la institución en la que ejerce —con dificultades para responder a todas las solicitudes— desde luego no lo permite. Aunque todos los analistas de la policlínica tenían que sacar una hora de análisis gratis

108 *Ibid.*, pág. 46.

109 *Ibid.*

para los pacientes, no bastaba ni de lejos para satisfacer la demanda. ¿Cómo hacer frente a la urgencia de todas esas situaciones y a la angustia de los pacientes, que eran muy reales y todas ellas dignas de terapia? Sin embargo, Freud señalaba un camino: había que «analizar las resistencias». Reich explorará a fondo esa vía hasta llegar a formular nuevas propuestas teóricas sobre «el análisis del carácter», propuestas que le permitirán resolver los problemas con los que se topa en la cura y que Freud apoyará sin reservas.¹¹⁰

El seminario de Reich en la policlínica

Aunque el fundador del psicoanálisis respalda (hasta el final) el seminario de Reich, no se puede decir lo mismo de sus colegas de más edad. A estos últimos no les gusta demasiado que Reich aborde los problemas de la práctica psicoanalítica: «[A] cualquiera que desee aportar luz a la discutida cuestión de la terapia analítica [...] se le mira ya con ojos recelosos. [...] ¿De dónde procede esta timidez para discutir nuestra terapia?». ¹¹¹ Para Reich, se trata, en realidad, de un síntoma. Mientras que sus colegas ya asentados no hablan más que de curas exitosas o se limitan a ignorar esta cuestión —sumándose al prejuicio según el cual Freud no tenía muy buena opinión de la terapéutica—, Reich comenta sus fracasos e intenta aclararlos mediante debates públicos. Esa actitud le causa sin duda ciertos problemas con sus colegas con más experiencia de la Asociación Internacional de Psicoanálisis, pero le brinda un enorme éxito entre la generación de jóvenes analistas que acuden a escucharle, como es el caso de Richard Sterba,

¹¹⁰ *Ibid.*, pág. 69.

¹¹¹ Wilhelm Reich, *Reich speaks of Freud*, Londres, Souvenir Press, 1972, pág. 149 [edición en castellano: *Reich habla de Freud*, Barcelona, Anagrama, 1970, pág. 148].



Wilhelm Reich, alrededor de 1943.

que comenta: «[Reich] tenía una intuición poco habitual para detectar la dinámica psíquica. Su agudeza clínica y su competencia técnica lo convertían en un docente extraordinario; su seminario era tan instructivo que muchos de los más mayores solían asistir. [...] Reich brillaba sobre todo en su forma de resumir el caso clínico, resumen que organizaba en torno a su perfecta comprensión de la dinámica que operaba en el material. Los consejos técnicos que brindaba a la persona que exponía el caso me han permitido comprender el manejo de la transferencia y sus resistencias».¹¹²

Sus investigaciones y las preguntas a las que da rienda suelta en el seminario, así como el éxito que tiene con los jóvenes en formación y la protección que le brinda Freud, generan celos y molestan a los analistas

¹¹² Richard Sterba, *Réminiscences d'un psychanalyste viennois*, Toulouse, Privat, 1986, pág. 37.

más veteranos, sobre todo porque Reich lleva a cabo sus investigaciones en nombre de objetivos clínicos difícilmente cuestionables.¹¹³ Paul Federn, persona próxima a Freud y miembro de la primera generación de psicoanalistas, llegó incluso a intentar retirar a Reich de la dirección de su propio seminario, pero Freud se opuso.¹¹⁴ Reich, por su parte, evita presentar sus ideas ante la Asociación Internacional de Psicoanálisis a partir de 1923, fecha de su exposición sobre «La genitalidad desde el punto de vista del pronóstico y de la terapéutica». En esa exposición, basada en 28 casos de neurosis masculinas y 14 de neurosis femeninas, ya intentaba describir procesos para los que la teoría clásica no encontraba explicación. Fue ahí donde presentó sus ideas sobre la preeminencia de lo genital, insistiendo en la

113 Antes de que se pusiera en marcha ese seminario, los jóvenes analistas se reunían de manera más o menos extraoficial. A los «veteranos» no les hacía demasiada gracia. Richard Sterba cuenta que su propio analista, Hitschmann, le «prohíbe estrictamente asistir a las reuniones privadas de los más jóvenes», de lo que concluye que «algunos de los miembros más veteranos estaban celosos del ardor de los más jóvenes a la hora de ir en pos de su desarrollo individual y de hacer crecer sus conocimientos analíticos». R. Sterba, *Réminiscences d'un psychanalyste viennois*, op. cit., pág. 33.

114 En 1930, Freud sigue defendiendo a Reich en su correspondencia con Federn (véase *Cartes postales, notes, lettres de Sigmund Freud à Paul Federn, 1905-1938*, París, Ithaque, 2018). Hay que señalar también que Paul Federn era el analista de Wilhelm Reich y que posiblemente daba muestras de una enorme contratransferencia negativa y sin analizar respecto a su joven paciente (por aquel entonces, ese problema todavía no se había formulado de manera clara). Sobre estas cuestiones (y sobre la hostilidad de algunos de sus colegas de Viena), véase Lore Reich Rubin, «Wilhelm Reich and Anna Freud: his expulsion from psychoanalysis», *International forum of psychoanalysis*, vol. 12, 2003. Para terminar, cabe mencionar que Federn es autor de un ensayo en el que analiza la oposición a la autoridad por parte de la generación de la posguerra como un parricidio inconsciente que pretende instaurar una «sociedad sin padre» (*Zur Psychologie der Revolution: Die vaterlose Gesellschaft*, Leipzig, Suschitzky, 1919). Se puede conjeturar que la llegada de Reich a Viena y la importancia que adquirió en el movimiento analítico confirmaron, a ojos de Federn, su dudosa hipótesis.

importancia de la resolución de la neurosis actual.¹¹⁵ Cuando se relee esta exposición hoy en día, queda de manifiesto el gran dominio de Reich en la articulación de la clínica respecto a la teoría, que cuestiona de forma original.¹¹⁶ No actúa solamente como epistemólogo o teórico; ejerce también de terapeuta que se preocupa por sus pacientes.

En el congreso de 1922 celebrado en Berlín, Freud había propuesto como tema de ensayo a concurso la cuestión de las relaciones recíprocas entre la teoría y la terapéutica. Reich no se presentó y nadie se llevó el premio, pero, sin duda, la exposición de Reich en 1923 y sus avances posteriores se enmarcaban en la respuesta al llamamiento de Freud para llevar a cabo una investigación de esa naturaleza.

Ante la realidad de sus pacientes y la necesidad clínica, Reich, siguiendo las indicaciones de Freud, se esfuerza por conducir el análisis hacia «las resistencias», para eliminarlas. Sin embargo, con tres de sus pacientes constata que la caída de sus resistencias gracias al análisis trae consigo la eliminación de la represión y también la curación. La eliminación de la represión permite que la libido, que se encontraba sometida, se descargue sexualmente: se restablece la función del orgasmo. Sin pasar por la larga y costosa revelación del inconsciente para buscar las causas infantiles —búsqueda que no siempre permite un desenlace favorable—, la práctica clínica muestra que existe otra opción terapéutica mucho más rápida, a través de la libido genital. Para explicar estas observaciones en el plano teórico, Reich retoma el concepto de neurosis ac-

115 La neurosis actual incluye la neurosis de angustia y la neurastenia.

116 Como en sus primeros artículos: «El coito y los sexos», 1921; «Sobre la especificidad de las formas de onanismo», 1922.

tual que Freud había propuesto y nunca había llegado a abandonar. A diferencia de la psiconeurosis clásica, la neurosis actual no se podía analizar en la teoría, porque su origen se encontraba en un problema reciente —«actual»— de la vida sexual. Era consecuencia inmediata de una represión de la sexualidad y, por lo tanto, no tenía una causa psíquica. Y por eso, según Freud, se le podía aplicar un tratamiento simple: bastaba con eliminar las prácticas sexuales «nocivas»¹¹⁷ para que la neurosis desapareciera. Pero Freud no había descartado que tal vez en la base de cualquier psiconeurosis existiera una neurosis actual, es decir, un problema sexual actual del que se alimentase la psiconeurosis. Además, según proponía Reich, el análisis también podía revelar que la superestructura de toda neurosis actual era una psiconeurosis, es decir, un conflicto psíquico infantil. La idea general del estudio de Reich era unificar la teoría de las neurosis y mostrar el peso decisivo del aspecto económico de la neurosis a la hora de manejar la transferencia y la cura.¹¹⁸ Aunque se trataba de propuestas bien fundamentadas y argumentadas que además no entraban en conflicto con la perspectiva de Freud (al contrario, más bien eran una continuación de dicha perspectiva), los miembros oficiales de la Asociación las acogieron con una «frialidad polar», en palabras del propio Reich.

117 Freud menciona la continencia, el *coitus interruptus* o la masturbación excesiva.

118 Para ver una exposición detallada de las ideas de Reich y su debate con las teorías analíticas, cabe remitirse a la obra de Constantin Sinelnikoff, *L'oeuvre de Wilhelm Reich*, París, Les nuits rouges, 2.^a ed., 2002 [1970], págs. 53-75. En general, en el capítulo sobre Reich se retoman libremente muchos de sus brillantes análisis. Este libro también se apoya —en menor medida— en la obra de Jean-Michel Palmier, *Wilhelm Reich*, París, 10/18, 1969.

Reich forma a los nuevos analistas que esperan su ayuda y sus intervenciones, goza de un gran público. Casi todos los analistas de la tercera generación asistieron a su seminario, incluida Anna Freud, la hija del maestro. Estos analistas jóvenes que están empezando y no tienen clientela privada se enfrentan a los mismos problemas y cuestionamientos que Reich en su práctica cotidiana con los pacientes de la policlínica. Reich prefiere llevar a cabo sus investigaciones en el marco del seminario, pero a la generación anterior le resulta difícilmente soportable la libertad que le brinda ese contexto.

De hecho, en la policlínica de Berlín también se pueden encontrar ciertos ecos de ese conflicto generacional en torno a otra figura importante del movimiento psicoanalítico más comprometido, Otto Fenichel. Fenichel fundó un seminario al margen de la policlínica, llamado «seminario de los niños», donde se juntaron los analistas jóvenes. Pero, así como en Berlín este seminario tenía como trasfondo un desacuerdo político explícito,¹¹⁹ el seminario de Reich tenía un enorme éxito —y era también objeto de ataques— por razones vinculadas con el psicoanálisis, su clínica y su técnica. Tal vez no se haya resaltado lo suficiente, pero es precisamente en ese crisol de la práctica clínica y la reflexión técnica donde emerge la conciencia sociopolítica de Reich. Dicho de otro modo y con cierta dosis de paradoja, la implicación política de Reich —implicación que tanto se le reprochará más adelante y que acabará haciendo que lo excluyan de la Asociación Internacional de Psicoanálisis— se forja, desde el inicio

119 El Instituto de Berlín, que se había alejado de su vocación inicial de servir a los más necesitados, ponía de manifiesto una estructura jerárquica autoritaria que impedía todo debate político, como denunciaban los analistas más jóvenes.

de su andadura en el ejercicio clínico, en la mismísima ortodoxia del movimiento analítico vienés y en la práctica analítica cotidiana de la policlínica.

Los pacientes pobres de la policlínica de Viena

Reich atiende en la policlínica al «primero que pasa», de acuerdo con el objetivo con el que se fundó. Sin embargo, el malestar que evidencian sus pacientes está estrechamente relacionado con su espantosa miseria social. A diferencia de lo que ocurría en la policlínica de Berlín, donde, como destaca su presidente y principal mecenas Max Eitingon, «los elementos verdaderamente proletarios han desaparecido», en Viena todos los enfermos proceden de la clase trabajadora. Reich declara: «La clínica estaba constantemente llena. Los pacientes eran operarios de fábrica, empleados, gente del servicio, estudiantes y trabajadores del campo».¹²⁰ Reich les fue dedicando la mayor parte de su investigación y su dedicación clínica. Esa práctica le proporcionó «multitud de observaciones sobre la neurosis de personas de baja condición económica» que además luego se convirtieron en el tema de su primer libro, *Die triebhafte Charakter* (1925) [El carácter impulsivo, inédito en español]. En esa obra, Reich describe, haciendo hincapié en la miseria económica, a quienes corren el riesgo de hundirse en la delincuencia: «Sus inhibiciones morales hallábanse —como resultado de su miseria económica— reducidas a un mínimo tal que sus impulsos perversos y criminales amenazaban incesantemente con irrumpir en la conducta».¹²¹ En

120 W. Reich, *La fonction de l'orgasme*, op. cit., pág. 65 [N. de la T.: en los casos que no se indique la página correspondiente en la edición en castellano, será traducción propia por no ajustarse exactamente a la versión en francés que recoge el autor].

121 *Ibid.*, pág. 69 [edición en castellano: *La función del orgasmo*, Barcelona,

contra de la ciencia de su época, Reich iba a demostrar que los enfermos a quienes la psiquiatría calificaba de «psicópatas» o de «antisociales degenerados», víctimas de una «locura moral» cuya única causa era una mala herencia, tenían en realidad motivos sociales y psicológicos para ser como eran. Unos años antes, Reich había escrito una primera monografía sobre sus pacientes «difíciles», que no formaban parte de la clientela privada. Desde el punto de vista metapsicológico, la falta de inhibiciones que padecían era una clara muestra de la situación particular de su yo en relación con la instancia que en teoría tenía que regularlo, el superyó. Le había enviado la monografía a Freud, que a su vez le había respondido con una entusiasta carta de apoyo. Según Freud, el estudio de los casos observados por Reich, donde se manifestaban lo que parecían ser «defectos» en la estructura del yo, eran de gran interés para la investigación psicoanalítica. Era probable que «de ahora en adelante se descubriera que entre el yo y el superyó operaban mecanismos análogos a los descubiertos previamente entre el yo y el ello».¹²²

Reich se dedica justamente a detallar y precisar estos mecanismos. La formación del ideal del yo y la posibilidad de la ambivalencia para el sujeto dependían de su satisfacción pulsional, condicionada a su vez por la actitud de la persona que le había educado en la infancia. Pero los pacientes de Reich, procedentes de entornos desfavorecidos, habían tenido una infancia y una «educación» muy tormentosas. Expuestos a la miseria y la promiscuidad, se habían criado como habían podido. Abandonados a su suerte, víctimas muchas veces (y demasiado pronto) de transgresiones

Paidós, 1987, pág. 69].

122 *Ibid.*, pág. 69-70 [edición en castellano: pág. 72].

sexuales por parte de una figura adulta, los niños que habían sido no conocían el beneficio de la prohibición que habría tenido que protegerlos frente al abuso. Sin embargo, la prohibición aparecía tarde o temprano en forma de represión social o incluso legal (en aquella época, el vagabundeo, por ejemplo, estaba castigado por ley). Y cuando aparecía se manifestaba de forma brutal: el niño o el adolescente chocaban violentamente con la prohibición, sin comprenderla. ¿Y, entonces, cómo iban a aceptar e integrar la ley? Dicho de otro modo, la formación del carácter impulsivo dependía de un entorno educativo concreto: «Enseguida queda claro que un entorno que se caracteriza por la falta de inhibición de las pulsiones, por un lado, genera en el niño formas defectuosas del ideal del yo y, por otro, aplica la negativa con más violencia de la necesaria. Y así se llega a la ambivalencia aguda y muy pronunciada del carácter impulsivo, que podría alegar, con toda razón, que no le han enseñado otra cosa».¹²³ Por lo tanto, Reich consideraba que el malestar psíquico que afectaba a sus pacientes estaba indefectiblemente unido a su condición social de miseria, de manera que ambos factores tendían a confundirse. Por un lado, la estructura psíquica de sus pacientes, forjada por las estrictas restricciones sociales que habían conocido en la infancia, les conducía una y otra vez a tomar decisiones de manera impulsiva; por otro lado, su condición social de miseria ya como adultos estaba sacudida por una represión idéntica a la que habían conocido de niños y los condenaba a ese tipo de decisiones. Esa condición los atravesaba y además era lo que habían conocido

123 Wilhelm Reich, *Le caractère impulsif*, citado por C. Sinelnikoff, *L'oeuvre de Wilhelm Reich*, op. cit., pág. 73. Para un análisis detallado de las implicaciones de esta obra, cabe remitirse al trabajo de C. Sinelnikoff.

siempre, lo que les resultaba más familiar. Había fomentado los elementos traumáticos de su infancia y contribuía a que se repitiesen. Se cerraba el círculo, un círculo vicioso.

La tesis de Reich planteaba varias cuestiones cruciales para la disciplina psicoanalítica, pero también para la psiquiatría. No solo hacía que se viniera abajo el argumento de que era imposible analizar los casos erróneamente denominados «narcisistas», sino que también ponía de manifiesto que la práctica clínica era inseparable de la situación política y social. Sin embargo, Reich consideraba que «ni en psiquiatría ni en psicoanálisis se acostumbraba a interrogar a los pacientes acerca de su condición social. Se sabía que eran casos donde existían la pobreza y la miseria, pero no parecían tener ninguna importancia. En la clínica, sin embargo, uno se topaba de frente con esos factores constantemente».¹²⁴ Reich defendía que debía reconocerse la preponderancia de las condiciones materiales y sociales del malestar de sus pacientes pobres. Los problemas del carácter impulsivo se debían, ante todo, a su condición social pasada y presente. Y de ahí la «vida imposible» de las personas a las que se calificaba de «marginales» o cuyo comportamiento se atribuía desde la psiquiatría a la «locura moral».¹²⁵

Fragmento del análisis de Reich a una obrera

Veamos uno de los fragmentos del análisis de Reich para concretar las ideas que planteaba. Expone uno de los casos graves y desgarradores con los que trataba a diario, pero también las dificultades con las

124 W. Reich, *La fonction de l'orgasme*, op. cit., págs. 65-66. Sigue siendo así en gran medida, además.

125 Ya lo había sugerido Aichhorn en una serie de conferencias publicadas en 1925, con el título *Verwahrloste Jugend* [*Juventud abandonada*].

que se encontraba y las salidas que se le ocurrían, yendo más allá de la concepción clásica tanto de la teoría como de la técnica que había heredado: «Un día, una hermosa joven de clase trabajadora vino a verme a la clínica con dos niños y un bebé. No podía hablar. Escribió en un pedazo de papel que había perdido el habla repentinamente hacía pocos días. El análisis estaba descartado, así que traté de eliminar el trastorno del habla mediante la sugestión. Después unas cuantas sesiones hipnóticas comenzó a hablar con una voz baja, ronca y cargada de aprensión. Durante años había sufrido la obsesión de matar a sus hijos; el marido la había abandonado y los niños se morían de hambre. Trataba de ganarse la vida cosiendo por las casas y así comenzó a pensar en el asesinato. Estaba a punto de tirar los niños al agua cuando fue presa de una angustia terrible. Desde entonces, la atormentaba el deseo de confesar a la policía para así proteger a los niños de sí misma. Pero esa intención también le provocaba una intensa angustia: temía que la colgaran, y el mero hecho de pensarlo le oprimía la garganta. Como tenía miedo de su propio impulso, se protegía mediante el mutismo».¹²⁶

Este caso, donde la miseria social del momento estaba inevitablemente unida a síntomas psíquicos, habla por sí solo. Pero había más. Al explorar la historia infantil de la paciente, también se observan los efectos de la miseria social sobre el sufrimiento psíquico, de manera que el síntoma presente de opresión en la garganta era una huella inconsciente. Huérfana desde niña, había sido criada por extraños; compartía una habitación con seis o más personas; de pequeña, según cuenta Reich, había tenido que sufrir los acercamien-

126 W. Reich, *La función de l'orgasme*, op. cit., pág. 67.

tos sexuales de algunos adultos. Desde la infancia, la atormentaba el deseo de tener una madre protectora; en sus fantasías se convertía en un bebé protegido que mamaba del pecho materno. Y ahora que era madre, veía a sus hijos en una situación similar a la suya de niña. No conseguía alimentarlos, cosa que le resultaba insoportable. El síntoma de la opresión en la garganta no se debía solo al temor presente a la represión policial: guardaba relación con toda la historia trágica de la paciente, con la pérdida prematura de su madre y la consiguiente exposición al peligro en las condiciones sociales de miseria y promiscuidad en las que vivía. Todas esas circunstancias le habían hecho anhelar la figura de una madre que hubiera podido protegerla y alimentarla, hasta llegar a esa fantasía regresiva y reparadora que había construido la paciente. En cuanto a la neurosis actual, el síntoma de opresión se alimentaba de la condición de miseria social de la paciente ante la imposibilidad de dar de comer a sus hijos. El miedo a la policía y al castigo encajaba bien con una historia infantil más antigua, psiconeurótica, que se podía analizar. Como explica Reich con una fórmula clínica muy clara: «la garganta había sido siempre el lugar de su angustia sofocante y de sus anhelos». Pero esa psiconeurosis también estaba relacionada con la miseria social extrema en la que se había criado la joven, y sus particularidades hacían que la paciente fuera aún menos accesible al análisis, porque todos esos factores formaban parte de la situación actual de la paciente y la empujaba a repetir las circunstancias psíquicas y materiales en un bucle trágico. Reich visitó varias veces a la paciente en una barriada de Viena y relata: «No había nada, absolutamente nada que alegrara su vida; solo miseria, soledad, los chismes de los vecinos y,

además, las trapacerías criminales del casero y del patrón. Su capacidad de trabajo se explotaba al máximo. Diez horas de faena cotidiana le reportaban poco más de unos 100 francos. En otras palabras, ella y sus tres hijos debían vivir con unos ingresos mensuales que rondaban los 3500 francos. Lo increíble es que vivieran. ¿Cómo lo hacían? Nunca lo supe».¹²⁷

La toma en consideración de la miseria social para determinar las neurosis y las nuevas necesidades de acción terapéutica

Madres pobres y aisladas, chicas objeto de acercamientos sexuales como consecuencia de la promiscuidad ligada a las condiciones de la vivienda, obreros sin trabajo al borde del suicidio... ¿Cómo ignorar la influencia de las condiciones sociales en la neurosis? ¿Cómo no tomar en consideración su impacto en la vida psíquica? Reich está conmocionado. Se revuelve contra la ceguera, la mala fe y los desvaríos de sus colegas: ¿de verdad hay que buscar en las experiencias infantiles la causa de las inhibiciones sexuales de una pareja si sabemos que vive en una sola habitación con varios niños? De ahí parte para elaborar sus reflexiones sobre la diferencia de clase en la expresión de la neurosis. En el caso de las personas más acomodadas, los síntomas relacionados con «comportamientos obsesivos», con «estados histéricos crepusculares» y con «fantasías de asesinato», o incluso los «impulsos homicidas», parecen relativamente inofensivos, pero si los pacientes son pobres adoptan un «carácter siniestro». La restricción social se deja notar a dos niveles. Por un lado, la miseria y la necesidad económica en la que se encuentra el sujeto debilitan el superyó y sus

127 *Ibid.*, págs. 67-68.

inhibiciones, cosa que expone al sujeto a los mayores peligros. Por otro, «las neurosis de la población obrera» no cuentan con material cultural que les permita tomar el camino de la sublimación. Por eso, la miseria psíquica y la miseria material del sujeto tienden a confundirse. «Las neurosis de la población obrera solo se diferencian de las otras por la ausencia de refinamiento cultural»: «el ciudadano acomodado lleva su neurosis con dignidad, o la vive de una manera u otra. En las personas de la clase trabajadora se manifiesta como la tragedia grotesca que en verdad es».¹²⁸

La diferencia entre la clientela privada y la de la clínica enseguida se le hace a Reich «evidente y fundamental». Después de «dos años de trabajo en la clínica» adquiere «la convicción de que la psicoterapia individual», tal y como se había concebido, «tiene un radio de acción muy limitado».¹²⁹ Pero si la técnica clásica a modo de investigación arqueológica que requiere un análisis muy largo no se adecua a los casos que estudia Reich, no es porque existan «trastornos psiquiátricos» ni una «falta constitucional de inteligencia». Todas estas personas no presentan una naturaleza psíquica distinta a la de las personas con «neurosis»; simplemente viven en condiciones sociales muy deterioradas. El fracaso de la técnica no puede achacarse al sujeto, sino más bien al terapeuta que pretende aplicarla a un sujeto que no conoce. El hecho de que la técnica «no funcione» no es indicativa de la «tara hereditaria» de un paciente «inanalizable»; refleja la disimetría social en la que se encuentra el sujeto de clase trabajadora en comparación con el de clase acomodada. El sujeto de clase trabajadora está inmerso en una urgencia psíqui-

128 *Ibid.*, pág. 68 [edición en castellano: pág. 71].

129 *Ibid.*, págs. 65-66.

ca y una restricción social muchísimo más grandes, lo que obliga al analista a encontrar caminos nuevos. El malestar que aqueja a estas personas con neurosis exige que las cosas se aborden a la inversa. Por eso Reich insiste desde un punto de vista teórico en su forma de concebir la neurosis actual y en su tratamiento. Las condiciones sociales de los más desfavorecidos les ponen enfermos en su situación actual, y por eso se diseña una vía clínica de intervención nueva para el analista. Por lo tanto, la neurosis es actual en el sentido de que tiende a confundirse con la situación social y psíquica presente del paciente, aunque esa situación, si se consigue profundizar en el análisis, resulte estar muy vinculada a la historia infantil. En concreto, es posible actuar sobre las neurosis abordando ciertos aspectos relacionados con la miseria social, como el aborto, la delincuencia, la anticoncepción y la educación, pero también interpretándolos desde el punto de vista de la dinámica sexual. Para ello era necesario intervenir más en los barrios más desfavorecidos, de manera que en 1929 Reich fundó, además de la policlínica, seis centros de higiene sexual.

Aunque Freud no compartiera los últimos postulados de la teoría de Reich (sobre la genitalidad, la función del orgasmo, etc.), aprobaba su orientación. ¿Eran realmente una novedad? ¿No era simplemente el proyecto de profilaxis de las neurosis que había formulado Freud y que dio origen a la fundación de las policlínicas, pero llevado un poco más lejos? El apoyo de Freud a la actividad de Reich da a entender que así era. Además, por aquel entonces Freud todavía no había formulado su teoría pesimista de la cultura, que tiende a esencializar la agresividad en el individuo y a presentar la cultura y la represión que ejerce la cultura

como un mal necesario. Por el contrario, en 1927 Freud reconoce, como se ha visto, la represión que sufren las masas y el probable triunfo cultural que se obtendría si se actuase sobre ella. En aquella época, Freud señala que algunas privaciones impuestas a los «marginados» no son en absoluto necesarias para la cultura. Al contrario, la ponen en riesgo e hipotecan su legitimidad. Desde ese punto de vista, la dimensión profiláctica tal y como la describe Reich en la que se involucrará hasta la creación de los centros de higiene sexual en 1929, puede contribuir sin duda a la cultura y encaja perfectamente con la visión de Freud.

Profilaxis de las neurosis y militancia comunista

Lo que lanza a Reich por esa nueva vía de acción tan ilustrativa no es solo la práctica clínica individual ligada a la miseria social que ve en la policlínica; también lo impulsa la Revuelta de Viena del 15 y 16 de julio de 1927. Esos días, de los que conserva una impresión muy vívida, lo encaminarán a una militancia declarada y a abrirse a nuevas cuestiones analíticas.

El 30 de enero, excombatientes monárquicos habían disparado contra la multitud durante un mitin socialdemócrata. Causaron dos muertos y dos heridos, pero los asesinos fueron absueltos por la justicia el 14 de julio, y la mañana del día 15 se declaró una huelga. Los obreros ocuparon el centro de Viena y se prende fuego al palacio de justicia. La policía disparó a quemarropa por toda la ciudad: la mañana siguiente hay más de cien muertos. Reich, que participa en la manifestación, se esconde con su mujer en un parque. La situación le impresiona mucho, la considera la derrota de la socialdemocracia. Se opera en él un cambio político: esa misma tarde se afilia a la organización co-

munista Socorro Obrero Internacional, la organización del Partido Comunista con la misma función que la Cruz Roja.¹³⁰

Esta serie de acontecimientos también le permite comprobar sobre el terreno lo acertadas que eran las teorías sobre el adiestramiento y la identificación con el líder propuestas por Freud en su libro de 1921, *Psicología de las masas y análisis del yo*. Los policías exhiben un comportamiento mecánico e indiferente. Obedecen ciegamente las órdenes de disparar. Pero a Reich le sorprende ver cómo la multitud se deja masacrar por las fuerzas policiales, pese a ser lo suficientemente multitudinaria como para acabar con la policía. ¿Qué es lo que contiene a los manifestantes para no atacar a los agentes, cuando de hecho les convendría hacerlo? ¿Qué permite a la multitud soportar horas de tiroteos esporádicos? Todas esas preguntas le llevarán a una nueva heurística y le permitirán desarrollar la función social de la represión sexual.

Además, en esa época Reich comienza a leer a Marx y Engels, cuyas teorías aplica a su propia reflexión. Al mismo tiempo descubre los «clásicos» de la sociología y la antropología modernas en los que se basaban Marx y Engels: el sociólogo suizo Johann Jakob Bachofen, que se había dedicado a estudiar el matriarcado, y Lewis Henry Morgan, el primer estudioso en interesarse por los sistemas de parentesco. Como señala Reich, esas lecturas son decisivas no solo para su formación política, sino también para su concepción psicoanalítica vinculada con la antropología.¹³¹ Sin embargo, lo

130 Fundado por la Internacional Comunista en 1922, también puede ser conocido como Socorro Rojo Internacional [N. de la T.].

131 Esta incursión en la etnología contemporánea chocó con las ideas freudianas sobre el sujeto. Freud recurría principalmente a las teorías evolucionistas más antiguas de Lamarck y Darwin, y de ellas extrajo su

que más le ayudó a adentrarse en un nuevo camino fue conocer a los obreros y proletarios del cinturón rojo de Viena y la actividad terapéutica que desarrolló con ellos. De hecho, Reich destaca: «los auténticos secretos de la función social y la represión sexual me los reveló la experiencia de la práctica médica y sexológica con la juventud de Viena».¹³²

Reich habla ante asociaciones estudiantiles y con los obreros de las fábricas de Viena. En sus conferencias, abandona enseguida las exposiciones teóricas sobre la relación entre el marxismo y el psicoanálisis o sobre el inconsciente, cuestiones que no responden a las preguntas apremiantes de quienes le escuchan. También percibe la abstracción y la ineficacia de la propaganda marxista. Las consignas sobre el materialismo y la revolución no funcionan. Reich trata más bien de sumarse a la causa de su público interesándose por él, por su vida cotidiana. Al final de sus conferencias, las preguntas candentes fluyen sin cesar: «¿Qué se hace cuando el marido y la mujer quieren tener relaciones sexuales y otras personas duermen en el mismo cuarto? ¿Por qué los médicos le prohíben abortar a una mujer que no puede criar más hijos? ¿Por qué se castiga la homosexualidad? ¿Una chica tiene derecho a tener un amante con 17 años? ¿Las relaciones sexuales cuando se es joven conducen a la locura?» Reich inten-

concepción de la cultura derivada de la «horda primitiva», el incesto y el complejo de Edipo. Esa antropología freudiana universalista y naturalizante se puso en tela de juicio y se echó por tierra desde la antropología social y cultural, sobre todo por parte de Malinowski, que mostró que las sociedades matrilineales de las islas Trobriand no estaban sometidas al supuesto universalismo de Edipo. Fue ese enfoque de Malinowski el que inspiró las investigaciones de Reich en materia antropológica.

132 Wilhelm Reich, *People in trouble*, Nueva York, Farrar, 1978, pág. 47. Versión en español a partir de la traducción al francés del propio autor.

ta responder desde el psicoanálisis. Sus intervenciones tratan los temas que conciernen a su público y que afectan a su vida cotidiana. Habla de problemas sexuales, de la educación de los hijos, de la familia: «Miles de personas acudían a mis conferencias para oír qué tenía que decir el psicoanálisis sobre la miseria sexual y social».¹³³

El éxito del enfoque de Reich —que seguirá creciendo— no se debe solamente a su carisma, su energía y su inteligencia. Los jóvenes y los obreros son presa de un malestar, una expectativa, y la verdadera potencia de Reich está en escucharles. Es muy posible que esa disposición tan particular a escuchar se deba a la especificidad de su ejercicio de la terapéutica analítica. Reich escucha y, en contacto con todos esos hombres y mujeres, aprende. Traba especial amistad con un obrero, Zadniker, que conoce por aquel entonces. Zadniker le hace entender que lo único que importa son las cuestiones accesibles a todo el mundo. También conoce gracias a él la miseria psíquica que genera el desempleo. Al frecuentar el entorno obrero, Reich cuestiona el concepto de la sublimación de las pulsiones en el trabajo: al revés, los obreros sufren haciendo su labor; para soportar el trabajo repetitivo de la fábrica, se ven sometidos a la mecanización de su conducta. Esas observaciones supusieron una gran contribución al desarrollo de la idea de la «coraza caracterológica». De hecho, comenta Reich, para llevar a cabo su labor los obreros no pueden sublimar nada, más bien tienen que «inhibirse» y «ponerse una coraza». Las condiciones materiales y sociales del trabajo no dejan que la pulsión tenga ningún otro destino. Reich lo resume así: «la teoría freudiana de la sublimación tal vez fuera apli-

133 W. Reich, *La fonction de l'orgasme*, op. cit., pág. 155.

cable al investigador científico o al ingeniero, pero no se aplicaba bien al trabajo del médico ordinario o del profesional técnico, y menos aún al trabajo mecánico de las masas».¹³⁴

Y es también Zadniker quien «le revela el secreto mejor guardado de la función de la familia y del matrimonio: su mujer dependía de él y él dependía de ella».¹³⁵ ¿Acaso no era esto una confirmación directa (y por parte de una de las personas que más alto precio pagaban) de las ideas intuitas por Freud, que ponía en duda la «moral sexual civilizada» y una de sus instituciones —el matrimonio— preguntándose si esa institución merecía «el sacrificio que nos imponía»? Zadniker, además, exige a Reich que no asuma responsabilidades políticas dentro del Partido, porque como mejor puede actuar a favor del movimiento obrero, sobre todo para los jóvenes y las mujeres es desde su posición como médico y educador. De hecho, las masas son más presa de la miseria y la enfermedad mental cuanto más permanecen en la ignorancia. Freud, y luego Ferenczi, habían mostrado cómo desde la más tierna edad se inculca a las personas un sentimiento de temor y de culpabilidad vinculado a todo lo relativo a la sexualidad. Freud llegó incluso a proponer que la represión excesiva generaba docilidad y que el fomento de la abstinencia era una forma muy hábil de producir «masas conciliadoras y resignadas». ¿Y no era justamente esa represión excesiva lo que Reich constataba entre la juventud pobre a la que trataba? La labor que se realizó en los seis centros de higiene sexual¹³⁶ —que se abrieron tras la fundación en 1929 de la Sociedad So-

134 W. Reich, *People in trouble*, op. cit., pág. 74.

135 *Ibid.*, pág. 75.

136 En este proyecto participaron cuatro psicoanalistas, tres obstetras y un abogado.

cialista de Consejo Sexual y de Sexología, a la que Reich dedicó mucho dinero—, a los que acudían muchísimos jóvenes y mujeres para consultarle, confirmó en gran medida todas esas ideas.

La experiencia clínica de los dispensarios y la crítica a la ciencia

La experiencia cotidiana en esos centros le abre los ojos como experto. Constata que, en contra de lo que propone la mojigatería médica, «los jóvenes» a los que se pretende «preservar de la sexualidad» son en realidad personas adultas. Trabajan en condiciones muy duras; ya tienen parejas sexuales o preguntan qué hay que hacer «para dejar de estar solos». Al revés que esa figura del educador represivo que les oculta la verdad para imponer su autoridad, Reich les presta atención. Y escucha que buscan el amor, la verdad, que quieren crecer. Al oír a la juventud, Reich constata que la realidad social con la que se topan obstaculiza por todas partes su deseo legítimo. Reconocer ese deseo mediante la labor de análisis permite llegar fácilmente al fondo de los síntomas que presentan: «cuando me ponía a explicar los vínculos sencillos entre la frustración genital y los nervios, los jóvenes lo entendían de inmediato. [...] Era como si llevasen mucho tiempo esperándolo, como si llevasen mucho tiempo bajo un yugo cuyo significado ignoraban. Pero ya lo sabían todo sobre la genitalidad. Sabían que necesitaban amor y que sin él su vida sería un desierto [...]. Aprendí más de sexología y sociología en unos meses que en diez años de práctica médica privada».¹³⁷ Reich intenta acabar con el sentimiento de culpa recurrente que se encuentra una y otra vez en los jóvenes respecto a su

137 W. Reich, *People in trouble*, op. cit., pág. 81.

sexualidad. Cuando le preguntan por «el peligro de las relaciones sexuales en la juventud», se echa a reír y les aconseja que sigan sus inclinaciones. Y muchas veces esa actitud simple y directa hace que desaparezcan sus problemas neuróticos.

Otro de los frentes de la práctica de Reich tiene que ver con la situación de las mujeres. También en este ámbito, los comentarios de Freud, que parecen tratar de aquello que Reich ve sobre el terreno, le resultan de gran valor. De hecho, comprueba que las consecuencias de la situación social y la miseria son todavía peores para las mujeres que para los hombres. Freud demostró enseguida que la «represión excesiva» y toda su «carga» «recaían» fundamentalmente y «sin ningún género de duda» sobre la mujer.¹³⁸ Como se ha visto, también había explicado que la inhibición del deseo epistemofílico, sobre todo en las niñas, creaba luego en las mujeres inhibiciones adecuadas para su dominación y su preparación de cara al matrimonio. En 1927, volvió a expresar su crítica. Según Freud, el argumento fisiológico que se esgrimía para describir la debilidad de espíritu supuestamente constitucional de las mujeres con respecto a los hombres no tenía ningún fundamento. «La debilidad mental» tenía su origen en el sufrimiento «bajo la temprana prohibición de ocupar su pensamiento con aquello que más podía interesarlas [sic], o sea con los problemas de la vida sexual».¹³⁹ Havelock Ellis, en su obra *Studies in the Psychology of Sex* [Estudios de la psicología del sexo], recoge los casos dramáticos de pacientes, chicas jóvenes, que se suicidaban tras tener su primera regla. En su edu-

138 S. Freud, «La morale sexuelle civilisée», *La vie sexuelle*, op. cit., pág. 46.

139 S. Freud, *L'avenir d'une illusion*, op. cit., pág. 67 [edición en castellano: *El porvenir de una ilusión*, op. cit., pág. 214].

cación no se había hecho nada para instruir las o, más bien, se había hecho todo lo posible para persuadir las de la «suciedad» de lo sexual para que así fueran más sumisas a su futuro marido. Ese desconocimiento de las pulsiones formaba parte de un sistema educativo represivo contra el que los analistas llevaban mucho tiempo luchando.

Para Reich, no cabía duda de que la supresión social de la sexualidad era un factor que se manifestaba de muchas maneras en las pacientes que acudían a su consulta. Como analista en los dispensarios de higiene sexual, no se libraba de esa cuestión, porque las jóvenes y las embarazadas eran mayoría en los centros. Y una de las manifestaciones más apremiantes de la miseria que reinaba en Viena, a la que Reich tuvo que hacer frente desde el primer momento, era el aborto. Se llevaba a cabo en condiciones higiénicas espantosas y causaba la muerte de miles de mujeres. De hecho, los médicos del cinturón rojo de la ciudad se referían de forma siniestra a las «hemorragias del lunes por la mañana» porque el domingo era el único día de descanso que las obreras podían aprovechar para someterse a la intervención. Según los datos de Reich, de un millón de abortos, 20 000 acabaron en muerte tras infección, entre 40 000 y 60 000 tuvieron graves consecuencias para la salud y se produjeron 8000 detenciones. Es fácil imaginar los estragos traumáticos de estas prácticas desastrosas. Por eso, Reich adopta «desde el primer momento» «el principio de que toda mujer que se hubiera quedado embarazada contra su voluntad debía tener derecho a interrumpir el embarazo. [...] Yo remitía a cualquier mujer que se hubiera quedado embarazada sin saberlo o contra su voluntad a las clínicas obstétricas oficiales. [...] Era lógico correr ese riesgo. [...] No me

preocupaban los sempiternos lamentos de los “demógrafos”, conociendo la falta de honradez de los motivos sociológicos con los que defendían la obligación de que las pobres madres tuviesen hijos no deseados».¹⁴⁰ Como destacaba el propio Reich, los médicos que defendían esos argumentos no habrían admitido para sí mismos ni la centésima parte de aquello que exigían al resto de la población en nombre de la «moral» y del «índice de natalidad».

Esta experiencia crucial en los dispensarios le abrirá los ojos y le llevará a cuestionarse el papel ideológico de la ciencia. La gravedad de los casos a los que tiene que hacer frente corrobora sus experiencias iniciales en la policlínica, pero aquí la situación es todavía más crítica; lo que en la policlínica era una excepción, en los dispensarios resulta ser el pan de cada día. Según Reich, ninguna de las mujeres a las que él y sus colegas atendían estaba en condiciones de tener un hijo. Agotadas, abandonadas y aquejadas de neurosis graves o de melancolías suicidas, la mayor parte de ellas «odiaban a la criatura antes siquiera de que llegase a nacer». Reich se encuentra con situaciones extremas que hacen que se cuestione los conceptos científicos más consolidados. Explica: «Durante dos años, me avasallaron hasta tal punto las experiencias abrumadoras de la miseria sexual del pueblo que cada vez tenía más motivos para caer en el conflicto entre el científico y el político que convivían dentro de mí. Sobre todo cuando, gracias a los centros de higiene sexual, entré en contacto con los hijos y las hijas de obreros, trabajadores y campesinos. Llevaba mucho tiempo familiarizándome con la situación de los jóvenes, pero pensaba que los adolescentes que acudían a la policlínica y a la consul-

140 W. Reich, *People in trouble*, op. cit., págs. 78-79.

ta privada eran las excepciones patológicas de la regla; la regla del adolescente “normal, bien adaptado, que ha superado el complejo de Edipo y se ajusta a las exigencias de la realidad”. Nadie cuestionaba la idea del “adolescente normal y sano”, y menos aún esa noción de “la adaptación a la realidad”». ¹⁴¹

Ante la realidad cotidiana de la clínica y la miseria social, Reich comprendió que había que poner en tela de juicio la ciencia que le había dado su formación y de la que era heredero. Los propósitos de la ciencia eran ilegítimos: planteaba sus principios teóricos sobre la juventud y las mujeres pobres y al mismo tiempo ignoraba absolutamente la realidad de la que trataba. Efectivamente, la práctica clínica le había demostrado a Reich que esos jóvenes adultos no sufrían ninguna «falta de adaptación a la realidad» como consecuencia de «no haber superado el complejo de Edipo», simplemente estaban inhibidos y no podían dar el último paso hacia la «madurez amorosa»: «cuando, ya de entrada, el camino al amor sano y normal se encuentra bloqueado, el adolescente regresa a la neurosis de la infancia de manera más intensa, porque se agrava debido al incremento del deseo genital y a la frustración de ese deseo». ¹⁴² La terapéutica analítica ofrecía una vía para resolver el conflicto: cuando el analista reconocía ese deseo, la inhibición y sus síntomas desaparecían.

Pero Reich no se limitaba a señalar un aspecto técnico decisivo en el manejo de la transferencia, también criticaba la ideología que operaba de forma subrepticia en la ciencia. Cuando se conocía tan de cerca la realidad psíquica y social de las poblaciones desfavorecidas, ¿cómo era posible no cuestionarse la

141 *Ibid.*, págs. 79-80.

142 *Ibid.*, pág. 82.

postura de los expertos que ignoraban a esas poblaciones y que seguían abordando sus problemas de manera normativa y equivocada? ¿Cuáles podían ser el valor y el uso de ese principio de «la necesaria adaptación a la realidad social» a la que apelaba la psiquiatría? ¿Por qué los expertos teóricos infantilizaban a los jóvenes «edipizándolos» o, lo que es lo mismo, haciendo caso omiso de su situación real y objetiva de personas adultas socialmente reprimidas? Basándose en la práctica clínica, Reich desenmascaraba la hipocresía de esa postura pseudocientífica; le resultaba más fácil hacerlo porque él mismo se había visto atrapado por esa misma postura durante años cuando ejercía en la policlínica.

Reich detecta esa misma ideología entre sus colegas psicoanalistas, por ejemplo en el caso de Theodor Reik y su teoría de la criminalidad, que luego retomó Franz Alexander. Este último había afirmado que los adultos o los niños se convertían en criminales por la necesidad de autocastigarse. Reich, sin embargo, se preguntaba si los niños del cinturón rojo de Viena, abandonados a su suerte y acechados por el hambre, tenían alguna otra opción que no fuera echarse a perder. El problema era tan político como científico. Ignorar los efectos de la condición social miserable de estos pacientes en su dinámica psíquica conducía al científico a invertir el orden de los factores causales. Si bien la clínica demostraba que existía una necesidad de autocastigo, esa necesidad no era más que una manifestación masoquista secundaria que había que explicar, no una fuerza primitiva que hubiera que hipostasiar. Reich destaca el parallogismo que implican esas ideas: «Tales formulaciones hacían que seguir desarrollando esos conceptos resultara inútil. Si no

se alcanzaba la cura, había que culpar al instinto de muerte. Cuando los delincuentes cometían un asesinato, era con el objeto de que los encerraran en una prisión; cuando los niños robaban, era para aliviar la conciencia que los atormentaba».¹⁴³ Para Reich, las tesis de Reik son una interpretación exagerada de la hipótesis del instinto de muerte planteada por Freud en *Más allá del principio del placer*.¹⁴⁴ El instinto de muerte que propone Reik permite pasar por alto las condiciones sociológicas del crimen; el crimen se presenta como una característica propia de personalidades especiales que hay que estudiar, como anomalías individuales mórbidas diferenciadas del resto de la población por una especie de exceso de este instinto. En este caso, el psicoanalista se une al criminólogo al servicio del orden burgués y de su policía. Desde su gabinete, distanciado de la realidad, se explaya sobre el peligroso criminal y las razones para que confiese.¹⁴⁵ Si se ignora el efecto del determinismo social sobre el individuo, se está a un paso de atribuir al propio sujeto la miseria social que afecta a ese sujeto producto de las masas. Fenichel ya había expuesto que las ideas del analista francés René Laforgue, por ejemplo, justificaban la miseria social y el autoritarismo como consecuencia del supuesto sadomasoquismo de las masas.¹⁴⁶ Junto con Fenichel, Reich es uno de los primeros en exponer la

143 W. Reich, *La fonction de l'orgasme*, op. cit., pág. 106.

144 Sigmund Freud, *Au-delà du principe de plaisir*, París, Payot, 2010 [edición en castellano: *Más allá del principio del placer*, Madrid, Akal, 2020].

145 Theodor Reik, *Geständniszwang und Strafbedürfnis: Probleme der Psychoanalyse und der Kriminologie*, Berlín, 1925; *Le besoin d'avouer*, París, Payot, 1997.

146 Otto Fenichel, «Psychoanalyse der Politik: Eine Kritik», *Psychoanalytische Bewegung*, 4, 1932, págs. 256-259.

deriva del psicoanálisis hacia el psicoanalismo al servicio de la ideología burguesa.

Hay que situar estas cuestiones teóricas decisivas en el contexto geopolítico europeo de finales de la década de 1920 y principios de los años 30, momento en el que retroceden los movimientos progresistas y revolucionarios y se desarrollan la reacción y el fascismo. La «desorientación» de los científicos en lo que respecta a las causas, que naturaliza al individuo criminal y explica sus actos por la necesidad de autocastigarse, o que justifica la violencia infligida a las masas atribuyéndoles a estas una necesidad sadomasoquista, no está exenta de preguntas: ¿no es una forma, aunque sea indirecta, de legitimar la representación de un orden social reaccionario que está conquistando toda Europa dando a entender que tiene un fundamento natural? En el psicoanalismo, el tánatos se convierte en una forma hábil de dejar a un lado la cuestión sexual y su relación con la sobredeterminación del destino social, pero también permite eludir la responsabilidad y la implicación del experto en lo que respecta a estos fenómenos. Reich, igual que Fenichel, se sitúa en el extremo opuesto a esa postura y viaja varias veces a la Rusia revolucionaria para luchar contra el fascismo y el nazismo y encontrar un antídoto contra su difusión entre las masas. Allí recuperará el impulso: «tras volver de la Rusia revolucionaria con una impresión alentadora, me puse manos a la obra: mediante el trabajo práctico en contacto directo con el movimiento obrero, me hacía falta analizar el sentido político actual de la represión sexual en el régimen capitalista».¹⁴⁷ Esa vía de investigación le conducirá progresivamente

147 Wilhelm Reich, *L'irruption de la morale sexuelle*, París, Payot, 1972, pág. xiii.

hacia una nueva forma de actuar —temida y odiada por la burguesía y su *intelligentsia*, pero incomprendida e incluso despreciada también por los partidos de izquierda— que resultará ser un impulso crucial frente al ascenso del fascismo y el nazismo: la politización de la cuestión sexual. Y es también esta nueva orientación lo que le llevará a romper con Freud.

El desacuerdo con Freud

En 1929, con la crisis económica mundial, la situación en Viena no deja de deteriorarse. Johann Schober, ministro de Asuntos Exteriores, canciller y jefe de la policía austríaca de la época, es célebre por el uso de la violencia.¹⁴⁸ Los socialdemócratas de la coalición que dirige van de concesión en concesión. Se votan leyes de urgencia que destruyen lo que había conseguido la República. Los comunistas, por su parte, denuncian esa deriva y defienden la guerra civil, pero son minoritarios y no consiguen que las masas se sumen. El ascenso del fascismo en Austria parece ineludible.

En ese clima de temor y recelo, Reich sigue con su reflexión analítica. Pretende aclarar el miedo que se extiende entre la multitud y que él constata en su práctica cotidiana. Señala que el Partido Socialdemócrata aún goza de cierto crédito precisamente por razones afectivas: es como un hogar para quienes no lo tienen. Cree que por eso funciona el eslogan de «los comunistas quieren sembrar la división y la discordia». La ceguera de las organizaciones comunistas es una catástrofe. Los responsables del Partido tienen una visión puramente política e ideológica de la conciencia de clase, aunque los hechos no paran de refutar su concepción abstracta de los procesos sociales. El fascismo

¹⁴⁸ También fue el primer presidente de la Interpol.

es tentador para las masas; mientras la materialización supuestamente ineludible de la revolución proletaria se va alejando, los responsables comunistas siguen explicando el avance del fascismo con el argumento de que miente a las masas. Pero Reich se pregunta cómo va a justificarse únicamente en base a la «mentira» la atracción hacia el fascismo o el nazismo.

Aun así, criticar al PC y a su estrategia no le impide militar en el Partido. Participa en las manifestaciones, reparte periódicos y defiende a los camaradas atacados. En septiembre de 1929 va por última vez a la Rusia revolucionaria y trata de convencer a los oficiales de la Academia Comunista del interés que tiene el psicoanálisis para el marxismo.¹⁴⁹ Pero en realidad el psicoanálisis ya lleva tiempo sumido en el descrédito. La revolución sexual rusa se ha visto sepultada por una reacción auténticamente termidoriana. La vuelta a la familia y al orden patriarcal que defiende Stalin está muy consolidada. Aunque Reich deja ver sus dudas, no es capaz de calibrar la gravedad de la situación. Ya no parece que haya ningún factor esencial que distinga la reacción estalinista de la reacción fascista o nazi, ni de su propaganda en torno a la exaltación de la familia y la patria.

El 12 de diciembre de 1929, Reich expone sus ideas en el círculo íntimo de Freud y habla de la articulación de la profilaxis de las neurosis con la crítica política de la familia. Sus preguntas escandalizan a las personas en torno a Freud: «¿Es normal que entre el 60 % y el 80 % de los jóvenes sufran trastornos neuróticos? ¿Es normal que, del 70 % de las personas enfermas, apenas el 30 % puedan recurrir al psicoanálisis? ¿Qué papel tienen la educación, la moral y el

149 C. Sinelnikoff, *L'oeuvre de Wilhelm Reich*, op. cit., pág. 164.

sistema capitalista en el origen de esta miseria psíquica? En definitiva, ¿cabe sorprenderse de que el 80% de los obreros de Viena, que viven con sus familias en una sola habitación, tengan conflictos e inhibiciones sexuales?». La concurrencia considera que estas preguntas son provocaciones. Freud responde a Reich con dureza que no es responsabilidad del psicoanálisis «salvar el mundo». Reconocía el talento clínico de Reich, pero rechazaba las consecuencias prácticas de su crítica a la familia. Según las notas de Sterba —presente allí ese día—, Freud desaprueba «la ambición terapéutica» de Reich: «el investigador científico no debe tener en cuenta el aspecto terapéutico». También manifiesta su desilusión respecto a la ambición social de Reich y él, por su parte, parece haber abandonado toda esperanza de que se produzcan reformas radicales: «Yo ya dije todo lo que tenía que decir a este respecto en un ensayo [Freud se refiere a su artículo «La moral sexual civilizada...», publicado en 1908]. Critiqué ferozmente nuestra moral sexual. Pero todas las sugerencias con vistas a modificar la situación fracasaron».¹⁵⁰ En ese momento adquiere importancia un argumento absolutamente decisivo en la historia del psicoanálisis, según el cual el psicoanálisis no era una concepción del mundo, una *Weltanschauung* [cosmovisión]. Con ese argumento se pretendía defender el psicoanálisis frente a cualquier distorsión ideológica, cosa que, por otra parte, no impedía en absoluto la implicación política del analista.¹⁵¹

150 Richard Sterba, *Réminiscences d'un psychanalyste viennois*, op. cit., pág. 96.

151 Prueba de ello es que Bernfeld, un analista muy comprometido políticamente, escribió ese mismo año 1929 un texto en el que se concreta esa postura. Apunta sobre todo, tras la reciente publicación del libro de Freud, *El porvenir de una ilusión*, a la «distorsión ideológica» del psicoanálisis de Pfister, que era religioso —y a quien va dirigida la crítica de Freud—, pero también a las «desviaciones» del psicoanálisis político de Adler. Siegfried Bernfeld, «Ist Psychoanalyse eine Weltanschauung?»,

Ese argumento, que Reich también compartía en ese momento, acabó volviéndose en su contra, como se verá más adelante.

Según Reich, unos cuantos fragmentos de *El malestar en la cultura*, que se publicó poco después (1930), recogían las objeciones que Freud le hizo ese día. El libro constituye, sin duda alguna, un giro radicalmente pesimista de la visión de Freud sobre la cultura y sobre el ser humano. Reich, por su parte, publica sus ideas al mismo tiempo en *Geschlechtsreife, Enthaltsamkeit, Ehemoral* [Madurez sexual, continencia, moral conyugal].

Una vez más, hay que vincular estos dos libros y las posturas opuestas que recogen —retrato pesimista frente a implicación radical— al contexto sociopolítico amenazante en el que estaban inmersos los autores. Su publicación casi simultánea evidencia la crisis del psicoanálisis en sí mismo, que, por caminos opuestos, trata de prolongar su destino, a punto de ensombrecerse y retraerse. Hay una cierta historiografía del psicoanálisis a la que le gusta señalar que el camino de «la implicación» tomado por Reich es un callejón sin salida institucional (unos años después lo expulsarán de la Asociación Internacional de Psicoanálisis); esa misma historiografía no dice nada de su relativo éxito posterior como analista militante en el seno del movimiento obrero, y tampoco da apenas importancia a la perspectiva práctica tan desastrosa que permite esta postura de Freud: en su nueva concepción de la cultura, se subestima en gran medida la incidencia de la violencia política ejercida contra las masas. A partir de ahí, el lastre de la violencia recae sobre todo en la naturaleza irremediabilmente agresiva del hombre. Por lo tanto, el analista ya no tiene que posicionarse.

Almanach der Psychoanalyse, 1929, págs. 28-37.

La represión sexual y la crítica al PC

Reich decide cambiar Viena por Berlín, donde aún existía un clima político más progresista. Fromm, Bernfeld y Fenichel, así como la mayoría de los analistas que participan en el «seminario de los niños» (que agrupa a la tercera generación de analistas de Berlín) se muestran favorables a su trabajo. Además, Reich todavía no es consciente de la ruptura oficial con Freud, que le asegura por carta que conserva sus funciones en Viena.¹⁵²

En Berlín, Reich también se afilia al Partido Comunista, pero una vez allí constata las mismas dificultades y las mismas aporías que en Viena. Además, la situación política empeora a marchas forzadas y el éxito del Partido Nazi es fulminante: pasa de 800 000 votos en 1926 a 6 500 000 en 1930. Los comunistas, por su parte, están en decadencia, su propaganda es abstracta y desconectada de la realidad. Además, tratan de consolidarse entrando en el juego de su adversario, hecho que los condenaba al fracaso. Por ejemplo, el PC organizaba desfiles militares en el campo, pero los nazis eran mucho mejores en eso y sus desfiles tenían mucho éxito. Era «tan asombroso», comenta Reich, «que me sorprendía que se resaltase tan poco».¹⁵³ Las tropas

152 En su carta del 10 de octubre de 1930, Freud escribe: «Estimado doctor, en el curso de nuestras conversaciones, hemos llegado a la conclusión de que su traslado temporal a Berlín no tendría que conllevar la pérdida de su puesto en Viena; me parece importante subrayarlo». Carta de Freud a Reich, citada por Karl Fallend en *Wilhelm Reich, Psychoanalyse und Politik*, Salzburgo, Geyer, 1988, pág. 201. Anna Freud no era de la misma opinión; al final, había obligado a Reich a elegir entre Viena y Berlín, aduciendo que no podía ser psicoanalista miembro en Viena y en Berlín a la vez. Ya por aquel entonces, Anna Freud quería echar a Reich; esto no fue más que el primer hito en el camino de su posterior exclusión. Reich decidió entonces dejar sus funciones en Viena. Retomaremos esta cuestión.

153 W. Reich, *People in trouble*, op. cit., pág. 108.

que participaban en los desfiles nazis se reclutaban entre los grupos reaccionarios locales. Entonces, ¿cómo podían ser vistos los desfiles bajo el estandarte de una Internacional que resultaba tan lejana a los campesinos? Los mandos del Partido Comunista no reparaban en absoluto en el componente sexual y afectivo de los movimientos políticos ni en su estrecha relación con la vida cotidiana de las masas. Para retomar el control, los marxistas habrían tenido que hacer autocrítica y analizar también la propaganda del otro bando: así habrían podido entender en qué sentido y cómo esa propaganda era bien recibida por las masas en entornos donde la suya fracasaba; habría sido la forma de saber a qué ámbitos propicios dedicar sus esfuerzos.

Esa fue enseguida la intención de Reich. En su libro de 1933, *Psicología de masas del fascismo*, expone que el éxito de la propaganda nazi radica en cómo comprende y manipula, aunque sea de manera inconsciente, las reacciones psíquicas de la multitud.¹⁵⁴ La propaganda nazi retoma a su manera antiguos temas ya presentes en la cultura burguesa, como la pureza de la raza y de la nación, la denuncia del enemigo (que sería el judío o el bolchevique), el fomento de la familia alemana y la vuelta al orden militar. Estos temas, presentes en la cultura y en cada individuo, eran motivaciones afectivas muy potentes con las que los nazis captaban a las masas valiéndose de la ansiedad sexual que rebosaban. Desde ese punto de vista, el argumento marxista del «interés de clase» parecía muy distante, desconectado de la realidad. ¿Cómo se podía llegar al individuo, cómo se le podía convencer de dirigirse hacia una revolución hipotética situada en una perspectiva tan lejana, tan

154 Se retoman aquí libremente los análisis de C. Sinelnikoff, *L'oeuvre de Wilhelm Reich*, op. cit., págs. 31-38.

incierto y tan arriesgada con respecto a su vida actual? En contra de lo que aseguraba la doctrina, el obrero no era revolucionario por el mero hecho de serlo y no bastaba con explicarle la teoría de la Historia en unas octavillas para que se sumase a la revolución.

Reich observa que en la práctica cotidiana de los comunistas se impone un formalismo rígido, que se percibe en el ambiente de las reuniones militantes. En Berlín, en un mitin donde se reúnen más de 20 000 obreros enfervorecidos tras una manifestación donde había habido muertos, un cargo del Partido deja a todo el mundo helado con su exposición sobre el presupuesto de la burguesía alemana. En las reuniones de las juventudes comunistas a las que asiste Reich, los cargos del Partido discuten sobre cómo acercarse a la juventud, pero hacen octavillas abstractas que no interesan a nadie. Reich constata que la pertinencia y la racionalidad de sus argumentos no bastan para movilizar libidinalmente a las masas. En este sentido, su experiencia psicoanalítica es decisiva. Cuenta el vuelco de un obrero que militaba de forma muy activa en el Partido Comunista y que se cambió al Partido Nazi. Era un mecánico muy reconocido por sus camaradas y formaba parte de la misma brigada que Reich, pero en las elecciones de 1932 se pasó al otro bando. Sus antiguos camaradas le escupían a la cara y lo trataban de traidor. Pero, en palabras de Reich, «no era muy distinto a los demás».¹⁵⁵ El interés libidinal no siempre coincidía con el interés de clase. Como destacaba Reich, el propio Lenin lo había entendido así cuando, sin tomar en consideración la teoría y con el objetivo de ganar la revolución, había prometido la tierra a los campesinos, aunque se tratase de una promesa «pequeñoburguesa»

155 W. Reich, *People in trouble*, op. cit., pág. 112.

y no refrendada por la teoría, porque iba en contra de la colectivización y porque, además, se suponía que la clase campesina no iba a hacer la revolución. Las opiniones de Reich sobre la contradicción que podía existir en el seno de las masas o sobre la fuerza del deseo que las impulsaba hacia el nazismo, en lugar de hacia el comunismo eran completamente incomprensibles para los cargos del Partido. Cuando Reich resaltaba que las SA (las tropas de asalto del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán que sembraban el terror) estaban formadas por trabajadores y empleados, le respondían que era una idea reaccionaria. Para los comunistas, el progreso objetivo del proceso histórico y del desarrollo económico aseguraba que la masa iba a volverse revolucionaria y a combatir a Hitler, que representaba el Capital. Pero ocurría lo contrario y los especialistas en el sentido de la Historia se veían refutados en su propio terreno: las masas a las que defendían acudían masivamente a votar a Hitler. Llegaban incluso a *desear* al Führer.

Reich había cruzado un umbral teórico crucial en su comprensión psicoanalítica de las masas y del control que las fuerzas políticas reaccionarias ejercían sobre ellas. Como en el régimen burgués, pero de manera todavía más acusada en las dictaduras nazi o estalinista, el origen de la potencia reaccionaria se encontraba ni más ni menos que en la represión sexual: «La reacción política, con el fascismo y la Iglesia a la cabeza, exigen a la masa trabajadora que renuncie a la felicidad en la tierra, le exigen decencia, obediencia, resignación, sacrificio por la nación, el pueblo, la patria. El problema no es que lo exijan, sino que viven políticamente de que la masa cumpla esos preceptos, se alimentan de ello. En definitiva, se basan en el

sentimiento de culpa del individuo ordinario, en las trabas que se le han inculcado, en su predisposición a tolerar las privaciones en silencio y con docilidad, a veces incluso con alegría, y se basan también en su identificación con el glorioso Führer, que les ofrece “su amor al pueblo” como sustituto de la auténtica satisfacción». ¹⁵⁶ Por lo tanto, para Reich el auténtico objeto de lucha era ahora la represión sexual que ejercían las fuerzas reaccionarias en la vida cotidiana. Una vez liberada, la energía sexual permitiría la realización de la potencia necesaria para la verdadera revolución. Así, la ciencia burguesa del individuo se invertía definitivamente: el problema no era saber por qué, en el seno de la masa reprimida, algunos individuos poco comunes y aislados se rebelaban, eran antisociales o robaban; la cuestión era más bien saber por qué la mayoría consentía, aprobaba e incluso deseaba esa represión de la que eran objeto. O, en palabras de Reich: «El problema fundamental de una buena psicología no era saber por qué roba el hambriento, sino por qué no roba». ¹⁵⁷ La ciencia ya no estaba del lado de la reacción social, sino de la revolución política. La profilaxis de las neurosis actuales, al acabar con la inhibición que afectaba a las masas y restablecer la función sexual que se les negaba, iba a permitir que el sujeto recuperase su libertad y su potencia de actuar.

Esto permite medir el camino teórico recorrido por Reich y sus consecuencias prácticas. Y así también se entiende por qué no lo siguió Freud, que probablemente consideraba que la coyuntura era desfavorable, como se verá en el próximo capítulo.

156 Wilhelm Reich, *Qu'est-ce que la conscience de classe? Contribution au débat sur la reconstruction du mouvement ouvrier*, Saint-Joseph-du-Lac, M Éditeur, 2018, trad. de Constantin Sinelnikoff, pág. 22.

157 W. Reich, *ibid.*, pág. 24.

La politización de la vida sexual y el éxito de Sexpol

En 1930, en una exposición ante la Liga Mundial para la Reforma Sexual, Reich hace balance de su trabajo en los dispensarios de Viena. En aquella época, la Liga congregaba a todas las asociaciones y figuras que pretendían impulsar el progreso en materia sexual (despenalización de la homosexualidad, derecho al aborto, derechos de las mujeres...), pero con una perspectiva apolítica. Habían invitado a Freud, que declinó la invitación. Los miembros de la Liga, que por lo general estaban metidos en política e incluso afiliados a partidos, querían que las asociaciones en las que militaban siguieran siendo independientes. En Alemania, la Liga tenía más de 350 000 miembros, más que ningún partido político, y gran parte de sus afiliados eran partidarios de la perspectiva revolucionaria. En su exposición, Reich proponía una plataforma para la Liga; partiendo de su experiencia en los dispensarios, pretendía politizar el problema sexual a gran escala. Desde su punto de vista, el objetivo era unificar todas esas asociaciones para llegar a las masas y luchar de manera eficaz contra el ascenso del nazismo. La Liga rechazó la propuesta de Reich, pero, contra todo pronóstico, el Partido Comunista Alemán aceptó su proyecto y le asignó la dirección de una nueva estructura unificada. Ocho asociaciones de la Liga respondieron de inmediato a ese llamamiento,¹⁵⁸ y así nació la Asociación Alemana por una Política Sexual Proletaria, conocida

¹⁵⁸ Los objetivos de la Liga eran eminentemente prácticos: se trataba de reformar el sexo. La Liga se inspiró en las primeras reformas sexuales bolcheviques. Aunque oficialmente era apolítica, muchos de sus miembros eran comunistas y dieron muy buena acogida a la plataforma propuesta por Reich. Véase Atina Grossmann, *Reforming Sex. The German Movement for Birth Control and Abortion Reform 1920-1950*, Oxford, Oxford University Press, 1995.

como Sexpol, que celebró su primer congreso en 1931 en Düsseldorf.

En unos meses, Sexpol pasó de 20 000 afiliados a 40 000. Reich organiza conferencias y mítines y aplica su método: lejos de los dogmas de la propaganda comunista y gracias a su experiencia en Viena, sabe que hay que partir de las vivencias de la gente, de la represión que sufren. En realidad, el trabajador corriente «no es ni enteramente revolucionario ni enteramente aburguesado, sino que sufre un conflicto» como consecuencia de su situación social: «Su estructura psíquica se debe, por una parte, a su situación de clase, que tiende a volverla revolucionaria, y, por otra, al ambiente general de la sociedad burguesa, que va en contra de esa tendencia».¹⁵⁹ Por eso no funciona poner de relieve la conciencia de clase y exigir a las masas que se unan al comunismo apelando a la racionalidad histórica del movimiento revolucionario. Eso es ignorar por completo la vida real de las masas. Y, sin embargo, es justamente la vida concreta y cotidiana de los obreros (trabajar, alimentarse, tener dónde vivir, educar a su familia, salir, etc.), atravesada por todo tipo de limitaciones, lo que explica su conciencia de clase «en parte subdesarrollada y en parte obstaculizada por tendencias reaccionarias antagónicas». Es obvio que la vida, con sus innumerables facetas y sus necesidades, causa más impacto que cualquier propaganda política.

En un folleto de 1934, *¿Qué es la conciencia de clase?*, Reich plantea la perspectiva inversa y defiende que los «cargos ilustrados» del Partido escuchen al «hombre corriente»: «se agradecería que se interpretase este texto como un llamamiento del hombre corriente apolítico dirigido a los futuros dirigentes revolucionarios,

¹⁵⁹ W. Reich, *Psychologie de masse du fascisme*, op. cit., pág. 37.

invitándoles a comprenderle mejor, a exigirle menos “comprensión del curso de la historia”, a expresar mejor los sufrimientos y los deseos de ese hombre corriente, a hablar de forma menos teórica del “factor subjetivo” de la historia y a entenderlo como una entidad constituida por la vida de las propias masas». ¹⁶⁰ Con su perspectiva estrictamente racionalista, los cargos del Partido y su «vanguardia» no podían hacer otra cosa que desdeñar los procesos psíquicos y materiales reales que movilizaban a las masas y que podían conducir las a un auténtico vuelco político. En opinión de Reich, la vanguardia tenía que bajarse del pedestal, volverse más humilde y escuchar a las masas de las que debía aprender. Había que retomar la cuestión de las preocupaciones cotidianas para vincular la «alta política» con las «pequeñeces de la vida personal». Reich había tomado nota de su experiencia con los pobres de Viena; sabía que la alienación descrita por Marx no era algo abstracto: se encontraba en los mil y un detalles de la vida misma. Y por eso era ahí, a ese nivel, y no «desde arriba», donde había que intervenir, justamente lo contrario de la forma clásica que impulsaba el Partido.

Reich expone un esbozo de sus ideas cuando interviene en la Escuela Marxista de Trabajadores de Berlín en 1931: «en el trabajo práctico con los miembros de la organización, que la mayoría de las veces eran incultos y apolíticos, solo había una actitud eficaz: ganarse la confianza personal y humana, evitar por completo la teorización y despertar la conciencia de las necesidades grandes y pequeñas. Así es como se volvía evidente la definición socialista de los objetivos. Enseguida aprendí que no se conseguía nada con los folletos

160 W. Reich, *Qu'est-ce que la conscience de classe*, op. cit., pág. 3.

del Partido».¹⁶¹ Analizar la alienación con las personas que más expuestas estaban a ella hacía que se desarrollase una conciencia de clase bastante más consistente y bastante más situada libidinalmente en el sujeto que lo que podía generar un eslogan. Analizar y reconocer con los obreros «sus deseos e ideas progresistas», pero también «sus deseos contrarios y sus angustias» que les impedían expresarse: esa era la única manera de que flaquease la fuerza libidinal del nazismo y de sus manifestaciones, y de que la auténtica revolución encontrara la potencia necesaria para materializarse. Eso era la politización de la cuestión sexual.

En Berlín, Dresde, Stettin y Leipzig, los obreros acuden a ver a Reich. Sus folletos y los de sus compañeros reciben una calurosa acogida. Reich publica *La lucha sexual de los jóvenes* y *La irrupción de la moral sexual*; Annie Reich, su mujer, elabora folletos para padres (*Si tu hijo te pregunta*), pero también para niños, como *Los secretos de los adultos contados a los niños*. Las ideas de Sexpol no tardan en extenderse por las fábricas de la zona del Ruhr, región dominada entonces por los nacionalistas. Tienen tanto éxito que algunos miembros de las juventudes hitlerianas y católicas dejan sus organizaciones para unirse a las del Partido Comunista.

Paradójicamente, esta victoria, que corrobora las ideas y el método de Reich, marcará el principio de sus problemas con el PC. Los cargos del Partido se inquietan. Estando como están desconectados de la juventud, ¿cómo pueden acoger a todas esas mujeres nacionalsocialistas que se afilian masivamente a las organizaciones de Sexpol y que se hacen preguntas sobre la sexualidad? La dirección del PC de Berlín acusa a Reich de querer reemplazar la política económica por la política sexual.

161 W. Reich, *People in trouble*, op. cit., pág. 105.

Para la dirección, la lucha sexual es completamente secundaria a la lucha de clases: ¿no es acaso una lucha pequeñoburguesa? El PC trata de recobrar el control y exige que se celebren congresos para que las asociaciones que integran Sexpol se ajusten a su visión de las cosas. A partir de ahí, el Partido entra directamente en conflicto político y organizativo con los miembros no comunistas de las asociaciones implicadas en la reforma sexual. Se prohíben los libros y los folletos de Reich en los movimientos de las juventudes comunistas, aunque esa prohibición evidentemente no se respeta. Más tarde, el Partido se revuelve: las organizaciones de las juventudes comunistas de Dresde exigen una vivienda para cada adolescente. Reich tiene que comparecer ante una comisión del Partido, pero se desentiende del asunto tras haber colocado en los puestos clave de la organización a sus mejores discípulos.

El incendio del Reichstag interrumpe esta sucesión de acontecimientos. Aunque los responsables son los nazis, acusan a los comunistas. Y así, con la complicidad indirecta de Hindenburg, las tropas de asalto detienen a 1500 intelectuales y responsables comunistas. Muchos amigos de Reich son ejecutados y él solo se salva porque nunca fue miembro oficial del PC alemán y no figura en las listas de las SA.

Comienza entonces su exilio. En la primavera de 1933, se dirige a Copenhague, donde recibe el apoyo de Leunbach, uno de los fundadores de la Liga y partidario de sus ideas; pero las autoridades no lo ven con buenos ojos y no renuevan su permiso de residencia. En otoño de 1933 llega a Malmö (Suecia), y allí le visitan regularmente sus amigos y estudiantes de Copenhague. Intrigada ante tanto ir y venir, la policía lo vigila y registra su domicilio sin tener orden para ello;

en Suecia tampoco le renuevan los papeles. Reich vuelve ilegalmente a Dinamarca en junio de 1934 y acaba instalándose de manera definitiva en Noruega, en Oslo, a finales de octubre de 1934, donde permanece hasta 1939. Allí funda la *Revista de psicología política y de economía sexual*, que tiene corresponsales por todo el mundo. Reich usa esta publicación para exponer sus tesis y reflexionar sobre la organización del mundo obrero. Comienza a criticar la burocracia, basándose en su experiencia con la burocracia del PC y de la Asociación Internacional de Psicoanálisis. En una reedición de *La lucha sexual de los jóvenes* de 1937, llega incluso a renegar de los términos «comunismo» y «comunista», que, «debido a la terrible actitud de la Komintern», han perdido su significado. Propone sustituirlos por la palabra «revolucionario». Según él, su libro se aferra «a la primera liga comunista fundada por Marx». Se reprocha no haber sido capaz de concebir antes la organización de otro movimiento basado en la autogestión: «Sin duda se había introducido la idea de Sexpol, de una organización de política sexual, pero no tenía presidencia ni secretarías. Eso no se habría adecuado a la causa. [...] La idea de autogestión en la formación de esta organización había tenido un coste». ¿No era esa una tercera vía libertaria que podía materializar la revolución, mejor que las burocracias soviéticas y psicoanalíticas? Reich ya no mira al Este. Se enfrasca en una crítica del modelo soviético para dilucidar las razones de su desmoronamiento y su vuelco. De ahí en adelante, se centra en la Revolución española, que da «una buena lección al movimiento revolucionario y a la democracia burguesa».¹⁶²

162 *Ibid.*, pág. 182.

3

EL PORVENIR DEL PESIMISMO FREUDIANO

De 1918 a 1927, Freud defiende, como se ha visto, una visión política optimista y partidaria de reformas progresistas.¹⁶³ El psicoanálisis y sus nuevas instituciones, como las policlínicas que él mismo ha impulsado, contribuyen a esas reformas. En *El porvenir de una ilusión* (1927) todavía defiende una visión de la educación según la cual hay que desacralizar la obligación social y sustituirla por un enfoque basado en los hechos y la racionalidad, que tiene que permitir alcanzar «la fraternidad humana» y «la disminución del sufrimiento».¹⁶⁴ En esta obra también justifica la revuelta de las masas contra la opresión de una minoría y denuncia la situación de las mujeres.

Pero en verano de 1929, mientras redacta *El malestar en la cultura* (que se publicará en 1930), Freud cambia de rumbo; su crítica a la ilusión ya no se limita a la religión y se extiende también al comunismo. A

¹⁶³ Recordemos, no obstante, que eso no convierte a Freud en comunista.

¹⁶⁴ S. Freud, *L'avenir d'une illusion*, *op. cit.*, pág. 77 [edición en castellano: *El porvenir de una ilusión*, *op. cit.*, pág. 220].

diferencia de su anterior actitud abierta, ahora su opinión es muy categórica. Además, Freud insiste cada vez más en la idea de la «neutralidad» del psicoanálisis. Esa idea, que sin duda ya estaba presente en la concepción freudiana anterior a 1929, se puede resumir así: el psicoanálisis, como ciencia que es, no debe tomar partido políticamente. No es una *Weltanschauung*, una concepción del mundo. Sin embargo, está claro que sus descubrimientos repercuten en el mundo y en la política. Existe un campo de aplicaciones sociales del psicoanálisis —que se ha denominado históricamente psicoanálisis aplicado—, pero se articula a partir de las necesidades que pone al descubierto la ciencia psicoanalítica. El psicoanálisis puede extenderse (partiendo del marco del diván y de la cura), pero solamente siguiendo su propia lógica, no a partir de consideraciones sectarias. Aunque se comprometiera con la izquierda (por ejemplo, cuando defiende a Victor Adler), Freud siempre insiste en proteger el psicoanálisis frente a las distorsiones ideológicas.

El contexto del viraje de Freud: el fin de la esperanza rusa y el ascenso del nazismo

En realidad, desde que se publica *El malestar*, la concepción de Freud del psicoanálisis como ciencia independiente y neutra va a vivir, como consecuencia del contexto político, un alza sin precedentes en el campo del análisis —prolifera los textos de psicoanalistas sobre esta cuestión—, pero también sufrirá un cambio de tendencia muy definido.¹⁶⁵ En el marco del desmoronamiento del ideal revolucionario y del ascenso del

¹⁶⁵ Es un tema ya antiguo en el campo del análisis, que se remonta a la década de 1910, con James Putman, fundador de la American Society of Neurology [Sociedad Estadounidense de Neurología].

estalinismo y del fascismo, este debate, que hasta entonces era secundario, se convierte en decisivo y de él surgirá una nueva orientación hacia una idea del psicoanálisis simple y llanamente *apolítica*.

¿Y entonces qué le ocurre a Freud para explicar un cambio de tendencia tan radical en la articulación del psicoanálisis con la política?¹⁶⁶ Para comprenderlo, hay que volver al contexto geopolítico del momento. Y es que la única forma de abordar tanto los textos como los posicionamientos teóricos es mediante la exégesis, que pasa por alto las condiciones históricas y materiales en los que se enuncian. Más allá de las posturas individuales, se produce en esta época una auténtica crisis del psicoanálisis, que exigía repensar la articulación entre psicoanálisis y política y abría una bifurcación en el seno de la disciplina.

Si en 1927 Freud todavía está de acuerdo con Reich y defiende la experiencia revolucionaria rusa en *El porvenir de una ilusión*, en 1929 ya no es así. Ambos comparten cierto desconocimiento de la situación real en la URSS: aunque ninguno de los dos había notado la recuperación autoritaria del control que llevaba tiempo machacando a la izquierda de Lenin y los primeros reformadores progresistas,¹⁶⁷ hay que reconocer que Freud abrió los ojos antes que Reich. A diferencia

166 Lo cierto es que la doxa no suele detenerse en esta cuestión. Comete entonces un triple error: exegéticamente, no hace justicia a la evolución de la obra de Freud; históricamente, no dice nada de las prácticas psicoanalíticas progresistas que Freud impulsa en la década de 1920 ni de las que, en sentido contrario, defenderá su asociación en nombre de la supuesta neutralidad del psicoanálisis a partir de 1929 y con la llegada de Hitler al poder. Y, por último, ideológicamente, esta lectura fetichiza un momento tardío de la evolución de Freud, aislándolo de su contexto y tanto de los debates como de las prácticas, a veces contradictorios, que se presentaban por aquel entonces en el entorno analítico.

167 Para ser más precisos, aquí nos referimos a las organizaciones situadas a la izquierda de Trotski: la rama libertaria que se liquidó al principio.



De izquierda a derecha, en primera fila: Sigmund Freud, G. Stanley Hall, Carl Gustav Jung; en segunda fila: Abraham A. Brill, Ernest Jones, Sándor Ferenczi. Fotografía tomada en septiembre de 1909, en una serie de conferencias en la Universidad de Clark (Massachusetts).

de este último, Freud no necesita viajar a Rusia para constatar el fracaso de la experiencia revolucionaria. Conoce personalmente a los psicoanalistas del Instituto de Moscú, Sabina Spielrein, Ermakoff y Wulff, que sin duda le ponen al corriente del deterioro de la situación en el país. A principios de la década de 1930, le toca a Reich criticar la experiencia rusa. En realidad, desde el declive de Lenin en 1923, se pone en marcha la maquinaria del control burocrático estalinista que condujo a un auténtico «termidor sexual».¹⁶⁸ El hogar

¹⁶⁸ Richard Stites, *The Women's Liberation Movement in Russia: Feminism, Nihilism, and Bolshevism, 1860-1930*, Princeton, Princeton University Press, 1978.

para niños de corriente psicoanalítica impulsado por Vera Schmidt cerró al comienzo de esta serie de acontecimientos (1924). La persecución del «contrabando trotskista» —que se presentaba como el último bastión oficial del psicoanálisis— y el impulso por parte de Stalin de la vuelta a la familia y a la *auctoritas paternalis* como base de la nación, marcarían definitivamente el final de los movimientos de emancipación, ya por entonces residuales, y también del psicoanálisis ruso. Es en este marco donde cobra sentido el viraje político de Freud y también donde se comprende ese punto de inflexión tan claro que se expresa en *El malestar*: en esa obra, Freud vincula la violencia social *ante todo* con las privaciones necesarias impuestas por el proceso de la cultura y condena el comunismo. ¿Implicaba esa reflexión sobre el desastre de la experiencia rusa y el estancamiento de los movimientos progresistas ante el ascenso del fascismo necesariamente rechazarlo todo en bloque, como parece hacer Freud? No fue el caso de Reich, y ahí reside un aspecto decisivo del problema de la articulación del psicoanálisis con la política por todo lo que supone para el futuro inmediato de la disciplina. Hay que situarse en esa coyuntura histórica concreta para comprender lo que se ha denominado «pesimismo freudiano», asociado muchas veces a su «realismo» impulsado por el psicoanalismo contemporáneo. Ese psicoanalismo considera, *a posteriori*, que el principio de un instinto de muerte hipostasiado en la cultura en su conjunto, presente en *El malestar*, es la expresión del genio teórico de Freud y de su «lucidez» política respecto a la destructiva guerra que estaba por venir. Pero eso es, de nuevo, invertir el orden de causa y efecto.¹⁶⁹ Sin

169 Se puede ver, por ejemplo, esta contextualización muy fragmentada (y en cierto modo «al revés») en la obra de Jean-Michel Quinodoz, *Lire*

embargo, el hecho de que ese principio viva su apogeo teórico justamente en un momento de vuelco hacia la barbarie social tendría que ser motivo de análisis. Los movimientos progresistas de Europa Occidental ya no tienen tirón y el antisemitismo gana terreno prácticamente en todas partes. Freud «ya no alberga grandes esperanzas con respecto al porvenir». La tentativa de la Rusia revolucionaria, en la que Freud había creído y uno de cuyos objetivos era materializar la educación no religiosa que él tanto ansiaba, se reconvirtió en un autoritarismo violento. Entonces, Freud parece aplicar al pie de la letra lo que había anunciado en *El porvenir*: «Si la tentativa fracasa, estoy dispuesto a renunciar a toda reforma y a aceptar el juicio, puramente descriptivo, de que el hombre es un ser de inteligencia débil, dominado por sus deseos instintivos».¹⁷⁰ Hay que situarse en este contexto para comprender la referencia de Freud a la máxima de Hobbes («El hombre es un lobo para el hombre») y el hecho de que se pronuncie a favor de la tesis según la cual los problemas sociales y su violencia eran, ante todo, consecuencia de la estructura de la psique de los hombres, que se caracterizaban por las «tendencias agresivas». Freud, enfermo¹⁷¹ y desengañado, se rinde a la situación geopolítica del momento: «En un momento determinado, todos llegamos a abandonar, como ilu-

Freud, París, Puf, 2004, pág. 263. «¿Visión pesimista o visión lúcida de la condición humana?»: entre Escila y Caribdis, ese es el programa de lectura de *El malestar* que se suele recomendar a los estudiantes para «leer bien a Freud».

170 S. Freud, *L'avenir d'une illusion*, op. cit., pág. 69 [edición en castellano: *El porvenir de una ilusión*, op. cit., pág. 215]. Afirmación que reitera un poco más adelante, en la pág. 76 [edición en castellano: pág. 222]: «Si efectivamente llega un momento en que hayamos de reconocerlo así [que nos hemos equivocado], nos resignaremos serenamente».

171 Llevaba varios años con cáncer y se sometió a treinta y un operaciones muy dolorosas, la mayoría para extirpar leucoplasias relacionadas con tumores malignos.

siones, cuantas esperanzas juveniles habíamos puesto en el prójimo; todos sufrimos la experiencia de comprobar cómo la maldad de este nos amarga y dificulta la vida».¹⁷² El pesimismo declarado de Freud se tiñe de nostalgia y desilusión. Y por eso hay que circunscribir su punto culminante a esta serie de acontecimientos.¹⁷³ No reconocer este factor nos lleva a una interpretación errónea de *El malestar* y del lugar que ocupa esta obra en la trayectoria de Freud,¹⁷⁴ pero también de la historia de

172 S. Freud, *Le malaise...*, *op. cit.*, pág. 55 [edición en castellano: *El malestar en la cultura*, Madrid, Alianza Editorial, 2006, pág. 81].

173 Sin duda, este pesimismo se expresa mucho antes en la obra de Freud (véase, por ejemplo, «Sur le plan général des rabaissements de la vie amoureuse» [«Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa», en *Psychologie de la vie amoureuse*, París, Payot, 2010). Pero igual que sucede con la postura y el debate en torno a la *Weltanschauung*, asistimos aquí a su punto culminante.

174 Ya se ha mencionado que el psicoanalismo pasa por alto la postura política de *El porvenir de una ilusión*, pero también hay que señalar que tampoco dice nada de los elementos de continuidad teórica que se mantienen, pese a todo, en *El malestar*. Para el psicoanalismo, el pesimismo freudiano debe ser total, sin matices y eterno. Sin embargo, si bien es cierto que Freud afirma en *El malestar* que hay «dificultades inherentes a la esencia misma de la cultura e inaccesibles a cualquier intento de reforma», el psicoanalismo apenas insiste en el hecho de que, *al mismo tiempo*, Freud sigue *manteniendo* en esa obra la necesidad y la posibilidad de que se hagan reformas: «Si con toda justificación reprochamos al actual estado de nuestra cultura cuán insuficientemente realiza nuestra pretensión de un sistema de vida que nos haga felices; si le echamos en cara la magnitud de los sufrimientos, quizá evitables, a que nos expone; si tratamos de desenmascarar con implacable crítica las raíces de su imperfección, seguramente ejercemos nuestro legítimo derecho, y no por ello demostramos ser enemigos de la cultura. Cabe esperar que poco a poco lograremos imponer a nuestra cultura modificaciones que satisfagan mejor nuestras necesidades que escapen a aquellas críticas» (pág. 58 [edición en castellano: pág. 86]). Y, además, Freud también mantiene en *El malestar* su crítica política respecto a la represión sexual excesiva absolutamente específica de la «cultura occidental»: «[la cultura] adopta frente a la sexualidad una conducta idéntica a la de un pueblo o una clase social que haya logrado someter a otro a su explotación. El temor a la rebelión de los oprimidos induce a adoptar medidas de precaución más rigurosas. Nuestra cultura europea occidental corresponde a un punto culminante de este desarrollo» y «carece de toda justificación» que la sociedad «haya llegado al

la propia disciplina, porque este viraje marca simbólicamente un antes y un después en la teoría freudiana y en las prácticas psicoanalíticas. De hecho, en la década de 1920 ese pesimismo teórico no habría dado ningún fruto ante el alcance y la fecundidad que exhibía el psicoanálisis de esa época. El momento en el que Freud lo expresó, 1930, también marca el comienzo del lento desamparo del movimiento psicoanalítico al que, en cierto sentido, el propio Freud contribuyó mucho. No es solo un momento de desilusión —de gran desilusión, habida cuenta de que las esperanzas depositadas y la energía invertida también habían sido grandes—, del mismo modo abre una nueva serie de acontecimientos para el psicoanálisis, que se encaminará poco a poco al desastre. Hay que relacionar esa nueva perspectiva sobre la política, denominada «realista» pero en realidad completamente desengañada, con las prácticas orquestadas por Ernest Jones para «salvar» la disciplina, prácticas que pronto iba a defender Freud.

Ernest Jones, el «salvador» del psicoanálisis

Jones, psiquiatra y psicoanalista galés, es el representante del psicoanálisis anglosajón en la Asociación Internacional de Psicoanálisis. En 1911 fundó la

punto de negar la existencia de estos fenómenos» (*Le malaise...*, op. cit., p. 47 [edición en castellano: *El malestar...*, op. cit., págs. 70-71]). Aunque se les reste mucha importancia, Freud no descarta en absoluto la necesidad y la pertinencia de intervenir en favor de la justicia social. En resumen, el psicoanálisis se va por las ramas cuando insiste en el tánatos hasta llegar a dar la impresión de que se trata de la verdad metapsicológica *unilateral* relativa al inconsciente que revelaría el psicoanálisis. El eros nunca anda muy lejos. Y, además, Freud concluye *El malestar* aludiendo a su principio: «Solo nos queda esperar que la otra de ambas "potencias celestiales", el eterno Eros, despliegue sus fuerzas para vencer en la lucha con su no menos inmortal adversario» (pág. 89 [edición en castellano: pág. 135]). Freud señala, con razón, que «nadie podría augurar el desenlace final».

Asociación Estadounidense de Psicoanálisis y, en 1919, la Sociedad Británica de Psicoanálisis. También se le conoce por su biografía de Freud (que es más bien una hagiografía), titulada *Vida y obra de Sigmund Freud*,¹⁷⁵ en la que presenta su versión de la historia del movimiento psicoanalítico y que todavía se toma como referencia en numerosos entornos psicoanalíticos. Jones, poco partidario de los freudianos de izquierda y a favor del desmoronamiento del movimiento revolucionario en el Viejo Continente, pretende revisar la articulación del psicoanálisis con la política y reorientarlo hacia una perspectiva más «razonable», es decir, hacia el liberalismo o el parlamentarismo burgués que se dan en los países anglosajones. En el momento en que la situación del psicoanálisis continental está a punto de volverse catastrófica ante el ascenso del fascismo —en los mismos países donde poco antes había vivido un crecimiento sin precedentes—, se diseña una nueva estrategia: desplazar el centro de gravedad de la disciplina hacia el eje anglosajón y hacer que se vuelva más discreta, sobre todo en Alemania y Austria, para «preservarla». Freud, en contra de la opinión de la mayoría de sus discípulos, acaba defendiendo la idea de que «la existencia del psicoanálisis constituido como organización debe continuar en las mismas condiciones en el Tercer Reich».¹⁷⁶ Jones es quien instiga esta política de «rescate».

Esta nueva orientación tiene una serie de consecuencias. Para empezar, va a haber que «eliminar»

175 Muy extensa y publicada en tres tomos. Ernest Jones, *La vie et l'oeuvre de Sigmund Freud*, París, Puf, 2006 [edición en castellano: *Vida y obra de Sigmund Freud*, Buenos Aires, Ediciones Horme, 1989].

176 Bernd Nitzschke, «La psychanalyse considérée comme une science "a"politique», *Revue Internationale de psychanalyse*, París, Puf, 1992, pág. 171.

a los analistas que se expresan con demasiada vehemencia hacia la izquierda. Ese es justamente el caso de Reich, que, a comienzos de la década de 1930, ha adquirido mucha notoriedad por sus publicaciones y por su actividad junto a las masas. A ojos del público alemán y austríaco, se presenta como la voz del psicoanálisis joven y en alza. Es lo suficientemente conocido como para ser objetivo de los nazis, a los que además critica abiertamente. Así pues, Reich lleva ya un tiempo siendo una amenaza para la disciplina y para su supervivencia. Pero, a diferencia de la versión de la historia que defiende Jones, el de Reich no es un caso aislado, porque la mayoría de los analistas en esa época se sitúan claramente a la izquierda. La exclusión secreta de Reich de la Asociación Internacional de Psicoanálisis en el verano de 1933 marca oficialmente el final de la implicación política de todos los analistas, pero también anuncia la racialización que se va a producir en el Instituto de Berlín: pronto excluirán a todos los judíos. O, más bien, claro, les «invitarán a marcharse», como dice Jones. Las grandes voces del psicoanálisis de los años 20 (la mayoría, judíos y de izquierdas) acabarán exiliándose: Eitingon, Fenichel, Simmel y muchos otros.

Este doble movimiento de exclusión se hace aduciendo un solo argumento: el «apoliticismo» del psicoanálisis. Jones, presidente de la Asociación en esa época, convierte ese apoliticismo en la norma constitutiva e inmutable de la disciplina psicoanalítica. Como se ha mencionado, el tema vive entonces un éxito sin precedentes; entre 1929 y 1933, se dedican por lo menos cinco textos a esta cuestión, entre ellos uno de Freud de 1933: «¿Es el psicoanálisis una *Weltanschauung*?».¹⁷⁷

177 Sigmund Freud, «La psychanalyse est-elle une *Weltanschauung*?» [«¿Es

Este texto, que se presenta como un debate científico, en realidad introduce posturas políticas de envergadura que comprometen el destino del psicoanálisis como práctica. Mientras el nazismo está en plena expansión, Freud reafirma aquí la idea del psicoanálisis neutro.

Lo que el nazismo le hizo al psicoanálisis: la marcha de Eitingon

Un mes después de que Hitler llegase al poder, Max Eitingon, director del Instituto de Psicoanálisis de Berlín, se empieza a preocupar. Fundador y principal aportador de fondos al Instituto con el que se identifica (de pleno derecho), Eitingon era considerado por Ernest Jones en 1930 «el corazón de todo el movimiento psicoanalítico internacional». Pero era judío y polaco, no tenía la nacionalidad alemana. Y, sobre todo, no estaba de acuerdo con la nueva orientación política que había adoptado el psicoanálisis. Consideraba que cualquier tipo de adaptación del psicoanálisis o del Instituto al nazismo era absurda. Y, en las circunstancias políticas catastróficas en las que se encontraban entonces, nadie podía pretender sustituirle en la dirección del Instituto sin traicionar su espíritu. Afirma, con determinación, que no se marchará más que por la fuerza. Además, todavía no había ninguna directriz oficial del Estado en este sentido y, en caso de que llegara a haberlas, Eitingon tenía previsto cerrar el Instituto, sin más. Se ve a sí mismo como el último bastión frente a la barbarie que podría hacerse con el psicoanálisis. Su postura es

el psicoanálisis una *Weltanschauung?*»], en *Nouvelles conférences d'introduction à la psychanalyse*, París, Gallimard, 1989 [1933]. Este texto también se conoce en francés con el título más «clásico» (procedente de una traducción más antigua) «D'une conception de l'univers» [«El problema de la concepción del Universo»], en *Nouvelles conférences d'introduction à la psychanalyse*, París, Gallimard, 1974.

inequívoca: con el enemigo nazi no es posible ningún tipo de continuidad ni de compromiso, y sería indigno y deshonesto contemplar esa posibilidad. El 19 de marzo de 1933 escribe a Freud para expresarle su opinión y pedirle, a su vez, que se posicione: «Me gustaría esperar tranquilamente a ver cómo evolucionan las cosas, esperar con calma a ver todo lo que pueda suceder con el Instituto de Psicoanálisis. Estar ahí hasta el último momento y, llegado el caso, cerrarlo yo mismo si hiciera falta o, al menos, estar presente si se cerrase. Como no sé quién podría mantenerlo con el espíritu que le caracteriza en circunstancias tan diferentes, si esa situación aberrante llegase a darse, no me gusta la idea de encomendarle a nadie la tarea de velar por que el Instituto sobreviva y que al mismo tiempo yo, extranjero y médico, ya no pueda trabajar. ¿Cometo una injusticia ante mis colegas si, en caso de que cambiase tanto la situación, dejase de creer en la continuidad —aunque fuera aproximada—, en la supervivencia del Instituto, si en un momento dado me viese obligado a dejar mi puesto de trabajo y el lugar donde llevo 40 años viviendo? Y uso aquí esta palabra literalmente: obligado; porque ni me plantearía marcharme un segundo antes de que eso sucediera ni bajo una presión menor. Muchos de mis colegas ya han sido destituidos en los últimos años, muchos otros lo dejarían o se verían obligados a dejarlo y, aun así, tengo indudablemente el derecho de identificarme con el Instituto o, al contrario, de identificar el Instituto con mi persona. Algunos colegas han reaccionado con incompreensión o rechazo cuando he mencionado estas ideas, pero todo ello no me hace cambiar de parecer. Me gustaría mucho conocer su opinión, estimado profesor».¹⁷⁸

178 Max Eitingon, «Lettre 754 E», Sigmund Freud-Max Eitingon,

Pese a la censura que acecha su correspondencia con Freud a partir de 1933 y la necesidad que tienen ambos de matizar sus palabras, la carta de Eitingon es explícita y radical. Aunque no los mencione, Freud sabe muy bien quiénes son los colegas que se oponen a sus ideas: se trata de Ernest Jones, Felix Boehm y Carl Müller-Braunschweig, psicoanalistas miembros de la Asociación, que quieren apartarlo. Y es que, según la nueva política de «rescate», es necesario que los dirigentes del psicoanálisis sean arios para ajustarse a las exigencias del nuevo poder. Ese es justamente el caso de Boehm y Müller-Braunschweig: por eso Jones quiere impulsarlos, hecho que Eitingon no puede aceptar.

Freud le responde enseguida, el 21 de marzo de 1933, y le plantea tres posibilidades que revelan su propia preferencia por la solución que su discípulo descarta. No hay duda de que Freud contempla el cierre administrativo del Instituto: «En primer lugar, se plantea la posibilidad de que se prohíba el psicoanálisis y se proceda al cierre administrativo del Instituto». Pero, a diferencia de Eitingon, Freud también se plantea otras dos posibilidades que permitirían su continuidad. No presta atención a la advertencia de Eitingon, que insiste en que no es posible seguir con la actividad del Instituto sin corromper gravemente su espíritu. Al contrario, plantea su supervivencia bajo el control oficioso de Eitingon: «Como segunda posibilidad, que no ocurra nada con el Instituto, pero que usted, como extranjero, quede apartado de su dirección. Seguiría usted en Berlín y podría continuar ejerciendo su influencia oficiosamente. En este caso, me parece que existe la opción de que no cierre usted el Instituto. [...] Y tam-

Correspondance 1906-1939, edición de Michael Schröter, París, Hachette Littératures, pág. 784.

bién es de interés general que el Instituto se mantenga para sobrevivir a tiempos desfavorables». La ceguera de Freud en esta cuestión es total. Y continúa: «Entre tanto, una persona indiferente como Boehm podrá ocuparse de dirigirlo».¹⁷⁹ Pero Boehm no era ni mucho menos una persona «indiferente», era «ario», reconocido como de «raza pura» por el nuevo Estado alemán. Eitingon no se deja engañar por esta propuesta y le responde a Freud tres días después: «Lo que me temía era precisamente la posibilidad de que surgiese la obligación de someter el Instituto a un “indiferente” y que tal “indiferente” fuese justamente una persona como la que usted nombra».¹⁸⁰ La Historia acabaría dándole la razón: unos años después, Boehm resultaría ser un «psicoanalista» muy diligente, que colaboró activamente en la vigilancia de homosexuales y luego en su deportación.¹⁸¹

Freud se plantea una tercera hipótesis: que el Instituto sobreviva pero que Eitingon se marche, voluntariamente o por la fuerza, y «pierda toda influencia». Para Freud, el «peligro en el seno del Instituto crece», y podrían recuperarlo enemigos internos para sus «propios propósitos». Menciona el nombre de Harald Schultz-Hencke, psicoanalista disidente y no judío que podía tener crédito a ojos de los nazis. Si se lee esta tercera opción, se comprende que para Freud, a diferencia de lo que le ocurre a Eitingon, el mayor riesgo tanto para el psicoanálisis como para el Instituto no es el nazismo, al que tanto uno como otro han de tener que

179 Sigmund Freud, «Lettre 755 F », S. Freud-M. Eitingon, *Correspondance 1906-1939*, pág. 785.

180 Max Eitingon, «Lettre 756 E» del 24 de marzo de 1933, *op. cit.*, pág. 786.

181 Karen Brecht, Volker Friedrich, Ludger M. Hermanns, Isidor J. Kaminer y Dirk Juelich, *Ici la vie continue d'une manière fort surprenante*, París, Association internationale d'histoire de la psychanalyse, 1985, págs. 150-157.

adaptarse, sino su distorsión a manos de disidentes que desnaturalizarían su espíritu. En la carta a Eitingon del 17 de abril de 1933, en la que cuenta su reunión con Boehm, Freud señala que este último, igual que Müller-Braunschweig, «[rechaza] cualquier tipo de concesión esencial en el funcionamiento del análisis».¹⁸² En su opinión, «la esencia del análisis» (término que convendría definir) podría subsistir en las condiciones del nazismo; la principal amenaza vendría más bien de personas sediciosas del interior de la propia disciplina. En esos momentos sombríos, a Freud parece preocuparle más preservar el templo del psicoanálisis que tener en cuenta la situación política general. Así pues, la tercera posibilidad es claramente un contraste para poner en valor las demás. De hecho, Freud invita directamente a Eitingon a elegir la segunda opción: mantener abierto el Instituto de Psicoanálisis de Berlín y «retirarse» de la presidencia en beneficio de Boehm, que se supone que preservaría «la esencia». Además, en su encuentro Boehm procura garantizarle a Freud que «Schultz-Hencke nunca formará parte del Consejo», y también —a petición de Freud— que intentará excluir a Reich.¹⁸³ Aunque Freud nunca haya tenido en gran estima a Boehm, esas garantías le parecen suficientes para otorgarle su confianza.

182 S. Freud, «Lettre 759 F», S. Freud-M. Eitingon, *Correspondance*, *op. cit.*, pág. 789.

183 «Ha aceptado excluir a Reich», Freud, «Lettre 759 F3», S. Freud-M. Eitingon, *Correspondance*, *op. cit.*, pág. 789. Boehm, por su parte, deja constancia del deseo explícito de Freud de «liberarle de Reich». Felix Boehm citado por B. Nitzschke, «La psychanalyse considérée comme une science "a"politique», *op. cit.*, pág. 172. Respecto a todas estas cuestiones, es posible remitirse al libro de Nitzschke, escrito junto con Fallend, *Der «Fall» Wilhelm Reich, Beiträge zum Verhältnis von Psychoanalyse und Politik*, Fráncfort del Meno, Suhrkamp Taschenbuch, 1997 (réed. 2002).

Pese a la amenaza del nazismo, Reich sigue haciendo gala de sus opiniones, cosa inadmisibles para la nueva orientación psicoanalítica. A comienzos de la década de 1930, aparte de su actividad en Sexpol, tiene el «descaro» (la palabra es de Anna Freud)¹⁸⁴ de volver a Viena para dar una conferencia a la Sociedad de Psicoanálisis en la que expone públicamente su compromiso político contra los nazis. En *Psicología de masas del fascismo*, que se publica en 1933, critica abiertamente el nacionalsocialismo. Freud, por su parte, publica ese mismo año, como se ha mencionado, su artículo «D'une conception de l'univers» [«El problema de la concepción del Universo»], donde plantea la pregunta de si el psicoanálisis es una *Weltanschauung* para responder, desde luego, que no lo es.¹⁸⁵ El texto tiene su relevancia. A diferencia de la interpretación que se le da actualmente en el entorno analítico imperante, no es una mera cuestión epistemológica. En pleno auge del nazismo, Freud defiende en este texto la idea de la neutralidad de la ciencia psicoanalítica. Con la excusa del debate científico, Freud designa como adversarios, detrás de la religión, al anarquismo político (el «equivalente» del relativismo en la ciencia) y al marxismo. Respecto a este último, su opinión es irrevocable: «el segundo de nuestros adversarios nos parece el más temible, y me refiero sobre todo a él cuando lamento las limitaciones de mi entendimiento. Supongo que sabrán ustedes más que yo sobre esta cuestión y que hace tiempo que se han posicionado a favor o en contra del marxismo. [...] Llevado a la práctica bajo la forma del bolchevismo ruso, el marxismo teórico ha adopta-

184 Según la hija de Reich, fue también Anna Freud quien se dedicó a influir en Freud y en Jones para que excluyeran a Reich. Lore Reich Rubin, «Wilhelm Reich and Anna Freud: his expulsion from psychoanalysis», *op. cit.*

185 S. Freud, «D'une conception de l'univers», *op. cit.*

do sin duda las características de una concepción del mundo: su energía, su coherencia, su exclusivismo y también un extraño parecido con aquello a lo que se enfrenta».¹⁸⁶ Freud se refiere al marxismo como a una *Weltanschauung* peligrosa, muy alejada de la ciencia psicoanalítica y sin relación con ella. Justo después del éxito fulminante de los nazis, no formula ninguna crítica pública al respecto y, por el contrario, centra de manera explícita sus críticas en el comunismo. El subtexto político está claro: hay que oponerse a la concepción de un psicoanálisis comprometido. Para la nueva línea de «rescate del psicoanálisis», la posición de Reich es inaceptable y supone una amenaza para la «supervivencia» de las instituciones analíticas.¹⁸⁷ Su exclusión secreta¹⁸⁸ de la Sociedad Alemana de Psicoanálisis se produjo en el verano de 1933. Y en nombre de esa neutralidad se sellará también la arianización del Instituto.

La «neutralidad» del psicoanálisis y la arianización de la Sociedad Alemana de Psicoanálisis

En 1933, Max Eitingon se opone al nombramiento de Boehm como presidente del Instituto de Alemán de Psicoanálisis y también desaprueba la exclusión de Reich.¹⁸⁹ Socialista convencido, se marcha de Alemania a Israel, donde abre una policlínica siguiendo el modelo de la de Berlín. En Berlín, Boehm y Müller-Braunschweig acaban siendo designados para dirigir el Instituto el 18

186 S. Freud, *Nouvelles conférences sur la psychanalyse*, op. cit., págs. 233 y 237-238.

187 De hecho, Reich figuraba en las listas de la Gestapo.

188 Fue secreta y no podía ser oficial porque por aquel entonces Reich todavía tenía una influencia considerable en el medio analítico.

189 «No deberíamos echar a Reich, y menos ahora». Max Eitingon, «Lettre 760E» del 21 de abril de 1933, S. Freud-M. Eitingon, *Correspondance 1906-1939*, op. cit., pág. 792.

de noviembre de 1933. Eligieron a Werner Kemper, otro analista «ario», como auditor de cuentas. Ese triunvirato enseguida reina a su antojo, mientras expulsaron a los judíos y a los rojos en una sesión presidida por el propio Jones.

Como indica Boehm en un informe dirigido a Jones, acude con Müller-Braunschweig ante el Ministerio de Cultura nacionalsocialista para demostrar que el psicoanálisis no era «una porquería judeomarxista». Ante la insistencia de un funcionario para que establecieran una distinción entre el auténtico psicoanálisis y sus desviaciones izquierdistas, Müller-Braunschweig redacta un memorando que le leen a Jones. Se publica una versión abreviada en una revista de propaganda nazi, el *Reichswart*, en octubre de 1933. En este documento, Müller-Braunschweig defiende el argumento de que el psicoanálisis no es una *Weltanschauung*, y rechaza así la idea de que «desintegre el alma alemana». Si bien podía resultar «peligroso» en manos de un «espíritu destructor, también tenía su importancia para trabajar por la construcción del régimen nazi». Como resalta el historiador Geoffrey Cocks, en ese texto condenaba «de manera indirecta pero clara»¹⁹⁰ a sus colegas judíos y, se podría añadir, condenaba con la misma claridad a los analistas de izquierdas, con Reich a la cabeza. En una carta oficial, Reich reprueba el texto de Müller-Braunschweig, igual que denuncia con gran valentía la connivencia de la Sociedad Alemana de Psicoanálisis con el régimen de Hitler: «Como miembro de la DPG [Deutsche Psychanalyse Gesellschaft, Sociedad Alemana de Psicoanálisis] forzado a emigrar, por la presente declaro que el artículo en cuestión escri-

190 Geoffrey Cocks, *La psychothérapie sous le IIIe Reich*, París, Les Belles Lettres, 1987, pág. 90.

to por Müller-Braunschweig es una vergüenza para la ciencia y el movimiento psicoanalítico en su conjunto. Bajo la dirección de su Consejo de administración, la DPG intenta integrarse en la Sociedad Alemana de Medicina General para la Psicoterapia, sobre la que el *Reichsführer* [máximo rango militar de las SS] declara lo siguiente en un prólogo de *Zentralblatt für Psychotherapie* de diciembre de 1933: “la Sociedad espera que todos los miembros que escriben en esta publicación hayan estudiado el libro fundamental de Adolf Hitler, *Mein Kampf* [Mi lucha], y que lo reconozcan como una obra fundacional”». ¹⁹¹

Más allá de la posición ideológica de Müller-Braunschweig, y conforme a esa nueva orientación de «rescate», se trataba más bien de que la DPG se integrase en la Sociedad Alemana de Medicina General para la Psicoterapia, que exigía a sus miembros que fuesen leales al Führer. Así pues, Boehm, instigado por Jones se entregó activamente a esa fusión institucional.

En 1934, en el XIII.er Congreso Internacional de Psicoanálisis en Lucerna, resuenan las protestas de los analistas contra el reciente cambio de orientación de la Sociedad Alemana de Psicoanálisis. Jones, al tanto de este ambiente y como presidente de la Asociación Internacional de Psicoanálisis, defiende públicamente a Boehm: «He oído opiniones muy duras expresadas desde el desconocimiento de los hechos, lo que demuestra que en este caso están operando factores irracionales. Solo quiero añadir que lo primero que hizo el doctor Boehm fue dirigirse personalmente al profesor Freud en abril del 33 para evitar las desavenencias y las críticas que aun así no han dejado de producirse; por mi

191 Este correo de Reich de 1933 figura en las circulares secretas que puso en marcha Fenichel en 1934.

cargo de presidente, me ha mantenido fielmente informado desde el principio de todos los acontecimientos mediante entrevistas personales». Y concluye: «Espero que los servicios que el doctor Boehm ha prestado al psicoanálisis sobrevivan a todas las críticas a las que se ha visto expuesto en este momento».¹⁹² Los psicoanalistas que llevan tiempo implicados en batallas políticas se muestran estupefactos ante la nueva dirección oficial. Durante el Congreso, se prohíbe la exposición del libro de Reich, *Psicología de masas del fascismo*.¹⁹³ Reich, que ha viajado hasta allí con ese propósito, no puede presentarlo. Además, queda excluido —oficialmente esta vez— de la IPA en unas condiciones particularmente perversas. En su hagiografía, Jones indica que Reich ha dimitido de la IPA. Nada más lejos de la realidad. Cuando Reich llega a duras penas a Lucerna (carece de dinero), no tiene ni idea de que le han excluido de la Sociedad de Berlín. Se entera cuando se da cuenta de que no figura en el folleto de la IPA. Como cree que es obra del dúo ario (Boehm y Müller-Braunschweig), acude a Anna Freud pensando que le va a ayudar. Pero Anna Freud y Jones esgrimen en su contra un argumento puramente técnico: como no es miembro de ninguna organización local, y mientras no lo sea, no puede formar parte de la Asociación Internacional. Sin embargo, Jones ha orquestado una intensa campaña contra Reich de manera encubierta y se ha encargado personalmente de que ninguna or-

192 Citado por B. Nitzschke, «La psychanalyse considérée comme une science "a"politique», *op. cit.*, pág. 174. Aquí se retoma en parte la lectura de Nitzschke.

193 Las últimas perspectivas de psicoanálisis político de Reich habían sido aplaudidas y defendidas por muchos analistas, también en la década de 1930. Hay, por ejemplo, informes de Otto Fenichel, Erich Fromm (1932), Karl Laudauer (1934) y Max Horkheimer (1936).

ganización lo acoja.¹⁹⁴ Su exclusión es un signo muy claro: toda la izquierda freudiana —que, sin embargo, era mayoritaria—, temiendo por su propia suerte, se resigna.¹⁹⁵

Ante la evidente decadencia interna del psicoanálisis y el fracaso de sus materializaciones políticas (la destrucción del Partido Comunista en 1933 hizo que se suspendiera la tentativa de Reich con Sexpol), Otto Fenichel decide, a partir de 1934, distribuir circulares clandestinas para mantener cierta tradición analítica de izquierdas.¹⁹⁶ «Estamos seguros de que en el psicoanálisis de Freud se reconoce el germen del psicoanálisis dialéctico-materialista del futuro, y por eso tenemos la desesperada necesidad de proteger y difundir esos conocimientos».¹⁹⁷ Por el contrario, tras el Congreso Anna Freud agradece a Jones que no haya confundido el psicoanálisis con la actividad política...

Así pues, el intento de Jones y sus acólitos arios de acomodar el psicoanálisis al Tercer Reich queda a medio camino. El 24 de octubre de 1935, la Gestapo detiene a Edith Jacobson, analista formada en Berlín y analizada por Otto Fenichel, acusada de complot contra el Estado y alta traición. Había permitido que los

194 Durante su exilio, se afilia a la Sociedad de Psicoanálisis de Noruega, pero la IPA rechaza la candidatura: Reich nunca conseguirá volver a ser miembro de la Asociación. Lore Reich Rubin, «Wilhelm Reich and Anna Freud: his expulsion from psychoanalysis», *op. cit.*

195 Salvo Fenichel, que hace constar algunas objeciones formales, todos los analistas próximos a Reich (o a sus ideas) permanecerán callados. Semejante silencio ante tal ejemplo de violencia acentúa la eficacia de su perversión, así como su huella sobre la institución analítica, que parece perdurar en unas cuantas escuelas psicoanalíticas que siguen ancladas en la negación de la cuestión política.

196 Se trata de una documentación excepcional sobre el movimiento analítico formada por más de 2500 páginas dactilografiadas que todavía no se han traducido al francés.

197 Otto Fenichel, *Rundbrief 1*, marzo de 1934, caja 1, carpeta 1, Austen Riggs Library.

miembros de un grupo de socialdemócratas al que pertenecía uno de sus pacientes se reunieran en su casa. Ante esta situación, los partidarios de la nueva orientación de «rescate» enseguida plantean nuevos requisitos. El 30 de noviembre de 1935 se celebra una precipitada reunión de la Sociedad Alemana de Psicoanálisis en presencia de Jones. En lugar de clausurar la Sociedad y llamar a la resistencia organizando la retirada de los analistas alemanes y su repatriación a zonas donde el ejercicio del psicoanálisis libre todavía sea posible, se impone a todos los miembros de la Sociedad una nueva norma que extiende el principio de la «neutralidad política»: queda prohibido que los analistas se hagan cargo de la cura de un paciente con implicación política. Esa norma, que en la práctica es casi imposible de cumplir, genera profundas rupturas entre los analistas. En esa reunión de la que existen dos versiones recogidas por escrito,¹⁹⁸ Boehm no deja de insistir en que el psicoanálisis no es una *Weltanschauung*. Partiendo siempre de este argumento, algunos miembros se preguntan si sería pertinente abandonar la IPA, que sigue estando marcada por el nombre de Freud y su identidad judía. Bernd Nitzschke, Boehm, Müller-Braunschweig y la mayoría de los miembros «arios» del comité, así como Jones, acaban «aconsejando» a los miembros judíos de la Sociedad Alemana de Psicoanálisis que presenten la dimisión. Jones rechaza todas las propuestas de psicoanalistas como Rollenbleck y Herold, que sugieren disolver la Sociedad y seguir ejerciendo de manera ilegal. Solo hay un miembro no judío, Bernhard Kamm, que dimite por solidaridad.

198 Son una carta de Jones a Anna Freud (*Ici la vie continue*, op. cit., págs. 114-115) y un informe de Boehm (*ibid.*, págs. 116-117).

La marcha de muchos miembros genera oportunidades para otros. Kemper, psicoanalista ario, enseguida asume más responsabilidades en la Sociedad Alemana y se convierte en su tercer presidente junto a Boehm y Müller-Braunschweig. Müller-Braunschweig, por su parte, sigue con su campaña de «modernización del psicoanálisis»; elogia el nacionalsocialismo y declara en «Psicoanálisis y germanidad» que ahora es posible darle a la Sociedad de Psicoanálisis «un aspecto verdaderamente alemán», cosa que antes no se podía hacer dado el origen «internacional» de sus miembros.

Aun así, los miembros de la DPG no están tranquilos. Les preocupa no ofrecer suficientes garantías al régimen nazi tras «el episodio de Jacobson», y les acaba pareciendo más «prudente» abandonar la casa matriz de la IPA para «salvar» la Sociedad Alemana de Psicoanálisis; deciden presentar una solicitud de dimisión de su Sociedad. Fue una precaución inútil, porque el fomento de la «estrategia de rescate» y del «psicoanálisis neutro» enseguida tuvo éxito. En 1936, la Sociedad Alemana de Psicoanálisis se anexiona al «Instituto Alemán de Ciencia de las Almas y de la Psicoterapia», dirigido por Matthias Göring, primo del mariscal [Hermann Göring], «favorable» al psicoanálisis. Tras la «dimisión voluntaria» de los judíos, ya no hay ningún obstáculo para esa anexión. Y así, «liberada de judíos» y de «rojos» y sometida a Hitler, la Sociedad Alemana de Psicoanálisis retira su solicitud de abandonar la IPA, en la que permanece hasta 1938.

Es la gota que colma el vaso para algunos analistas comprometidos: John Rittmeister, psicoanalista y militante socialista revolucionario, se opone en vano a la transformación de la policlínica de Berlín. Mientras sigue ejerciendo en la policlínica, entra clandestina-

mente en la resistencia e impulsa la potente red de la Orquesta Roja.¹⁹⁹ Por su parte, Müller-Braunschweig, convertido en tesorero de la Sociedad, no duda en exigir a los miembros judíos obligados a exiliarse que devuelvan sus deudas de formación. Como los pagos no llegan, se queja ante Jones para que le ayude a recuperarlos.

Matthias Göring ya había recibido inicialmente la propuesta de un Instituto Alemán de Psicoterapia de manos de Herbert Linden (con la colaboración de Felix Boehm y Carl Müller-Braunschweig), un funcionario miembro del NSDAP [Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán] que luego tendría una participación importante en el programa de eutanasia del régimen nazi. La idea era crear un organismo a disposición de todas las ramas de la psicoterapia.²⁰⁰ Jones había defendido públicamente la anexión de la Sociedad Alemana de Psicoanálisis al Instituto Göring, sobre todo en el Congreso de Marienbad en el verano de 1936. Según Jones, esa anexión era la «garantía para que el psicoanálisis» conservase «su independencia».²⁰¹ Freud y su hija «pen-

199 Gilles Perrault, *L'orchestre rouge*, París, Fayard, 1967. Rittmeister escribió además un «diario de prisión» donde se ve una coherencia de su trayectoria comprometida —tanto política como psicoanalítica—, que, según Sigg, es comparable a la de Marie Langer, que veremos más adelante. Bernard W. Sigg, «Psychanalysten debout», *Revue internationale d'histoire de la psychanalyse*, París, Puf, 1992, págs. 320-321.

200 Régine Lockot, «À propos des changements de noms de l'association psychanalytique de Berlin», *La revue lacanienne*, n.º 1, Toulouse, Érès, 2008, pág. 28.

201 B. Nitzschke, «La psychanalyse considérée comme une science "a"politique», *op. cit.*, pág. 175. En una entrevista en Basilea, Jones deja constancia de su reunión con Matthias Göring, que le pareció «sumamente dúctil y amable». En un estilo sibilino que deja a un lado la tragedia de la Historia y su implicación personal, Jones añade: «pero resultó después que no estaba en condiciones de cumplir las cosas que me prometió acerca del grado de libertad de que gozaría el grupo psicoanalítico». Sin embargo, desde mayo de 1936, *antes* del

saban que Boehm sería útil al psicoanálisis mediante la creación de ese Instituto».²⁰² Después de absorber la policlínica de Berlín, la Sociedad Alemana pronto iba a «absorber» también la de Viena.

En 1938 el Ejército alemán invade Austria. Fenichel comenta la actitud de sus colegas de Viena que, ante la entrada de los nazis en la ciudad, se comportan «como buenos burgueses: a un breve periodo de pánico pronto le siguió una gran confianza en el Gobierno presente».²⁰³ Siguiendo con la política de arianización, Carl Müller-Braunschweig emprende el proyecto de fundar la *Revue allemande de psychanalyse sur le sol du IIIe Reich* [Revista alemana de psicoanálisis en territorio del Tercer Reich]. También busca analistas no judíos y alemanes para llevar a cabo esa fusión. Escribe a Sterba, analista vienés de la primera hornada que había sido formado por Reich: «Quiero informarle brevemente de los acontecimientos locales. Tras la dimisión de los miembros judíos, la Sociedad de Viena ha sido absorbida por la Sociedad Alemana de Psicoanálisis. La tarea consiste en convertir el número 7 de la calle Berggasse en un Instituto que, como el de Berlín, permita a las diferentes escuelas psicoterapéuticas trabajar sobre una base de igualdad. [...] Para ello, necesitamos la cooperación y la ayuda de algunos miembros arios de la Sociedad Psicoanalítica Vieneses. [...] Como miembro

Congreso de Marienbad, Göring, en su discurso de inauguración del nuevo Instituto alemán (en el que se menciona que Jones se encontraba al lado de Hitler), había sido muy claro: no podía haber psicoterapia sin *Weltanschauung* nacionalsocialista... (Jones, *La vie et l'oeuvre de Sigmund Freud*, op. cit., t. III, pág. 177 [edición en castellano: pág. 206]).

202 R. Lockot, «À propos des changements de noms...», op. cit., pág. 28.

203 Según R. Jacoby, *Otto Fenichel: destins de la gauche freudienne*, op. cit., págs. 118-119. Más adelante, Fenichel reconocía que Edith Jacobson y él se habían equivocado y que Reich tenía razón: habría sido preferible limitarse a disolver la Sociedad Alemana ya en el verano de 1933.

de la Sociedad Alemana de Psicoanálisis, podría usted convertirse en miembro sin ninguna dificultad y —si no hay ninguna razón particular en contra— también sería miembro del Instituto alemán y se le reconocería como psicoterapeuta en Alemania. Saludos fraternos. ¡Heil Hitler! Doctor Carl Müller-Braunschweig».²⁰⁴ Sterba rechaza la oferta y decide emigrar con toda su familia a Inglaterra. Una vez allí, le escribe a Jones para pedirle ayuda. Recibe una respuesta mordaz: «Debería haberse quedado en Viena con August Aichhorn para recordar el psicoanálisis, esperando que lleguen días mejores». Sterba, que había osado poner reparos al proyecto de «rescate», iba a tener que arreglárselas solo.

Hasta 1938, el Instituto Göring mantiene la anexión a la IPA sin generar ninguna reacción. Jones, en el Congreso de París de 1938, mantiene que la Sociedad Alemana de Psicoanálisis goza de una «independencia sustancial». Pero ese mismo año, Göring consigue disolverla y entonces cesa también su representación en la IPA. Desde ese momento, los miembros de la antigua Sociedad de Psicoanálisis se integran en la «sección A» del Instituto.

Esta página negra que atestigua el hundimiento del psicoanálisis alemán en y con el nazismo, gracias al respaldo activo de la IPA, iba a condicionar todo el movimiento psicoanalítico internacional. Su principal artífice, Jones, seguirá presidiendo la Asociación Internacional de Psicoanálisis durante y después de la guerra. En la posguerra, aunque el psicoanalista inglés John Rickman recomienda que ninguno de los analistas activos en las instituciones durante el periodo nazi ostente cargos en una organización psicoanalítica,

204 R. Sterba, *Réminiscences d'un psychanalyste viennois*, op. cit., págs. 150-151.

Jones no está de acuerdo. En un discurso de 1949, no duda en defender la idea de que Müller-Braunschweig es uno de los pocos que, en el tiempo de Hitler, ha seguido siendo «un auténtico y verdadero analista».²⁰⁵ Le encomienda la tarea de crear un nuevo grupo de psicoanálisis, la DPV (la Asociación Alemana de Psicoanálisis, por sus siglas en alemán), que nace en 1950. Entre tanto, Müller-Braunschweig había dimitido como presidente de la antigua Sociedad Alemana de Psicoanálisis, que se reconstituyó tras la derrota alemana pero que, habida cuenta de su pasado reciente, era muy difícil que pudiera volver a incorporarse a la IPA. Fue Boehm quien volvió a encabezar la Sociedad. Como escribe Nitzschke, se da la circunstancia de que coexisten en Alemania dos sociedades psicoanalíticas y las dos aseguran haber contribuido a la «salvación del psicoanálisis».

El esplendor de la práctica psicoanalítica revolucionaria tardará mucho tiempo en volver a pasar por Alemania y Austria.²⁰⁶ Pese a todos los esfuerzos de Aichhorn tras la guerra, el Ambulatorium, la policlínica gratuita de Viena, no retomó su actividad hasta 1999.²⁰⁷ De momento, la vitalidad del psicoanálisis político iba a tomar otros caminos.

205 E. Jones, «Discours d'ouverture», *Journal international de psycho-analyse*, Boletín de la Asociación Internacional de Psicoanálisis, 30, 178 F, 1949.

206 Sin duda, la escuela de Fráncfort vive una renovación decisiva tras la guerra, pero más auspiciada por la teoría crítica y de la filosofía (con Adorno, Marcuse, etc.) que desde el punto de vista de una práctica analítica revolucionaria. De hecho, su representante psicoanalista, Mitscherlich, que funda en 1960 el Instituto Sigmund Freud, defiende una práctica analítica en el marco de las coordenadas políticas del liberalismo, lo que le hizo objeto de una intensa crítica por parte de Marcuse. Gérard Raulet, *La philosophie allemande depuis 1945*, París, Armand Colin, 2006.

207 Nicolas Gougolis, «Les centres de consultation psychanalytiques dans leur histoire», *Le Coq-Héron*, Érès, 2010, pág. 50.

4

MARIE LANGER: DE LA VIENA DE LOS AÑOS 30 A LA AMÉRICA LATINA DE LOS AÑOS 70

La resistencia de Marie Langer en la Viena de los años 30

Lejos de las maniobras de Ernest Jones en Alemania, la trayectoria de Marie Langer muestra cómo se podía tomar otro camino. Esta historia comienza en Viena en 1935. Marie Langer tiene 25 años y acaba de terminar sus estudios de medicina. El austrofascismo gobierna el país y, para muchos de sus contemporáneos, la situación es desesperada. Pero Langer quiere creer en la persistencia y la vitalidad de los movimientos de emancipación, sobre todo los feministas y los comunistas a los que pertenece. Esos movimientos actuaban de manera clandestina para mantener vivo el legado de los años 20: «En la Viena Roja de los socialistas había una larga tradición de lucha feminista; además, los socialdemócratas tuvieron siempre la convicción de que las mujeres deben decidir sobre su propio cuerpo, lo que se traducía en la lucha por la legalización del aborto y en contra del artículo 144 que lo penaba. Esta era la bandera de las mujeres proletarias

del Partido Socialista y, desde luego, del Comunista».²⁰⁸ Como se puede ver, la hegemonía estalinista paternalista todavía no había causado estragos en el Partido Comunista Austríaco. En esa época, para muchos comunistas la militancia revolucionaria incluía la lucha por la igualdad de los sexos. Además de su actividad como psicoanalista, Langer ejerce clandestinamente como anestesista con su amigo el ginecólogo Fritz Jensen, miembro también del Partido Comunista; ayudan a abortar a mujeres que, por motivos económicos o políticos, no pueden hacerlo en buenas condiciones. En la década de 1930 el paternalismo y el antisemitismo fascistas ya han ganado mucho terreno y dominan la escena política, pero la Viena Roja no ha muerto del todo. Langer, junto con otros resistentes, mantiene viva esa llama. La Revolución bolchevique de 1917, iniciada por las mujeres e impulsada en gran medida por el feminismo de comienzos de siglo, era para Langer una brújula firme en esos tiempos reaccionarios.

Igual que sucede con Reich, la trayectoria y los posicionamientos de Langer, psicoanalista marxista y feminista, encarnan la historia popular del psicoanálisis. Aunque no suele figurar en la historia oficial, su trayectoria explica uno de los periodos más fértiles del psicoanálisis en el siglo XX, lleno de retos y conflictos que marcaron la historia de esta disciplina, y Langer dará cuenta de ello varias veces a lo largo de su vida. El hecho de que sus obras clínico-políticas o su testimonio histórico sobre el psicoanálisis y su compromiso revolucionario sigan sin haberse publicado traducidas en Francia²⁰⁹ lleva a preguntarse por qué esa trayecto-

208 Marie Langer, *Memoria, historia y diálogo psicoanalítico*, Buenos Aires, Folios Ediciones, 1984, pág. 52.

209 La primera edición de este libro se publicó en Francia [N. de la T.].

ria sigue aún sumida en «el olvido». Así como la figura de Reich es emblemática para el periodo de comienzos de los años 20 a comienzos de los años 30, la de Marie Langer —que, que se sepa, nunca conoció a Reich— actúa en cierto modo como hilo conductor que permite recorrer toda la historia del psicoanálisis. Sus palabras, sus preguntas y las elecciones a las que tuvo que hacer frente ante las necesidades de la Historia revelan muchos aspectos de esa vertiente revolucionaria de la disciplina que tan hábilmente ha ocultado la ortodoxia.

Los primeros años

La infancia, la adolescencia y la juventud de Marie Langer, nacida en Viena en 1910 bajo el reinado del emperador Francisco José, se produjeron en una época de profundos cambios políticos. Más tarde, Langer definía con humor su relación con la Historia calificándola de «Edipo imperial».²¹⁰ La I Guerra Mundial marca para ella una ruptura: cuando Langer no tiene más que cuatro años, su padre debe marchar al frente. En ese momento, que tal vez determinase su dedicación a los cuidados, ella quiere ser enfermera porque las enfermeras son las únicas mujeres que pueden ir a la guerra y, como destaca, es la única manera que tiene, como niña pequeña que es, de permanecer cerca de su padre. La inscripción sociohistórica de su complejo de Edipo vive un nuevo episodio en 1916, con la muerte del emperador Francisco José. Con apenas siete años, le parece que es la «muerte de Dios». Para la clase social a la que pertenece Langer, el mundo se viene abajo: en el seno de esa familia judía de la alta burguesía austriaca, aunque instruida y atea, parecía que el reinado del Emperador era inmutable y que él mismo era «in-

210 M. Langer, *Memoria, historia y diálogo psicoanalítico*, op. cit., pág. 3.

mortal». Era imposible contemplar un vuelco del orden establecido.

Esa irrupción de la Historia con mayúscula en el mundo cerrado de la burguesía conservadora llevó a Langer a emanciparse, en primer lugar, del modelo «resignado» que encarnaba su madre. Lectora de Schopenhauer que daba la razón a la misoginia del filósofo alemán, «madres-esposas *comme il faut*» [como es debido], Langer la describe como «frígida» y afirma que «las pacientes de Freud eran como mi madre».²¹¹ Pese a la relativa liberación cultural²¹² que también llega a su familia tras la guerra (se proclama la República al día siguiente del armisticio), su madre, cual «*Madame Bovary*», sigue soñando con un gran amor, ese que mantiene a la mujer bajo el dominio masculino y que denuncia Alexandra Kollontai. Pero Langer no se equivoca de enemigo. Aunque se muestra crítica con su madre, ve en ella el producto «de una situación social entonces inamovible». Así pues, si quiere «reivindicar a la mujer en el feminismo es también porque quier[e] reivindicar a la mujer que había en [su] madre».²¹³

Marie Langer comienza sus estudios con el apoyo de su padre. Se matricula en la Schwarzwald Schule cuya directora, la doctora Schwarzwald, es una socialista de costumbres liberales. Luego se incorpora en Zúrich a la primera universidad abierta a las mujeres —en aquella época todavía no podían cursar estudios superiores en Austria—, donde también se estaban formando las futuras revolucionarias rusas. La mayoría

211 *Ibid.*, págs. 14 y 4.

212 Entre otros ejemplos de esa liberación, Marie Langer señala que las mujeres ya no están obligadas a llevar corsé y que sus padres salen a bailar el charleston, o incluso que Magnus Hirschfeld reivindica el «tercer sexo» para los homosexuales.

213 M. Langer, *Memoria, historia y diálogo psicoanalítico*, op. cit., pág. 14.

de sus profesores son «marxistas muy comprometidos políticamente» y el colegio tenía un «clima a la vez feminista y marxista».²¹⁴ Según cuenta ella misma, la formación que recibió allí fue decisiva. Continúa con sus estudios de medicina y se titula en 1935.

Entre tanto, el antisemitismo ha ido ganando terreno. En la universidad, Langer ha sido testigo de episodios de violencia ejercida contra estudiantes señalados como judíos bajo la mirada de la policía, que no interviene. Tras asistir a un mitin de Hitler, decide afiliarse al Partido Comunista clandestino. La perspectiva revolucionaria le parece una necesidad. Además, esa implicación le permite conjugar dos luchas: la batalla contra la violencia del destino social reservado a las mujeres y contra la suerte que espera a los judíos. Nacer en una familia burguesa durante el reinado del Emperador no la había protegido de esa doble condición: «Porque aunque fuéramos ricos, siempre tenía presentes mis dos desventajas: ser judía y ser mujer. Y a estas, más adelante, se agregó una tercera: estar divorciada. Por eso, entrar en la izquierda me pareció la única solución lógica: estaba segura [de] que el comunismo anularía esta marginación».²¹⁵

En aquella época, la medicina está en gran medida «socializada» y los estudiantes que se acaban de graduar tienen que ejercer dos años en el hospital para probar las distintas especialidades. Langer se decide por la psiquiatría y comienza a analizarse con Richard Sterba, primer empleado de la Wiener Vereinigung [la Sociedad Psicoanalítica Viena]. Pero en un país ya en manos de los fascistas, donde el antisemitismo se convierte en política oficial, los médicos no católicos

214 *Ibid.*, pág. 20.

215 *Ibid.*, pág. 9.



Marie Langer

van quedando excluidos de los puestos institucionales. Dadas las circunstancias, Langer se decide por la formación psicoanalítica en el llamado análisis didáctico, para convertirse en analista. Y así conoce a Anna Freud y se incorpora, a principios de los años 30, a la Sociedad Psicoanalítica Viena donde aún reina cierto entusiasmo. Pese al viraje freudiano que se está produciendo —que todavía no resulta igual de obvio para todo el mundo—, para Langer y los demás analistas está claro que el psicoanálisis tiene su espacio en la ciudad: «en Viena todos estaban de acuerdo en que el psicoanálisis debiera ser aplicado al sistema escolar y a la educación, como también a la elaboración de las leyes y a reformas del sistema penitenciario».²¹⁶ En el

²¹⁶ *Ibid.*, pág. 206.

seno de la institución continúa su formación y lee toda la obra de Freud, pero no abandona su militancia política. En aquella época, para los jóvenes analistas que se encuentran en proceso de formación en Viena no existe ningún corte entre Freud y Marx.

Sobre la neutralidad imposible

Después de su detención por pertenecer a un grupo de médicos a favor de la paz en el que también estaba su futuro segundo marido, Max Langer, los analistas vieneses de la generación anterior le impusieron a Marie una elección imposible entre psicoanálisis y militancia. Edward Bibring, miembro destacado de la Sociedad Psicoanalítica Viena, se había enterado del arresto por una de las pacientes a las que analizaba, también colega y amiga de Langer. Indignado ante el activismo de Marie Langer —y sin tener en absoluto en cuenta el secreto del diván—, propone a sus colegas de la Sociedad que la excluyan. Marie Langer se libra por poco de esa sanción gracias a la intervención de Sterba, pero aun así recibe una amonestación del presidente de la Sociedad, Paul Federn.²¹⁷

En realidad, la nueva norma de «abstinencia política» en la práctica resulta muy alejada de la supuesta neutralidad que defendía. Sume a todos los miembros de la Sociedad analítica en graves conflictos y contradicciones irresolubles. El propio Federn, que ejerce aquí como padre autoritario, es conocido por su militancia socialista y uno de sus hijos recibe amenazas por per-

217 Marie Langer, «Psicoanálisis y/o revolución social», *Cuestionamos*, Granica Editor, Buenos Aires, 1971, pág. 260. [N. de la T.: todas las citas de fuentes originales en español, excepto las extraídas de *Memoria, historia y diálogo psicoanalítico* (Langer), son traducción propia a partir de la versión en francés del autor, por no tener acceso a la fuente original en español].

tenecer a círculos trotskistas (la Gestapo lo detuvo en 1938 y lo deportaron a Buchenwald). Pero, al margen de la generación joven, la mayor parte de las figuras eminentes de la Sociedad también se encuentran ante una elección imposible, más aún teniendo en cuenta que ellos habían sido los impulsores del psicoanálisis freudiano de los años 20; eran ellos quienes habían construido sus instituciones y, si esa disciplina había llegado a alcanzar un lugar sin precedentes en la mayoría de las grandes capitales europeas tanto orientales como occidentales, había sido justamente gracias a su implicación política a favor del progreso social. Por lo tanto, el «repliegue» freudiano, tanto su pesimismo teórico como esta nueva «pragmática» que exigía «adaptar» el psicoanálisis para «salvarlo», les resultaba irrealizable.

El testimonio de Langer a este respecto resulta de gran valor. Los analistas de la Sociedad Psicoanalítica Viena veían no solo cómo les prohibían ejercer una actividad política que ya era ilegal —todos los partidos de la oposición estaban ya prohibidos—, sino, lo que era más grave, también tenían prohibido iniciar curas con pacientes implicados en política o proseguir con las ya iniciadas. Langer subraya el «conflicto ideológico» pero también «ético» que esto supone ante el cuestionamiento de las reglas de la cura. De hecho, muchos analistas tenían pacientes gravemente enfermos cuya cura no podían plantearse interrumpir, por motivos evidentes. Desde el punto de vista del paciente, que no podía hablar de su actividad política, lo que se incumplía era la regla de asociación libre.²¹⁸ Al psicoanalista le quedaban entonces solo tres posibilidades, todas ellas callejones sin salida a ojos de Langer: «in-

218 M. Langer, *Memoria, historia y diálogo psicoanalítico*, op. cit., pág. 55.

terrumpir el tratamiento, prohibir la actividad política del paciente o aceptar, mediante un pacto no explícito, que el paciente continuara con su actividad sin hablar demasiado al respecto»,²¹⁹

Tras su detención y el incidente con Bibring, Langer expresa su temor. El país está sumido, con razón, en una auténtica paranoia. La policía secreta está infiltrada en todas partes, también en el entorno psicoanalítico, y más aún en los entornos militantes que Langer sigue frecuentando e incluso impulsando. Ya se ha comentado que en Alemania la Gestapo había detenido a Edith Jacobson poco antes, acusada de conspirar con los socialdemócratas. Se ha subrayado que ese hecho tan significativo habría tenido que suponer la disolución de cualquier actividad psicoanalítica en el país pero que, paradójicamente, hizo que Jones (con el aval de Freud) se decidiera a imponer la mal llamada norma de la «abstinencia política» en el propio ejercicio clínico. Marie Langer comentó entonces la orientación general a favor del «rescate», de la que la neutralidad impuesta a los psicoanalistas es solo uno de sus vértices: «Para salvar los valores del psicoanálisis, se atacaba la esencia de esos mismos valores».²²⁰ La vorágine de esta contradicción irresoluble se llevará consigo a la mayor parte de los grandes freudianos. Ante lo que Langer denomina la «miopía política» de Freud, las figuras más destacadas se posicionan: algunos, como Jones, asumen esa política y la aplican mientras que otros se distancian de ella sin ninguna ambigüedad.

219 M. Langer, «Psicoanálisis y/o revolución social», *op. cit.*, pág. 260.

220 Marie Langer, «El analizando del 2000», *Revista de Psicoanálisis*, 2000, XXV, pág. 629.

En cuanto a la propia Marie Langer, no asistió a la celebración del 80.º cumpleaños de Freud, acordó con Sterba detener su análisis y en el verano de 1936 decidió unirse con su marido a la Brigadas Internacionales en España.²²¹ Ante la amenaza del derrumbamiento de la civilización en la oscuridad del fascismo, a Langer le parece «absurdo rendirse sin luchar»: «mientras arde el mundo uno no puede estarse mirando el ombligo».²²² De todas maneras, fichada por la policía como estaba, no tenía apenas elección si quería seguir luchando. Su hija Verónica cuenta la conclusión a la que llegó su madre sobre esa época: «ser de izquierdas me salvó la vida. Sin la izquierda, me habría quedado en Viena y me habrían matado por judía».²²³

Las Brigadas Internacionales en España

La llegada de Marie Langer a España está llena de alegría: «Nunca antes, ni después, vi una ciudad tan alegre, llena de música y entusiasmo, tan excitada como la Barcelona de entonces. [...] La rambla parecía estar de fiesta».²²⁴ El pueblo celebra su victoria, todos los habitantes se movilizan impulsados por una especie de fervor revolucionario. Las descripciones de Langer coinciden con las de Orwell, que menciona calles donde ondean las banderas rojas y negras, y destaca el compromiso entusiasta de una población liberada, orgullosa de haber encontrado su dignidad.

221 A diferencia de lo que afirma Geneviève Morel, no son «contradicciones de Langer», sino más bien contradicciones de la institución analítica y de su supuesta neutralidad. Geneviève Morel, «Les contradictions d'une psychanalyste au XXe siècle», en Susana Elkin, Martín Reza, *Une psychanalyste féministe en Argentine*, París, L'Harmattan, 2017.

222 M. Langer, *Memoria, historia y diálogo psicoanalítico*, op. cit., pág. 57.

223 Verónica Langer, «Marie Langer et le prince charmant», en S. Elkin y M. Reza, *Une psychanalyste féministe en Argentine*, op. cit., pág. 33.

224 M. Langer, *Memoria, historia y diálogo psicoanalítico*, op. cit., pág. 60.

François Tosquelles, psicoanalista catalán e implicado en la revolución en el seno del POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista) —sobre el que se hablará en el capítulo siguiente—, también destaca el parecido entre la Barcelona de esa época y la Viena Roja en su momento de efervescencia revolucionaria.

La implicación de Langer encuentra un nuevo impulso en Cataluña. Como mujer, se siente absolutamente en el lugar que le corresponde. Consta que «en la izquierda de la España de entonces las mujeres participaban del poder de decisión». Conoce a Dolores Ibárruri, la Pasionaria, «la autoridad máxima del Partido Comunista Español» y a Federica Montseny, figura muy destacada del anarquismo.²²⁵ En el frente de Aragón, a Langer le fascina el clima político. En ese momento, ese territorio lo controlan los anarquistas. Cuando visita los pueblos, se encuentra con el mismo entusiasmo, la misma alegría y la misma generosidad que en Barcelona, hasta el punto de que la experiencia le resulta «irreal». La euforia política que reina, la experiencia de la igualdad entre hombres y mujeres, la abolición del capitalismo aplicada hasta un punto inédito hasta entonces y la posibilidad de expresar sus convicciones políticas sin ocultarlas la marcarán para siempre. En esos años de guerrilla, junto con su marido y otros colegas, aprende mucho sobre cirugía de guerra. El pequeño grupo al que pertenece realiza operaciones muy difíciles a las personas heridas en el frente. En el hospital de Murcia en el que ejerce, el ambiente es internacionalista: hay «dos cirujanos norteamericanos, padre e hijo, nuestra jefa de enfermeras, holandesa, el

225 *Ibid.*, pág. 62.

director del hospital, búlgaro, y tantos otros». ²²⁶ Las Brigadas se comunican en francés.

Ante la falta de medios para hacer prótesis adecuadas para las personas amputadas, Langer y su marido intentan reunir dinero en París para comprar el material ortopédico del que carecen. Pero no es fácil conseguir dinero para los clandestinos españoles que cruzan los Pirineos, sobre todo porque, en Francia no hay esperanza para la situación española. Tanto el Frente Popular francés como Inglaterra se ciñen al pacto de «no intervención». Mientras esperan noticias de su contacto en París, la pareja se refugia en Niza, donde Marie Langer vivirá la peor época de su vida: pierde una criatura, una niña nacida prematura, y se sume en una depresión. En 1938, sorprendida por la *Anschluss* [la anexión de Austria por parte de la Alemania nazi], que elimina toda posibilidad de volver a Viena y empuja a Europa al borde de la guerra, la pareja se exilia: primero a Uruguay y después a Argentina en 1942. Allí es donde Langer acaba encontrando asilo y reconecta con el psicoanálisis: en 1942 participa en la fundación de la Asociación Psicoanalítica Argentina (APA), afiliada a la IPA, la Asociación Internacional de Psicoanálisis, presidida por Jones, pero para ello Langer tendrá que poner su militancia en sordina.

Sobre la autocensura en la Asociación Psicoanalítica

Cuando llega a Argentina, Langer tiene que rehacer su vida y todo por demostrar. La situación política no es favorable. Entre 1946 y 1955, el poder está en manos de Juan Perón y la militancia de extrema izquierda es imposible. Así pues, es preciso permanecer «tranquila, inmóvil, para no poner en peligro la joven APA».

²²⁶ *Ibid.*, pág. 66.

Escaldada tras su experiencia con la Sociedad Psicoanalítica Vienes, Langer se obliga a separar su actividad como analista de sus vínculos con la izquierda: «durante varias décadas», centra su «dedicación» y su «fidelidad en una “militancia” institucional y analítica, no en la política».²²⁷ Se dedica a la APA y escribe mucho, entre otras cosas, *Maternidad y sexo*. Este libro, que es constantemente modificado, lleva además los estigmas de los compromisos a los que se vincula debido a su distanciamiento de la actividad política, que la conducen a adaptar e incluso traicionar sus convicciones. Por ejemplo, entre la primera y la segunda edición, su editor le pide que retire los pasajes que plantean una perspectiva marxista, cosa que ella acepta «autocensurándose», según cuenta. Este contexto tan particular también explica que se posicione teóricamente a favor de cierto «kleinismo biologizante» que consistía en naturalizar el lugar de la mujer. Langer reconoce que el falocentrismo de Freud no le gusta y le impide «encontrar a sus pacientes»; aunque la perspectiva de Klein no es revolucionaria ni feminista, al menos parece dar un lugar propio a la especificidad de la psicología femenina.²²⁸ Además, la APA es en general de orientación kleiniana, lo que también tiene consecuencias dogmáticas.²²⁹ El exilio y la precariedad que genera colocan a Langer en una situación especialmente dependiente de la Asociación. Mujer, inmigrante y madre de cuatro hijos, tiene que «callarse» para sobrevivir: «llegué a la Argentina con una formación precaria, prácticamente sin medios económicos [...]». Hasta que no pude revali-

227 M. Langer, «Psicoanálisis y/o revolución social», *op. cit.*, pág. 79.

228 M. Langer, *Memoria, historia y diálogo psicoanalítico*, *op. cit.*, págs. 81-82.

229 Para hacerse una idea de la situación, se podría aludir a algunas escuelas lacanianas francesas contemporáneas.

dar mi título, lo que ocurrió mucho después de nuestra llegada a Buenos Aires, tuve que callarme muchas veces. [...] Me gustaría que en algún momento habláramos de lo que son las consecuencias del exilio; yo era ciudadana de segunda categoría».²³⁰

Según confiesa ella misma, a veces llega a hacer interpretaciones retrógradas de sus pacientes, sobre todo de sus pacientes mujeres. Langer trata entonces de cambiar su fervor político por la pureza de la militancia analítica y cede ante la ideología —que, en referencia al texto de Freud, ella no duda en calificar de auténtica *Weltanschauung* típica de las instituciones analíticas— hasta que recupere la estabilidad social y pueda ir recobrando gradualmente su «combatividad».

El despertar político

Se puede observar un primer hito de la vuelta de Marie Langer a la articulación clínico-política en su libro *Psicoterapia de grupo*, coescrito en 1956 con otros dos psicoanalistas y médicos, Emilio Rodríguez y León Grinberg. Partiendo de la toma en consideración del concepto de contratransferencia como herramienta terapéutica decisiva, los autores orientan el kleinismo hacia la terapia de grupo, que permite aplicar el psicoanálisis a las clases desfavorecidas, sobre todo en hospitales, cumpliendo así el deseo freudiano de un psicoanálisis accesible a la mayor cantidad posible de personas. Pero Langer esperará más de un decenio para renegar abiertamente de los prejuicios que ella misma había defendido en nombre de la supuesta neutralidad del psicoanálisis y de su ejercicio clínico para ser reconocida como miembro de pleno derecho de la IPA. De nuevo, serán los acontecimientos históricos los que la

230 M. Langer, *Memoria, historia y diálogo psicoanalítico*, op. cit., pág. 82.

lleven a emprender ese valiente ejercicio de autocrítica. Cuando, a mediados de los años 60, vuelve a toparse con las ascuas todavía candentes de su experiencia española que es su «paraíso perdido», según le cuenta a su hija Verónica,²³¹ podrá por fin reconectar con su implicación primigenia.

En 1966, en el marco de la lucha contra la guerra de Vietnam, su hija la invita a participar en una conmemoración del combate de las Brigadas Internacionales en España. Langer relata: «Pensé que era la vuelta; pensé que volvía prácticamente al lugar que había dejado. Lo pensé durante la noche. Al día siguiente acepté. [...] Esa decisión marcó el principio de mi vuelta a la política».²³² Ante el llamamiento de su propio pasado, como Antígona, ya no puede renunciar a su deseo. Aquí se aclara la autocrítica que manifiesta en sus libros *Psicoterapia de grupo* y *Maternidad y sexo*. Para empezar, reniega de la perspectiva naíf según la cual la «curación» que se pretende obtener con el análisis no se ve afectada por la ideología del analista (se retomará esta cuestión más adelante). Además, tras su viaje a Cuba en 1973, admite que fue víctima de la «idealización de la maternidad». Retomando por su cuenta la pertinente crítica que le había hecho la psicoanalista feminista Juliet Mitchell, reconoce sus antiguos prejuicios: «igual que otros psicoanalistas, yo estaba convencida [...] de la importancia fundamental que tenía una relación madre-hijo intensa para la salud mental de los dos. Pero [...] ¿acaso es tan perjudicial que, en los países socialistas, muchas criaturas se críen en guarderías desde su segunda semana de vida? No lo creo».²³³ Considera

231 Verónica Langer, «Marie Langer et le prince charmant», *op. cit.*, pág. 34.

232 M. Langer, *Memoria, historia y diálogo psicoanalítico*, *op. cit.*, pág. 87.

233 M. Langer, «La mujer, sus limitaciones, y potencialidades», *Cuestionamos*, 1987, t. I/II, pág. 200.

entonces que había que «pagar el placer femenino con la maternidad». Esta autocrítica tan lúcida no se entiende si no se toma en consideración la situación del final de los años 60 en Buenos Aires —que recuerda a la Viena de los años 20 o a Barcelona en 1936— y sus acontecimientos.

En Argentina, la nueva generación de analistas, psiquiatras y psicólogos de la posguerra se ha formado en el seno del marxismo. Muchos de ellos se dedican a la psiquiatría y quieren transformar las estructuras de los sanatorios psiquiátricos. La Federación Argentina de Psiquiatría (FAP), presidida por Emilio Rodríguez —que era además una figura destacada de la APA—, también se posiciona en ese sentido. A partir del golpe de Estado militar de 1966, los analistas se ven forzados a posicionarse. La propia APA parece respaldar en ese momento el movimiento de protestas sociales: publica una declaración oficial a favor de los movimientos juveniles que pone en guardia al Estado y advierte de la represión que se está produciendo.²³⁴ Seguramente, esta declaración se produjo por la acción de varios de sus miembros influyentes (Langer entre ellos): no quieren que se repita la elección imposible que se impuso a los analistas de la IPA a finales de la década de 1930. No es cierto que el analista pueda ser neutro, y mucho menos aún en esa coyuntura.

En esa misma época, se había desarrollado a escala internacional un movimiento de analistas en Suiza e Italia que emprende la crítica contra la IPA, tanto respecto a sus modos de formación y de organización piramidales como a su ideología burguesa y conservadora. Como informa el representante argen-

234 Álvarez Del Castillo, *Izquierda freudiana, Plataforma internacional: cuarenta años de historia y legado*, México, Monterrey, 2012, pág. 141.

tino de la Asociación, Armando Bauléo, son Berthold Rothschild, miembro del Seminario Psicoanalítico de Zúrich, y Elvio Fachinelli, del Gruppo milanese per lo sviluppo della psicoterapia, quienes ponen en marcha este movimiento fuera del Congreso de la IPA en Roma. Lo llaman Plataforma Internacional y pronto reúne a analistas de 16 nacionalidades.²³⁵ La escalada de la violencia y del terrorismo de Estado en Argentina, que conducirán a la represión del Cordobazo en 1969, alzamiento popular que congrega a obreros y estudiantes, va a precipitar los acontecimientos: la corriente política de la APA a la que pertenece Langer se afilia a la Plataforma, de manera que sus miembros pueden politizar abiertamente la Asociación. Como es natural, la dirección de la APA tiene una reacción muy negativa a estas muestras de compromiso político y recuerda la «necesaria neutralidad del psicoanálisis».²³⁶ La ruptura termina consumándose en 1971 porque la dirección se niega a publicar el texto de la conferencia que Langer pronuncia en Viena ese mismo año, en el que afirmaba que no iba a renunciar ni a Marx ni a Freud. La corriente política presenta la dimisión de la APA en bloque y, por tato, también de la IPA.

Pero, aunque la represión mortal del Cordobazo recordaba a la de la revuelta de Viena de 1927 y su denuncia por parte de Reich,²³⁷ seguida de su exclusión, en Argentina esta escisión tuvo efectos proporcionalmente opuestos. Para empezar, la APA no solo veía cómo se marchaba de la Asociación una parte nada desdeñable de sus miembros — entre ellos los más brillantes—, sino que también perdía el monopolio de la forma-

235 *Ibid.*, pág. 16.

236 Guinsberg, «Marx y Freud, delincuentes ideológicos», *Cuadernos de marcha I*, Buenos Aires, 1977.

237 M. Langer, «Psicoanálisis y/o revolución social», *op. cit.*, pág. 15.

ción analítica. Esta sacudida generó entonces cambios profundos en la organización: el acceso de miembros titulares a la categoría de especialistas en didáctica con su mera solicitud, el derecho a voto de los miembros asociados en las asambleas, la apertura a psicólogos sin el título de medicina, etc. En definitiva, y ante todo, constituyó el acta de nacimiento en Argentina de una nueva corriente analítica políticamente comprometida con los trabajadores —sobre todo por medio de los Centros de Docencia e Investigación (CDI)²³⁸— que recibió el nombre de Plataforma Argentina.²³⁹ Además, esta escisión política tuvo mucha repercusión en la sociedad civil y en el mundo intelectual. En la revista *Los libros* se señala por aquel entonces, con gran lucidez: «el conflicto que sacude la institución psicoanalítica argentina desde hace varios meses se presenta como indicador de una situación global que nos concierne a todos, en la medida en que los problemas que pone sobre la mesa guardan relación con el porvenir de la cultura, es decir, con el porvenir político de todo el país».²⁴⁰

Plataforma Argentina y nuevas praxis psicoanalíticas

La corriente disidente Plataforma Argentina permite poner en tela de juicio abiertamente la ideología de clase que esconde la supuesta neutralidad de la institución analítica, así como la hipocresía de sus

238 El objetivo de los CDI era formar en psicoanálisis a los trabajadores del ámbito de la salud mental y «en el contexto de una sociedad dividida por clases».

239 También hay que mencionar el movimiento Documento, dirigido por Fernando Ulloa y coetáneo de Plataforma Argentina, con la que, en esencia, comparte su línea crítica con la APA, así como su orientación política.

240 Autoría colectiva, «En este número», *Los libros*, Buenos Aires, 1972, pág. 2.

privilegios, entre ellos la monopolización de la condición de analista únicamente por parte de los médicos. Su carta fundacional, cuya redacción final corresponde a Emilio Rodrigué, es clara respecto a su orientación política, que por fin se asume. La carta se dirige directamente a los «trabajadores de la salud», con quienes se identifican quienes firman el texto. Se reivindican desde un principio el carácter decididamente profano del psicoanálisis y su necesaria implicación en las zonas más desfavorecidas, auténticos tabús para la APA y su *establishment*: «los abajo firmantes, psicoanalistas que conformamos el grupo Plataforma Argentina, que forma parte del movimiento Plataforma Internacional, por la presente anunciamos públicamente nuestra separación de la Asociación Internacional de Psicoanálisis y de su filial argentina. [...] Sabemos que esta decisión nos trasciende como psicoanalistas y como personas, y tiene un significado mucho más amplio que va más allá del contexto de la vida científica e institucional. Para explicar las motivaciones y las propuestas que nos mueven, nos dirigimos a los trabajadores del ámbito de la salud mental —entre los que nos incluimos— como a colegas nuestros. El objetivo de esta declaración [...] es proporcionar a todos los sectores una imagen clara de nuestra identidad».²⁴¹

A eso le sigue una crítica radical de la organización analítica que, en muchos sentidos, sigue absolutamente vigente. La ideología de esa organización, creada supuestamente en «defensa» del psicoanálisis, ha terminado «paralizándolo» y volviéndolo «estéril» desde el punto de vista científico. Ha permitido que se produzcan «pactos» contra natura entre «la ciencia y el sistema ideológico de la clase dominante» que han

241 Álvarez Del Castillo, *Izquierda freudiana...*, op. cit., pág. 142.

marcado a la Asociación Psicoanalítica Argentina, donde muchos aspirantes al análisis permanecen en la parte más baja del escalafón «sin poder participar en la organización». Igual que la sociedad capitalista, la institución se ha construido sobre privilegios económicos y sobre la dominación de un pequeño grupo de personas «en el vértice de la pirámide». Como consecuencia de ello, el analista se «encierra» dentro de su propia escuela y se «aisla de la realidad social», lo que conduce a «una especie de santuarización de la figura del psicoanalista». Y así es como puede aspirar, al menos en el plano imaginario, a una «actividad profesional apolítica y asocial»: su posición social dominante se racionaliza mediante el criterio de la «neutralidad de los juicios de valor». Esa neutralidad, que se presenta en teoría como la garantía científica del análisis, en realidad participa de una concepción histórico-política «utópica» en la que se supone que «todo cambio social tiene que ver con la ilusión», una ilusión que «la ética del psicoanálisis» y su «profesionalismo» podrían encastillar.²⁴²

Con la dictadura, los falsos pretextos de la burguesía que integraba la institución dejaron de ser tolerables para los miembros críticos de la Plataforma. El momento político exigía que, para sobrevivir sin traicionar su propio camino, el psicoanálisis rompiera con una institución que se había corrompido a todos los niveles. Había que unirse a la lucha popular para participar en la acción transformadora revolucionaria: «Estamos convirtiéndonos en psicoanalistas

242 Como señala con razón Lucia Bley respecto a la versión en francés, «[en español] se usa la palabra “encastillar”, que significa literalmente reunir a personas en el interior de un castillo». Lucia Bley, «Marie Langer ou l'impossible neutralité de la psychanalyse», *Topiques*, París, L'esprit du temps, 2017.

y formando a otros psicoanalistas reuniéndonos con todos aquellos que quieren colaborar en este sentido. Queremos practicar un psicoanálisis auténtico. Es una decisión que nos compromete con el trabajo y lo denuncia al mismo tiempo: nos sumamos a otros científicos y profesionales que comprenden que su ciencia ni puede ni debe construir un muro que la aisle y la aleje de la realidad social ni de su propia herramienta teórica haciendo que esa ciencia se transforme en una herramienta mistificante y mistificada que sirva para que no se produzca ningún cambio. Para nosotros, a partir de hoy, el psicoanálisis ha dejado de ser la institución psicoanalítica oficial. El psicoanálisis se encontrará allá donde se encuentran los psicoanalistas, [...] dejará de ser un campo científico aislado y aislante para convertirse en una ciencia comprometida con las múltiples realidades que pretende estudiar y transformar».²⁴³

Eduardo Pavlovsky y Gregorio Baremlitt, psicoanalistas que formaban parte de este movimiento, describen el estado de ánimo y el compromiso tan fecundos que presentaban los disidentes: «Habíamos ocupado todos los espacios disponibles. [...] Politizábamos las luchas [de las asociaciones] yendo más allá de las discriminaciones y los viejos prejuicios absurdos entre psiquiatras, psicólogos y psicopedagogos. [...] La coordinación de los trabajadores del ámbito de la salud mental y del Centro de Docencia e Investigación donde nos reuníamos ofrecía, a un coste módico, formación psicoanalítica para todos, desde un punto de vista nuevo y marxista. Durante la dictadura, habíamos luchado junto con el Foro por los Derechos del Hombre, con la Comisión de Familiares de Presos Políticos, Estu-

243 Álvarez Del Castillo, *Izquierda freudiana...*, op. cit., pág. 149.

diantiles y Gremiales (COFAPPEG) y con el Sindicato de Abogados contra la Tortura y a Favor de la Liberación de los Presos. Nos habíamos unido a la lucha obrera. Participábamos en sus manifestaciones. [...] Cada uno participaba [...] en la lucha para acabar con la dictadura, con el objetivo de lograr unas elecciones libres y conseguir un gobierno popular y antiimperialista».²⁴⁴

Mientras que la APA se adentraba en un destino incierto que recordaba al calamitoso «rescate del psicoanálisis» y a «la adaptación» al nazismo de la policlínica de Berlín, la nueva orientación revolucionaria que la Plataforma le daba al psicoanálisis resultaba enormemente instructiva. Langer atestigua: «Hemos hecho avances concretos en el ámbito —tan debatido— de las relaciones recíprocas entre el marxismo y el psicoanálisis, otorgando a la práctica la primacía que le concedían también Marx, Gramsci o Mao». Alude sobre todo a su experiencia clínica en el hospital de Avellaneda en 1970, donde se consiguió implantar, en parte, «una praxis muy valiosa: la integración en la práctica del marxismo y el psicoanálisis». Para Langer y sus camaradas psicoanalistas, el objetivo era que volviese a tenerse en cuenta la realidad social de la clase a la hora de evaluar la cura. A su manera, volvieron a conectar con la actividad de los analistas de los años 20.

Nueva práctica clínica psicoanalítica en Avellaneda

Efectivamente, la concepción de la cura que tiene Langer recuerda en ciertos aspectos a la técnica analítica elaborada por Reich en los años 20. Como él, Langer constata que, en el caso de las clases trabajadoras, la miseria psíquica está estrechamente relacionada con la condición social, y suelen confundirse. Su ejer-

²⁴⁴ *Ibid.*, págs. 50-51.

cicio de la práctica clínica la lleva a constatar, como a Reich, que quienes más lo sufren son las mujeres pobres. También llega a la conclusión —que de hecho es el primer requisito técnico elemental de esta orientación psicoanalítica— de que no se puede practicar el análisis sin tener en cuenta «la situación socio-económico-cultural» de los pacientes: «no puede pedirse, por ejemplo, a un ama de casa que abandone su hogar, gaste en transporte, recurra a la vecina para que le cuide a sus niños y pida al esposo que prepare la comida con mucha frecuencia». Sin embargo, partiendo de las mismas premisas que Reich, Langer va afinando una técnica original de cura.

Al repasar su experiencia en Avellaneda, explica: «Claro, frente a un paciente obrero diría que junto con la conciencia de su conflicto psíquico debería adquirir también conciencia de clase. Y no se trataría, como meta de salud mental que trabaje más y mejor para su patrón, sino para sus propios intereses, por ejemplo, su sindicato. Una mujer, más allá de su pertenencia de clase —ahí es válido lo dicho para el obrero— debería lograr tomar conciencia de su sumisión al hombre, su dependencia excesiva del amor, expresión de su falta de autoestima, y una meta importante de su análisis sería adquirir dignidad. En términos generales agregaría al concepto de curación [del psicoanálisis clásico], lo que postula Freud al hablar de la necesidad de transformar una actitud autoplástica en aloplástica [...]. Esta implica un interjuego dialéctico entre uno mismo que logra adaptar la realidad a sus necesidades, como también saber adaptarse a ella. Va con el concepto de Marx, de que estamos en el mundo, para modificarlo».²⁴⁵ Como en el caso de Reich, se trata de articular el análisis en

245 M. Langer, *Memoria, historia y diálogo psicoanalítico*, op. cit., pág. 175.

dos niveles, el psíquico y el social, y de sacar a la luz su complejidad para que el sujeto pueda salir de su callejón sin salida subjetivo y material modificándolo. Pero en el punto en el que Reich emprende acciones profilácticas de envergadura y la politización de la cuestión sexual, Langer, sin embargo, intenta redefinir tanto el objetivo como la forma de la cura.

Para empezar, el éxito de la cura se debe juzgar desde el punto de vista de la auténtica transformación del sujeto, cosa que también conlleva la mejora de su condición social. En este sentido, Langer coincide en parte con Reich, criticando el enfoque técnico que se limitaría a mejorar los síntomas. En su opinión, el analista debe ir más lejos y trabajar, en el marco de la cura, para reducir los sentimientos de culpa que contribuyen a que el paciente se mantenga en la situación en la que está: «Nuestra meta era, aparte de lograr mejorías sintomáticas, ayudar a nuestros pacientes a perder, o a disminuir por lo menos, prejuicios sexuales y sociales y liberarse relativamente de la ideología de la clase dominante. Era también lograr descubrimientos súbitos al debilitarse la inhibición y los sentimientos de culpa inconscientes. Estos últimos provenían, a menudo, de la convicción de ser los únicos responsables de sus fracasos. Nosotros intentábamos ayudarles a poder discriminar entre la propia responsabilidad por su historia, la de su familia y la de la sociedad. Pretendíamos que pudiesen adquirir conciencia y una visión diferente de sí mismos y del mundo, y comprender cómo habían sido condicionados para ocupar el lugar que la sociedad les adjudicaba y tomar decisiones que ofrecían una salida a su situación (muchos comenzaron a estudiar, algunos a interesarse activamente en

el proceso social)».²⁴⁶ Dicho de otro modo, la elaboración de la historia individual mediante la transferencia debe ir acompañada de la toma de conciencia por parte del sujeto de los determinismos sociales que han estructurado esa historia individual, pero también de la elaboración singular que le proporcionará los medios necesarios para transformar su destino como sujeto dominado. En este punto, la curación analítica adquiere una dimensión materialista.

Para conseguir ese nuevo objetivo, Langer pone en duda la forma clásica de la cura. Está claro que el camino de la cura del sujeto proletario con neurosis es más complicado como consecuencia de su situación de clase. Para el analista, no se trata únicamente de ayudarlo a desarrollar un *insight* —la capacidad de interpretar su mundo interior— ni de conseguir que se agudice su conciencia de la opresión que sufre. Además, esos objetivos solamente se pueden alcanzar si, al mismo tiempo, el analista puede contribuir a la transformación concreta de la condición social específica de su paciente. Y por eso Langer y sus colegas deciden «colectivizar», por así decirlo, la cura instaurando sesiones de grupo. Esas sesiones son clave para crear un nuevo vínculo social con capacidad para generar los cambios que se pretende conseguir: «Pero para que este se logre y para que la persona que necesite en un momento ayuda terapéutica pueda después seguir adelante sin terapia, deberá haber adquirido no solamente *insight* de los problemas psicológicos que lo llevaron a la enfermedad, sino también los instrumentos necesarios para entender cómo la sociedad y el lugar que ocupa en ella condicionó su propia vida. Y tampoco esta toma de conciencia será operativa si no logra simultáneamente

246 *Ibid.*, pág. 194.

salirse de su aislamiento y adquirir vínculos solidarios, más allá de su pequeño mundo privado. Este proceso fue especialmente importante para las amas de casa de clase obrera que formaban más o menos un tercio de nuestros pacientes y que suelen vivir en un aislamiento total. Pudimos observar cómo el proceso terapéutico de los grupos evolucionaba en la medida en que surgía y se consolidaba la solidaridad entre los integrantes del grupo no obstante las rivalidades, tensiones y ambivalencias existentes. En los grupos contrapusimos la solidaridad a la competencia enfermante del sistema». ²⁴⁷ Para Langer, ninguna cura individual puede ser eficaz: la disimetría entre el espacio social en el que se produce la cura clásica y la vida cotidiana y ordinaria del paciente es tan grande que se corre el riesgo de que impida cualquier proceso terapéutico. Tener en cuenta las vicisitudes ordinarias que afectan al paciente —solo hay que pensar en el ama de casa que no puede salir de casa— es necesario, pero no suficiente. También hay que transformar la cura y modificar así las relaciones sociales en un sentido más favorable para el paciente. La cura grupal constituye una herramienta inicial de esa modificación en el momento presente. Organiza la experiencia de solidaridad entre sus miembros, que rompe con la competencia cotidiana y le ofrece al sujeto otros cimientos, subjetivos y colectivos, para encontrar los medios que le permitan cambiar su destino social.

El frenazo como consecuencia de la dictadura y la «neutralidad» del psicoanálisis

En 1974, Marie Langer se ve obligada a interrumpir repentinamente su actividad y volver a exiliarse tras publicar una carta en la que denunciaba las maniobras

²⁴⁷ *Ibid.*, págs. 193-194.

de Amílcar Lobo Moreira, un analista brasileño que, al amparo de la dictadura, había participado en torturas en su país.²⁴⁸ Por ironías de la Historia, Lobo Moreira se había formado en la escuela de psicoanálisis de Brasil, cuyo fundador, Kemper, era un antiguo miembro del Instituto Göring. Se puede ver que «la adaptación» del psicoanálisis a los peores regímenes se mantenía en el tiempo y más allá de las fronteras. Importado a Brasil por Kemper, el molde diseñado en los años 30 enseguida iba a reactualizarse y recuperar su nefasta potencia en Argentina. Una vez más, Marie Langer se queda atrapada por la Historia.

Poco después de publicar esa carta, una de las pacientes a las que analiza le avisa de que su nombre figura en la lista «triple A» de los escuadrones de la muerte de la Alianza Anticomunista Argentina. Su vida corre peligro. Desde 1973, hay grupos paramilitares dirigidos por el «Ministerio de Bienestar Social» que pretenden acabar con cualquier atisbo de oposición política. Detienen a analistas en plena sesión, delante de sus pacientes. A otros los secuestran o los encarcelan por haber tratado a opositores. En este episodio trágico de la historia de América Latina, la institución del psicoanálisis se distinguió, acogándose de nuevo a la bandera de la «neutralidad», por su marcado compromiso con los peores poderes: la Asociación Internacional de Psicoanálisis arrojó a Moreira —poniendo en peligro de muerte a la colega de Langer que le había avisado—,²⁴⁹ mientras que la Asociación Psicoanalítica Argentina continuó su actividad en el marco de la dictadura como si nada hubiera pasado,

248 M. Langer, «La mujer, sus limitaciones, y potencialidades», *op. cit.*, pág. 151.

249 Helena Besserman Vianna, *Politique de la psychanalyse face à la dictature et à la torture. N'en parlez à personne*, París, L'Harmattan, 1997.

recibiendo incluso apoyo financiero de los militares. La versión paternalista y familiarista del psicoanalismo que defendía la APA les proporcionaba a los generales un valiosísimo respaldo ideológico para defender su propaganda y refundar la sociedad sobre «valores sanos». Los mismos que aseguraban identificarse con la neutralidad política del psicoanálisis estaban proporcionando, mediante el absurdo, una prueba —trágica— más de que esa neutralidad era imposible.

Pero, aunque la institución del psicoanalismo seguía anclada en la negación mortífera de su propia relación con la Historia —entre balbuceos sobre la orientación «adaptativa» de los años 30— Marie Langer, igual que muchos otros, iba a continuar con su compromiso clínico-político revolucionario hasta el fin de sus días, de Nicaragua (sobre todo junto a los sandinistas) a Cuba. La Historia no hacía más que repetirse: esta vez, una generación completa de analistas había sido capaz de asumir y demostrar abierta y colectivamente, mediante sus actos —y a veces arriesgando su propia vida—, lo que estaba en juego en la batalla por un psicoanálisis popular. Al volver a conectar, más allá del revisionismo, con la perspectiva politizada de los freudianos de la década de 1920, se había retomado el camino del auténtico psicoanálisis en América Latina.

5

DE LA COMARCA CATALANA A LA CLÍNICA LA BORDE

Tosquelles y la década de 1930 en Cataluña

En 1931, mientras en el resto de Europa se va ensombreciendo el panorama, se proclama la República en Barcelona y después en toda España. Pero la sublevación nacionalista de Franco enseguida conduce al país a una Guerra Civil. En 1936 se crean las Brigadas Internacionales y llegan combatientes de todo el continente para defender la República española. En unos pocos años, esa Cataluña sumida en la revolución se ha convertido en el epicentro de la lucha internacional proletaria. Muchos psicoanalistas de izquierdas, obligados a abandonar Berlín y los países del centro de Europa desde comienzos de los años 30, se instalan en Barcelona. François Tosquelles, psiquiatra y psicoanalista catalán, lo cuenta así: «Se nos ha olvidado que Barcelona fue una pequeña Viena entre 1931 y 1936. Aquí rindo homenaje al profesor Mira y a todos los psiquiatras y psicoanalistas de las escuelas más diversas a quienes las angustias paranoides que encarnaba el

nazismo condujeron hasta esta ciudad: Sándor Eiminder, Landsberg, Strauss, Brachfeld y muchos otros».²⁵⁰

Tosquelles se formó precisamente con uno de ellos, Sándor Eiminder, un emigrante húngaro judío, alumno de Ferenczi y compañero de trabajo de August Aichhorn en Viena. Aichhorn y su colega psicoanalista Siegfried Bernfeld habían revolucionado la visión de la delincuencia juvenil considerando el carácter antisocial de los jóvenes un síntoma que se podía tratar a través de la cura, en lugar de mediante el castigo penal. Las ideas de los psicoanalistas vieneses llegaron a Barcelona gracias a ellos. La emulación política, intelectual y cultural que reina en la ciudad en esa época es un terreno tan fértil como el de la Austria de los años 20. En España, el sindicato anarquista es mayoritario; Pablo Casals da «conciertos obreros» y muchos intelectuales apoyan la revolución que se está produciendo, como Orwell, que describe así la capital catalana: «el aspecto de Barcelona era asombroso y sobrecogedor. Era la primera vez en mi vida que estaba en una ciudad donde la clase trabajadora tenía el mando. [...] En todas las tiendas y bares había inscripciones que decían que se habían colectivizado; se habían colectivizado hasta los limpiabotas, que llevaban la caja pintada con el rojo y el negro de los anarquistas. [...] Todo esto resultaba extraño y conmovedor [...]. Por encima de todo, había fe en la revolución y en el futuro, una sensación de haber entrado de súbito en una era de igualdad y libertad. Los seres humanos procuraban comportarse

250 François Tosquelles, «Une politique de la folie», *Chimères*, otoño de 1991, n.º 13, pág. 70. El texto que aparece en *Chimères* procede de la película *Tosquelles, une politique de la folie*, producido y comentado por François Pain, Danièle Sivadon y Jean-Claude Polack. Se emitió en 1990.

como seres humanos y no como piezas del engranaje capitalista».²⁵¹

En Cataluña, el psicoanálisis encuentra un nuevo hogar favorable a su expansión y su necesaria libertad de ejercicio. Tosquelles se convierte en uno de sus representantes destacados, abriendo otras vías distintas a la de «la adaptación» que impulsa Jones en Alemania. Paradójicamente, el contexto de la guerra contribuye mucho a las innovaciones técnicas que va a implantar Tosquelles y confiere cierta especificidad a su trayectoria: como médico en situación de guerra tiene que organizar la supervivencia de los enfermos a su cargo. Y por eso no le interesa tanto en un principio el estatus de la cura (que, además, es inaplicable en tiempos de guerra), sino la acción terapéutica que se puede trasladar al medio social. De entrada, su cuestionamiento es colectivo y político. No se trata únicamente de que el profesional clínico haga la terapia en el propio entorno de los pacientes a su cargo, sino de participar activamente en el cuestionamiento total y absoluto de ese entorno, por ejemplo, de la segregación que sufren esos pacientes. Desde ese punto de vista, son las condiciones políticas de la comarca catalana —retomaríamos esta cuestión— las que permiten actuar sea posible y la convierten en modelo terapéutico. También después se verá que la experiencia que transmite Tosquelles es lo que lleva en Francia a Oury y Guattari a situar su trabajo clínico del lado de los enfermos en la clínica La Borde. Todo eso que acabará llamándose «psicoterapia institucional» y su principio fundacional —«antes de

251 George Orwell, *Hommage à la Catalogne*, París, Champ Libre, 1981, págs. 13 y 15 [edición en castellano: George Orwell, *Orwell en España; «Homenaje a Cataluña» y otros escritos sobre la guerra civil española*, Barcelona, Tusquets Editores, 2003, págs. 72-73].

pretender sanar al paciente es necesario sanar la institución»— se asientan sobre la experiencia catalana.

El contexto de la Revolución española

En 1921 Primo de Rivera instaura su dictadura en España y en Cataluña. La resistencia se va organizando en torno a los anarquistas de la CNT y de la Federación Anarquista Ibérica (FAI) y también alrededor de la Federación Comunista Catalano-Balear, a la que pertenece el Bloque Obrero y Campesino en el que milita Tosquelles desde los 15 años. Estas distintas corrientes revolucionarias son particularmente ajenas a la línea centralizadora del Partido Comunista Español, supeditado a Moscú. Lo cuenta Tosquelles: «Yo pertenecía a la Federación Catalano-Balear. En un momento dado, Stalin nos envió a un tipo, un negro al que llamaban Brea. Siempre me acordaré de esos emisarios clandestinos oficiales del control soviético. Él quería que fuéramos a Madrid, que hiciéramos propaganda en España —con la monarquía, con los militares en el poder— y que dijéramos eso de: “todo el poder a los sóviets”. Nada de republicanos, de anarquistas ni de socialistas. “Todo el poder a los sóviets”. Entonces, dos o tres de nosotros —no el Partido, porque no se habría podido hacer de manera oficial— escribimos a Stalin: estimado camarada, es usted un guía muy importante, pero no comprende nada de lo que ocurre aquí. En España no hay sóviets. Así que decir “todo el poder a los sóviets” en realidad es darles la razón a los militares y al rey. Una tontería. O peor. Además, no vamos a hablar castellano, porque los castellanos son nuestros opresores. Si quiere una propaganda que se parezca a “todo el poder a los sóviets”, habría que decir “todo el poder a las peñas”. Las peñas son las tabernas, las

discusiones de local son las que sirven para hacer la guerra en los cafés y los bares. En otra época, cuando se iba al bar, fuera en Francia o en España, se pasaba allí todo el día, porque lo más importante era trabajar lo menos posible. Así que, al dejar de trabajar, hay que ir al bar; no para emborracharse ni para formar partidos, sino para debatir. Había gente de derechas, de centro, de izquierdas y se hablaba durante horas para arreglar el mundo».²⁵²

Con su excéntrico humor, en este punto Tosquelles recuerda el alcance de las escisiones y la complejidad de la situación geopolítica en la que se encontraban los revolucionarios catalanes. Los partidos de izquierda catalanes y el movimiento comunista de Tosquelles defienden una idea del comunismo libertaria y abierta, más próxima al anarcocomunismo y al comunismo feminista situado a la izquierda de Trotski que al estalinismo ruso. Además, para los revolucionarios y para el propio Tosquelles, ese comunismo solo se puede concebir en el marco de una lucha mucho más antigua por la independencia de Cataluña y de «su política mediterránea, industrial y democrática» contra el yugo del «feudalismo inquisitorial y autoritario» de Castilla,²⁵³ del que Primo de Rivera no era más que la encarnación más reciente. Los consejos de Tosquelles a Stalin no son ni mucho menos ocurrencias carentes de base; resaltan la ceguera de la propaganda comunista desconectada de la realidad que Reich también había denunciado en otro contexto: es lisa y llanamente imposible hacer propaganda en castellano, porque es el idioma de los «opresores» históricos. Y, desde el punto

252 F. Tosquelles, «Une politique de la folie», *op. cit.*, pág. 69.

253 François Tosquelles, «La guerre d'Espagne», *VST*, 1987, n.º 72, págs. 135-136.

de vista de las prácticas y las realidades concretas de la sociedad catalana, el bar o el café es desde luego el lugar más propicio para hacer una propaganda eficaz. El objetivo no es tanto convencer a los castellanos (¿cómo va a serlo?), sino congregar al pueblo catalán, con sus diversos componentes políticos, bajo el estandarte de la revolución proletaria. Porque en esa época nadie, y mucho menos Tosquelles, ignora la dimensión internacional de lo que está en juego: «Al comienzo de la guerra, nadie podía ignorar el escenario propio de la lucha de clases presentificado de esa manera. Además, en 1936 la lucha de clases estaba presente en todas partes como aspecto más concreto de la dinámica universal de la Historia».²⁵⁴

La acción terapéutica de Tosquelles durante la guerra

Movido por las necesidades de la guerra y preocupado por la vida de sus pacientes, Tosquelles se ve obligado a innovar sin cesar. En 1936, en el seno de las milicias antifascistas del Partido Obrero de Unificación Marxista (el POUM, del cual es miembro fundador) en el frente de Aragón, lo nombran jefe de los servicios psiquiátricos «de un área muy extensa, que incluía precisamente Castilla, hasta el límite de Toledo, Extremadura y el norte de Andalucía».²⁵⁵ Tiene 24 años. Los avatares materiales le obligan a ejercer en una clínica ambulatoria fuera de los muros del hospital, lo que recuerda a los puestos de avanzadilla clínicos creados por Reich en los barrios populares. El objetivo es no aislar al paciente encerrándolo, lo que se traduciría en la consabida cronificación de su malestar. Explica Tosquelles: «¿Qué hice en Aragón? No tenía muchos enfermos; evi-

254 *Ibid.*, pág. 136.

255 *Ibid.*, pág. 137.

taba que los mandasen a 200 km de la línea del frente; los trataba en el lugar donde se habían desencadenado los acontecimientos, a menos de 15 km, según un principio que podría parecerse al de la política de sector.²⁵⁶ Si envías a una persona con neurosis de guerra a 150 km de la línea del frente, la conviertes en enferma crónica. Solo se le puede curar cerca de la familia en la que se han producido todos esos líos».²⁵⁷

Y, sobre todo, Tosquelles se ve obligado a «encargarse» de los médicos desde una perspectiva clínica y al mismo tiempo revolucionaria: «La Guerra Civil supone un cambio de perspectiva en el mundo. Los médicos, por lo general, tienen en la cabeza la estabilidad al estilo burgués. Son miembros de la pequeña o de la alta burguesía que quieren vivir solos y ganar dinero, ser eruditos. Pero en una Guerra Civil como la nuestra, el médico tenía que ser capaz de admitir un cambio de perspectiva a nivel mundial; tenía que poder admitir que su clientela la determinan los clientes, que él no es omnipotente. Así que me dediqué a la psicoterapia de hombres corrientes para evitar la crisis. No se puede uno dedicar a la psiquiatría en un sector ni en un hospital si tiene una ideología burguesa e individualista».²⁵⁸

Como se puede ver, para Tosquelles, el ideal revolucionario se encarna en una organización específica en la que se pone en entredicho la división social del trabajo médico. En ese mismo momento, entre 1936 y 1938, en las ciudades y en el campo de Aragón y Cataluña, millones de campesinos y obreros pousmistas y

256 Psiquiatría de sector: enfoque de asistencia a la salud mental surgido a mediados del siglo XX basado en organizar la atención a la salud mental en torno a sectores geográficos determinados, con un equipo médico-social completo y diversificado, y menos centrado en la hospitalización o el internamiento [N. de la T.].

257 F. Tosquelles, «Une politique de la folie», *op. cit.*, pág. 71.

258 *Ibid.*

anarquistas están transformando profundamente las relaciones de poder y de la propiedad. Como se ha visto con el testimonio de Langer, las mujeres no se quedan atrás y tienen un papel decisivo en estos movimientos de emancipación. La producción económica se reorganiza de arriba abajo y en algunas comarcas se abole el dinero.²⁵⁹ En esa misma época, Tosquelles crea una comunidad terapéutica en Almodóvar del Campo. Como responsable de la comunidad, se encarga de contratar al personal cuidador y no incluye a ningún psiquiatra. A diferencia de lo que ocurre con la especialización y la división social del trabajo, la práctica clínica que ejerce Tosquelles pretende ser popular. El objetivo es insertar los cuidados en la vida de la localidad y organizarlos con los miembros de la misma, tan diversos como sean: «Elegí a abogados que tenían miedo de ir a la guerra pero que nunca habían tratado a un loco, a pintores, hombres de letras, prostitutas. [...] Algunas de las prostitutas se convirtieron en enfermeras excepcionales. Es extraordinario, ¿no? Y, como por su experiencia con los hombres sabían que todo el mundo está loco —también los hombres que van con las prostitutas—, su formación profesional era muy rápida. En un mes, la prostituta, el abogado o el cura se convertían en algo extraordinario. Así pues, todas mis actividades fueron una aplicación de la idea del sector y de las comunidades terapéuticas, una acción junto con los políticos locales, con las personas que tenían

259 Carlos Semprún Maura, *Révolution et contre-révolution en Catalogne*, París, Éditions Mame, 1974; Pierre Broué, Émile Témime, *La Révolution et la guerre d'Espagne*, París, Minuit, 1996; Frédéric Goldbronn, Frank Mintz, «Quand l'Espagne révolutionnaire vivait en anarchie», *Le Monde diplomatique*, diciembre de 2000.

algo de poder en la región. ¡Eso es la actividad del sector, ni más ni menos!»²⁶⁰

El modelo de las comarcas

Desde el punto de vista del POUM y los anarquistas, había que hacer la revolución aquí y ahora: no se puede esperar a una «gran noche» ni la figura centralizadora de un partido o un líder, al contrario. Ese es el principio rector de las comarcas catalanas, comunidades rurales o urbanas en torno a las que la gente reorganiza su vida social en el día a día. Se crearon, desde luego, en el marco de un horizonte internacionalista: «Era la guerra de España, no una guerra civil localizada, sino con dimensión universal, cuyo objetivo era que el proletariado tomara el poder».²⁶¹ Ese horizonte estaba muy lejos de la doxa reaccionaria que imponía Stalin por aquel entonces. Algunos combatientes rusos que Moscú envía a España no se equivocan y, al reconocer allí el comunismo real, traicionan su jerarquía para unirse a los combates de la comuna catalanoespañola.

El Partido Comunista Español (PCE), fiel a Stalin, ve con malos ojos esos experimentos libertarios y emprende una auténtica contrarrevolución en el seno de la revolución. Enseguida prohíbe a las mujeres llevar armas y utilizarlas, reintroduce los rangos y el ceremonial jerárquico en el Ejército y devuelve las tierras y las fábricas a sus propietarios con la única condición de que sean antifranquistas. Se acaba con las comunidades colectivas agrícolas y, con el apoyo del Ejército republicano, el PCE procede a masacrar a anarquistas y poumistas. Tosquelles declara: «La propia Generalitat de Cataluña había perdido todo rastro de poder real en

260 François Tosquelles, «Une politique de la folie», *op. cit.*, pág. 72.

261 François Tosquelles, «La guerre d'Espagne», *op. cit.*, pág. 136.

la gestión de la guerra y en la vida política de Cataluña cuando el poder central, más o menos armado e inspirado por el Partido Comunista Español, siguiendo el célebre estilo de la época estalinista, se impuso violentamente en Barcelona al potente movimiento obrero, de origen anarquista, y al proletariado catalán, de implantación muy sólida con el Partido Obrero de Unificación Marxista —que solía denominarse trotskista—. ²⁶² Para rematar, el Gobierno español de Juan Negrín, que da prioridad al restablecimiento de las buenas relaciones con Francia e Inglaterra, disuelve las Brigadas Internacionales. Para Tosquelles, esa decisión marca el fin de la revolución proletaria en favor de la guerra de naciones: «Las Brigadas Internacionales presentes sobre todo en el frente de Madrid, fueron retiradas del combate y disueltas en diciembre de 1938 en plena batalla del Ebro, a las puertas del sur de Cataluña. Una vez que se había hecho desaparecer al proletariado del movimiento histórico, ya estaba todo listo de cara a la gran guerra de los Estados que, en lo que respecta a Francia, comenzó en septiembre de 1939. Y ya sabemos cómo sigue la historia». ²⁶³

De Sept-Fons a Saint-Alban

En febrero de 1939 comienza la retirada y, después, el exilio. El 7 de febrero, Hermann, periodista de *Populaire*, relata: «Nadie que haya estado hoy en Le Perthus podrá olvidar esta imagen extraordinaria: un pueblo entero que prefiere el exilio a la esclavitud y desfila, sin prisa pero sin pausa, sin gritos, desde las primeras horas de la mañana». ²⁶⁴ Según la historiadora

²⁶² *Ibid.*, pág. 136.

²⁶³ *Ibid.*

²⁶⁴ Citado por Anne Mathieu, «En 1939, plongée dans les camps de réfugiés espagnols en France», *Le Monde diplomatique*, París, agosto de 2019.

Geneviève Dreyfus-Armand, «es el éxodo más importante que se haya producido nunca en una frontera francesa».²⁶⁵ En marzo cae Madrid, lo que supone la sentencia de muerte de la República española. Tosquelles pasa a Francia gracias a una red creada por su mujer. Lo internan en Sept-Fons, uno de los numerosos campos de concentración improvisados por el Gobierno francés para aislar a los 450 000 refugiados españoles. Las condiciones de los campos son atroces; los refugiados están hacinados a cielo abierto. Lluve y hace un frío glacial. Sin ningún tipo de refugio, sin letrinas, los prisioneros tienen que hacer sus necesidades en el suelo. Enseguida llegan —y matan— las enfermedades: la fiebre tifoidea, la sarna, la tuberculosis... Cuando no son simplemente el hambre o el frío. El Gobierno francés, hostil a la llegada de estos refugiados, deja abandonados a los detenidos y los maltrata; los anima a volver a España mejorando las condiciones de los que aceptan esa propuesta. Para evitar las muestras de solidaridad de los soldados franceses con los refugiados españoles, el control de los campos queda en manos de contingentes de los ejércitos coloniales. Pero, aun así, se organizan redes de apoyo y algunos refugiados consiguen escapar.

En el campo de Sept-Fons, Tosquelles crea un servicio de psiquiatría: «También era muy gracioso lo de ese servicio. De nuevo, había militantes políticos, pintores, guitarristas... Pero no había ni un solo enfermero psiquiátrico; todos los demás eran gente corriente. Creé un servicio, fue muy eficaz. En ese campo de concentración, en el fango, es uno de los lugares donde creo que he ejercido muy buena psiquiatría. Era

265 Geneviève Dreyfus-Armand, *L'exil des républicains en France*, París, Albin Michel, 1999.

magnífico. Además, lo aprovechábamos para provocar fugas... Ese tipo de historias. Es un dato bastante poco conocido que los republicanos españoles que escaparon de los campos formaron la columna vertebral de la Resistencia en todo el suroeste de Francia».²⁶⁶

Tosquelles sabe de lo que habla: el 6 de enero de 1940, se incorpora al hospital psiquiátrico de Saint-Alban en Lozère, que convertirá en un foco importante de la resistencia. Lo contratan como enfermero adjunto y pronto emprende la transformación del establecimiento, que en ese momento estaba muy deteriorado, en mal estado. El propio Saint-Alban es un pueblo pobre y aislado. Los enfermos, vigilados por religiosas con poca formación, no pueden salir del interior del hospital, que, sin embargo, se encuentra en el centro del pueblo. Pero la guerra trastoca esa segregación ordinaria y permite que Tosquelles la subvierta. Como las condiciones son más precarias que nunca, la necesidad se impone: se abre el hospital a la localidad y se permite el intercambio de servicios con los campesinos de los alrededores. En otros lugares, los enfermos mentales están condenados a morir por carencias alimentarias graves: durante la ocupación y el régimen de Vichy, más de la mitad de los pacientes ingresados mueren de hambre. Es una hecatombe.²⁶⁷ Pero los internos de Saint-Alban escapan a ese terrible destino gracias a la lucha por la supervivencia que se vivió allí. Tosquelles subraya los efectos políticos de esa lucha: «Los enfermos, las enfermeras e incluso el administrador o los médicos estaban inmersos en la lucha contra el hambre, salían del hospital, iban a casa de los campesinos

266 F. Tosquelles, «Une politique de la folie», *op. cit.*, pág. 73.

267 Isabelle Von Bueltzingsloewen, *L'Hécatombe des fous. La famine dans les hôpitaux psychiatriques français sous l'Occupation*, París, Aubier, 2007 (reed. Flammarion, «Champs Histoire», 2009).

a por mantequilla y nabos a cambio de otros trabajos. Los enfermos entraron en contacto con el exterior, no para ir a la guerra, sino para participar en el mercado negro. Organizamos exposiciones de setas para que aprendieran a recogerlas. Y, como había cartillas de racionamiento para tuberculosos, nos inventamos un servicio de tuberculosos. Cuando algún paciente empezaba a tener edemas carenciales, repentinamente se le diagnosticaba tuberculosis. Se produce toda una sucesión de acontecimientos que hace que, a fin de cuentas, la guerra acabe llegando en buen momento... y también la Resistencia».²⁶⁸

Llegan a Saint-Alban refugiados y emigrantes clandestinos, algunos de renombre: se refugian allí Tzara, Éluard, Canguilhem, Matarasso y Bardach, por ejemplo. A partir de junio de 1942, Éluard dirige la editorial Les Éditions de Minuit: así, Saint Alban funciona como plataforma para gran parte de las obras impresas en Saint-Flour. Lucien Bonnafé, comunista, recibe el cargo de médico jefe del hospital en 1943. Frantz Fanon también va a formarse allí después de la guerra.²⁶⁹ Por lo tanto, durante los peores años del régimen de Pétain y bajo la ocupación nazi, se convierte en lugar de encuentro del psicoanálisis, el marxismo y la poesía. Se genera una intensa vida comunitaria en torno a las reuniones de una sociedad secreta, la Sociedad de Gévaudan. Como comentan Danièle Sivadon, Jean-Claude Pollack y François Pain, psicoanalistas que trabajaron en La Borde, «por la noche, mientras se esperaba la llegada de un visitante o de un lanzamiento de armas en paracaídas, mientras se organizaban los cuidados

²⁶⁸ *Ibid.*, pág. 76.

²⁶⁹ Tosquelles cuenta su encuentro con él en 1952: François Tosquelles, «Frantz Fanon et la psychothérapie institutionnelle», *Sud-Nord*, Toulouse, Érès, 2001.

a los heridos o se preparaban ediciones clandestinas, esas reuniones ponían patas arriba el mundo de este centro, se encargaban de “curar la vida”. Era la Sociedad de Gévaudan,²⁷⁰ nombrada en honor de la célebre y escurridiza bestia».²⁷¹ Los pacientes saben que hay miembros de la Resistencia escondidos en el tercer piso del edificio. La madre superiora también es cómplice de Tosquelles e incluso se llega a decir que «las armas del maquis de Gévaudan estaban escondidas bajo su enorme cama».²⁷²

En Saint-Alban, la organización revolucionaria se deja notar —y mucho— en todas las relaciones sociales y, ante todo, en la relación con los enfermos. La apertura del hospital hacia el exterior requiere una transformación radical de las formas de funcionamiento internas del establecimiento para convertirlo en una «institución».²⁷³ Se trata de cambiar las costumbres que segregan, de combatir la violencia y el desprecio hacia los pacientes. Para ello, Tosquelles crea el «club», «un sistema de autogestión, por llamarlo de alguna manera. En ese espacio se ejerce y se practica la autogestión». El club, que formalmente sirve de comité de redacción del periódico *Trait-d'union*, es en

270 La bestia de Gévaudan es el nombre histórico atribuido a una criatura devoradora de hombres, semejante a un lobo, perro o perro lobo, que asoló la región de Gévaudan entre 1764 y 1767 (actual departamento francés de Lozère, Occitania) [N. de la T.].

271 F. Tosquelles, «Une politique de la folie», *op. cit.*, pág. 75.

272 Patrick Faugeras, Michel Minard, «Portrait d'un militant, François Tosquelles», *Sud-Nord*, Toulouse, Èrès, 2010, n.º 25, pág. 54.

273 «Establecimiento» designa en este caso la estructura como órgano de administración regido por el poder del Estado y definido ante todo por su reglamento interno. Para Tosquelles y sus colegas, todo el trabajo de humanizarlo está aún pendiente. Es el proceso de institucionalización, es decir, de creación e implantación de «estructuras con función desalienante» por parte de sus miembros, que lo pueden subvertir. Y así se instaura otro tipo de relaciones entre dichos miembros: eso es «la institución».

realidad el «lugar de psicoterapia colectiva más importante del hospital». Como dispositivo transversal que reúne a cuidadores y cuidados, se ocupa de la organización colectiva cotidiana de la institución y constituye un formidable aparato para subvertir las reglas que promueve el Estado contractualista burgués. También es un operador eficaz y específico de cuidados tanto psiquiátricos como institucionales; no tiene que permanecer limitado a una actividad en concreto; al revés, se extiende a todo el hospital, a sus distintos lugares y funciones. En ese sentido, Saint-Alban se basa en las famosas comarcas que se implantaron durante la revolución catalana. Esta experiencia revolucionaria la retomarán más tarde Jean Oury y Félix Guattari, que intentarán implantarla con todas sus consecuencias cuando funden la clínica La Borde en 1953. «No sirve de nada estar en La Borde si no se conoce el POUM»,²⁷⁴ solía afirmar Oury, dando a entender la continuidad con la experiencia de las comunas en España. De hecho, Oury se reivindica como poumista hasta el final de su vida.²⁷⁵ Las consecuencias de este enfoque radical del psicoanálisis pronto alcanzarán nuevas cotas de profundidad y problematización, sobre todo en La Borde.

El contexto de posguerra en Francia y la fundación de La Borde

En la Francia de posguerra no se puede contemplar la práctica clínica al margen de las cuestiones políticas que, de 1945 a los años 70, no dejan de agitar buena parte del entorno psiquiátrico-analítico fran-

274 Jean Oury, «Psychothérapie institutionnelle et guerre d'Espagne; entretien avec Florent Gabarron-García», *Chimères*, Toulouse, Érès, 2010.

275 Frank Drogoul, «L'apport politique de Jean Oury. "Je suis poumiste"», *Figures de la psychanalyse*, Toulouse, Érès, 2017.

cés. Mientras que en muchos países el psicoanálisis tiene que adaptarse y pagar el precio de reprimir su dimensión política —no hay más que pensar en los sinsabores de Marie Langer en América del Sur o en el destino del psicoanálisis en Estados Unidos tras el exilio de los analistas de Viena—,²⁷⁶ en Francia se vive la experiencia de un psicoanálisis comprometido, heredero de la Viena Roja. De hecho, para los psiquiatras psicoanalistas politizados, muchas veces marxistas, que participaron en la Resistencia, tanto en Saint-Alban como en otros lugares, la guerra en realidad no había terminado. Aunque se había vencido al nazismo y al fascismo, está claro que el objetivo de combatirlos no era restablecer la sociedad burguesa. Habían luchado y resistido en nombre de la materialización de una sociedad comunista.²⁷⁷ Quienes habían combatido en España y pasado por Saint-Alban, además, habían conocido el experimento concreto de la transformación revolucionaria y sus efectos determinantes en el cuidado de los enfermos. Según esos terapeutas, era necesario seguir luchando contra la burguesía y su organización represiva de la psiquiatría, uno de cuyos componentes esenciales era la segregación de los locos en establecimientos de los que, paradójicamente, algunos de estos mismos terapeutas eran responsables como directores médicos.

Al comienzo de la posguerra, se crean varios grupos de trabajo independientes de las instituciones estatales. Uno de los primeros se constituye en 1945

276 R. Jacoby, *Otto Fenichel: destins de la gauche freudienne*, op. cit., pág. 21.

277 A este respecto, se puede consultar la tesis en ciencias políticas de Danielle Papiou, *Psychiatrie, psychanalyse, politique. Essai de sociobiographie des psychiatres communistes (1924-1985)*, defendida el 16 de junio de 2017 y dirigida por Bernard Pudal.

y reúne, entre otros, a Julián de Ajuriaguerra, Lucien Bonafé, Georges Daumézon, Louis Le Guillant, Henri Ey, Jacques Lacan y François Tosquelles. Siguiendo el ejemplo del colectivo de matemáticos que publica sus trabajos con el nombre de «Bourbaki», este grupo se autodenomina «Doctor Batia», que significa «esperanza» en euskera.²⁷⁸ Se disuelve en 1947, año en el que el joven Jean Oury llega a Saint-Alban para formarse. En esa época, el hospital goza de un gran prestigio. Es sobradamente conocida su relación con la Resistencia, cosa que atrae a la nueva generación de internos de la que forma parte Oury. Oury lleva entre sus experiencias la última conferencia de Jacques Lacan, al que ha escuchado desarrollar la tesis de la «causalidad psíquica» el año anterior en el Congreso de Bonneval: «Fui viendo pasar a distintos oradores y en mayo escuché a un tipo y me dije “por fin alguien inteligente”; era Lacan, y lo mantengo».²⁷⁹ En 1953, comenzará con Lacan una cura analítica que se prolongará hasta la muerte de este último en 1980. Nacido en 1924 en un entorno modesto, Jean Oury está marcado por la experiencia del barrio del cinturón rojo en el que se crio, La Garenne-Colombes.²⁸⁰ Participó en movimientos juveniles muy activos durante la Liberación y así se forjó su sensibilidad libertaria. Cuando llega a Saint-Alban, conecta con Tosquelles de inmediato. Según sus propias palabras, ese encuentro fue el «crisol», la «matriz» de la fundación posterior de la clínica La Borde.²⁸¹ En 1950, Oury es nombrado res-

278 El autor lo indica de esta manera y así figura en la mayoría de las fuentes, aunque no se ha podido encontrar el término en euskera al que hace referencia; probablemente se refiera a *batera*, que puede significar junto, al mismo tiempo, al unísono... [N. de la T.].

279 Citado por François Dosse, *Gilles Deleuze-Félix Guattari, biographie croisée*, París, La Découverte, 2009, pág. 39.

280 En este punto se cita libremente la biografía de François Dosse.

281 Jean Oury, *Il, donc*, París, Matrice, 1978, pág. 73.

ponsable de la clínica de Saumery en el departamento de Loir-et-Cher. Se rodea de personas de su entorno, militantes de su barrio y amigos, para que le ayuden a organizar la vida cotidiana con los enfermos. Félix Guattari, seis años más joven que él, acude allí para una serie de periodos cortos por recomendación del hermano de Jean, el pedagogo Fernand Oury. Por aquel entonces, Guattari está estudiando farmacia, pero no le interesa. Siente gran fascinación por Jean Oury, que se convierte en su «director de conciencia». Oury le anima a leer a Lacan, cuyos textos le apasionan, y a retomar los estudios de filosofía que había elegido en un principio.²⁸² Guattari, que milita en el Partido Comunista desde los 15 años y frecuenta el entorno de los albergues juveniles, comparte los mismos orígenes sociales y la misma cultura política que Oury. Para él, Saumery será el punto de partida de inacabables debates con el dueño del lugar.

Valiéndose de las enseñanzas de Tosquelles, Oury intenta transformar en Saumery el entorno del enfermo para sacarle de la segregación social de la que suele ser objeto. En 1953, cuando los propietarios le comunican su intención de recuperar el control de la clínica, Oury decide trasladarse con todos sus pacientes a unos pocos kilómetros; compra un palacio aislado y en pésimo estado que luego se convertirá en la clínica La Borde. Desde la misma fundación de la clínica, se aborda frontalmente la cuestión del poder. En su texto fundacional de 1953 —que se llama, con ironía, «Constitución del año I»— se aboga por la «remodelación completa: de las estructuras que existen en un organismo tradicional; de las ideas que cada uno de sus miembros pueden tener respecto a sus funciones».

282 F. Dosse, *Gilles Deleuze-Félix Guattari*, op. cit., pág. 35.



François Tosquelles, Jean Oury y Gisela Pankow en Milán en 1975.

Se infieren tres principios generales: el centralismo democrático, la precariedad de los distintos estatus y la organización comunitaria del trabajo, que van manifiestamente en contra del dispositivo psiquiátrico tradicional. «En este sentido, [el texto de la Constitución del año I] supone una ruptura total con toda la tradición hospitalaria (jerárquica y no democrática), sindical (en ese ámbito se protegen y codifican los estatus profesionales) y comercial (la comunidad empieza por poner en común los salarios). Es imposible no fijarse —además, el texto empuja a ello— en la resonancia política de esos tres ejes, leninista en cuanto a las decisiones y la ejecución, trotskista y libertario por la lucha contra la burocratización y a favor de la comunitarización».²⁸³ En un contexto de gran vitalidad de los

²⁸³ Claudine Dardy, Gérard Grass, Numa Murard, Georges Préli, Michel

debates político-clínicos en el entorno psicoanalítico, la fundación de la clínica La Borde a manos de Oury enseguida recibe el reconocimiento de sus colegas. A partir de 1954, Louis Le Guillant, Évelyne Kenstemberg y Georges Daumézon van allí a reunirse con Oury y le remiten pacientes.²⁸⁴

Oury adquiere cada vez más importancia en los debates internos de la disciplina. Su práctica y su reflexión comprometidas nutren a un nuevo grupo de psiquiatras psicoanalistas, creado en 1957, en la línea del Doctor Batia. El grupo, que cuenta con más integrantes que su predecesor —integra a la nueva generación de psiquiatras psicoanalistas que han ido accediendo a puestos de responsabilidad (como Oury, Guattari, Paul-Claude Racamier, etc.)—, se denomina grupo de Sèvres y se constituye por iniciativa de Daumézon. Su texto fundacional no deja lugar a dudas respecto a su orientación política y asume sin reservas la ambición revolucionaria del periodo inicial de la posguerra: «No hay revolución sin doctrina revolucionaria, no hay revolución sin partido; tanto una cosa como la otra se derivan de un análisis lúcido de la situación que vivimos».²⁸⁵

Pero no tarda en aparecer la discordia entre los miembros del grupo de Sèvres. Es necesario detenerse un momento en esta discrepancia, absolutamente reveladora. De hecho, abre una nueva heurística revolucionaria relacionada con el reconocimiento, el análisis y la utilización de los fenómenos inconscientes que

Rostain, *Histoires de La Borde, dix ans de psychothérapie institutionnelle à la clinique de Cour-Cheverny*, *Recherches*, n.º 21, Fontenay-sous-Bois, Revue du Cerfi, marzo-abril de 1976, pág. 20.

284 F. Dosse, *Gilles Deleuze-Félix Guattari*, *op. cit.*, pág. 40.

285 Citado por Jean Ayme, «Le groupe de Sèvres», *VST*, n.º 71, Érès, 2001, pág. 51.

acompañan necesariamente a toda institución y plantean la cuestión de qué función puede y debe tener el psicoanálisis.

Apuesta política y clínica

Antes que nada, cabe recordar que la organización revolucionaria de la clínica La Borde no se limita al ámbito político. También se aplica a las posturas terapéuticas respecto al paciente y defiende el principio de que el psicoanálisis debe extenderse a toda la institución. Durante la guerra, Tosquelles ya había incorporado a su proyecto a prostitutas o curas: había demostrado que los cuidados prestados a los pacientes eran mejores cuando se prescindía de la división social del trabajo y de su especialización. Dicho de otra forma, se imponía la necesidad de transformar radicalmente las relaciones de poder en el seno del hospital, especialmente porque esas relaciones tenían, a nivel estructural, una incidencia directa y nefasta en la enfermedad mental. Por lo tanto, era imprescindible hacer una crítica del hospital psiquiátrico clásico y de su figura clave: el psiquiatra. Como diría más adelante Guattari, los hospitales psiquiátricos están «radicalmente desviados de su finalidad social manifiesta», que es curar: «De hecho, esas enormes maquinarias concentracionarias refuerzan la opacidad de las perturbaciones, la soledad de los enfermos, el sin-sentido de su existencia. Generan como reacción una especie de patoplastia social de las enfermedades mentales que las hace endurecerse y encerrarse en sí mismas. Alienación social que se superpone a las instancias particulares de una alienación de orden psicopatológico».²⁸⁶ Las condiciones sociales en las que vive el

286 Félix Guattari, *Psychanalyse et transversalité*, París, La Découverte, 2003

paciente, y en concreto lo que se llama su entorno de cuidados, el hospital psiquiátrico, refuerzan su enfermedad mental.

En este punto reaparece, en cierta manera, uno de los problemas clásicos que se le plantean al analista políticamente comprometido en la encrucijada entre su práctica analítica y el malestar —muchas veces sobredeterminado por lo social— con el que se ve obligado a encontrarse, y que además tiene que tratar con medios inadecuados, incluso nefastos. Así pues, había que desenmascarar la pretensión hipócrita de la institución psiquiátrica y el terapeuta tenía que analizar las funciones contradictorias del hospital. Era un requisito esencial si se pretendía «curar», y es el meollo del concepto, forjado por Oury, de la *doble alienación*, social y mental: en la clínica La Borde, la terapia no era solo individual, era también institucional. El psicoanálisis tenía que aplicarse a esos dos niveles. Así pues, Oury y Guattari iban a transformar la técnica analítica para extenderla también al entorno social, con el objetivo de mejorar el estado psíquico del paciente. Había que «determinar las condiciones que permiten a una institución desempeñar un rol analítico en el sentido freudiano».²⁸⁷

Ese enfoque trastocaba la psiquiatría heredada de la posguerra y no era en absoluto unánime entre los miembros del movimiento que comenzaba a formarse bajo el nombre de «psicoterapia institucional», propuesto por Daumézon en 1952. En realidad, esa iniciativa de reformar la psiquiatría organizada en torno a cen-

[1974], pág. 91 [edición en castellano: *Psicoanálisis y transversalidad*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 1976, pág. 113. N. de la T.: en los casos que no se indique la página correspondiente en la edición en castellano, será traducción propia].

287 *Ibid.*, pág. 89.

tros psiquiátricos para dar preferencia, en su lugar, a la psiquiatría de sector no se iba a materializar hasta unos años después, debido sobre todo a las importantes discrepancias sobre el psicoanálisis y su alcance.²⁸⁸ Sin entrar en los entresijos de los debates internos sobre esta cuestión, a continuación se van a recapitular algunos de los cambios producidos por la práctica labor-diana, en el origen de la polémica que iba a hacer que el grupo de Sèvres saltara por los aires en 1959. La cuestión no era solo que los psiquiatras, como representantes del poder que les delega el Estado burgués, tuvieran que hacer autocrítica; también había que poner en común las herramientas terapéuticas privilegiadas de las que esos psiquiatras disponían, como el psicoanálisis, y en esa puesta en común se incluía también a los colegas que no tenían autorización legal ni simbólica para poseer esos saberes, como los enfermeros. En definitiva, el propio psicoanálisis tenía que salir del marco burgués de la cura para extenderse a la institución en su conjunto. Y así tenía que estar en condiciones de desvelar los fantasmas²⁸⁹ de grupo, como la identificación con el jefe descrita por Freud, fantasmas que contribuían en gran medida a enfermar la institución y, en consecuencia, a agravar el sufrimiento de los pacientes.

En el grupo de Sèvres, René Diatkine y Paul-Clau-de Racamier²⁹⁰ no comparten en absoluto esta idea. Por

288 Hay que señalar que, para algunas personas, ese alcance era nulo; hacia ya tiempo que la línea del PC había decretado que el psicoanálisis era una «ciencia burguesa».

289 Ante la confusión y el desacuerdo que reina en el vocabulario psicoanalítico según las distintas corrientes, he decidido traducir *fanstame* (la *Phantasie* de Freud) como «fantasma» guiándome por las razones de Laplanche y Pontalis en su *Diccionario de psicoanálisis* (Buenos Aires, Paidós, 2004) y por el paso del término al francés a través de Lacan; hay que tener en cuenta, no obstante, que en su traducción clásica de Freud, López Ballesteros utiliza «fantasía» [N. de la T.].

290 Más tarde escribieron juntos *Le psychanalyste sans divan*, París, Payot,

el contrario, insisten en reservar el ejercicio del psicoanálisis a los médicos en el hospital, no consideran que los enfermeros puedan acceder a ese ámbito. Tampoco aprueban la idea de generalizar el psicoanálisis a la institución. Este desacuerdo causa la implosión del grupo en 1959, mientras en La Borde ya hace varios años que se experimenta con la generalización del psicoanálisis a toda la institución y a sus miembros y se constatan sobre el terreno sus efectos positivos, tanto clínicos como políticos. Siguiendo los pasos de Tosquelles, de su crítica al poder psiquiátrico y a sus efectos alienantes y yatrógenos, Oury y Guattari apuestan por el modelo analítico y su transversalidad. En su opinión, el psicoanálisis no debe reforzar el poder del psiquiatra, sino, al contrario, cuestionar la psiquiatría y el rol del psiquiatra. Este debate que enfrenta a Diatkine y Racamier, por un lado, con Oury y Guattari, por otro, recuerda, aunque en un contexto totalmente diferente, a la disputa que dividió a los analistas a mediados de los años 20 sobre si extender el psicoanálisis al conjunto de la sociedad y sobre la implicación política del psicoanalista.

El análisis en psiquiatría

«Es probable que comprender los contenidos inconscientes, las pulsiones y los conflictos sea infinitamente más extenuante que útil» y podría llevar a «erotizar al personal empleado», a una «reacción depresiva aún más desafortunada», a «una desvalorización de las palabras y de los afectos que conlleva un rechazo tan peligroso como el rechazo de la nosología»: esas son las categóricas advertencias de Diatkine en la última reunión del grupo de Sèvres respecto a

1970.

la «peligrosa» relación de la figura del enfermero con el psicoanálisis. La cercanía del enfermero con el enfermo más que un recurso es, para Diatkine, una contraindicación: «el personal de enfermería, por la propia naturaleza de su posición y su función, se encuentra particularmente expuesto y siempre se ataca su integridad mental».²⁹¹ Por eso hay que protegerlo del saber inconsciente, para no «exponerlo» más todavía. Pero el psicoanálisis, contraindicado para el trabajo del personal de enfermería, es en cambio, en palabras de Diatkine, la principal herramienta del psiquiatra, «su nueva ciencia». El psiquiatra tiene el monopolio, es su representante en la institución y su único vector. Y así se pone en valor y se asume la identificación del médico psicoanalista con el poder: «lo primero y más importante que el psicoanalista aporta a los jóvenes psiquiatras y a los cuidadores que le rodean en la institución es un modelo con el que identificarse».²⁹² Y, en la línea del análisis de Freud sobre el Ejército y la Iglesia,²⁹³ la operatividad de este dispositivo se basa en la primacía de la identificación con el líder, encarnado por el psiquiatra psicoanalista.²⁹⁴ La introducción del psicoanálisis en el hospital tiene como objetivo, ante todo, sacar a la psiquiatría de la crisis que atraviesa. Como «ciencia verdadera», el psicoanálisis es lo «más eficaz» para sacar a la psiquiatría de ese callejón sin salida, empezando por restablecer la autoridad del médico: «No llegarán a ninguna parte hasta que no

291 Citado por J. Ayme, «Le groupe de Sèvres», *op. cit.*, pág. 50.

292 P.-C. Racamier, *Le psychanalyste sans divan*, *op. cit.*, pág. 68.

293 Sigmund Freud, *Psychologie des masses et analyse du moi*, París, Puf, 2010.

294 Se cita libremente la crítica de Robert Castel, «L'institution psychiatrique en question», *Revue française de sociologie*, XII-1, París, CNRS, 1971, págs. 57-92.

restablezcan la autoridad del médico; solo entonces podrán compartirla».²⁹⁵

Esa posibilidad futura de compartir la autoridad depende de la personalidad del psiquiatra psicoanalista, del cual Racamier presenta una breve descripción: «Desprovisto de atributos olímpicos, el psicoanalista ofrece un ejemplo de tolerancia sin masoquismo, de presencia sin complacencia, de firmeza sin falsa presancia, de aceptación y utilización controlada de las reacciones afectivas personales y, en definitiva, de curiosidad sin impaciencia».²⁹⁶ La psicología del médico psicoanalista se eleva aquí a la categoría de ideal regulador de la institución. El psicoanálisis se convierte en la nueva norma médica y la figura del psiquiatra psicoanalista, en su sostén. Pero, como escribe Robert Castel: «Al reducir el problema psiquiátrico a una crisis del saber y de la autoridad, esta tentativa acaba remitiendo a algo inferior al análisis, propuesto por los iniciadores de los primeros intentos de reforma de la psiquiatría, que por lo menos habían tenido el mérito de ver que la transformación de la estructura institucional requería mucho más que sustituir una teoría médica por otra teoría médica distinta, por mucho que fuera de inspiración psicoanalítica».²⁹⁷

Aquí se vislumbra mejor la operación tautológica que permite excluir al enfermero y mediante la que el psicoanálisis, distorsionado, brinda una justificación ideológica al orden psiquiátrico. No solo su «dominio» en la institución es perfectamente coherente con la división del trabajo en el ámbito de la psiquiatría, es que es lo que permite que la psiquiatría se mantenga

295 P.-C. Racamier, *Le psychanalyste sans divan*, op. cit., pág. 165.

296 *Ibid.*

297 R. Castel, «L'institution psychiatrique en question», op. cit., pág. 68.

operativa. El psicoanálisis, como «chica para todo de la psiquiatría», se convierte en su nuevo disfraz ideológico. Pero entonces, continúa Castel, «así se ahorra la tarea de analizar (esos roles) en su especificidad y con sus finalidades contradictorias; es, ante todo, una forma cómoda de evitar formular la pregunta fundamental desde el punto de vista sociológico: ¿en nombre de qué (o de quién) ejerce el psiquiatra psicoanalista esa función de modelo? ¿A qué autoridad representa?»,²⁹⁸

Como es de esperar, el enfoque de Diatkine y de la corriente que representa choca ineludiblemente con la idea labordiana, de herencia poumista y elaborada en contra del psicoanálisis y de la psiquiatría burgueses. La cuestión del estatus del médico y su relación con el enfermero plasma muy bien las distintas posturas. En un texto de 1955 en forma de conversación, Oury y Guattari ponen al descubierto las relaciones de poder inherentes a la psiquiatría y critican el poder del médico. Según Oury, hay que «partir definiendo [...] las relaciones que existen entre el médico y el enfermero, con todos los compromisos místicos que esto implica. [...] Félix: El médico [...] es todavía el soporte y el responsable de la mistificación, y en tanto tal, refleja su ideología de clase. [...] Pienso que el problema no debe ser marginal a las relaciones de clase, sino fundamental»,²⁹⁹ Se alude específicamente al psiquiatra: su relación con el enfermero es en esencia una relación de clase. La figura del psiquiatra y el poder que se le otorga están hechos a medida de una iniciativa ideológica que busca mantener las relaciones de dominación: «Oury: Es evidente que el rol que se le fija al médico es

298 *Ibid.*, pág. 67.

299 F. Guattari, *Psychanalyse et transversalité*, op. cit., págs. 7-8 [edición en castellano: pág. 23].

el de ser un defensor de las instituciones del Estado. El Estado le confiere autoridad para hacer respetar el reglamento del hospital sin intervenir en su estructura económico-social. Su rol implica que se haga respetar obligatoriamente, a fin de que los enfermos tengan la imagen misma del respeto y del honor. Existe, pues, algo así como una payasada que es representativa ya que es la imagen misma de la sociedad en la cual trabaja el enfermero». ³⁰⁰ Destinado «oficialmente» a «curar» personas, el hospital es, ante todo, el lugar donde reside un poder excluyente del cual el psiquiatra, garante de las normas del establecimiento, es un engranaje esencial. Así pues, a diferencia de lo que defendía Racamier, hay que poner al descubierto ese subterfugio que es la autoridad del médico, en lugar de reproducirla o, aún peor, darle fundamento mediante el ejercicio del psicoanálisis. Porque, en realidad, esa autoridad solo existe para ocultar las relaciones de dominación en las que permanecen atrapados tanto el enfermero como el enfermo. Y así hay que interpretar la invitación de la corriente labordiana a «terminar con el médico en tanto que individuo, colega» y «“portavoz” del sujeto que podría ser la institución». ³⁰¹ Como representación del Estado y de su orden, el microcosmos de los sanatorios psiquiátricos concentra y exagera las contradicciones sociales, razón por la que hay que analizarlo en profundidad: «Oury: [...] En este encuadramiento de los locos podemos decir que hay una “visión del exterior”, una “visión del interior” y luego una “visión de los locos”. El ejemplo de la visión exterior tradicional es la creencia de que cuanto [sic] más instrucción se tiene, cuanto más se ha ido a la escuela, mejor se comprende a los

300 *Ibid.*, pág. 8 [edición en castellano: pág. 24].

301 *Ibid.*, pág. 46 [edición en castellano: pág. 64].

locos; por lo tanto, hay que ser médico. Mientras que en la base de la escala, el enfermero, el ineducado por principio, nada puede comprender. Hay un racionalismo de la sociedad que es más bien una racionalización de la mala fe, de la porquería. La visión del interior son las relaciones con los locos en los contactos cotidianos, a condición de haber roto un cierto “contrato” con lo tradicional. Puede decirse entonces, en un sentido, que saber lo que es estar en contacto con los dementes es al mismo tiempo ser progresista. – Félix: Podríamos incluso considerar que la toma de conciencia de ese “contrato con lo tradicional” y la decisión de romperlo constituya la condición de un acceso fenomenológico a la locura».³⁰²

Romper desde el interior el «contrato tradicional» que sitúa al enfermero en una relación subalterna con el médico porque no tiene acceso a su conocimiento psicoanalítico (está «ineducado») supone cuestionar el contrato psiquiátrico y su ley, que excluían al loco, pero también —y ante todo— implica crear la posibilidad de encontrarse con el loco en nuevas coordenadas.³⁰³ La crítica de la división del trabajo se une aquí a la terapia analítica de las psicosis. Lo que se busca es justamente la posibilidad del auténtico contacto entre enfermeros y pacientes: «El enfermero [...] se considera a menudo como una especie de médico de décima categoría, en tanto que sin embargo posee un poder terapéutico privilegiado y frecuentemente irremplazable».³⁰⁴ Eso implica una revolución institucional y también subjetiva. La ruptura con la forma contractual burguesa que cosifica tanto el personaje del psiquiatra como el del

302 *Ibid.*, págs. 9-10 [edición en castellano: págs. 25-26].

303 Se articula aquí la crítica del contrato y de la ley, en favor del modelo de la institución, como defiende Deleuze: *ibid.*, pág. x.

304 *Ibid.*, pág. 63 [edición en castellano: pág. 82].

enfermero en la división del trabajo psiquiátrico, se convierte en la condición necesaria para acceder a la locura y tratarla por medio de la terapia institucional. Se redefinen todos los roles, empezando por el del médico: «La práctica terapéutica institucional modifica radicalmente los hábitos de trabajo de la profesión médica. Al médico labordiano no solo se le pide que prescriba recetas, haga electrochoques o siga la evolución de una cura con insulina; también se le pide que se interese por la forma de funcionar del club, por el trabajo en los talleres o por lo que sucede en el ámbito institucional. No solo se pretende que represente el saber médico, también se quiere que sea terapeuta ocupacional. Y lo mismo sucede con todo el personal de La Borde: la señora de la limpieza, la enfermera y el cocinero tienen que ser polivalentes; el jardinero ha de saber cultivar flores pero también tiene que ser cuidador».³⁰⁵

La práctica analítica, liberada así del control de la psiquiatría se vuelve decididamente «progresista»; anticipa incluso una actuación de la revolución que se va a producir a escala de la sociedad. En cierto modo, según Oury, en el espacio del centro psiquiátrico se cristaliza el conjunto de las luchas sociales: «Existe gente a quien la sociedad delega para vivir con los locos, creando una suerte de muralla humana, una barrera de cabezas, brazos, piernas, para protegerse de los locos. Que se las arreglen como quieran con tal de que la sociedad esté tranquila. Pero forzosamente, todas las luchas de la sociedad están implicadas en esta especie de muro que forma parte de la sociedad».³⁰⁶ Y preci-

305 C. Dardy *et al.*, *Histoires de La Borde*, *op. cit.*, págs. 301-302. Para diferenciar las distintas etapas de la vida institucional en La Borde, se hará referencia a esta hermosa e intensa monografía.

306 F. Guattari, *Psychanalyse et transversalité*, *op. cit.*, p. 9 [edición en castellano: pág. 25].

samente por eso la psiquiatría segregativa es el lugar ideal para un cambio revolucionario, a partir del cual podría materializarse lo que Deleuze y Guattari llamaron después «psiquiatría materialista».³⁰⁷

La revolución materializada por el psicoanálisis

Hay que tener muy presente que el objetivo de implantar una rotación de tareas y funciones, así como de compartir la función terapéutica, no es solo abolir la división social del trabajo; también tienen efectos subjetivos e inconscientes decisivos para los miembros de la institución. Como se ha visto, en contra de las recomendaciones de Racamier, en La Borde se pretendía deconstruir la figura del psiquiatra. Pero ¿cómo se hace eso? Guattari esboza las líneas maestras: el médico debe renunciar a la identificación imaginaria con su papel y, «sin retroceder ante el pánico de estallar en pedazos» que genera la «delimitación» de su función médica, tiene que transferir su poder real y legal a «múltiples responsabilidades que implican diferentes especies de grupos y personas».³⁰⁸ Para ello, hay que empezar «limpiando el espacio totalizante de la institución» mediante la creación de «vacuolas», es decir, espacios protegidos donde sus miembros puedan reunirse libremente y cuestionar su propia función: «¿Qué se hace ahí?». Esos espacios constituyen una etapa previa a cualquier intento de análisis de grupo: «desde los primeros pasos por esta vía, surgirá una distinción primordial entre la desalienación del grupo y su análisis».³⁰⁹ Mantenido en el tiempo, es imposible que ese tipo de dispositivo grupal —donde se ratifican el cues-

307 G. Deleuze, F. Guattari, *L'anti-OEdipe*, op. cit., pág. 29.

308 F. Guattari, *Psychanalyse et transversalité*, op. cit., pág. 83 [edición en castellano: pág. 104].

309 *Ibid.*, págs. 77-78 [edición en castellano: pág. 98].

tionamiento y la redefinición de las funciones— no cause efectos en sus sujetos, empezando por el enfermo, que puede encontrar en esa dinámica una función de interpretante.³¹⁰ Mediante la transformación concreta de los dispositivos psiquiátricos no igualitarios, de manera indirecta se puede conseguir «la reestructuración de los ideales del yo» de los miembros de la institución. Se produce así una modificación del sujeto en relación tanto con los demás como consigo mismo, sobre todo en lo que respecta a su relación con el superyó, que se traslada a la institución.

En 1957, cuando se crea el grupo de Sèvres, el cuestionamiento radical del estatus de la figura del enfermero ya se ha realizado en La Borde: se ha abolido oficialmente la distinción entre profesionales de cuidados y profesionales de servicio. Todos los trabajadores, titulados o no, son ahora «monitores psiquiátricos» y se igualan los salarios.³¹¹ Pero declarar la igualdad no basta para materializarla, y esa cuestión se sigue planteando a día de hoy en los mismos términos: ¿cómo puede un grupo de una institución de salud mental—cuya jerarquía estricta y división social del trabajo suelen ser comparables a las de la prisión— conseguir dejar atrás progresivamente los mandatos sociales y

310 *Ibid.*, pág. 79.

311 Con la excepción notable y problemática de los médicos. Ese síntoma parece llegar a un alcance catastrófico con la muerte de Guattari. Entonces, los médicos hacen su propia contrarrevolución y crean su «sociedad», la sociedad de los médicos: un dispositivo legal y contractual injertado en la institución. Dedicados a producir «actos»—igual que en el marco de la medicina liberal—, se excluyen de la institución. La recuperación de su estatus de excepción (económica, imaginaria, simbólica) es aún más sangrante en una institución donde todos los demás miembros son «monitores». La mayoría de los psiquiatras y de la psicoterapia institucional actual, que se organizan siguiendo este modelo, parecen haber renegado de la postura marxista, suponiendo que aún la comprendan.

las alienaciones, de manera que sus miembros acaben asumiendo por sí mismos ese cambio y lo deseen? Ahí es donde entra en juego el psicoanálisis aplicado a la institución en su conjunto. El psicoanálisis no tiene la pretensión vanguardista de iluminar a las masas ni de orientarlas; aspira simplemente a crear en cada grupo las condiciones favorables para que se produzca una desalienación social, de tal forma que, en consecuencia, sea posible «analizar el deseo, el propio y el de los demás».

Cabe detenerse un instante en el caso paradigmático de Georgette que, según cuentan los autores de la monografía sobre La Borde, constituye una especie de «mito fundacional».³¹² Georgette, de orígenes modestos, empezó siendo empleada de servicio y acabó convirtiéndose en monitora. Pero ya antes de recibir el estatus de monitora se dedicaba a los cuidados en su tarea cotidiana, hasta el punto de que se habría podido pensar que era enfermera. Los autores de la monografía se preguntan: «¿Georgette se sitúa en un nuevo campo de grupo? ¿O Georgette instaaura por sí misma un nuevo campo en las divisiones del trabajo? ¿Es Georgette el símbolo de una mutación, el resumen de lo que se transforma? ¿O Georgette es un falso problema?».³¹³ En realidad, a partir de 1953, «la interpenetración de servicios», de manera más o menos oficiosa y espontánea, está muy presente... y Georgette no es el único caso: «Ariane baja de la lavandería a los talleres; la señora Paupinel, la enfermera ejemplar, se dedica a la costura; Lelond, que trabaja fundamentalmente en los talleres de dibujo, ejerce también la enfermería; Seito va del ga-

312 C. Dardy *et al.*, *Histoires de La Borde*, *op. cit.*, págs. 161-174.

313 *Ibid.*, pág. 165.

linero a la farmacia...». ³¹⁴ Así pues, la abolición oficial de la diferencia entre las profesiones de cuidados —nobles— y las consideradas subalternas ratificaba una forma de funcionar que ya llevaba tiempo poniéndose a prueba; no era fruto de una decisión impuesta de forma heterogénea por una dirección revolucionaria. En este caso, era una decisión que en parte era ya también subjetiva de los miembros de la institución: resultó eficaz porque muchos la deseaban. Lo mismo sucede con los antiguos pacientes que —tras mejorar y mostrarse competentes— acababan convirtiéndose en monitores psiquiátricos, en empleados. Así es como se implantó oficialmente la rotación de tareas.

Con el impulso de esta dinámica institucional, en La Borde se crean más grupos analíticos. Los grupos de apoyo de cuidadores/cuidados se ponen el objetivo explícito de analizar el imaginario institucional, lo que conlleva una serie de ampliaciones respecto al psicoanálisis clásico. No es tanto que se trate de un psicoanálisis «sin diván», por retomar la expresión de Racamier, sino que afronta la cuestión del fantasma de grupo y de su relación con el sujeto. En este punto, la aportación de Guattari es decisiva.

Guattari y el fantasma de grupo

Como habían señalado Freud y Lacan, los grupos hacen rituales y obtienen su operatividad de la relación de los miembros con el líder, que ocupa el lugar del ideal del yo. Pero, según Guattari, los grupos no se fantasmatican solo porque defiendan a sus sujetos de una angustia esencial relacionada con una situación de desamparo infantil, mediante un sustituto de la imagen del padre. El Otro y las figuras necesarias para el

314 *Ibid.*

sujeto no son solo míticas: esta fantasmaticización también tiene una función política. Protege al sujeto frente a la angustia, pero también eclipsa su condición social, que contribuye a fabricar. Por ejemplo, en un grupo profundamente alienado como el hospital, «la imaginería deformante» sobredeterminada a nivel simbólico que acoge tanto al neurótico como al psicótico le brinda al primero «la oportunidad inesperada de un reforzamiento de su narcisismo, mientras que el psicótico podrá continuar consagrándose en silencio a sus sublimes pasiones universales».³¹⁵ El desconocimiento del fantasma de grupo «protege» a su sujeto de la «toma de conciencia» de su propia condición, pero también refuerza su identificación narcisista con lo que la sociedad «espera» de él. Dicho de otro modo, ese proceso de sometimiento solo es posible porque el propio sujeto participa imaginariamente en el mantenimiento de ese desconocimiento del carácter simbólico del fantasma de grupo. Y lo hace además de buen grado, porque este fantasma, a su vez, adjudica a cada uno su lugar en el grupo, lugar en el que el sujeto «querrá» situarse. De esta manera, el sujeto puede creerse el jefe, el médico o el enfermo: «La fantasmaticización individual [...] busca [...] incorporar [a la dimensión simbólica del fantasma de grupo] y hacer suyo [sic] los datos imaginarios singulares que vienen a esconderse “naturalmente” en los diferentes roles, [...]. Esta “corporización imaginaria” de cierto número de articulaciones significantes del grupo, bajo pretextos de organización, de eficacia, de prestigio o también de incapacidad, de no calificación, etc., hace cristalizar el conjunto de la estructura, trabaja sus capacidades de modificación, le da su aspecto

315 F. Guattari, *Psychanalyse et transversalité*, op. cit., pág. 82 [edición en castellano: págs. 103-104].

y su “pesadez”, limita por tanto sus posibilidades de diálogo con todo lo que tendiera a cuestionar sus “reglas del juego”, en una palabra reúne las condiciones de su desplazamiento hacia lo que hemos llamado el grupo sometido». ³¹⁶ Esta imaginarización del sujeto, que proyecta inconscientemente las coordenadas de su yo sobre el grupo para apropiarse de él y poder situarse en él según las contingencias de su historia y las determinaciones sociales, convierte el proceso de fantasmaticización en uno de los operadores psíquicos de la alienación. Aunque Freud había pasado por alto «con total inocencia» la realidad social de esta cuestión debido a un «desplazamiento de plano» (porque ignoraba la dimensión política de la función represiva del fantasma y la relacionaba en primer lugar con un problema de psicología individual), nos condujo, según Guattari, «por pistas más fiables que nadie». ³¹⁷ Y por eso, según él, «ningún cambio auténticamente revolucionario puede realizarse fuera del psicoanálisis». ³¹⁸ Porque la determinación del grupo sometido no afecta a sus sujetos solo en el plano abstracto y exterior —en su función, en su estatus—, tiende también hacia una «totalización» que hay que «voltear». ³¹⁹ Las imágenes, los símbolos, las representaciones conscientes e inconscientes que los sujetos se forman de sí mismos, de los demás y del grupo no son independientes de sus condiciones sociales concretas, sobredeterminadas en el plano fantasmático. Lo que hay que analizar es justamente esa fantasmaticización simbólica de grupo propia de una situación determinada: «tal o cual fan-

316 *Ibid.*, pág. 77 [edición en castellano: pág. 97].

317 *Ibid.*

318 Cuestión que se retoma con Deleuze en *L'anti-OEdipe*, *op. cit.*, pág. 97.

319 F. Guattari, *Psychanalyse et transversalité*, *op. cit.*, pág. 47 [edición en castellano: pág. 65].



Félix Guattari (© Bruno, Emmanuelle, Stephen Guattari.
Archives Félix Guattari / IMEC).

tasma, que se origina en un individuo o en un grupo particular, se conviert[e] en una especie de moneda colectiva, que entr[a] en circulación y sirv[e] de soporte a la fantasmaticización del grupo».³²⁰

Para Guattari, este análisis es más necesario aún porque los grupos sometidos no solo se dan en situaciones extremas, como las dictaduras o las sectas, sino también en la sociedad contemporánea y sus institucio-

320 *Ibid.*, pág. 166 [edición en castellano: pág. 194].

nes, como el hospital, donde además algunos servicios son auténticas dictaduras en miniatura. Y, a no ser que se esté de acuerdo con el pesimismo antropológico de la última etapa de Freud y con una concepción desconfiada de los grupos y las multitudes, sometidos por «naturaleza», el analista no puede quedarse en su gabinete, encerrado en el modelo «contractual burgués» de la cura clásica. Además, como militante revolucionario, Guattari conoce los grupos y las multitudes desde un prisma completamente distinto, y ha vivido en numerosas ocasiones situaciones en las que la multitud no es esa masa ciega que describe Gustave Le Bon o que aparece en algunos textos de Freud. Pero ¿qué pasa en esos momentos de solidaridad colectiva y de atención mutua en lo que respecta a los fenómenos inconscientes y de circulación de los afectos? El grupo, en lugar de diluir al sujeto, ¿no puede, por el contrario, precipitarlo, revelarlo? ¿No se producen «efectos de sujeto» en algunos de estos grupos? Guattari profundiza en la investigación psicoanalítica a partir de su propia experiencia política directa de la emancipación.

En lugar de limitar su análisis descriptivo a los fenómenos de identificación con el líder —método que con demasiada frecuencia le permite al analista deshacerse como si nada de la cuestión política y, por extensión, reducir cualquier grupo al sometimiento de sus sujetos—, Guattari se pregunta por una subjetividad de grupo emancipada. Así pues, Guattari va más lejos que Freud y Lacan y traslada el análisis a la cuestión de si son posibles los grupos no sometidos. En el marco de la cura, Lacan, que por aquel entonces era el analista de Guattari, diferencia entre la palabra vacía —discurso sin palabras del que se ausenta el sujeto— y la palabra plena, situación en la que el sujeto

puede asumir su deseo y su verdad para transformarse.³²¹ Guattari se apropia del problema de la verdad y el deseo tal y como se definen entonces en la cura estándar para trasladarlos al marco grupal. Y se formula esta pregunta: ¿en qué condiciones puede producirse en el seno del grupo la palabra plena del sujeto, tal y como la entiende Lacan? Guattari, que ha tenido la oportunidad de observar esas palabras plenas en sus numerosas experiencias grupales, plantea la hipótesis de que también existen grupos-sujeto, es decir, que le permiten al sujeto revelarse ante sí mismo. Por lo tanto, la cuestión es saber cómo hacer que eso suceda o cómo favorecer la aparición de esos grupos emancipadores. Ese es el desafío de lo que Guattari llama la transversalidad en el psicoanálisis, que se puede definir como la implantación de una práctica analítica renovada en la institución: una práctica que pretende transformar a los sujetos y sus relaciones con las estructuras sociales en las que se apoyan, favoreciendo las condiciones institucionales que hacen que aparezcan esos grupos-sujeto.

El objeto del psicoanálisis: del «objeto a»...

A partir de esta concepción política y grupal del deseo siguiendo la estela de Reich, Guattari arremete contra una idea heredada de la tradición marxista, según la cual el poder «miente» a la conciencia de los proletarios para conseguir su objetivo de dominación. No, las masas no fueron víctimas de un engaño, habían deseado el fascismo y a su Führer. La Historia está repleta de ejemplos en los que el deseo del sujeto acabó jugándole una mala pasada. No hay más que pensar

321 Jacques Lacan, «Fonction et champ de la parole et du langage en psychanalyse», *Écrits I*, París, Seuil, 1999 [1956].

en el kamikaze, cuyo deseo es un sometimiento social total que culmina en la muerte. O en ese auditorio que acepta de forma unánime, con furor entusiasta, la propuesta de Goebbels de proclamar la «guerra total» en 1943.³²² Evidentemente, para el analista, este deseo mortífero que estructura los grupos sometidos no es más que el «testaferro» del deseo. En estas formaciones sociales llenas de imágenes de obediencia, cualquier «palabra» «se convierte en consigna». Las imágenes, los símbolos, las representaciones conscientes e inconscientes que los sujetos se forman de sí mismos, de los demás y del grupo tienden a reificar a sus miembros. Como consecuencia del efecto aplastante del superyó, los sujetos del grupo sometido, así como sus fantasmas individuales, son muy poco consistentes. Se hacen uno solo con el grupo, su único destino es «[la] corporización del grupo, y solo de manera casual se vuelve hacia su “propio cuerpo”, ficción alienante y ridícula, fundamento de un individuo acorralado por la soledad y la angustia en una sociedad que, precisamente, desconoce y reprime el cuerpo real y el deseo».³²³ La fragilidad psíquica del sujeto en relación con el grupo sometido

322 Esta idea también ha sido objeto de investigaciones historiográficas recientes. En contra de la interpretación de la «banalidad del mal» de Arendt o de las explicaciones de historiadores que relativizan la adhesión de los alemanes a las masacres destacando la disolución de la responsabilidad en las cadenas de mando, Johann Chapoutot defiende que el acto de matar «se inscribe en un relato y en un proyecto» y «responde a angustias y a esperanzas». Existe un «universo mental en el que los crímenes del nazismo ocupan un lugar y adquieren sentido», lo que hizo posible que millones de alemanes «normales y corrientes» (que de ninguna manera formaban parte de las SS) realizaran y asumieran con orgullo muchos actos y persecuciones particularmente atroces. Esta perspectiva recuerda al análisis de Reich sobre el fascismo y el deseo de las masas. Johann Chapoutot, *La loi du sang. Penser et agir en nazi*, París, Gallimard, 2014, pág. 16 [edición en castellano: *La ley de la sangre. Pensar y actuar como un nazi*, Madrid, Alianza Editorial, 2021, págs. 19 y 21].

323 F. Guattari, *Psychanalyse et transversalité*, op. cit., pág. 167.

llega hasta tal punto que su propio cuerpo corre el riesgo de no ser más que una «ficción ridícula». El grupo reprime el cuerpo real y el deseo singular. ¿Y eso qué significa?

Ya hemos visto que el sujeto es más frágil porque el superyó del grupo exige la sumisión de sus miembros para totalizar la fuerza de cada uno de ellos y constituir su dominio. No obtiene su poder de la mera fuerza de sus emblemas. Y si esta desposesión/alienación llega a lo más íntimo del sujeto es porque no solo afecta a su imagen, sino también a su goce. El grupo se ramifica sobre los cuerpos de los sujetos a los que ha sometido a su ley imaginaria, pero, a su vez y a modo de compensación, pertenecer a ese orden grupal proporciona al sujeto un intenso goce. Como escribieron más tarde Guattari y Deleuze: «Una forma de producción y de reproducción social, con sus mecanismos económicos y financieros, sus formaciones políticas, etc., puede ser deseada. No es por metáfora paterna por lo que Hitler se la ponía dura a los fascistas. No es por metáfora que una operación bancaria o bursátil, un título, un cupón, un crédito excite a personas que no son banqueros. ¿Y el dinero que crece, el dinero que produce dinero? Existen complejos económico-sociales que también son verdaderos complejos del inconsciente, y comunican una voluptuosidad de arriba abajo de su jerarquía (el complejo militar industrial)».³²⁴

Lacan ya había abundado en esta cuestión del goce del sujeto en los años 50, en su seminario —al que asistía Guattari— sobre el registro de lo real, investigación en la que seguiría profundizando hasta el final de su trayectoria docente. Para Lacan, incluso el pensamiento claro y nítido del filósofo se sustenta en

324 G. Deleuze y F. Guattari, *L'anti-OEdipe*, op. cit., pág. 124.

un goce, y de ahí su transliteración del «je suis» [«existo»] de Descartes en «je souis» [«soygozo»].³²⁵ Al margen de las imágenes y de las palabras, al margen del imaginario de lo simbólico, se articula otro registro para estructurar al sujeto: el de lo real y su goce. Lacan identifica en primer lugar este registro en las relaciones iniciales e imprecisas del *infans* con el Otro materno —al que Freud, en su *Proyecto*, denomina la «Cosa» (*das Ding*)—, es decir, el cuerpo materno que escapa a cualquier juicio posible por parte de la criatura que aún no tiene capacidad de habla. Este ámbito de la Cosa (que durante un tiempo Lacan denominará «la acosa», en una sola palabra) es también el de los primeros goces no representables de una criatura humana que no se diferencia de su entorno. De ahí, Lacan extrae lo que él llama el objeto *a*. Sin confundirlo con la Cosa —cuya huella lleva consigo—, el objeto *a* ocupa su lugar, a modo de sustituto. El objeto *a*, no representable (solo se puede aprehender en forma de «objetos parciales» del cuerpo: el objeto de la succión —el seno—, el objeto de la excreción —las heces—, la voz, la mirada),³²⁶ es la causa del deseo del sujeto en calidad de vector de su fantasma y de sus representaciones. Al poner al sujeto en posición de «exclusión interna respecto a su objeto», el objeto *a* va más allá de la lógica simbólica e imaginaria, permitiendo su articulación.

325 Jacques Lacan, «La troisième», *Lettres de l'École freudienne*, 16, 1975, págs. 177-203. [N. de la T.: Lacan escribe *je souis* retomando la máxima de Descartes «Pienso, luego existo» y haciendo un juego de palabras con *je suis* (yo soy/existo) y *je jouis* (yo gozo)].

326 El psicoanálisis reconoce aquí una serie que da cuenta del cuerpo a partir de sus partes *separables* (la voz, la mirada, el seno, las heces), es decir, un mundo parcelado en el que la criatura todavía no tiene acceso a la representación de su propio cuerpo, del que el «objeto *a*» llevará la marca que acabará ocultando el fantasma.

Para Guattari, la pertinencia del análisis de Lacan respecto a la función del objeto *a* podía explicar el deseo del sujeto en el seno de los grupos. Porque, efectivamente, distingue una dialéctica de las relaciones imaginarias del sujeto con el grupo en la relación de los objetos parciales: esa dialéctica es lo que condiciona la operatividad de los grupos sometidos y la eficacia de su fantasma. El sujeto depende del fantasma de grupo porque ha transferido al grupo sus objetos parciales: «esta corporización del fantasma individual en el grupo, o este enganche del individuo en el fantasma de grupo, transfiere al grupo el efecto virulento de esos objetos parciales —objeto “a”— que Lacan describió como objeto oral, anal, la voz, la mirada, etc., gobernados por el conjunto de la función fálica [...]».³²⁷ El grupo encuentra su auténtica operatividad en los objetos parciales de los sujetos a los que modela. Es de esas esquivas del cuerpo no representables y de su virulencia arcaica de donde el fantasma de grupo obtiene su fuerza. Tras la atracción de su imagen fálica y agalmática (la imagen que sustituye al padre, por ejemplo), se arremolinan los objetos parciales que el fantasma distorsiona en su propio beneficio. La represión que ejerce el grupo sobre sus sujetos se produce porque acapara el aparato pulsional. Por eso, la alienación del sujeto por parte del grupo es «totalizante»: es tan imaginaria como real y simbólica, aunque en distintas proporciones. Además, los símbolos del grupo sometido son pobres y caricaturescos —pensemos en los de los nazis— y esa pobreza simbólica explica la fragilidad imaginaria del sujeto, porque las exigencias de su cuerpo real y pulsional se exacerban.

327 F. Guattari, *Psychanalyse et transversalité*, op. cit., pág. 167 [edición en castellano: pág. 194].

Guattari subraya que los procesos neuróticos, e incluso paranoicos, que acompañan a los «notables fenómenos de burocratización que surgieron en el partido bolchevique [...] son tanto más violentos cuanto más exigentes son las pulsiones subyacentes».³²⁸ Así pues, los grupos sometidos son esencialmente inestables como consecuencia de la escisión que operan en sus propios sujetos: «la identificación con las imágenes privilegiadas del grupo no siempre es fácil, los emblemas del grupo remiten a pulsiones narcisistas y mortíferas que es difícil delimitar».³²⁹ «El ideal» del grupo sometido, por la imposición de su ley unívoca, exacerba las tensiones intrapsíquicas de su sujeto. Eso significa que, por su propia constitución, el poder del grupo es también su debilidad. Lo real del cuerpo y de las pulsiones acaba alterando la ley totalitaria e imaginaria del grupo. Sin embargo, justamente debido a esas escisiones —que son analizables— el grupo sometido «puede ser capaz de salir de su representación imaginaria corporizada».³³⁰

...al «objeto b»

Pero ¿se puede llevar el análisis más allá y, como sucede con el objeto *a* como vector del fantasma, formular la hipótesis de que tras el fantasma de grupo existía un objeto real de grupo? Oury alude a esta cuestión del «objeto real de grupo» y se remite a Lacan: «Había hablado del tema con Lacan en esa época; el objeto “a” tal vez no, pero igual el objeto “b”... Por qué no, me había respondido, resaltando la extrema dificultad...».³³¹

328 *Ibid.*, p. 159 [edición en castellano: pág. 185].

329 *Ibid.*, págs. 166-167 [edición en castellano: pág. 194].

330 *Ibid.* [edición en castellano: pág. 194].

331 *Post scriptum* de Jean Oury en Félix Guattari, *De Leros à La Borde*, París, Lignes, 2012, pág. 89.

Y justamente a esa investigación se lanzan Deleuze y Guattari en *El Anti-Edipo* en 1972. Como escribiría Deleuze, no había que interpretar *das Ding*, la Cosa, como constitutiva de un Sujeto aislado, sino como «lo Real de un cuerpo social que hace las veces de base para las potencialidades latentes»³³² que constituyen el Sujeto. No vamos a adentrarnos más en la exposición teórica de esta vía, nos vamos a limitar a ver algunas de sus consecuencias para la técnica analítica.³³³

Al revelar el objeto real, que sustenta el fantasma y causa el deseo, es posible analizar las «falsas ventanas» de los fantasmas de grupo: «Tendremos que descifrar los fenómenos que tienden a replegar al grupo sobre sí mismo —los liderazgos, las identificaciones, los efectos de sugestión, los rechazos, los chivos expiatorios, etc.—, todo lo que tiende a promover una ley local y formaciones idiosincrásicas con sus prohibiciones, sus ritos, etc., todo lo que tiende a proteger al grupo, a defenderlo de las tempestades significantes cuya amenaza se siente como una operación específica de desconocimiento, que consiste en producir esa especie de falsas ventanas que son los fantasmas del grupo». A partir de esta auténtica travesía de los fantasmas del grupo, el sujeto puede liberarse del grupo sometido e ir hacia un nuevo tipo de grupo en el que su palabra se vuelve, en cambio, constitutiva. Así lo describe Guattari: «Estamos en el grupo no para escondernos del deseo y de la muerte, comprometidos en un proceso colectivo de obsesionamiento, sino en razón de un problema particular, no para la eternidad, sino a título transitorio: esto es lo que he llamado la estructu-

332 Gilles Deleuze, «Trois problèmes de groupe», en *L'Île déserte, Textes et entretiens*, 1953-1974, París, Minuit, 2002, pág. 272.

333 Se puede consultar a este respecto nuestra anterior obra: *L'héritage politique de la psychanalyse*, *op. cit.*

ra de transversalidad». Al contrario de lo que ocurre en los grupos sometidos como lo son por ejemplo los grupos religiosos, aquí se destaca la dinámica agnóstica que constituye los grupos-sujeto: ya no se absolutiza al Otro que conforma el grupo. Y es justamente eso lo que brinda a los grupos-sujeto más posibilidades respecto a la eliminación de los callejones sin salida sintomáticos individuales, así como en cuanto a la aparición de una subjetividad no sometida. El sujeto puede hacer frente a su deseo en la propia experiencia del grupo, puede hablar de él, más que hablar a través de él, «acceder a un espacio más allá del grupo que, en lugar de manifestar, interpreta». ³³⁴ Puede criticarlo sin ser negado por él.

Para concluir, si los grupos sometidos se pueden modificar, si el sometimiento subjetivo e inconsciente se puede analizar —y, en parte, eliminar— mediante el análisis de los fantasmas, la situación social y su sujeto también pueden cambiar. El grupo sometido recibe su ley desde el exterior y «podemos dar por descontado que se refugiará en sus estructuras de desconocimiento». Pero «en cuanto el grupo deviene sujeto de su destino, en cuanto asume su propia finitud, su propia muerte, entonces los datos de recepción del superyó son modificados, el umbral del complejo de castración, específico de un orden social dado, puede modificarse localmente». ³³⁵ La «puesta en circulación» de un nuevo «tipo de complejo de castración» que gira en torno a «exigencias sociales diferentes» desinfla el dominio del superyó: «aceptamos que nos acusen, que la palabra del otro nos ponga al descubierto», aparece «cierto

334 F. Guattari, *Psychanalyse et transversalité*, op. cit., pág. 53 [edición en castellano: pág. 72].

335 *Ibid.*, pág. 54 [edición en castellano: pág. 72].

estilo de cuestionamiento recíproco, de humor». Dicho de otro modo, el destino del fantasma no es encallarse en el callejón sin salida del grupo sometido, al contrario: solo hay sometimiento en caso de falta de análisis. Podemos estar seguros de que, en este sentido, están presentes los elementos de un *modus operandi* esencial para cualquier práctica auténticamente revolucionaria que pueda venir. Y, en todo caso, eso es lo que intentarán explícitamente los miembros del CERFI (Centro de Estudios, de Investigación y de Formación Institucional, por sus siglas en francés) en la clínica La Borde, tratando de interpretar sus modos de acción, de lucha y de intervención de forma reflexiva, sobre el terreno.³³⁶

³³⁶ Es un colectivo de investigación creado por Guattari y varios monitores que trabajaban en La Borde, autores, entre otras cosas, de la monografía sobre La Borde.

6

LA RENOVACIÓN DEL PSICOANÁLISIS REVOLUCIONARIO EN ALEMANIA: LA EXPERIENCIA DE HEIDELBERG (1970)

A finales de la década de 1960, en la psiquiatría alemana, en concreto en Heidelberg, nacen una teoría y una práctica psicoanalíticas muy comprometidas. Como sucedió con el movimiento francés, su alineación con el marxismo revolucionario se traduce en la voluntad de continuar con las luchas de posguerra a favor de la emancipación. Pero en la República Federal de Alemania (RFA) esa voluntad implica que los militantes tengan que hacer frente al espectro del Tercer Reich, que sigue atormentando al país. La burocracia nazi había implantado una campaña sistemática de exterminio de los enfermos, mentales y físicos, que sirvió para prefigurar el asesinato masivo de los judíos.³³⁷ Y hoy se sabe que los principales mandos intermedios de las instituciones del régimen nazi se mantuvieron en su puesto tras la guerra, sin excesivas preocupaciones, con la excusa de la lucha antico-

337 Michael Tregenza, *Aktion T4. Le secret d'État des nazis: l'extermination des handicapés physiques et mentaux*, París, Calmann-Lévy, 2011.

munista.³³⁸ Eso fue lo que ocurrió con la psiquiatría universitaria en Heidelberg, donde se mantuvieron en su cargo varios médicos que habían participado en crímenes de eutanasia durante el nazismo. A finales de los años 60, como mínimo cuatro sanitarios eran antiguos miembros de las SS.³³⁹ Eso explica, al menos en parte, por qué el Sozialistisches Patientenkollektiv (SPK), el Colectivo Socialista de Pacientes de Heidelberg, fue reprimido con mucha más crudeza que ninguna otra iniciativa similar de otros países europeos; sus miembros sufrieron penas de prisión y torturas.³⁴⁰

Pero también cabe preguntarse, como hace Guattari, si la violencia y el ensañamiento del poder alemán contra el SPK no son simplemente proporcionales a su temor al ver cómo la coherencia crítica y el alcance político del Colectivo de Heidelberg se propaga a gran velocidad: «Acaba de producirse algo nunca antes visto, la transición hacia una forma de auténtica lucha política. [...] Por primera vez, la lucha en el terreno de la psiquiatría se ha trasladado a las calles, los barrios y a la ciudad entera. ¡El 22 de marzo en Nanterre, cuando el SPK se sumó a la lucha real, los poderes represivos no se dejaron engañar!».³⁴¹ Razón de más para interesarse actualmente por la experiencia del SPK, poco conocida en Francia.

338 Alfred Wahl, *La seconde histoire du nazisme dans l'Allemagne fédérale de 1945*, París, Armand Colin, 2006.

339 Christian Pross (en colaboración con Sonja Schweitzer y Julia Wagner), «Wir wollten ins Verderben rennen». *Die Geschichte des Sozialistischen Patienterkollektivs Heidelberg*, Psychiatrie Verlag, Colonia, 2016.

340 Documento de autoría colectiva, «Les prisonniers politiques ouest-allemands accusent», *Les temps modernes*, París, 1974, n.º 332.

341 Félix Guattari, *La révolution moléculaire*, París, Les prairies ordinaires, 2012, pág. 271 [edición en castellano: *La revolución molecular*, Madrid, Errata naturae, 2017, pág. 282].

El contexto político del nacimiento del SPK

Este Colectivo se crea a finales de los años 60 en un servicio psiquiátrico intrahospitalario ordinario de la policlínica de la Universidad de Heidelberg. Congrega a enfermos y médicos, por iniciativa del doctor Huber. Huber, de orígenes modestos, creció en un pequeño pueblo del sur de la RFA. Se paga los estudios trabajando en una fábrica y con una beca, y en 1964 comienza su carrera como asistente del profesor Walter von Baeyer en Heidelberg. Desde que llega a la policlínica, Huber, junto con el doctor Spazier, contribuye a la creación de un centro de asesoramiento a estudiantes tras ver que el número de pacientes estudiantes había crecido mucho en esos años: de 85 en 1964 pasa a 200 en 1968. Muy pendiente del malestar de la juventud, simpatiza con su causa y participa en manifestaciones,



En la sala colectiva del SPK, septiembre/octubre de 1970. En el centro, fumándose un cigarrillo, Wolfgang Huber (©BPK, Berlín, Dist. RMN-Grand Palais/image BPK/Digne Meller Marcovicz).

coloquios militantes y grupos de trabajo críticos con la universidad.

Aunque le sigue persiguiendo el espectro del nazismo, que aún es tabú, en esa época la universidad se convierte en el escenario de una intensa reforma, sobre todo por iniciativa del profesor von Baeyer, que lleva una década impulsando una ola de renovación en el ámbito de la psiquiatría. En Heidelberg, como en la mayoría de los países europeos, se están implantando una serie de cambios progresistas: se abre la clínica, se quitan las rejas, se elimina la separación en sectores de hombres y mujeres. Pero el antiguo poder permanece muy arraigado: según Christian Pross, autor de una monografía sobre el SPK, en aquella época coexistían dos psiquiatrías en conflicto, y las revueltas estudiantiles de los años 60 precipitan y materializan este conflicto sin resolver, sobre todo en torno al SPK.

Huber enseña y acaba encargándose de una gran mayoría de los pacientes de la policlínica. Intenta poner en práctica un nuevo modelo terapéutico, crítico con el poder psiquiátrico. Se trata, entre otras cosas, de reducir la distancia entre el enfermo y el cuidador, pero también de poner al descubierto la ideología de la salud bajo la cual avanza la psiquiatría. Para conseguirlo, el SPK reivindica la continuidad de las teorías que puso en práctica Wilhelm Reich y se inspira en la antipsiquiatría. Tras diagnosticar el fracaso del movimiento proletario, el Colectivo trata de extender el alcance del análisis marxiano a ámbitos que hasta entonces había pasado por alto y que, para los miembros del Colectivo, son esenciales para materializar cualquier propósito revolucionario: el objetivo es llevar más lejos la teoría marxista gracias a la aportación freudiana.

La constelación teórica del SPK

Marx había mostrado que el hombre, obligado a vender su fuerza de trabajo, quedaba desposeído del producto de su trabajo y alienado en relaciones sociales que acababan pareciéndole relaciones objetivas entre las cosas. Resaltaba que, en el capitalismo, los productos del trabajo transformados en mercancías se volvían autónomos. Se imbuían de un carácter místico que no derivaba de su valor de uso, sino de su forma mercantil. Como consecuencia de este proceso, que Marx denomina «fetichismo de la mercancía», se generaba una «falsa conciencia» en los trabajadores, que les atribuían a los productos del trabajo cualidades que esos productos no tenían y que enmascaraban la realidad de las relaciones humanas de dominación y explotación.

En el marco de la efervescencia política de los años 60 y 70, la teoría del fetichismo de la mercancía de Marx vuelve a suscitar gran interés, también en el entorno psicoanalítico. En Francia, Lacan se refiere a ella e incluso le da prioridad frente a la teoría del fetichismo de Freud; señala que la plusvalía es en primer lugar un «plus de goce».³⁴² Al hacerlo, y aunque no lo reivindica, a diferencia de Reich, traslada las cuestiones de la alienación marxista y de la «falsa conciencia» a un ámbito que va más allá de esas cuestiones y que, a su vez, las aclara: el ámbito de las relaciones del inconsciente y el goce. También se ocupa de este problema Guattari, que desarrolla sus tesis a partir de la lectura cruzada de Lacan —de quien sigue siendo discípulo— y de Reich. Hay que señalar, además, que todas estas elaboraciones teóricas por parte de los analistas coinciden en el

342 Jacques Lacan, *D'un discours qui ne serait pas du semblant*, París, Seuil, 2007.

tiempo con una intensa serie de acontecimientos políticos, marcada en la mayoría de los países europeos por la «revolución sexual» y por una ola de cambio en los movimientos políticos revolucionarios tanto entre la juventud como en los entornos obreros. En esa coyuntura histórica tan particular de finales de los años 60 —que recordaba en muchos sentidos a la situación de los años 20 y 30 y a esa primera revolución sexual y política frustrada—, el redescubrimiento de las obras de Reich no era casual.

Recordemos que en los años 30, Reich había politizado la cuestión sexual con el fin de evitar que las masas se sumergieran en el nazismo y para que llevaran a cabo su revolución, la revolución comunista. Dicho de forma más general, Reich estaba muy convencido de que era necesario politizar la vida sexual: la alienación que azotaba a las masas afectaba a mil y un aspectos de su vida íntima y cotidiana, y centrarse únicamente en el postulado teórico de la explotación capitalista del trabajo de la que eran objeto no les permitía tomar conciencia («de clase») de la forma necesaria para hacer la revolución. Además, Reich había criticado la regresión estalinista y había mostrado que una revolución autoproclamada comunista podía convertirse en lo contrario. Desde ese punto de vista, el nazismo y el estalinismo, igual que el modelo burgués capitalista, más allá de sus indiscutibles diferencias, tenían muchos aspectos reaccionarios comunes que mantenían sometidas a las masas. Desde la perspectiva revolucionaria encauzada por el psicoanálisis, el objetivo no era solo reconquistar los productos del trabajo, sino también romper con las relaciones mercantiles y contractuales que unían indisolublemente el trabajo al goce capitalista conformado por falsas ne-

cesidades.³⁴³ Porque incluso aunque no trabajase, las verdaderas necesidades del sujeto se desviaban hacia *ersatz* [sustitutos] de deseos que reforzaban el proceso de dominación. Por eso, la concepción marxista no bastaba para explicar por sí sola el proceso de alienación que pretendía describir —y dismantelar—. El psicoanalista, desde su punto de vista específico, podía explicar los operadores psíquicos del fetichismo de la mercancía y de su falsa conciencia. También podía indicar la vía y los medios psicoanalíticos mediante los que era posible emanciparse. Y por eso, en ese momento de protestas y despertar político que se vivía en Alemania en los años 60 y 70, Wilhelm Reich sale del olvido. Como sucede en Francia, sus ideas vuelven a circular; el SPK se propone, en cierto modo, retomar el proyecto de Reich de politización de la vida cotidiana desde su propio ámbito: la medicina.

Reich y los médicos

El SPK no se fija como único objetivo criticar la psiquiatría o practicar la antipsiquiatría, sino que, de manera más general y siguiendo la línea de Reich, pretende politizar la cuestión de la enfermedad más allá de la mera psiquiatría. En los años 70, su ambición lo diferencia de otras iniciativas similares que no tuvieron los mismos efectos políticos de contagio revolucionario. Esa orientación radical se defiende

343 Por lo tanto, hay que dedicarse a una tarea de autotransformación de los sujetos, además de a la transformación de las estructuras materiales de las que dependen esos sujetos. Por supuesto, Lacan va más allá. El sujeto no puede ser «liberado», porque su alienación es ante todo lingüística: sin semblante, lo único que puede hacer es «deambular». Lacan retoma a su manera la teoría del fetichismo relacionándola con el funcionamiento del lenguaje y lo hace únicamente por homología. En esta cuestión, se queda en el ámbito del análisis estructuralista; no siempre es el caso.

en un manifiesto publicado en Francia en 1973 por la editorial Champ Libre —que traduce en la misma época un libro de Reich— con el título *Faire de la maladie une arme* [*Hacer de la enfermedad un arma*]. Ese mismo texto llevaba circulando por ahí desde 1972 en forma de folleto, en alemán y en francés, acompañado de un prólogo de Jean-Paul Sartre en el que el escritor presentaba el manifiesto del SPK como una simple homología entre alienación social y enfermedad mental. Aunque defendía el proyecto político del SPK, se mantenía hostil al psicoanálisis y no percibía la radicalidad y el filo psicoanalítico-político del que daba muestras el Colectivo; consideraba que la posición del SPK era otra muestra más de «antipsiquiatría radicalizada». Sin embargo, toda la originalidad de la idea del SPK radica justamente en que supera tanto la psiquiatría como la antipsiquiatría y defiende la tesis de que el proceso esencial de la alienación se asienta en la enfermedad en general, y también en la medicina que en teoría tiene que curarla.

Así, el SPK lleva la crítica política mucho más lejos que el análisis marxista clásico. Según su idea, los auténticos lugares de producción de la alienación se encuentran allí donde se supone que tratamos únicamente con pura causalidad orgánica y con una ciencia, la medicina, que en teoría no es política. Esta tesis, contraintuitiva y radical, abre una nueva perspectiva sobre sectores de la sociedad que podían parecer absolutamente neutros, fuera de la polis. Porque ¿qué hay de político en la ciencia médica que cura las enfermedades que sufre el hombre en su organismo? Cuestionando desde la raíz la medicina y sus dispositivos, la salud y su ideología, la enfermedad y sus síntomas, el SPK muestra que se trata más bien de ámbitos privilegiados

en los que hay que plantar batalla mediante la crítica materialista profunda con la aportación del psicoanálisis: «Siguiendo los avances de Reich y su trabajo histórico-materialista, el SPK concibió la enfermedad como una contradicción dentro de la vida, como la propia vida que se quiebra».³⁴⁴ Así se abre un nuevo campo de investigación, el de la *política de los cuerpos enfermos*.

El SPK se basa sobre todo en el trabajo de Frantz Fanon. Fanon había destacado que, durante la lucha por la liberación en Argelia, a algunos pacientes anteriormente colonizados les habían desaparecido los síntomas psiquiátricos y somáticos, como úlceras o algunas deformaciones de la columna vertebral.³⁴⁵ Estos casos de personas cuyo cuerpo dejaba ver los síntomas de la represión política colonial descritos por Fanon son paradigmáticos para el SPK: más allá de la mera «enfermedad mental», parece que cualquier enfermedad, con sus síntomas, está indisolublemente unida al sistema capitalista. Por lo tanto, todo médico, y de manera más general «quien se ocupa seriamente de los síntomas», «debe [ineludiblemente] enfrentarse a la violencia de la sociedad capitalista». El SPK se opone frontalmente a la neutralidad de la ciencia médica. Antes que un hecho orgánico, la enfermedad y sus síntomas son un hecho político, podría decirse incluso que son el hecho político por excelencia. Por lo tanto, lo que hay que replantearse es la concepción misma de la salud en el régimen capitalista, y también es necesario explicar cómo y por qué quienes intervienen en el campo médico y también sus pacientes desconocen ese proceso de alienación política del que son

344 SPK, *Faire de la maladie une arme*, París, Champ libre, 1973, pág. 67.

345 *Ibid.*, pág. 140; véase Frantz Fanon, *Les damnés de la terre*, op. cit., 2004.

objeto. Pero antes de llegar a ese punto, veremos que las constataciones clínicas radicales de Fanon, que el SPK retoma a su manera, encuentran explicación en la concepción marxista de la pulsionalidad tal y como la había propuesto Reich.

Pulsión parcial, valor de cambio y enfermedad

«El comportamiento del individuo lo determinan tendencias sadomasoquistas, un estado de angustia neurótica, procesos de identificación con la autoridad y tendencias conservadoras. Lo que Reich concibe como sexualidad de pulsiones no genitales, que a su vez tienen un efecto inverso, es el hecho de que ya desde el desarrollo infantil, se evita el goce genital en favor de un comportamiento anal y oral».³⁴⁶ Para el SPK, igual que para Reich, la eficacia del capital sobre su sujeto procede esencialmente de un desvío libidinal que operan la educación y algunas instituciones burguesas, entre las que el SPK incluye el aparato de la salud, al que le adjudica una supremacía decisiva. Efectivamente, en *La irrupción de la moral sexual* Reich había puesto de manifiesto que el surgimiento y la consolidación de la forma de producción capitalista conllevan una transformación específica de la libido.³⁴⁷ El acaparamiento y la explotación de las fuerzas productivas, así como la realización del propósito de acumulación ilimitada, no podían emerger en la historia sin generar profundos cambios en la economía sexual. Reich había establecido su génesis y funcionamiento. En su opinión, la economía libidinal del capitalismo consiste

346 SPK, *Faire de la maladie une arme*, op. cit., pág. 69.

347 W. Reich, *L'irruption de la morale sexuelle*, op. cit. Reich se basa en esta cuestión en el «Freud de la etapa inicial», para quien la represión todavía no se concibe en relación con una angustia inicial endógena independiente de la inhibición.

en impedir que los sujetos materialicen la genitalidad y la potencia orgásmica (tal y como opera en las sociedades tradicionales no capitalistas, como en el caso de las islas Trobriand)³⁴⁸ y en mantener a esos sujetos en una economía de pulsiones parciales. El SPK recupera la idea de que el capital se apoya en esta economía pulsional y propone una descripción: «Las cualidades específicas de los sexos, desde la constitución biológica hasta la estructura de la percepción individual, están determinadas por la sexualización de las pulsiones parciales, cuya activación es el resultado de la competencia entre lo económico y los impulsos genitales reprimidos».³⁴⁹

Aquí, la represión social en beneficio de las fuerzas económicas encuentra su correa de transmisión en la represión de la genitalidad del sujeto. La hipótesis de que el capital opera recortando la propia materia de la libido del sujeto y de que interviene directamente en el inconsciente permite repensar el concepto de alienación especificando sus causas clínicas. Así pues, la operación de acaparamiento del sujeto se efectuaría en dos planos. Por una parte, la energía de la que obtiene su fuerza la economía se originaría en la represión. Esa represión, en lugar de limitarse a mecanismos intrapsíquicos, sería el motor que impulsa a la economía para hacer que crezca su dominio. Por otra parte, si la trayectoria de la libido se desvía de su destino genital y se evitan las vías de la sublimación, la expresión libidinal queda sometida a las pulsiones parciales con las que transige el capital para modelar al sujeto de acuerdo con sus intereses. De esta manera, el deseo, desviado

348 Aquí Reich hace referencia a los célebres estudios de Malinowski: Bronislaw Malinowski, *La sexualité et sa répression dans les sociétés primitives*, Paris, Payot, 2001.

349 SPK, *Faire de la maladie une arme*, op. cit., pág. 69.

o distorsionado hasta convertirse en *ersatz* [sustituto] de deseos en beneficio del capital, puede integrarse en el circuito fetichista de la mercancía y las elecciones que cree hacer el sujeto se convierten en elecciones sobredeterminadas libidinalmente. La economía de las pulsiones parciales también explica que el sujeto permanezca sometido ideológicamente porque él mismo lo desea. La «falsa conciencia» de Marx se fabricaría, a un nivel más profundo del que el propio Marx interpretaba, basándose en un desvío o distorsión del deseo y, por lo tanto, la causa de la alienación sería de naturaleza sexual.

Asistimos aquí a una revisión y profundización de la teoría marxista del fetichismo mediante la aportación del psicoanálisis. Las relaciones sociales se vuelven ajenas a las auténticas necesidades del sujeto y acaban pareciéndole objetos, porque esas necesidades están sobredeterminadas libidinalmente por el capital. La preeminencia del valor de cambio frente al valor de uso también tendría que ver con la economía libidinal. De hecho, para el SPK «las pulsiones parciales» son «la *realización material* del papel dominante del valor de cambio en el individuo». ³⁵⁰ Es una tesis radical que establece la importancia de lo sexual en el seno de lo económico y explica la idea de que las relaciones que mantienen los sujetos entre sí se convierten, en el capitalismo, en relaciones de objeto a objeto: «Al someter toda forma de vida al valor de cambio, todas las “relaciones interhumanas” quedan determinadas como relaciones entre objetos». ³⁵¹

Sin embargo, la apropiación libidinal del sujeto por parte del Capital presenta, según el SPK, una

350 *Ibid.*, pág. 70.

351 *Ibid.*, pág. 69.

contradicción considerable y decisiva. De hecho, semejante forma de control obstaculiza el desarrollo normal de la sexualidad y, en última instancia, la niega: «La absoluta fragmentación de la energía sexual —consecuencia de las relaciones capitalistas de producción— en pulsiones parciales (voyerismo, fetichismo de objetos, perversiones) es la simple negación de la sexualidad».³⁵² Esta negación de la sexualidad es fundamental porque señala la auténtica expropiación que lleva a cabo el capital, identificándola en términos clínicos. Para desviar la libido en su propio beneficio, el capital tiene que forzar la sexualidad de sus sujetos y ponerla a su servicio. Mediante la manipulación de sus pulsiones, el capital trata de explotar aún más a su sujeto proletario. Pero al impedirle su trayectoria libidinal, despedaza al sujeto con consecuencias letales: si permanece en una economía libidinal insatisfactoria, el sujeto desintegrado tarde o temprano terminará cayendo enfermo. La distorsión de las necesidades del individuo para convertirlas en falsa libertad y en mercancía acaba resultando, a menor o mayor plazo, muy costosa e incluso fatal. Como corolario, se desencadenan los síntomas: «la necesidad de plusvalía que tiene el capital se corresponde con la necesidad de vida que tiene el individuo; el *síntoma* es la unidad sensible, inmediata y perceptible de la contradicción entre esos dos términos».³⁵³ De forma más concreta, al acaparar al sujeto para las necesidades de la producción, el capital inhibe todas aquellas partes del sujeto que podrían protestar (el SPK identifica esas protestas como el momento posiblemente progresista de la enfermedad). Esa expresión libidinal obstaculizada, impedida,

352 *Ibid.*, pág. 70.

353 *Ibid.*, pág. 13.

se transforma tarde o temprano en violencia contra el sujeto. Alejado de la realidad de este proceso mediante «objetos falsos», guiado por «falsos deseos», el sujeto no tarda en sufrir sus efectos: estos «fracasos emocionales», que no se pueden simbolizar, se traducen en «úlceras de estómago, problemas hepáticos, trastornos de la circulación, cálculos renales, calambres de toda clase, impotencia, catarro, dolor de muelas, dermatitis, [...] asma, [...] o psicosis».³⁵⁴ La «contradicción» se apropia literalmente del cuerpo del sujeto y el síntoma es la «unidad palpable y perceptible» de esta contradicción. Según el SPK, en el seno del capitalismo, la vida se vuelve contra sí misma y «se rompe».

La contradicción del capital consiste en que obtiene su fuerza de aquello que niega: hace enfermar a aquel que tanto necesita para obtener su beneficio. Este punto es fundamental en la perspectiva revolucionaria del SPK. Si la enfermedad la causa el capital, el capital no puede tolerar que se ponga al descubierto ese proceso. Pero menos aún puede tolerar que la acumulación se vea amenazada por el agotamiento físico y mental de los sujetos a los que explota. Y ahí es donde surge la tarea ideológica que, según el SPK, le corresponde al aparato de salud: ocultar el hecho de que, en el régimen capitalista, el trabajo nos hace enfermar.

Crítica política del aparato de salud como aparato ideológico

El SPK elabora una crítica política del aparato de salud como aparato ideológico del Estado. Para ello, se basa en los análisis contemporáneos de Jean-Claude Polack, psicoanalista en La Borde, y los lleva a límites más radicales; según él, la medicina capitalista

³⁵⁴ *Ibid.*, pág. 100.

no responde a una «demanda de cuidados», sino que se dedica a resaltar, entre «las necesidades de salud», aquellas cuya satisfacción se inscribe en la lógica de acumulación del capital.³⁵⁵ Al SPK le interesa sobre todo el binomio médico-paciente: «Por ejemplo, en la relación entre médico y paciente, cada uno de los dos protagonistas es, de manera específica, objeto del mismo sujeto: el capital. El paciente, como objeto del sujeto aparente —el médico—, pone su sufrimiento y su necesidad en manos del médico para que las transforme; y este último, por su función objetiva como agente del capital, se convierte en el administrador de la enfermedad».³⁵⁶

Así pues, como objetos del mismo sujeto —el capital—, el médico y el paciente constituyen una matriz del proceso de alienación capitalista. La construcción ideológica del individuo como enfermo se sitúa en el núcleo mismo de las relaciones que mantienen uno con otro. Postrado en cama, con la bata de hospital, el sujeto se convierte en paciente y el médico va a poder emprender el tratamiento material y burocrático de la enfermedad: se analiza esa enfermedad «químicamente, radiológicamente, se le trata con fármacos, eléctricamente, con intervenciones quirúrgicas»,³⁵⁷ etc. Todas esas operaciones técnicas objetivas desposeen al sujeto y lo sitúan «en posición negativa frente a la enfermedad»: «por acción de la enfermedad y del estatus de paciente, el individuo experimenta de forma brutal e intensa su papel absoluto de objeto en su indefensión, en su aislamiento y su situación sin derechos».³⁵⁸

355 Jean-Claude Polack, *La médecine du capital*, París, Maspero, 1972.

356 SPK, *Faire de la maladie une arme*, op. cit., pág. 62.

357 *Ibid.*, pág. 92.

358 *Ibid.*, pág. 60.

Aún más que en el marco de la relación salarial, donde el sujeto conserva su fuerza de trabajo y algunos derechos (en la forma contractual burguesa), en el dispositivo de salud, el sujeto está solo y en realidad ya no tiene nada. Ya no es siquiera «sujeto de derechos», como se suele ver en la realidad de los centros psiquiátricos. Y es justamente ahí donde se revela su verdad desnuda, su auténtica condición de «puro objeto del capital». En esas circunstancias se da la alienación imaginaria más completa, porque la relación entre médico y paciente aspira a «convertirse, en el caso del paciente, en la necesidad de recibir tratamiento», hasta en su deseo de curación: «siente la necesidad de recibir tratamiento por su incapacidad para dirigir su conducta».³⁵⁹ En este proceso, la enfermedad y su tratamiento ponen al descubierto el «fetichismo de la salud», una motivación muy potente que, al generar en el sujeto el deseo de curarse, permite que acepte su propia sumisión. Se le ha privado de toda voluntad propia y se le ha creado la falsa necesidad de ponerse en manos de la medicina oficial para sanar. Y así es como el «éxito de la cura» adquiere un nuevo sentido: consiste fundamentalmente en producir la transformación deseada —deseada también por el paciente— sujetivándola mediante la figura de la «curación». De esta forma, la naturaleza y la función verdaderas de la cura permanecen ocultas para los principales actores que intervienen en ella. Porque, en realidad, el «éxito de la curación» se corresponde en la práctica y en el fondo con el «restablecimiento de la capacidad de trabajar del enfermo, con su capacidad de funcionar en el proceso social de producción del capital, en su rehabilitación». Según el SPK, «la relación médico-paciente caracteriza

³⁵⁹ *Ibid.*

a todo el aparato de salud y [...] el capital y el Estado cuentan así con una herramienta de opresión de primera categoría». La cuestión es producir, «a demanda del capital, fuerza de trabajo que vuelva a ser explotable».³⁶⁰ Por lo tanto, hay que reconsiderar el concepto de la propia salud e interpretarla como una enfermedad *frenada* (o, por así decirlo, una enfermedad menos grave), que disimula las relaciones de producción que, por necesidad estructural, hacen que el hombre enferme. La auténtica función de los dispositivos de salud sería administrar y amortiguar las crisis del capital, y facilitar su reproducción dentro de límites aceptables, y en esos límites aceptables se incluye frenar la tendencia totalitaria a eliminar lisa y llanamente a los enfermos, como se hizo por ejemplo durante el nazismo: «el aparato de salud tiene la tarea de aumentar esta norma [la salud] y también de seleccionar las fuerzas de trabajo que ya no se ajustan a la norma y mantenerlas al menor coste posible; en el Tercer Reich, eso implicó liquidarlas directamente [...]. Por lo tanto, tener salud es sinónimo de ser explotable».³⁶¹

Está claro que esa perspectiva deja obsoleta la idea de que pueda existir una «medicina del trabajo» como disciplina específica. Como escribe Jean-Claude Polack y cita el SPK: «No hay nada más ridículo que hablar de medicina del trabajo. Nuestra sociedad no conoce nada que no sea esa especialidad. Toda medicina es la regulación de la capacidad de trabajo. La norma del trabajo determina el buen juicio de los médicos como punto de referencia más preciso que un valor biológico o fisiológicamente mensurable».³⁶²

360 *Ibid.*, págs. 60-62.

361 *Ibid.*, pág. 15.

362 *Ibid.*, pág. 81.

La conclusión heladora a la que llega el SPK es que la enfermedad «es la única forma de vida posible en el capitalismo» y que es imposible suprimirla porque la salud es «la capacidad de seguir produciendo aunque se esté enfermo». Por lo tanto, la condición del trabajador sería la de ser un producto lisiado.³⁶³

El poder de los pacientes y el poder proletario

De las conclusiones del SPK se deduce también que la enfermedad es el auténtico límite interno del capitalismo: «sea como fuere, el capitalismo, con esa figura de la enfermedad, produce el arma más peligrosa contra sí mismo. [...] La enfermedad, como fuerza de trabajo defectuosa (inutilizable), es *objetivamente* el sepulturero del capitalismo».³⁶⁴

Y es que, si todo el mundo estuviera gravemente enfermo y no pudiera trabajar, ya no quedaría nadie para producir la plusvalía. Por eso se entiende que, para el SPK, la enfermedad se convierta, en los países con un gran nivel de desarrollo, en la categoría revolucionaria por excelencia: «*objetivamente*, porque la plusvalía solamente se puede producir mediante la explotación de la fuerza humana de trabajo»;³⁶⁵ pero también porque la única consecuencia posible de esa explotación es el empobrecimiento de las masas y la intensificación de la enfermedad. Y es en esas circunstancias concretas donde el proletariado debe encontrar la forma de hacer la revolución. En realidad, a nivel subjetivo, la enfermedad no solo genera la inhibición del sujeto, sino también la posibilidad de una protesta. Cabe recordar que el síntoma es «la manifestación de la esencia de la

363 Cuando el poder neoliberal fomenta la noción de «rehabilitación» en psiquiatría, la perspectiva del SPK parece estar de rabiosa actualidad.

364 *Ibid.*, pág. 74.

365 *Ibid.*, pág. 115.

enfermedad como protesta e inhibición de la protesta». Pero sigue siendo posible liberar la energía libidinal que produce el sujeto enfermo como parte del solipsismo de su síntoma si se obtiene y se utiliza el «momento progresista de la enfermedad, que es la protesta»: «la inhibición de la protesta, representada por los síntomas, se disuelve en la dialéctica entre el individuo y la sociedad; de las pasiones inhibidas de los enfermos (de los que sufren conscientemente) nace la energía de quienes actúan y así se obtiene la carga explosiva suficiente para destrozar el sistema dominante del asesinato permanente».³⁶⁶

Lo que materializa la supresión de la inhibición que producen y mantienen el capital y sus distintos aparatos es una nueva estructura colectiva capaz de captar esa energía que se libera: el Colectivo Socialista de Pacientes. Entregada a su destino genital, la pulsionalidad permite a hombres y mujeres recuperar su deseo y su conciencia y «transformar las relaciones entre objetos en relaciones entre sujetos». El SPK describe así la progresión del movimiento: «La enfermedad, como proceso colectivo de toma de conciencia, es la fuerza productiva revolucionaria cuyo grado de acción se gradúa en los niveles de protesta inhibida, protesta consciente, conciencia colectiva y lucha solidaria».³⁶⁷

Para realizarse, este movimiento debe apoyarse en la figura del médico, al menos de manera transitoria. En el genuino interés de sus pacientes, también debe dedicarse a liberar la protesta que alberga la enfermedad: «si se reconoce la enfermedad como condición y resultado del proceso de producción capitalista, entonces la actividad progresista del médico no puede ser

³⁶⁶ *Ibid.*, págs. 14 y 57.

³⁶⁷ *Ibid.*, pág. 74.

otra que tratar de abolir sus funciones que se orientan hacia el capital y son objetivamente hostiles a los pacientes y los enfermos; es decir, que la actividad progresista del médico debe aspirar a la transformación de esta sociedad, y no —como se interpreta y se practica de forma espuria— a restablecer la “salud” del paciente y a eliminar temporalmente la necesidad de “tratamiento” de cada paciente».³⁶⁸

En términos más amplios, lo que defiende el SPK es una subversión de la función médica. La nueva ciencia médica tiene que estar al servicio de «los pacientes». En realidad, se trata de socializar «el medio de producción/ciencia por y para la población»: «la transformación progresista de la función del médico solo puede efectuarse en la práctica a través de la cooperación solidaria con los pacientes. El momento esencial de esta práctica es la socialización de las funciones médicas. En concreto, eso implica la socialización de los conocimientos y de las experiencias específicas del médico, cosa muy distinta de su mera reutilización según el modelo y la estructura autoritaria de la educación y la formación. El conocimiento sensible del papel conjunto que ejercen el paciente y el médico constituye el fundamento para que se realice este proceso de socialización, guiado por la causa común».³⁶⁹

Por lo tanto, este proceso depende de un «aprendizaje colectivo recíproco» en el que tanto el médico como el paciente sufren una transformación mediante su praxis común. En este punto, el SPK va más lejos que los distintos movimientos reformistas de la psiquiatría. Como recuerda Guattari, el proyecto político

368 *Ibid.*, pág. 85.

369 *Ibid.*, págs. 81 y 85.

del SPK no consistía en defender los derechos de «los pobres enfermos» ni tampoco únicamente en «dar libertad a los enfermos».³⁷⁰ El objetivo no era «eliminar las barreras» entre las distintas instancias ni compartir el conocimiento (que los psiquiatras hablasen con el personal de enfermería³⁷¹ o que cuidadores y enfermos hablasen entre ellos, como en las «comunidades terapéuticas»);³⁷² en Heidelberg, «eran los propios pacientes los que lo hacían todo y siempre tomaban las decisiones».³⁷³

Esta ruptura fundamental es aún más pronunciada porque la concepción de la enfermedad que tiene el SPK es extensiva. El Colectivo enseguida funciona como una mancha de aceite y, partiendo de «una pequeña experiencia intrahospitalaria», pronto se plantea «la lucha de masas». Su combate se extiende fuera del hospital, y pasa de contar con decenas de efectivos a tener cientos de miembros. Si se da crédito a Guattari, las cosas estaban «dispuestas para llegar todavía más lejos» si el Colectivo no hubiera sufrido una represión brutal. Efectivamente, al defender que «la enfermedad es la verdad del sujeto», el SPK la traslada a una dimensión universal. Afecta a todo el mundo, y el enfermo no es únicamente aquel a quien el hospital identifica como tal. Se vio que circunscribirlo al espacio hospitalario era un espejismo. El enfermo que está en el hospital, en cambio, como ya no tiene nada (ni fuerza de trabajo ni derechos), pone a la vista de todos

370 Como hizo Cooper en 1962 con la experiencia del «pabellón 21»: David Cooper, *Psychiatrie et anti-psychiatrie*, París, Seuil, 1978, pág. 125.

371 Ese era el objetivo de los CEMEA (Centros de Formación en Métodos de Educación Activa, por sus siglas en francés).

372 Este tipo de experiencias las puso en marcha Maxwell Jones, *The Therapeutic Community*, Nueva York, Basic Books, 1953.

373 F. Guattari, *La révolution moléculaire*, op. cit., pág. 272 [edición en castellano: pág. 283].

el proceso de alienación y desposesión. Como queda reducido a un puro objeto del capital, también revela sus límites internos.

¿Qué consecuencias políticas tienen las hipótesis del SPK? En primer lugar, derriban la barrera ideológica entre la «persona enferma» y la «persona sana», y le dan a la acción revolucionaria un nuevo espacio predilecto en los lugares de «cuidados». Toda esa ficción médica de la separación entre normal y patológico acaba derrumbándose, con todo su aparataje, en beneficio del colectivo que pone en práctica la solidaridad objetiva entre todos los sujetos explotados. Gracias a ese colectivo, al final lo que cambia es la idea misma que cualquier sujeto se hace de la enfermedad y del enfermo, y también su relación con esos conceptos. En ese sentido, el colectivo que surge permite poner de verdad en práctica otra forma de ser y estar colectiva.

Para describir este movimiento subjetivo y material, el SPK habla de «expansionismo multifocal»: cada sujeto, en su calidad de enfermo, es una cristalización de las contradicciones sociales. El Colectivo de Pacientes permite canalizar y precipitar estas contradicciones. El sujeto ya no es una figura extraña, como en el régimen de la división del trabajo médico; va saliendo poco a poco de su aislamiento: «cada enfermo es un foco de una manera específica. Un individuo es, objetivamente, el punto focal de las contradicciones sociales. Mediante el despliegue consciente de las contradicciones incluidas en la enfermedad, que son la inhibición y la protesta, esta condición de punto focal de las relaciones (contradicciones) sociales se vuelve subjetiva».³⁷⁴

374 SPK, *Faire de la maladie une arme*, op. cit., pág. 66.

Por medio de un proceso consciente de reapropiación de aquello de lo que se había visto privado inconscientemente, el grupo lleva al enfermo a emanciparse. Y así es como puede convertirse en el epicentro de una nueva forma de ser y de consciencia. Mediante la liberación del momento progresista de la protesta, el SPK intenta que el sujeto recupere su potencia para actuar: «Este proceso de superación de la cualidad de punto focal para convertirse en epicentro es la emancipación del objeto, del que *recibe* la acción, para que se convierta en un sujeto, en persona que *actúa*, y esa emancipación se basa en la cooperación y la solidaridad».³⁷⁵

La práctica de este Colectivo da muestras de un movimiento más global que va más allá de la psiquiatría y que, en términos filosóficos, se puede describir como un movimiento del objeto hacia el sujeto: «Solamente la cooperación solidaria con los demás posibilita el movimiento de objeto hacia sujeto. Quiere decir que los numerosos objetos aislados de las relaciones sociales solo pueden convertirse en sujetos en la práctica colectiva con base en la cooperación solidaria. Así, cooperando colectivamente, estos individuos han transformado *para sí* las relaciones sociales de las que forman parte. Y por el mero hecho de que —como colectivo, ya no como individuos aislados— son parte implicada en esas relaciones sociales. [...] Juntos, en el colectivo, se convierten, para sí mismos, en su propio sujeto, y primero en la realidad, es decir, de manera efectiva».³⁷⁶

Por eso a Guattari le parece que la experiencia de Heidelberg «representa para la psiquiatría lo que la

³⁷⁵ *Ibid.*

³⁷⁶ *Ibid.*, pág. 61.

Comuna de París para las luchas proletarias». ³⁷⁷ Desde ese punto de vista, la reacción tan virulenta que suscita por parte del poder en Alemania suena a repetición de la Historia.

Represión

La actividad del SPK y del doctor Huber enseguida empieza a molestar. En 1970, a Huber no le renuevan el contrato; pacientes y estudiantes se movilizan para que lo mantengan en su puesto. El 6 de julio de 1970, 25 pacientes ocupan junto con Huber las oficinas de la dirección de la Universidad. Reivindican que los pacientes puedan controlar los seguros médicos, así como el reglamento interno y el presupuesto de las clínicas, y también la independencia de la sanidad pública ante industria y el Ejército. Exigen además que les proporcionen un edificio con al menos diez habitaciones para tratar a las personas más vulnerables, financiación por parte de la Universidad y equipamiento terapéutico. El Colectivo consigue que la Universidad reconozca formalmente su existencia.

Pero el Ministerio de Educación del Estado federal interviene para que la Universidad interrumpa de inmediato cualquier tipo de negociación con el SPK. El 18 de septiembre de 1970, prevé por decreto la evacuación de la sede del SPK. En respuesta, para postergar la amenaza y ganar tiempo, el Colectivo busca el apoyo de figuras políticas, mediáticas y religiosas. La mayoría de las personas con las que contactan se niegan a hacerlo, pero la prestigiosa revista *Der Spiegel* publica a principios de octubre un artículo relativamente favorable dedicado a esta cuestión. En todo caso, el poder

377 F. Guattari, *La révolution moléculaire*, op. cit., pág. 273 [edición en castellano: pág. 284].

de atracción del SPK se encuentra en esos momentos en su máximo apogeo: en julio de 1970, el Colectivo tiene entre 150 y 200 pacientes. Entre 40 y 50 personas permanecen de continuo en la sede del SPK, considerada por muchos pacientes un lugar cálido.³⁷⁸

A comienzos del verano de 1971, el Colectivo es objeto de una represión desproporcionada cuya repercusión conmociona más allá de las fronteras de la RFA. Un grupo internacional integrado por pacientes, personal cuidador, psiquiatras y psicoanalistas procedentes de Países Bajos, Francia, Italia y Alemania realiza una investigación sobre el terreno cuyas conclusiones son inapelables: «En una sesión a puerta cerrada, el Consejo de Gobierno de la Universidad decidió recurrir a la fuerza pública. Como pretexto para ello se adujo un intercambio de disparos en los alrededores de Heidelberg en julio de 1971; al achacárselo al SPK, se permitía perseguir al Colectivo con los medios más brutales. 300 policías con metralletas entraron por la fuerza en la sede del SPK mientras varios helicópteros sobrevolaban la ciudad, se movilizó la *Bundesgrenzschutz* (unidad de brigadas especiales de la policía de fronteras de la República Federal Alemana), se hicieron registros sin orden judicial, se tomó como rehenes a los hijos del doctor Huber, detuvieron a pacientes y médicos y drogaron a los acusados para obligarlos a cooperar».³⁷⁹

Cuando se celebra el juicio en 1972, Deleuze y Guattari viajan a Heidelberg para apoyar al SPK.³⁸⁰ Pese a la presión internacional, Huber y uno de sus colaboradores cercanos son condenados a cuatro años y

378 C. Pross et al., «*Wir wollten ins Verderben rennen*», *op. cit.*

379 Documento de autoría colectiva, «Le SPK, collectif socialiste de patients», *Recherches*, París, 1973, n.º 11, pág. 152.

380 F. Dosse, *Gilles Deleuze-Félix Guattari*, *op. cit.*

medio de cárcel por participación en una organización criminal, una pena particularmente rigurosa. Se celebra un segundo juicio en mayo de 1973 y un tercero en 1974. La resistencia se organiza y gana envergadura. Se hace un llamamiento a la solidaridad con los acusados. En el Coloquio de Psicoanálisis celebrado en Milán en 1975, cuyo tema principal es sexualidad y política,³⁸¹ firman ese llamamiento 2000 personas. Un mes después, Sartre, Beauvoir, Basaglia, Foucault, Cooper, Castel, Gentis, Guattari y otras muchas figuras destacadas firman un comunicado de prensa en el que se denuncia la represión contra el SPK.³⁸² También se aprovecha la ocasión para hacer balance de la actividad del Colectivo, de sus elaboraciones teóricas y sus éxitos clínicos, que se explican en la revista *Recherches*, próxima a La Borda: «Durante la existencia del SPK, el trabajo terapéutico había avanzado tanto que, en año y medio, 500 enfermos habían podido integrarse y había sido posible acoger a otros 500. Para ello, se había tenido que dejar atrás la separación tradicional entre enfermos y personal cuidador (incluidos los médicos), lo que había dejado espacio para nuevas formas terapéuticas en las que los problemas individuales se analizaban colectivamente [...]. El grupo tomaba como punto de partida los problemas de su miembro más débil y se orientaba en función de las necesidades de esa persona».³⁸³

381 Autoría colectiva, *Sexualité et politique, Actes du colloque de Milan de 1975*, París, 10/18, 1977.

382 Se recoge una descripción temporal precisa de todos estos acontecimientos en el sitio web <http://www.spkpfh.de> y también en el libro publicado por Maspero: *Psychiatrie politique, l'affaire de Heidelberg (s.p.k.)*, París, Maspero, 1972.

383 Documento de autoría colectiva, «Le SPK, collectif socialiste de patients», *op. cit.*, pág. 153.

Al proponer elaborar teoría sobre su propia práctica, el objetivo del Colectivo de Heidelberg no era situarse a la vanguardia de nada. El SPK tenía muy claro que el expansionismo multifocal se podía producir en cualquier lugar. Dado que la enfermedad determinaba al proletariado, la forma que tenía el proletariado de convertirse en auténticamente revolucionario era hacer de la enfermedad un arma.



CONCLUSIÓN

¿A QUÉ LE DA NOMBRE ERNEST JONES? POR OTRO PSICOANÁLISIS

¿Qué enseñanzas críticas se pueden extraer de esta (demasiado) breve historia para la situación del psicoanálisis en el presente? Desde finales de la década de 1980, Russell Jacoby señalaba que el psicoanálisis estadounidense adolecía de una auténtica represión: «el psicoanálisis contemporáneo [estadounidense] ya no puede siquiera manejar las denominaciones adecuadas: freudianos de izquierdas, psicoanalistas marxistas, psicoanalistas políticos»,³⁸⁴ y que, sin embargo, hacen referencia a los principales protagonistas de su historia. Y no se puede más que constatar que la misma situación, o incluso peor, se da actualmente en el psicoanálisis en Francia... Al abstraer la práctica del psicoanálisis de sus coordenadas sociohistóricas concretas y de sus implicaciones teóricas y clínicas, el psicoanálisis francés relega a las sombras aspectos de la historia de esta disciplina que son cruciales y a los que en esta obra se ha pretendido devolver al lugar que les corresponde.

384 R. Jacoby, *Otto Fenichel: destins de la gauche freudienne*, op. cit.

Ya se ha visto que definir el psicoanálisis como apolítico, neutro, indiferentista y pesimista ha tenido consecuencias. Más allá de los posicionamientos clínicos, se ha eliminado la posibilidad misma de hacer una lectura política de su historia. En este registro, el psicoanalismo de los años 80 se mostró particularmente coherente y despreció por igual tanto la Historia con mayúsculas y sus movimientos revolucionarios como la pequeña historia propia de nuestra disciplina, aunque tal vez con más encarnizamiento en el caso de esta última. Así pues, criticar el psicoanalismo es inevitable si se hace una historia política del psicoanálisis, sobre todo porque, precisamente, el psicoanalismo siempre ha renegado de dicha historia. Escribir esta historia progresista consiste, por lo tanto, en revelar las operaciones de reificación de la historia de la disciplina en las que se asienta el psicoanalismo. Además, la crítica al psicoanalismo de los años 80 también permite alcanzar un punto de vista claramente positivo *a favor del psicoanálisis* y recuperar su tradición revolucionaria. Por lo tanto, ¿acaso no es la Historia, simple y llanamente, la que se hace oír en este proceso y recupera así sus derechos? Se diga lo que se diga, a Freud no le habría sorprendido en absoluto el movimiento psicoanalítico en torno a Mayo del 68 y, por el contrario, es más bien la defensa de la idea del «indiferentismo» en el análisis lo que debe ser considerado discutible y motivo de reflexión.

Como se ha visto, la tesis del supuesto «indiferentismo» de Freud se sustenta en palabras que le adjudica Ernest Jones: no es un detalle menor una vez que se conoce el papel de Jones en la historia del movimiento. No solo porque la posición del propio Freud no pueda reducirse a lo que afirma Jones,

sino también porque este enfoque pasa por alto el proyecto de materializar una política de «justicia social» que asumieron los analistas en determinados episodios fecundos de la historia del psicoanálisis. Fue Jones quien «adaptó» el psicoanálisis al régimen nazi y quien contribuyó activamente a expulsar de sus puestos a los psicoanalistas más comprometidos y también a los judíos. Pero esta época sombría de la historia del psicoanálisis y la transformación de la «policlínica de Berlín» en el «Instituto Göring» no se conocen apenas, y casi nunca se cuestiona la posición de Jones en el campo psicoanalítico. Sin embargo, en un artículo de Elizabeth Brainin e Isidor Kaminer se mostraba otro camino:³⁸⁵ se apuntaba que negar ese periodo turbio de la disciplina había tenido efectos no identificados en las instituciones analíticas y en la práctica clínica de los propios analistas. Así pues, vale la pena reinterpretar la historia de nuestra disciplina a contracorriente del relato impulsado desde ciertos medios psicoanalíticos hegemónicos en Francia. Y, en lugar de señalar sin ningún coste los supuestos excesos de Reich en esa época, convendría esclarecer de una vez los excesos de Jones, cuya figura adquiere en este marco un cariz menos respetable de lo habitual. No es casualidad que la doxa resalte tanto la expulsión de Reich de la IPA en 1933. Pero no se le expulsó por las razones que se adujeron: a Wilhelm Reich no lo echaron por discrepancias teóricas ni porque se hubiese extraviado en lo político, ni siquiera porque estuviera loco, como llegan a asegurar algunos. La leyenda de la expulsión de Reich por «sus excesos persona-

385 Elizabeth Brainin, Isidor Kaminer, «Psychanalyse et nationalsocialisme», *L'écrit du temps, Psychanalyse, moments d'histoire*, 1984, n.º 6, págs. 59-82.

les» permite ocultar la enorme ceguera política de la IPA y de su nueva orientación, que Reich denunciaba. Porque la anexión de la Sociedad Alemana de Psicoanálisis a las nuevas instituciones del Partido Nazi se basó justamente en el argumento de la neutralidad del psicoanálisis, defendida a la vez que expulsaban de la institución psicoanalítica a judíos y a rojos. Poco después el propio psicoanálisis sería partícipe de su propia exclusión en el seno del Instituto Göring.

Es una lección sobre la que deberían meditar los defensores de la «neutralidad del psicoanálisis» y quienes desprecian a Reich hoy en día: la «salvación del psicoanálisis» encabezada por Jones, presidente de la IPA, en realidad precipitó su naufragio en el Tercer Reich. Sus argumentos, lo quieran o no, están indefectiblemente unidos a ese momento histórico de componendas y a esta secuencia argumentativa puramente sofista. Y, en los entornos analíticos contemporáneos, entre aquellas personas que siempre aseguran «salvar el psicoanálisis», el mero uso de esa expresión revela su parte sombría: la impulsada por la calamitosa línea política de Jones, defendida por Freud en la década de 1930.

Para terminar, también hay que hablar del pesimismo freudiano, que muchas veces se usa para referirse a toda su obra y orientar su lectura, ignorando así la temporada en la que Freud se mostró favorable al proyecto comunista, optimista de cara al porvenir político y comprometido con una práctica clínica popular en las zonas desfavorecidas. Tampoco es casual que muchos analistas franceses contemporáneos sigan tomando como referencia la biografía de Freud escrita por Jones: bien pudiera ser que el neopsicoanálisis francés sea jonesiano. El éxito de los «pequeños

arreglos» de Jones a la hora de (re)escribir la historia del movimiento psicoanalítico obstaculizó la posibilidad epistemológica de reconocer el compromiso en la praxis que motivaba a la mayoría de los analistas del periodo de entreguerras, entre los cuales el nombre de Reich no es más que el «significante emergente». Y exactamente lo mismo hace luego el psicoanálisis contemporáneo con Guattari para hablar de los años 60 y 70 y, de modo más general, para descartar cualquier tentativa de psicoanálisis progresista, en un auténtico ejercicio de descuartizamiento. El psicoanálisis somete el nombre de Guattari, símbolo de un momento revolucionario, al mismo proceso de deslegitimación que sufrió Reich, prolongando así el gesto de Jones. De esta manera, estas dos figuras se distorsionan y se les asigna una nueva función, condición de esta epistemología reaccionaria que las presenta como marginales, excesivas, locas incluso y, en definitiva, poco recomendables. La historia progresista de nuestra disciplina queda eliminada y así el psicoanálisis puede eclipsar los numerosos nombres de todos aquellos que compartían esa misma lucha. Al adoptar esa estrategia revisionista se priva a la disciplina de su propia historia.

Pero la época quimérica y mortífera de un psicoanálisis supuestamente purificado ya quedó atrás. Ojalá este libro sea presagio de algo e impulse a otros investigadores del campo del psicoanálisis a seguir esta vía, aún sin explorar. Multitud de experiencias psicoanalíticas aguardan entre las sombras, esperando que redescubran su luz para iluminar nuestro presente. En la posguerra, sobre todo en Estados Unidos, en Topeka por influencia de los Menninger y en Chicago gracias a Franz Alexander, se abrieron clíni-

cas ambulatorias gratuitas que seguían el modelo de Berlín. Fenichel, de paso por Topeka como parte de su exilio en Estados Unidos, cuenta que allí se topó con un ambiente comparable al de Berlín y Praga. Bernfeld, en el exilio, también creó en San Francisco un Instituto Libre de Psicoanálisis siguiendo la estela del modelo berlinés. Erich Fromm y Frieda Fromm-Reichmann, psicoanalistas que en los años 20 habían fundado el Instituto de Psicoanálisis de Fráncfort, retomaron su experiencia más tarde en Chestnut Lodge, Maryland. También hay que citar las experiencias de Argelia en el hospital de Blida en torno a Frantz Fanon, así como las iniciativas en Inglaterra que llevaron la antipsiquiatría de Laing, Berke y Cooper al Kingsley Hall, y otras curas analíticas paradigmáticas, como la de Mary Barnes; destaca también la experiencia del Consultorio Popolare di Niguarda en Italia, en los años 70, o las iniciativas impulsadas en Francia por Mannoni, en Bonneuil, y, tras el grupo «Lander», las del Laboratorio de Psicoanálisis en Vincennes. La lista es larga, y eso sin nombrar siquiera las iniciativas más recientes y las que están teniendo lugar ahora mismo. Estos pocos ejemplos ofrecen una visión global de una historia viva e internacional que aún está por escribir. También deseamos que la selección, necesariamente parcial, que nos hemos visto obligados a hacer contribuya a liberar la investigación en estos ámbitos todavía muy poco conocidos, y que se entienda como una invitación a seguir profundizando en la perspectiva de los estudios psicoanalítico-políticos o, en inglés, como está de moda ahora, los *psychoanalytic politics studies*. Ojalá esta multitud tan viva de la que nos hemos visto privados emerja a la superficie de nuestro presente para liberarlo de la mortificación

del psicoanálisis. Ojalá este libro contribuya a abrir nuevas vías de investigación y anime a los analistas militantes del presente —y del futuro— a implicarse en la práctica clínica con las clases populares contemporáneas, como defendió en su día, durante un periodo relativamente largo y fértil, el mismísimo padre del psicoanálisis.

